

Fernando Alonso Abad

Luna de primavera





Fernando Alonso Abad (Sestao) estudió Periodismo en Leioa, licenciándose en 1984. Ese mismo año se fue a Nicaragua donde convivió con los sandinistas en Jinotega, una de las zonas más conflictivas en aquellos momentos. Los artículos y reportajes fotográficos que realizó sobre la situación en ese país fueron publicados en *Punto y Hora*, *Deia* y *El País*.

En 1992 comenzó a trabajar en *Egin*, primero en el equipo de investigación y más tarde en la sección de Euskadi hasta agosto de 1996, fecha en la que fue detenido por la Guardia Civil en Hernani bajo la acusación de pertenencia a ETA. Desde entonces ha permanecido en diferentes prisiones españolas.

Ha publicado la recopilación de relatos *El repartidor de sueños* (Txalaparta, 2000), *El silencio del infierno* (Ataramiñe, 2003), el ensayo *¿Por qué luchamos los vascos?* (Txalaparta, 2004) y su versión catalana *Per qué lluitem els bascos?* (Txalaparta, 2007), *Una flor en el juzgado* (Hiru, 2009), *Los ejércitos de Terracota* (Txalaparta, 2013) y *Al margen de la izquierda* (Txalaparta, 2013).

Luna de primavera ha sido publicado íntegramente en Internet para su libre difusión.

Se puede descargar en formato PDF y EPUB (es necesario registrarse) en: http://www.entreescritores.com/es/micuenta/mis_lecturas/biblioteca/temporanea/luna-de-primavera/14-610-0/

Dependiendo del número de descargas, el libro sería publicado en papel por el portal [entreescritores.com](http://www.entreescritores.com)

Descarga, lee y difunde.

Eskerrik asko.

LUNA DE PRIMAVERA

Fernando Alonso Abad

Villenako kartzelan, 2009ko udaberrian

PRIMERA PARTE

Las farolas de la calle quedaban varios metros más abajo, pero su luz ambarina entraba con mansedumbre por el gran ventanal tras el cabezal de la cama imprimiendo a los objetos perfiles de quietud. Era como una muselina amarillenta que dotaba al dormitorio de una extraña atmósfera casi acuática. Por la tranquilidad que transmitía ese ambiente era por lo que nunca se pensó en colocar cortinas para oscurecer el cuarto. Era hermoso coger el sueño al arrope de aquella luz que pudiera parecer melancólica pero que no lo era en absoluto; y después, al amanecer, ir sintiendo en la piel del rostro el despertar del alba como la primera caricia del día.

El dormitorio era muy amplio, tal y como correspondía a una estancia que en su tiempo fuera una de las dependencias de un taller de toldos. En el centro de un largo frente de ventanales cuarteados, que llegaban desde prácticamente el suelo hasta el alto techo irregular según las caídas del tejado, estaba la cama. Se trataba de un impresionante futón que descansaba sobre la propia tarima de tabla rojiza. Por la ubicación del edificio, en la misma ribera del Ibaizabal, nada impedía las vistas desde la cama ya que las viviendas más próximas quedaban al otro margen de la ría. Todo se encontraba en el exterior demasiado lejos como para perturbar la intimidad del interior del cuarto.

Al igual que el resto de la vivienda, la última planta de un edificio de estilo industrial rehabilitado con un mimo encomiable para preservar su esencia, el dormitorio conservaba parte de su mobiliario de antaño. Sobrios armarios de madera, muebles de profundas cajoneras; incluso alguna mesa de descomunal amplitud sobre la que varios lustros atrás trabajadores y trabajadoras medían, cortaban y cosían lonas, formaban parte ahora, restauradas, de la decoración de todo el piso.

Hasta hacía algo más de cinco años Aitzol siempre había pensado que la adquisición de ese inmueble había sido el gran golpe de suerte de su vida. Lo descubrió por casualidad apenas iniciados sus estudios de Artes Decorativas y, aunque en verdad el edificio era una ruina, entre sus sucias y destartadas estancias le pareció escuchar una llamada del destino que le impulsó a hacer todo lo posible por adquirirlo.

Y así lo hizo, en contra del criterio de su familia y amigos que le pidieron casi con desesperación que no hipotecara su vida por la planta superior de un edificio en ruinas en una zona de Bilbo depauperada y abandonada con la desindustrialización. Él, sin embargo, decía que le olía a proletariado, a trabajo y huelga, y que ese aroma le recordaba su infancia y le gustaba. Impelido tal vez por ese espíritu de lucha obrera que decía respirar, no descansó hasta encontrar la forma de hacerse con un lugar en el que tan siquiera podía comenzar a vivir porque en aquel momento no estaba declarado habitable.

Aitzol Agirre no era precisamente una persona de prontos arrebatadores ni de los que toman decisiones sin meditar. Lejos de ello, podría decirse que Aitzol Agirre proyectaba cada paso antes de darlo, que lo diseñaba y fijaba sobre plano antes de echar a caminar. Alguno de sus amigos decía que lo suyo era deformación profesional. No le gustaban los imprevistos. Mucho menos los saltos al vacío. Incluso desconfiaba de las sorpresas si le llegaban en un contexto de incertidumbre. Sin embargo, en ocasiones, pocas, la verdad sea dicha, le daba la sensación de que una energía inefable le impulsaba a hacer algo, a tomar un camino determinado. En esos casos no dudaba y era capaz de darle un vuelco radical a todo sin titubear. Cuando escuchaba esa voz íntima e inapelable, simplemente daba el primer paso.

Hasta hace unos cinco años tan sólo en una ocasión había sentido algo parecido y fue precisamente para comprar la planta que ahora es su casa. Fue un acierto pleno, tal y como se encargó de constatarlo el paso del tiempo pues en los años siguientes la capital vizcaina comenzó a cambiar radicalmente y aquella zona se fue convirtiendo en un distrito de servicios y residencial de nivel alto. Pero al principio no fue más que una corazonada que no alcanzó a racionalizar. Sin embargo, se arrojó a ella.

Aún no le había cogido el sueño cuando escuchó unos tímidos golpecitos de llamada en la puerta.

- Sar naiteke? -dijo la niña antes de empujar la puerta.

- Pasa, maitea. ¿Qué quieres? -preguntó Aitzol incorporándose levemente del futón para mirar hacia la entrada del dormitorio, por donde asomó un pequeño rostro sonriente. El verde de los ojos de la niña expulsó hacia el exterior de la noche la tenue luz amarillenta de las farolas de la calle.

- Gabon, aita -saludó con la suavcita voz de los niños que no quieren perturbar el descanso de sus progenitores-. Me he

despertado y tengo sed. ¿Puedo ir a la cocina a beber un vaso de leche?

- Claro que sí. ¿Quieres que me levante y te lo pongo yo? – preguntó Aitzol.

- No, aita, ya lo hago yo –respondió ella con una mueca de suficiencia que a su padre le pareció encantadora.

- Asegúrate de que el frigorífico queda bien cerrado, que ya sabes que si no se escapa el frío. Y ten cuidado con el vaso; no hace falta que lo limpies, déjalo, sin más, en el fregadero...

- ¿Alguna vez no lo hago así? –interrumpió ella.

- No, kuttuna, siempre lo haces bien.

- ¿Entonces? –preguntó con una infantil chulería refrescante.

- Es que así das pie a felicitarte por ello.

- Qué cosas raras tenéis los mayores. Si sabéis que lo hago bien no tenéis por qué decirme cómo lo tengo que hacer.

- Vaya si te has despertado peleona, ¿no?

- Tú siempre dices a quién he salido, así que...

Aitzol puso la mirada al otro lado de la cama.

- Venga, maitea, vale ya de cháchara que es muy tarde – observó que mientras hablaban la niña jugueteaba con sus pies descalzos-. Eso sí, ponte algo en los pies, que el suelo de la parte de la cocina no estará tan caliente como la madera y luego coges frío. Gabon.

- ¿Has visto qué luna llena más enorme y blanca hay en el cielo? –preguntó la niña-. Desde aquí no la ves pero desde mi ventana sí que se ve.

- La abuela Luna irá paseando a lo largo de la noche de tu ventana a ésta. Cuando sea más tarde estará a este lado y así nos dará un muxu a los dos.

- Cuando yo nací también había luna llena, ¿verdad?

- Sí, maitea, viniste de la mano de una luna llena impresionantemente luminosa en el mismo momento en que entraba la primavera.

- Por eso me protege Ilargi Amandrea, ¿verdad?

- Pues sí, ella te cuida; y desde ella te sonríen y te dan musus todos los que nos quieren y que ya no están a nuestro lado en el mundo. Por eso es tan clara y tan bonita, porque es la sonrisa de los seres queridos que hemos perdido.

- Como mañana no hay ikastola, ¿por qué no vamos a Baltzola a llevarle un regalito?

- Estará todo muy nevado, kuttuna. La luna que has visto desde tu habitación habrá salido entre algunas nubes, pero mucho me temo que volverá a nevar durante la noche.

- Bueno, pero si no nieva mucho, vamos, ¿vale?

- Vale, prexioxa, pero vete a beber el vaso de leche y regresa a la cama, que te has levantado muy preguntona y parlanchina. Y no olvides ponerte las zapatillas, que aunque aquí la temperatura sea buena siempre hay diferencia entre la madera y la cerámica y se te quedan los pies fríos.

-¡Qué manía de repetir las cosas! –exclamó divertida en el mismo susurro en el que había estado conversando con su padre-. Muxutxuak aitatxu.

- Gabon, kuttuna.

La niña cerró suavemente la puerta y se dirigió a su habitación. Hasta que ella naciera, la vivienda había sido prácticamente diáfana, sin apenas tabiques interiores, únicamente los de alguna dependencia de su anterior uso que se aprovechó, y con tan sólo un dormitorio. Su nacimiento obligó a realizar algunas modificaciones en la estructura y distribución internas de la planta para adaptarla a la presencia de una nueva y pequeña habitante. Aun así, todas las estancias eran de gran amplitud, con estilo de loft industrial del antiguo taller de toldos.

Aitzol escuchó el quedo sonido de los piecitos de la niña avanzando hacia la cocina. Apenas hizo ruido mientras bebía el vaso de leche, y seguidamente se escuchó de nuevo el caminar hasta su habitación. Luego cerró la puerta.

Aitzol miró al otro lado de la cama. La luz de las farolas de la calle se derramaba acariciando la orografía que formaba allá la funda nórdica. La mirada se fundió entonces con la luz, y ambas recorrieron juntos los perfiles, las montañas y los valles de ese lado de la cama. Todo era quietud. Nada se movía. Permaneció largo tiempo observando. Absorto, incapaz tan siquiera de poner en orden sus pensamientos porque, como siempre que se quedaba mirando de aquella manera, las emociones le bloqueaban.

No pudo evitar aproximar la mano y recorrer aquel paisaje desde la levedad de la yema de sus dedos. Con ellos era capaz de recrear momentos, de despertar en su cerebro todos los mecanismos posibles de la evocación. Así, acudían a él no sólo imágenes sino también texturas, sonidos, sabores, olores. Y entre éstos, cómo no, su inconfundible fragancia a mandarinas dulces y limón. Era este perfume el que permanecía suspendido en el aire. Siempre.

Retiró de allá la mano y cuidadosamente giró hacia el otro lado. Junto al futón había una mesita baja lacada en negro con un cajón. Encendió la lamparilla de noche, cuya luz apenas alcanzaba a la mitad de la cama. Abrió el cajón y sacó de su interior un cuaderno de pastas duras estampado en tartán azulado. Hacía varios días que se había encontrado aquel cuaderno mientras hacía un zafarrancho de

limpieza de esos objetos viejos que sin saber por qué uno va acumulando y que siempre, por una u otra razón, pospone el arrojarlos a la basura. Encontrar aquel día el cuaderno fue una gran sorpresa. No porque se hubiera olvidado de él sino porque creía que en el transcurso de las obras de readecuación de la vivienda se había extraviado. Lo tenía por perdido.

Sin llegar a abrirlo, miró las pastas del cuaderno. Y miró el reloj que estaba junto a la lamparita. Quizás fuera un poco tarde para ponerse a leer. Ese pensamiento sobre el tiempo le hizo reflexionar. No en relación a si ésta era la ocasión más adecuada para la lectura sino sobre el momento en que suceden los episodios determinantes en la vida y si se puede hacer sobre ello alguna estimación de si llegar pronto o tarde.

Supongo –se dijo- que todo tiene lugar en el momento en que debe suceder; y en cualquier caso es inútil y ridículo regresar a ello con posterioridad para, visto ya lo ocurrido, resolver si fue oportuno o no. Las cosas suceden, y no hay más; y suceden porque suceden, probablemente en la ocasión debida. Tampoco creo que haya que darle más vueltas. “La rosa es sin porqué, florece porque florece”, leí alguna vez en algún sitio. ¿Muere también la rosa sin un porqué?

Sin moverse mucho de la posición en la que se encontraba, se acomodó en la cama adaptando la almohada para permanecer ligeramente incorporado. El futón disponía de dos medias almohadas, por lo que, en su gesto, ni tocó la de la otra parte de la cama. Se preparó, así, para la lectura. Y después de recuperar la mirada fondeada en las cuadrículas del estampado de tartán azulado, abrió el cuaderno y seguidamente comenzó a leer:

"Si me dijeran que debo iniciar este cuaderno con una palabra que condense todo lo que estoy sintiendo en el momento de empezar a escribir, diría que ésta es desconcierto. Sí, eso es: desconcierto. Creo que ese término es el más indicado para expresar el extraño estado de confusión mental en que me encuentro. Precisamente por ello, porque esto no es algo muy propio en mí, voy a tratar de recogerlo sobre estas páginas a modo de crónica. Y es que estoy regresando a casa tras haber pasado las vacaciones de agosto, y lo hago en el ferry que une Portsmouth con Santurtzi. Hace apenas un rato que hemos zarpado y me he sentado en cubierta de popa cuaderno en mano. Sobre mi cabeza hay un extraordinario cielo de agosto que provoca una sensación de absoluto infinito.

Quizás porque no se ve ni una nube que pudiera aportar cierta referencia espacial. Ha llovido días atrás, poco, pero hoy agosto está radiante, aunque sea ya muy poquito lo que le queda. Quizás por eso se muestre tan pleno. La gente a mi alrededor comienza a coger sillas y tumbonas y se va ubicando por la plataforma. A lo lejos aún se puede divisar la costa inglesa. No sé por qué pero todo me parece flotar en una atmósfera irreal. Será que ahora mismo no sabría decir qué ha sido real y qué no de todo lo que se agolpa en mi cabeza. Ha sido un agosto tan extraño... Ni tan siquiera sé si ahora mismo estoy despierto o soñando mientras escribo esto. De ahí que se me haya ocurrido coger este cuaderno que compré en Londres y ponerme a escribir en sus páginas lo de estas semanas de vacaciones. Tengo unas 24 horas de barco antes de ver el Serantes a lo lejos. Es tiempo suficiente, creo yo, para hacer un repaso de todo. No pretendo más que dejar constancia de ello envasándolo al vacío para poder abrirlo en algún día futuro y con su fresco aroma revivirlo. Quiero escribir para no olvidar algunos detalles, para ser capaz de rescatarlo cuando me lleguen años de otoño y nostalgia y desee evocar a quien no sé de dónde llegó y ahora mismo no sé por dónde se ha ido. Si es que acaso se ha ido. ¡Cualquiera lo sabe! Así que, por si acaso no ha sido todo más que un sueño voy a escribirlo mientras regreso a casa. Por si se esfuma. Aunque también pudiera ser que esto que estoy haciendo formara parte del mismo sueño, con lo que el ejercicio de escritura no serviría para nada ya que al despertar se desvanecerían al tiempo estas palabras y con ellas la evidencia de haber sido real. ¿Estaré soñando que voy en un barco regreso a casa escribiendo sobre un cuaderno en la cubierta de popa? En fin, que como he puesto al comienzo de este largo párrafo, me encuentro absolutamente desconcertado. Creo que resulta evidente, pues acabo de empezar y ya me he perdido en previos al relato”.

Aitzol no pudo contener una sonrisa al leer aquella desquiciada introducción a un texto escrito hacía ya cinco años y medio. Continuó leyendo:

“Hace unos 23 días estaba yo como unos momentos atrás, esto es, fumándome un cigarrito y mirando el paisaje. Eso sí, aquello era un tren y no un barco, y me encontraba con los codos sobre el marco de aluminio de la ventana ocupando con el cuerpo arqueado el estrecho pasillo del vagón junto a la entrada de un compartimento para seis personas. En estos tiempos que corren es hartito difícil ver un

tren de esas características. Quedan ya muy pocos circulando y suelen estar para viajes de tipo más bien turístico por rutas pausadas y con numerosas paradas locales. Cuando entré en la estación de París vi el tren en uno de los andenes y me pareció una auténtica revelación que en un lateral colgara un cartel metálico en el que se leía 'París-London'. Me interesé por ello en la taquilla y me informaron de que se trataba de una ruta tradicional que no pasaba por el túnel del Canal de la Mancha sino que se dirigía hacia Dieppe, donde enlazaba con un ferry que lo unía con el puerto inglés de Newhaven y de allá, nuevamente en tren, hasta Londres. El viaje, evidentemente, era de más duración que el convencional. Pero yo me iba de vacaciones, no tenía prisa alguna, podía utilizar el billete europeo sin recargo alguno por el embarque y, sobre todo, me apetecía muchísimo volver a viajar en un tipo de tren de los que ya difícilmente se veían circular y que tantos recuerdos de juventud me traía. Así que me encontré fumando en el pasillo de un vagón de tren que bien podría calificarse de anacrónico. No había nadie más en aquel tramo de pasillo. Únicamente yo, dando largas caladas a un Marlboro y depositando en los alrededores de París la incertidumbre por el ligero cambio de planes, ya que tenía previsto haber viajado en un tren rápido hasta Londres”.

Recuerdo que aquella no fue la primera vez que me iba de vacaciones solo. El año anterior también había sacado uno de esos billetes europeos y anduve recorriendo en tren los países del centro del continente. Me dejó muy buen sabor de boca aquella experiencia. No es que viviera ninguna situación particularmente memorable, al menos ahora no me viene ninguna a la cabeza, pero conocí lugares formidables y todo ello fue netamente positivo. Por eso quedé con ganas de repetirlo y para el año siguiente preparé el viaje a Londres y Dublín.

Si no me falla la memoria, aquel viaje por centroeuropa salió así porque ese año tuve una mala experiencia con una amiga con quien llevaba algún tiempo andando. ¿Cómo se llamaba ella? Itxaso, creo que era. Parece increíble que en tan siquiera siete años tenga ya dificultades para recordar su nombre. Han pasado tantas cosas en este tiempo...

Por aquello del final de mi historia con Itxaso decidí marcharme de vacaciones por mi cuenta y riesgo. Y al año siguiente repetí porque no me apetecía viajar con ninguno de los colegas que me habían propuesto algunos planes.

Siempre he pensado que para compartir un viaje largo hay que tener un nivel de sintonía bastante superior al de beber cervezas de taberna en taberna al salir de fiesta.

"Mientras fumaba se me ocurrió pensar que mirar al exterior por la ventana de un tren en marcha provoca en ocasiones una extraña sensación de pesadumbre, y hasta de desamparo, me atrevería a escribir. Lo lejano, lo, en principio, inaccesible, se mueve hacia nosotros con desquiciante lentitud allá en el horizonte. Por el contrario, lo próximo, lo tangible pasa como una letal exhalación inalcanzable. Siempre hay otro escenario tras el último telón de lontananza, al tiempo que uno no puede sacar la mano por la ventanilla para alcanzar lo posible, que se pierde y se aleja en un pasado que se va solapando segundo a segundo. Supongo que me ha venido a la cabeza esta peregrina reflexión de aquel momento porque ahora me encuentro en similar paradoja sobre lo lejano que se acerca y lo cercano que se aleja. Y entre medio, algo más de tres semanas de agosto que no sé aún si son como los postes de la catenaria que pasan cual relámpagos anclados al borde de la vía o como ese horizonte incierto fondeado en ninguna parte y sobre el que cada uno, puestos a pintar, pinta lo que le viene en gana. En resumen, que hace algo más de veinte días estaba igual que hace unos momentos; esto es, mirando el paisaje y reflexionando mientras echaba el humo del tabaco por la nariz. París quedaba atrás hacia el sur y ahora voy dejando Inglaterra al norte. Regreso a casa. Sería una pena que todo no fuera más que una ensoñación, que estuviera escribiendo en sueños".

Me encantaban aquellos trenes viejos. Eran una maravilla. Los compartimentos de seis viajeros eran una gozada. Quisieras o no escuchabas todo tipo de historias y acababas participando de curiosas conversaciones con personas a quienes no conocías de nada y a quienes no volverías a ver jamás. Se tomaba contacto con personajes peculiares. Vaya que sí. Los trenes de ahora ya no tienen aquel encanto; su propia disposición, creo yo, no facilita en nada el contacto entre las personas ni la tertulia. Los de hoy en día son más cómodos, eso es evidente. Pero entre los avances de la modernidad está el que las ventanas no se abren y que la temperatura es siempre agradable y constante. Claro, eso está muy bien, pero en los trenes viejos podías acabar tapado con el mismo abrigo del viajero de al lado para protegerte de una ventana mal ajustada o de un termostato enloquecido. En cierta ocasión, yendo de viaje de estudios,

una chica de clase me besó al amparo de aquel ambiente íntimo. Quizás fuera este último recuerdo el que hizo que en cuanto vi aquel tren en el andén deseara viajar en él hasta Londres.

"Al subir al vagón me apeteció de pronto estar solo. Busqué un compartimento vacío, dejé mis pertenencias –que no son más que la mochila y una bolsa de mano-, eché las cortinas para que no se viera el interior y me aposté afuera a fumar mientras dejábamos París. Me coloqué a modo de parapeto, de tal manera que si acaso alguien apareciera por el pasillo en actitud de buscar dónde meterse me incorporaría para dejarlo pasar cubriendo con la espalda la puerta de mi txoko. Quien anduviera localizando sitio se supone que interpretaría que estaba completo y continuaría buscando asiento en otro lugar. Esta maniobra solía funcionar cuando, de chaval, viajaba más a menudo en esos trenes. Por eso lo hice, para ver si lograba ir plácidamente solo al menos hasta Dieppe".

Era un atardecer precioso, uno de esos crepúsculos estivales que hace que los colores de las cosas parezca que tienen vida propia y que saca matices juguetones a los tonos. El aire de las afueras de París era tibio, y como el tren aún no había abandonado el escenario ferroviario de docenas de vías que se tejen y destejen en un impecable orden de caótico encanto, olía a aceite caliente y metal. En algunos cambios de agujas la estructura se lamentaba y chirriaba. Aitzol saludó con la mano a algunos trabajadores que movían tramos de carril con unas robustas tenazas. Un par de ellos le devolvieron el saludo. Sonrió. Aunque tal vez injusto, le parecía divertido que él se fuera de vacaciones mientras ellos montaban vías. Volvió a sonreír mientras los trabajadores se iban perdiendo en la distancia.

Estaba Aitzol tan ensimismado viendo a lo lejos una parte del horizonte de París que no se percató de su avance por el pasillo y únicamente reparó en ella cuando se detuvo a su lado. Le dio unos golpecitos en el hombro izquierdo.

- Perdona –le dijo en francés- ¿Está completo este compartimento?

La voz de la muchacha sacó a Aitzol de la abstracción en la que se encontraba contemplando el paisaje. Se incorporó en un movimiento nervioso, como de sobresalto. Al hacerlo, se encontraron los dos jóvenes frente a frente en un pasillo extremadamente estrecho.

"Era unos cuatro dedos más baja que yo y llevaba a la espalda una mochila que atascaba el corredor; rozaba los laterales y le pasaba por encima de la cabeza. Su pelo tenía un extraño color entre castaño claro y rubio que por efecto de las luces del atardecer parecía cobrizo. O quizás fuera que ése era su color. Lo llevaba revuelto, como en tirabuzones que le caían por los hombros y se mezclaban con el fondo azulón de la mochila. Tenía un pañuelo verde colocado en la cabeza a modo de ancha cinta atada atrás que le dejaba una frente alta completamente despejada. Parecía que el cabello le manara de la cabeza a borbotones. Estaba plantada a dos palmos de mi nariz. Las correas de la mochila le tiraban de los hombros hacia atrás, y al pasar bajo sus alas plegadas hacían resaltar la magnífica orografía de los pechos. La camiseta de tirantes era color chocolate. Imaginé sendas cerezas de rosa pálido empujando por debajo las cimas de las dos lomas de chocolate. Me miró. La miré. Sus ojos eran de un peculiar verde asilvestrado".

La muchacha repitió la pregunta.

- Perdona –respondió Aitzol-, pero es que no hablo francés –lo dijo con la gestualidad de quien quiere hacerse entender.

Ella observó que la camiseta del chico llevaba unas palabras en euskara. Así que insistió en si el compartimento estaba libre, pero en esa ocasión lo hizo en la lengua de los vascos.

- Ah, perdona –dijo él también en euskara-. No, no va nadie más que yo.

- ¿Te importa que te acompañe? –preguntó ella.

- No, por supuesto que no –respondió Aitzol con cierta turbación. Sentía como si la muchacha se hubiera metido súbitamente en su burbuja de intimidad tan sólo con el amable ariete de sus particulares ojos verdes.

- Gracias. Muévete un poquito para que pueda abrir la puerta –pronunció ella con tono simpático. Estaban tan próximos el uno al otro que su aliento llevó a la boca de Aitzol un profundo sabor a regaliz.

Aunque no la hubiera oído habría podido leer sus palabras en los labios. El superior más bien fino; el inferior, carnoso. A Aitzol le parecieron unos labios tal vez demasiado pálidos, como si ocultaran con timidez su sensualidad. Ella se dio cuenta de que le miraba los labios.

- La mochila no es que pese mucho –dijo ella-, pero es incomodísimo moverse por este pasillo tan estrecho con un bulto así a la espalda.

- Perdona, ya me aparto –volvió a decir perdona una vez más.

No fue porque obstaculizara el paso de la chica por lo que se disculpaba, sino porque le pareció que ella se había dado cuenta de que la miraba demasiado. Esa percepción hizo que Aitzol se sintiera incómodo consigo mismo. No quería mostrarse grosero ante aquella muchacha cuya sonrisa parecía capaz de lograr cualquier propósito. Tal vez no fuera una mujer que pudiera calificarse canónicamente de bella pero sí que ofrecía un conjunto general hermoso. Tenía el equilibrio estético de una belleza natural.

Aitzol Agirre se hizo a un lado para abrir la puerta hacia el exterior y permitir que la muchacha pasara al compartimento. El pasó tras ella con la intención de ayudarla a quitarse la mochila de la espalda.

- Échala hacia atrás y suelta las correas, que ya te la sujeto yo -dijo él. Al cogerla en sus brazos sintió que desprendía la misma fragancia que la chica, a mandarinas dulces y limón. Tal y como le había adelantado, el bulto no pesaba tanto como en verdad aparentaba.

Colocó la mochila de la chica junto a la de él. Entre las grandes mochilas y ellos dos ocupaban todo el compartimento. Ambas eran azules, aunque de diferentes tonos. La de Aitzol, marino; la de la muchacha, índigo.

"Nada más desprenderse del peso que había llevado encima comenzó a hacer algunos ejercicios para descargar la espalda y se inclinó hacia delante. Yo estaba tras ella y no pude evitar mirarle el culo mientras realizaba sus movimientos para soltar los lumbares".

Aquello me pareció fascinante. Casi seis años después lo recuerdo como si estuviera viendo la escena en este mismo momento. No sé lo que pensaría Moisés al divisar la tierra prometida pero me atrevo a afirmar, con rotundidad además, que su emoción no pudo ser tanta como la que yo sentí al contemplar aquella trasera.

La muchacha se dio la vuelta y se estiró como desperezándose. Introdujo los dedos entre las hebras metálicas de su cabello enmarañado quizás pretendiendo poner un cierto orden en tanto fulgor. Al mover así el pelo, Aitzol sintió que una ráfaga de aire puro y fresco alcanzaba su rostro. Se le puso carne de gallina y no sabía por qué. Desde luego que por frío no era. Ella era perfectamente consciente de que Aitzol la observaba con atención, aunque no sentía sucia la mirada sobre su cuerpo y por eso no se encontraba incómoda ante él. Pero Aitzol sí qué pensó que la estaba desnudando con los

ojos. Para descargar esa tensión se puso a leer una placa metálica que había junto a la balda superior para equipajes de mano. Como estaba en francés, no entendió nada.

En pie, frente a él, la chica le preguntó:

- ¿Esperas a alguien en alguna estación o viajas solo?
- Voy de viaje solo –respondió Aitzol-. No espero a nadie.
- ¿Y también querías ir en el compartimento solo? Por mi parte no hay ningún problema, cojo la mochila y paso a otro; en este tren no hay problema de espacio. Como tú quieras.

"Dudé. No sabía exactamente cómo responder a una pregunta tan simple. Es cierto que me apetecía ir solo y que por eso busqué ese compartimento y me propuse defender la entrada. Pero es que ella..."

El recuerdo que me viene ahora de aquel momento es de una cierta confusión de sensaciones. Ella me parecía una de esas mujeres de agua a las que es difícil oponerse porque te van erosionando sin tan siquiera necesidad de que se lo propongan; simplemente fluyen, y es tan hechizante ese fluir que estar a su lado es ya de por sí maravilloso. Hacía apenas unos minutos que la conocía y ya me parecía estar rodeado de ella. Pero es que yo tampoco quería que pareciera así, que pensara que me tenía descolocado. En aquellos años yo no tenía gran experiencia con chicas. Estaba la frustrada historia con Itxaso. Había sido la que más me había durado. Con anterioridad había tenido otras relaciones, pero todas ellas de desarrollo bastante irrelevante y ninguna me aportó particular conocimiento en la materia. Siempre he sido un poco sosito en esas lides. Así que ante aquella desconocida no quería aparecer como un crío, y eso que la echaba dos o tres años más joven que yo.

Aitzol no se había dado cuenta de que estaba prolongando en exceso su silencio.

- Aún no me has contestado si te importa que te acompañe. Quizás esté perturbando tu intimidad.

- No, para nada, desde luego que no –respondió, al tiempo que daba un corto paso hacia atrás y se dejaba caer suavemente sobre el asiento.

Al sentarse, el rostro de Aitzol quedó a la altura del vientre de la chica. Levantó rápido la mirada porque ese horizonte tan próximo le cohibió. Siguió hablando.

- No tengo un particular interés en viajar solo –había cambiado de opinión-. Lo que sucede es que no siempre se encuentra gente interesante.

- ¿Tú crees que no?

- Lo que creo es que cada vez somos más reacios a tomar contacto con gente que no conocemos de nada. Cada uno vamos a lo nuestro, más aún si el contacto va a ser tan momentáneo como compartir un rato en un tren, o donde fuere. Te colocas los cascos, pones tu música y no te importa en absoluto nada lo que te rodea. Total, ¿para qué?

- Claro, para escuchar la vida de los demás ya tienes los programas de televisión, ¿no? –dijo la chica.

- Pues sí, además puedes estar tomándote una cerveza y comiendo palomitas mientras tanto sin tener que dar la sensación de que te importe lo que te cuentan.

Aitzol hablaba así queriendo dar una imagen de suficiencia que, no obstante, denotaba una flagrante impostura. Ni él mismo sabía por qué actuaba así. Era evidente que estaba desubicado y que no encontraba el registro correcto de relación con la desconocida.

- No tienes cara de creerte lo que estás diciendo –dijo ella, que seguía plantada ante él, de pie, mirándole desde arriba y con una mano sujetándose en la barra de la balda portaequipajes-. Lo que sí es cierto es que cada vez somos más recelosos de compartir conversación con un extraño cara a cara y tendemos más al individualismo o al aislamiento personal.

- Si nunca nos abriéramos a desconocidos jamás podríamos tener acceso a gente nueva –Aitzol lo dijo sin pensar.

- ¿Ves?, eso ya está mejor. No te conozco de nada pero estas palabras van más contigo que las anteriores. No tienes pinta de ser un tipo que pase olímpicamente de los demás.

- ¿Y de qué dirías que tengo pinta? –preguntó Aitzol con un mohín de adolescente a la expectativa.

- Aún no me he fijado mucho. Me miras tanto que si yo también lo hiciera no sé qué iba a pasar –Aitzol se ruborizó-. Pero bueno, lo que no me parece es un tío mortalmente introvertido o misántropo; ¿reservado?, tal vez, pero no cerrado. Y, por supuesto, en tu vida jamás te has apalancado delante de la tele con cervezas y palomitas a ver programas de televisión en los que el personal cuenta sus intimidades más pútridas.

- Ya veo que eres una gran observadora.

- Y tú también –rió, dando a entender a qué se refería.

Aitzol volvió a ruborizarse y ella rió más aún, pero no de manera que pudiera parecer ofensiva. Los movimientos bruscos del tren hacían que se expandiera por el compartimento la fragancia a mandarinas dulces y limón.

Ella siempre sonreía aunque dejaba entrever una curiosa tristeza, y esa extraña mezcla Aitzol no alcanzaba a comprender.

Entonces fue ella quien sin el más mínimo disimulo se quedó mirándolo. Él permanecía inmóvil y en silencio. Si no hubiera sido por el sonido del traquetear del tren sus propias respiraciones habrían podido seguir conversando. Así, vio un joven de poco más de treinta años, alguno más que ella, pelo corto y oscuro aunque no negro, rostro ligeramente alargado, nariz grande pero armónica en el conjunto y unos ojos claros que inspiraban tranquilidad.

- Me gustan tus ojos y tu mirada –dijo ella-. Imagino que te será muy difícil mentir en la vida, porque sólo con mirarte cualquiera puede saber cuándo no dices la verdad.

- ¿Tú crees?

- Hombre, no lo sé, esto es tan sólo una aproximación inicial al personaje. Pero recuerda que todavía no me has dicho si te importa que me quede o busco otro compartimento.

"Le dije que por supuesto, que se quedara. Pero lo hice con un entusiasmo que hasta me asustó porque me hizo sentir indefenso ante ella. Además, se echó a reír y yo creí que se me estaban ruborizando hasta las plantas de los pies. Ni sé las veces que me había puesto rojo en tan poco tiempo. Desde el principio, desde que me sentí rodeado de ella, traté de marcar un poco mi espacio para no ser engullido por una ola suya. Pero resultaba que me veía hablando desde la palma misma de su mano. Tenía la sensación de que si lo pretendiera podía acabar conmigo allí mismo. Me notaba extrañamente inerme ante ella; y digo extrañamente porque era una indefensión fabulosa que me hacía al mismo tiempo sentirme invulnerable. ¡Vaya contradicción!"

Ella no arriaba la mirada.

- De cualquier forma, eres un tipo curioso e interesante –le dijo a Aitzol, y nuevamente lo pronunció desde tan cerca que él volvió a saborear su aliento a regaliz.

A pesar de la frescura e incluso procacidad con la que hablaba la muchacha, Aitzol seguía percibiendo un halo de tristeza desconocida en su semblante. Como el condenado a muerte que conversa con desesperada naturalidad mientras camina hacia el patíbulo. El soldado que avanza a la trinchera enemiga y sonríe mientras corre a por la muerte. Aitzol no sabía por qué le venían a la cabeza semejantes imágenes ante aquella hermosa desconocida.

"Dio la vuelta y se puso a buscar algo en un bolsillo lateral de su mochila. No sacó nada. Antes me había fijado en su culo pero no en el pantalón. Era un vaquero corto bastante desgastado, sin cinturón. Tenía piernas robustas, pero para nada gruesas. Los tobillos sí que me parecieron algo gruesos; sin embargo no daban la sensación de pesados. Llevaba sandalias bajas ajustadas con cintas de cuero al estilo griego. No me parecieron cómodas para andar largos trechos con peso a la espalda aunque el diseño era bonito. Percibí en su estructura física un peculiar equilibrio estético. Es como si cogida por partes no haya en ella nada que llame poderosamente la atención, todo es discreto. No obstante, al combinarse, y toda ella es una combinación neta, se genera la alquimia que me ha trastornado el ritmo de este tiempo y ha hecho que para mí sea ahora un recuerdo extraordinario. Y no me estoy refiriendo en este momento a su cuerpo sino a la mujer en sí, a esa enigmática persona de la que no sé ni su nombre. Regreso a casa sin conservar nada material de ella que no sean sensaciones, emociones intensas, algunas tan radicales que me hicieron desear huir. Aunque no pude hacerlo".

Tras hurgar durante unos segundos en la mochila cerró la cremallera y se sentó junto a Aitzol, al lado de la ventana. Él miró las cortinas que daban al pasillo. Permanecían cerradas tal y como las había colocado al principio para dar intimidad a su soledad.

- ¿Hacia dónde te diriges? –preguntó ella. Entre ambos no había más que el reposabrazos abatible.

- En principio, voy a Dublín vía Londres. Luego, aún no lo he decidido, quizás suba a Belfast. Pero no lo sé, dependerá de cómo me encuentre en Dublín. Viajo con un billete europeo, así que voy despreocupado.

- Eso está bien –dijo ella con un amable gesto de asentimiento.

- Y tú, ¿vas a Londres?

- Hacia allá es adonde va este tren, ¿no? –dijo, observando la expresión de Aitzol, que seguía sintiéndose un tanto cohibido al tenerla tan próxima a él-. Voy sin rumbo. Me dejo llevar por la inercia –era evidente que esquivaba la respuesta-. Igual te parece un poco petulante.

- ¿Por qué petulante? –preguntó Aitzol.

- No sé, quizás porque cuando alguien dice cosas como que no busca nada lo suele hacer con aires de arrogancia para darse importancia, e incluso despreciando al resto por no ser capaces de volar a tanta altura.

- Y ésa no es tu forma, claro –Aitzol comenzaba a sentir más grata la proximidad física.

- Por supuesto que no. Preferiría ver las cosas como el resto de la gente, sin plantearme que cada segundo de la vida es único e irrepetible y que los tengo contados.

Aitzol no entendía muy bien de qué hablaba la muchacha.

- Tampoco hace falta ponerse tan dramática –dijo-, No creo que llegue dentro de un momento el fin del mundo.

- Espero que así sea –dijo ella-, porque me empieza a gustar tu sonrisa bonita y no quiero perdérmela tan pronto.

"Dijo lo de sonrisa bonita y me dejó cortado. Con la conversación había comenzado a relajarme un poco ante ella, pero volvía a moverme el eje y de nuevo me sentía en la palma de su mano. Para cambiar el foco de atención, que notaba sobre mi cabeza, me interesé por saber de dónde era. Por su acento y el léxico que emplea en euskara es evidente que proviene de Iparralde, aunque también pudiera ser que fuera de padres euskaldunes pero nacida en cualquier otro lugar de influencia francófona. Se me ocurrió que por el aspecto podía ser de algún cantón suizo. La verdad es que no sé por qué pensé eso, supongo que para ocupar en algo la mente mientras me miraba".

Aitzol preguntó a la muchacha que de dónde venía.

- De París, ¿De dónde si no? El tren ha salido de París, ¿no?

- Por supuesto, yo también vengo de París pero es evidente que no soy ni parisino ni francés. No me refería a eso.

- Vale, pues yo tampoco.

- Pues tú tampoco, ¿qué?

- Que no me refería a eso.

- Entonces, ¿De dónde eres?

- Y qué importa eso ahora.

La muchacha cambió de postura la cadera sobre el asiento para colocarse frente a frente con Aitzol. Colocó el codo izquierdo sobre el reposabrazos y apoyó la barbilla en la palma de la mano. El verde de sus ojos enmudeció a Aitzol. Sintió una lanza en el pecho que le conminaba a no seguir preguntando. Pero al mismo tiempo también pensó que de un momento a otro le iba a besar porque prácticamente le podía tocar con la nariz. Le temblaban tanto las rodillas que de no haber estado sentado se habría desplomado. Ella tenía minúsculas pecas entre la pirámide de la nariz y su ojo izquierdo.

Menos mal que cuando aquello ya estaba con el culo bien puesto en el asiento porque se me rilaban las tabas. Era el momento en que la tenía más cerca y recuerdo que estaba taquicárdico perdido. No decía nada, simplemente me

miraba. Me había cortado con su tajante última respuesta a mi pregunta y estaba como diciendo venga, atrévete a hacerme otra pregunta inconveniente y te meto un cabezazo en la nariz. Al menos así interpretaba yo aquel silencio. Alguien diría que se colocó así precisamente para que la besara. Tal vez fuera eso y sostuvo el momento porque yo no me decidía. Y es que lo único que fui capaz de hacer fue preguntarme a mí mismo cómo besarían esos labios y si su lengua también sabría a regaliz. Al menos así es como lo recuerdo después de tantos años.

La muchacha giró hacia el otro lado y se quedó mirando por la ventana. El pañuelo malva del atardecer declinaba sobre la tierra oscura. La ventana no era aún un opaco telón negro. Al no tener los ojos de la muchacha fondeado en los suyos, Aitzol se envalentonó.

- Aún no me has dicho tu nombre.
- Tú tampoco el tuyo. Pero a mí no me importa.
- Pues vale, siendo así, no te lo digo –se mostró contrariado.
- Si con eso pretendes que me sienta obligada a decirte cómo me llamo, has fracasado en el intento.
- Bueno, no siempre se gana.
- Supongo que quizás no siempre se pierde –lo dijo en un tono que quitó a Aitzol las ganas de seguir preguntando.

Ninguno de los dos dijo nada más. Ella siguió mirando la inexpresiva oscuridad de la noche que ya había caído. Sobre el silencio cabalgaba libremente el gemido metálico del tren. Aitzol comenzó a sentir un miedo insuperable a que la muchacha, sorpresivamente, se levantara, cogiera su mochila y se fuera. De pronto tenía miedo a que le dejara solo. Miedo a haber dicho algo inoportuno y que le dijera adiós. Pero, al mismo tiempo, no entendía cómo podía temer una reacción así de una persona a quien acababa de conocer y de quien no sabía nada porque hasta se había negado a decirle su nombre o de dónde era. Información tan inocua que no compromete a nada, que, en un contexto como en el que se encontraban, servía para poco más que para poder arrancar con una conversación banal. Sin alcanzar a saber verdaderamente por qué, sentía una preocupante desazón.

"Yo veía el reflejo del rostro de ella en el cristal. La noche lo había convertido en un gran espejo que reproducía fielmente la imagen del compartimento. Pero ella miraba al exterior como si estuviera fluyendo algo sobre esa oscuridad. Aquel silencio me estaba quitando el aire. Unos minutos atrás la proximidad física me había excitado y ahora sentía una agobiante necesidad de abrazarla por detrás y descansar la cabeza sobre su hombro. Estaba lleno de

ternura hacia ella y no sabía por qué. El miedo a hacer un movimiento inadecuado y que ella se sintiera agredida y se fuera me tenía bloqueado”.

De pronto, la muchacha dejó de mirar por la ventana ciega y encaró de nuevo a Aitzol. Su mirada de ojos verdes le volvió a intimidar. Sin pronunciar palabra, ella levantó el apoyabrazos abatible. Ya no quedaba barrera física alguna entre ambos jóvenes. ¿Por dónde había volado en la noche el pensamiento de la muchacha?

- Ven -dijo ella-, te voy a contar un cuento para niños preguntones.

Puso la mano izquierda sobre el hombro derecho de Aitzol, junto al cuello, y jaló de él suavemente. Era una invitación para dejarse llevar y él se abandonó. Quedó tumbado sobre el asiento, casi en posición fetal, con la cabeza sobre el regazo de la chica, que comenzó a acariciarle su pelo corto. Aitzol no decía nada. Ella tampoco. La mitad del rostro de él descansaba sobre el tejido de los pantalones cortos mientras la otra mitad recibía caricias con las yemas de los dedos. Percibía vívidamente que tenía la mirada clavada en él. Aitzol descansaba sus ojos en las mochilas que estaban enfrente y que parecían estar comentando la escena entre ellas como dos cotillas desvergonzadas. Estaba tan a gusto que no necesitaba ni respirar, y el aire que inhalaba era no más que para poder captar con toda intensidad posible su olor. Era un olor diferente al de mandarinas dulces y limón y al de regaliz de su boca. Era un olor que le hablaba directamente en lo más profundo de su cerebro, en la raíz misma del instinto. Aquel aroma tan próximo le excitó con desconocida intensidad.

- ¿Te gustan los cuentos? -preguntó la chica.

- Si ya me has advertido que es para los niños preguntones, ¿por qué me lo preguntas?

- Vaya, además respondón...

- De niño sí que me gustaba que me contaran cuentos, pero eso pasó hace ya muchos años -respondió sin levantar la vista de las mochilas.

- Que a uno le cuenten cuentos o contarlos no es algo que tenga que ver para nada con la edad. Es algo que sólo responde al cariño.

- De acuerdo, pero coincidirás conmigo en que no suele ser muy habitual entre adultos.

- Eso ocurre porque los avatares de la vida van pervirtiendo el significado del cariño, hasta que llega un momento en el que expresar sentimientos cariñosos o afectivos se identifica con vulnerabilidad, con dejar flancos débiles a merced del contrario. Qué pena, ¿no?

- Dicho así, desde luego que es una pena.

- A los niños no les ocurre eso. Hacen las cosas porque sí; sienten porque sienten y lo expresan tal y como les sale del corazón. Son sentimientos sin censura. Impulsos puros. Ocurre lo mismo con los viejos y con quienes no tienen nada que perder –hizo una pausa-. También con quienes saben que están consumiendo sus últimos días.

- Y supongo que a ellos habrá que sumarles los que se dejan a la inercia y se enfrentan a cada día como si fuera el último –dijo Aitzol recurriendo a algo que ella misma había dicho.

- Supongo.

Aitzol giró ligeramente el cuello desde su posición y la miró. Ella había vuelto de nuevo la vista hacia la ventana que la noche había tornado espejo. Por el reflejo vio que Aitzol la miraba. Volvió hacia él la cabeza, pero no pronunció palabra. Le acarició el rostro con las dos manos como una invidente. Parecía que quisiera grabarse la imagen del muchacho para la eternidad.

Titiló varias veces la luz del compartimento como si fuera a apagarse, pero no lo hizo. Aprovechando un gesto de ella, Aitzol se incorporó para girar el interruptor de la luz y colocarlo en posición de penumbra. El plafón del centro del techo le hacía daño en los ojos por la postura en la que estaba acostado.

Al ir a hacerlo pensó que tal vez debía preguntar primero si le apetecía bajar la intensidad de la luz. La penumbra daría a la estancia un ambiente de intimidad que tal vez ella no buscaba. Temió generar un malentendido con el asunto de la luz y que creyera que pretendía aprovecharse de las circunstancias. Era cierto que estaba excitado y que algo dentro de él empujaba porque aquello siguiera adelante. Era estúpido negarlo. Pero, sin embargo, también se sentía flotando en tranquilidad y cariño con aquellas simples caricias. No las quería perder.

"Al ver que iba a pulsar el interruptor de la luz no dijo nada, lo que interpreté como un asentimiento. Pero le di a aquello y quedamos a oscuras".

En ese preciso momento el tren atravesó a toda velocidad una estación y las luces del exterior flagelaron violentamente el compartimento. El pelo de la muchacha parecía una hoguera salvaje quemando la noche.

"Di nuevamente al interruptor y la tenue luz de una barrita luminiscente colocada sobre la puerta nos puso un ambiente cálido de sugerente intimidad. Me parecía ver sus ojos verdes riéndose en la penumbra".

Aitzol volvió a colocarse exactamente igual a como lo estaba momentos antes, con la cabeza sobre el regazo de la muchacha. Volver a respirar su íntimo olor le extasió nuevamente.

- ¿Estás cómodo así? –preguntó ella.

- Si en vez de tres asientos por banda hubiera cuatro podría ir estirado. Pero tampoco me voy a quejar.

- ¿Estás a gusto?

- Eso desde luego que sí, aunque hubiera aún menos asientos – se sonrieron-. Quizás debería haberte preguntado lo de la luz. No me he dado cuenta. Es que la de arriba me hacía daño en los ojos...

- Está bien así. Está perfecto. Me gusta esta luz. Además, ahora se ve la noche. Antes el cristal era un muro negro que no nos dejaba soñar.

- Has dicho 'nos dejaba'. Me has incluido en tu sueño.

- Las caricias son la vía de acceso a los sueños compartidos. Pero no te confundas porque para mí ningún segundo hipoteca el siguiente, ni tampoco lo condiciona. Ni tan siquiera le da continuidad.

- Sí, ya sé que para ti no hay más momento que el presente.

Mientras le acariciaba con ternura el rostro, le contó el cuento prometido:

"Aquella mañana –empezó con el suave tono de voz con el que se narran los cuentos a los niños- la gente se movía por la ciudad con la aceleración de siempre. Era un día como otro cualquiera, con los mismos ruidos, las mismas rutinas y hasta las mismas caras pasando por iguales sitios a idénticas horas. Y también, era evidente, coincidían las mismas personas en sus cafeterías habituales con similares temas de conversación y ante sus homólogas tazas de desayuno. Que si viste la película de anoche; que si qué mal cantaba la rubia de la gala; que si aquella modelo y aquel empresario andan juntos... En fin, que era una mañana igual que la anterior, y todos y cada uno ponían en marcha un día más el motor de sus desaprovechadas vidas. Vidas monótonas, grises, sin grandes perspectivas de nada que no fuera limitarse a consumir sus patéticas horas".

"En una mesa junto a un gran ventanal de una cafetería del boulevard apuraban sus primeras tazas de café del día un grupo de personas con aspecto de oficinistas, o algo parecido. Uno de ellos miraba al exterior mientras se llevaba la taza a la boca. De pronto, la depositó sobre el platillo haciendo ruido de loza y cucharilla que se cae. Crack, clin, clin. Pidió a sus colegas que miraran por la cristalera. ¿Qué es aquello del cielo?, preguntó uno de ellos, asustado. El resto observaba hacia el mismo punto sin pronunciar palabra. Uno se levantó del taburete. Luego fueron más quienes hicieron lo mismo. Todos miraban sorprendidos y se preguntaban unos a otros

insistentemente qué era aquello. No tengo ni idea, decía uno que tomaba un té. Jamás he visto nada igual, exclamaba otro. No tengo ni idea de qué es”.

La muchacha hacía diferentes voces según relataba y ponía expresivas caras de las que Aitzol no perdía detalle. Él escuchaba atento y ella no dejaba de acariciarle.

“Alguien dijo que parecía que se avecinaba una violenta tormenta a lo lejos, que eso era lo que ocurría. Otro le contradijo asegurando que él sabía de meteorología y que aquello no era una tormenta. ¡Mirad de qué color tan raro se ha teñido el horizonte! ¡Se ven como chisporroteos!”.

“Clientes y camareros estaban ya todos junto al ventanal haciéndose preguntas sin parar. En la calle, los viandantes también miraban al cielo. La gente estaba parada en las aceras. Muchas personas contemplaban lo que ocurría desde las ventanas de los grandes edificios de oficinas. Unos a otros, todos se preguntaban qué podía ser aquello que se acercaba empujando a las nubes. Preguntaba uno. Preguntaba otro. Pronto ya no había entre ellos nada más que preguntas”.

“En pocos minutos aquel extraño fenómeno estaba ya sobre sus cabezas –ella hizo un gesto con las manos que le hizo gracia a Aitzol-. Se hizo una penumbra que curiosamente era luminosa. El aire parecía haber cambiado también. Pero la gente no hacía más que cruzarse preguntas y poner nombre a las cosas y a lo que experimentaban”.

“De un portal salió una chica que miraba al cielo con expresión diferente al resto. Rodeada de tantos preguntones, ella no decía nada, simplemente miraba el cielo con agrado y con una sonrisa de plácida curiosidad. Daba la sensación de que estuviera verdaderamente disfrutando de aquello que al resto tanta sensación de desasosiego y zozobra provocaba. Incluso movía las manos como si estuviera recibiendo gratas sensaciones –ella también hizo gestos-. Era evidente que percibía algo muy diferente a los demás. No se hacía pregunta alguna. No ponía nombres a las cosas. Ella, simplemente, disfrutaba del fenómeno”.

“A pocos metros de ella se detuvo un autobús urbano. Los viajeros descendían en un torrente de preguntas y expresiones de desconcierto. Entre ellos bajó un muchacho en cuyo rostro tampoco había ni preocupación ni preguntas. Inmediatamente se percató de la chica que miraba al cielo con alegría y agradecimiento. Se acercó a ella. Qué preciosidad de cielo, le dijo. Nunca había visto nada tan maravilloso. Fíjate qué gama de colores y tonos. Es alucinantemente

bello. Vaya que sí, respondió ella. Es como si miles de primaveras silvestres estuvieran brotando ahí arriba dejando caer sobre nosotros esta fantástica lluvia de flores. Los dos se miraron con dulzura”.

Ella miró a Aitzol con dulzura.

“Sin hacerse preguntas, sin nombres, fueron caminando por el boulevard disfrutando plenamente del fenómeno y su belleza. Mientras tanto, el resto de la gente seguía asustada haciéndose preguntas y poniendo nombres a lo que veían. Por eso se les escapaba ver lo que veía la pareja y no podían disfrutar de la hermosura del momento”.

Cuando finalizó su cuento desplegó un silencio que se quedó suspendido en la penumbra del compartimento. Ingrávido. Aitzol giró levemente el cuello para mirarla y la vio con los ojos clavados en la noche tras el cristal de la ventanilla. Cambió de postura para colocarse con la espalda completamente apoyada sobre el asiento. Flexionó las rodillas porque no daba para estirarse. Con la nuca sobre las piernas de la muchacha, Aitzol miraba hacia arriba. Ella continuaba en silencio, ajena a todo; parecía que flotara en la oscuridad exterior dentro de su burbuja.

“En la postura en la que me había puesto para buscar sus ojos veía desde abajo la redondez de sus senos. Era una fantástica perspectiva de sendos volúmenes trazados con una rotundidad magistral, dos auténticas maravillas arquitectónicas”.

La camiseta color chocolate mantenía una relación tan íntima con el cuerpo que Aitzol, desde su posición, percibía perfectamente los accidentes anatómicos. Le pareció evidente que no había nada entre el tejido y la piel, y se asombró, de nuevo, de la perfección natural de las formas, de su hermoso equilibrio.

Como la muchacha seguía en silencio, él se abandonó a la observación y a recrear su imaginación, ya para entonces muy excitada. Entonces sintió que ella regresaba en sí de su viaje por el vacío y los ojos de ambos se encontraron. Aitzol contemplaba cómo le miraba, sin decir nada. Y de pronto, en un gesto rápido, como si de un impulso clandestino se tratara agachó la cabeza y le besó. Más que un beso fue casi un picotazo, pues inmediatamente volvió a levantar la cabeza dejándole a Aitzol con los labios abocinados y golosos.

Me dio un beso de preadolescente avergonzada y asustada. Como si hubiera sido el primer beso de su vida.

Además, recuerdo que me hizo una mueca burlona con la nariz. Yo exageré aún más el gesto con el morro. ¡Necesitaba urgentemente un beso en condiciones! Pero se puso a mover la cabeza de lado a lado diciéndome que no. Era un guiño divertido. Y aquella sonrisa... Tenía un brillo excesivamente acuoso en el verdor de sus ojos, como si estuviera lloviendo en aquella selva. Cuando aquello yo aún no sabía nada de ella, no sabía ni su nombre, así que era imposible achacarlo a nada. No estaba yo para mucha reflexión. Lo único que tenía en la cabeza era que el beso había sido tan sucinto que no había podido ni catar su sabor a regaliz. ¡Me moría por probarlo!

"Poco después de aquel piquito que me dio comenzó a tirar levemente hacia arriba de mi camiseta, que fue saliendo poco a poco del pantalón. Sentía el peso de su mirada fija en mí como una fuerza de gravedad suplementaria que me mantenía la cabeza atrapada en su regazo. Fui sintiendo el desplazamiento del algodón de la camiseta por el vientre. La sensación de ese roce me provocó una respiración entrecortada. Deseaba rabiosamente besarla, pero el miedo a que eso estropeará el momento me tenía completamente paralizado. Pensé que era mejor dejarme llevar, a fin de cuentas estaba en sus manos. Además, yo no tengo un caudal de experiencias en este terreno como para saber manejar me con solvencia. Supongo que para ese momento otro ya habría tomado las riendas de la situación, que habría entendido que la chica quería sexo rápido con desconocido y que por ello había que aprovechar decididamente la ocasión porque sería todo tan fugaz como el paso por un apeadero sin estación. Para ser sincero, dejaré por escrito que en aquel momento eso era lo que menos me preocupaba. Me apetecía besarla, eso es cierto, pero me encontraba estupendamente bien siendo receptor pasivo de toda la ternura que ella me transmitía en cada movimiento de sus manos".

Aitzol tenía ya la camiseta levantada por encima del abdomen y la muchacha jugueteaba con su dedo meñique en los alrededores del ombligo. Deslizando la mano derecha por el vientre le pareció que aquel chico tenía un abdomen hermoso. Fue un pensamiento de ella que provocó que los músculos de Aitzol por donde se deslizaban los dedos temblequearan. Había una abrupta diferencia entre la calma que sentía y el agitado ritmo de su corazón.

Ayudándose de las dos manos le soltó el cinturón y empujó hacia ambos lados las dos partes de la hebilla. También con las dos

manos desabrochó el botón del pantalón y deslizó la cremallera hasta más o menos la mitad de su recorrido. Lo hizo todo sin mirar pues no retiró sus ojos de los de Aitzol. En esos momentos él era capaz de sentir el propio fluir de la sangre por venas y arterias de todo su cuerpo; incluso escuchaba el rumor de la corriente, acompañada a los latidos del corazón agitado y expectante.

Ella fue introduciendo su mano izquierda en un movimiento tan delicado que parecía ir rindiendo pleitesía a cada fragmento de piel que poseía. Pausadamente. Con levedad de brisa. Sin retirar sus ojos de los de Aitzol. En los de él centelleaba una excitación cautelosa. En los de ella seguía habiendo una extraña melancolía fluvial.

"Fue algo que no esperaba. Que me acariciara como lo había estado haciendo o que me besara, sí. Pero aquello, tal y como iba, no. Y es que siguió adelante. Yo tenía una sensación semejante a cuando uno se va introduciendo en el mar, desnudo, y va caminando lentamente mientras pequeñas olas rabiosas te rompen contra los muslos y la espuma provoca una agradable efervescencia entre las piernas".

La muchacha no se detuvo y su mano siguió cruzando fronteras hasta acariciar el destino. Sus dedos se movían como livianas colas de lagartijas adormecidas.

"Cerré los ojos. Pero sabía que ella me seguía mirando".

Sacó lentamente la mano izquierda de debajo del pantalón y volvió a acariciar a Aitzol con las dos manos, como lo haría una mujer ciega para no olvidar jamás. Recorrió sus brazos y le parecieron bien formados aunque no notoriamente fuertes. También viajó por su pecho, por encima de la camiseta. Parecía una compositora acariciando su piano antes de levantar la tapa.

Aunque han pasado ya unos cuantos años de esto que leo, recuerdo que me encontraba en un estado de plácida inquietud. Plácida porque me sentía acariciado con un mimo, con una ternura como nunca antes lo había sido. Pero, al mismo tiempo, también estaba inquieto porque no sabía qué hacer con las manos; ni con las manos ni con nada. Recuerdo que llegué a pensar que quizás estuviera haciendo el memo por quedarme así, encasquillado, sin tomar iniciativa alguna. Se supone que los hombres tenemos que tener cierto arranque en estos casos. Pero es que estaba tan a gusto y a ella se la veía con tan profundo deleite...

Además, entonces y ahora siempre he sido bastante cortado en estos temas.

Entonces ella fue descendiendo la cabeza lentamente hacia Aitzol. Su campo visual se fue reduciendo. Sintió la mullida dureza de sus pechos. A pesar de ser tan evidente que le iba a besar, los labios de Aitzol permanecían inmóviles y secos. Tal vez fuera que se percató de esa sequedad que, tras permanecer varios segundos a la distancia de una brisa de aliento, ella humedeció con su propia lengua los labios de Aitzol. Los pétalos del muchacho cobraron vida inmediatamente y se entreabrieron, receptivos.

"Tenía la lengua fría y húmeda como una fruta refrescante. Aunque yo seguía un tanto bloqueado en lo racional, lo instintivo despertó con el apetito voraz que aparece tras un largo sueño. Momentos antes yo había pensado lo embarazoso que resultaría el que de pronto el interventor apareciera en la puerta requiriendo los billetes. De ese miedo ya no me quedaba ni rastro. Nos besamos en el espacio sideral".

Transcurrió un tiempo que únicamente tuvo una dimensión medible para el mundo porque para ellos dos fue indefinido.

Cuando despegó los labios de la boca de Aitzol le preguntó:

- ¿Tú crees que se puede atrancar esa puerta de alguna manera para que no se pueda abrir por fuera?
- Supongo que sí. Tal vez con una de las cintas de la mochila se podría atar. Pero si pasa el revisor y no puede abrirla, lo mismo nos lío una buena.

Aitzol suponía que lo que la chica pretendía era asegurar la intimidad. Pero seguía temeroso de que un malentendido pusiera un final feo a aquella bonita velada. Así que optó por la prudencia. Seguía sin atreverse a tomar la iniciativa. Había algo en aquella mujer que le impulsaba a ponerse inevitablemente en sus manos.

- Qué poco te va la aventura, ¿no? -dijo ella, burlona.
- Jamás haría puenting, si es a eso a lo que te refieres.
- ¿Te tirarías en paracaídas si abajo estuviera yo esperándote?
- Aún no sé de ti lo suficiente.
- ¿Cuánto necesitas saber de algo para dar tu sangre por ello?
- No daría mi sangre por nada -la miró, buscando en ella una matización que no llegaba-. He respondido así porque doy por hecho que no te estás refiriendo a una transfusión; si fuera para eso, desde luego que daría sangre. Pero creo que hay una gran diferencia entre dar sangre y 'dar tu sangre'. ¿No es así?

- Cierto. Pero por la respuesta ya veo que eres un tipo muy cauto. Aunque de eso llevo ya tiempo dándome cuenta –rió-.

- No me gusta meter la pata.

- ¿Cuál es el problema si se mete la pata? ¿Hacer el ridículo? A quién le importa eso.

- A mí sí me importa hacer el ridículo, o que piensen de mí lo que no soy.

- Qué más te da, no vas a volver a verme jamás. Eres tan precavido ante todo porque te crees algo muy importante, alguien que debe cuidar sus pasos ya que va dejando una huella trascendente en la vida. Nos creemos mucho más de lo que somos cuando en verdad al mundo no le importa una mierda que estemos vivos o muertos.

- Parece que estás de vuelta de todo...

- Déjalo. No me hagas caso –su rostro se había tornado sombrío; pero seguidamente volvió a desplegar su inapelable sonrisa-. ¿Te tatuarías mi nombre en el brazo, así, bien grande, en un lugar en el que lo viera todo el mundo?

- Para eso debería saber primero tu nombre.

- No, no te vayas por las ramas. Lo del nombre es un elemento retórico en la pregunta, lo fundamental es lo del tatuaje.

- Como ya me has calificado de tipo cauto porque me creo muy importante...

- No he dicho exactamente eso.

- Es igual –Aitzol hizo una pausa mientras la miraba-. Me haría el tatuaje sí o no dependiendo de lo que importaras en mi vida.

- Mala respuesta. Racionalizas el sentimiento para poder tasarlo y luego, en relación a esa estimación, consideras lo que estás dispuesto a dar. Así no quiero tatuaje ni aunque te lo hagas en el culo.

- ¿Qué hay que hacer, pues?

- No seguir a tu cerebro sino a tu instinto. El cerebro se puede equivocar, el instinto nunca lo hace. El sentimiento debe ser siempre instinto y nunca razón. Hacer las cosas porque sí, por el simple placer de apurar la vida al máximo en cada momento...

- ¿Y mañana? –interrumpió Aitzol

- ¿Quién te dice a ti que vamos a llegar a mañana? –la muchacha hacía ya un rato que mostraba semblante serio-. Puede haber ahora mismo un accidente ferroviario y nos vamos a criar malvas; o puede llegar mañana y de pronto te dicen que tus días están contados porque tienes una enfermedad terminal. O simplemente no quieres que exista mañana y decides lanzarte por un acantilado. El próximo segundo a este mismo, ya es incierto.

- A mí me produciría una tristeza insufrible pensar eso que estás diciendo.

- Todo lo contrario. Si tuvieras interiorizado que tu único objetivo es vivir mientras puedas, intentarías hacer que cada segundo fuera especial, ¿no?

- Vale, sí. Pero saber que todo tiene menos fecha de caducidad que un yogur de oferta me parece triste.

- Es triste ver la fecha de caducidad pero hay que elegir entre despeñarse o vivir lo que se pueda.

- Bueno, pues como dices que no hay futuro, si llegamos a mañana me pienso lo del tatuaje, ¿vale?

- Joder, vaya si eres zoquete. ¡Cuántas veces quieres que te diga que si se piensa ya no vale!

- Es que se me olvida...

- Otra vez mal. ¡No hay que pensar!

Volvió la luz al rostro de la muchacha. Se abrazaron y rieron. La respiración de Aitzol exhalaba ya el mismo aliento a regaliz.

Sin mediar palabra, la chica se separó ligeramente y le tomó de la mano. Abrió la puerta del compartimento. No había nadie en el pasillo. Sobre el traqueteo del tren únicamente se escuchaba el silencio. Aitzol se dejó llevar sin saber adónde iban. El tramo del corredor hasta la puerta de la plataforma del vagón era tan corto que ni le dio tiempo a pensar. Al cruzar esa portezuela le vino de pronto a la cabeza la conversación del tatuaje. ¿Y si en ese afán de buscar emociones intensas pretendía proponerle salir al exterior del vagón? Una imagen le puso la carne de gallina: los dos, cogidos de la mano, recibiendo en el cuerpo toda la energía de la velocidad del tren en marcha, resistiendo esa brutal fuerza en la más negra oscuridad de la noche.

No fue así. Simplemente abrió la puerta de váter y lo empujó adentro. Y allá, en aquel reducido cubículo, a merced de los bruscos vaivenes del tren que les hacía golpearse contra todas sus dimensiones, hicieron el amor como si al poco fueran a morir en un descarrilamiento y aquello estuviera siendo el último deseo de su vida.

"Después de aquello regresamos al compartimento y nos quedamos dormidos. Fue poco más que una cabezada porque pronto el interventor pasó informándonos de que íbamos a llegar a Dieppe donde, a pie, embarcaríamos en un ferry que nos cruzaría a Inglaterra. Supongo que los dos teníamos una cara impresentable a esas intempestivas horas, pero a mí ella me pareció preciosa. Seguramente fue así porque aún estaba bajo los efectos de lo que había tenido lugar en el retrete".

"Ya en el barco, buscamos un rincón que nos pareció tranquilo, colocamos las mochilas en el suelo y nos acurrucamos sobre ellas para continuar durmiendo un poco. El paso del tren al barco a aquellas horas de la noche me pareció una especie de extraño paréntesis en el sueño, un paseo sonámbulo más que otra cosa. Aun así, tuve un brote de intentar tomarle de la mano mientras cruzábamos la escalerilla de embarque; pero, una vez más, no me atreví pensando que igual la importunaba. No deja de ser curioso que no se tenga el valor suficiente para tomarle la mano a una chica con quien poco antes se ha estado gozando de todo en lo más íntimo. Sin embargo, para mi sorpresa, nomás nos acomodamos sobre las mochilas que fue ella misma quien me rodeó con el brazo derecho y tomó mis manos con la izquierda. Nos quedamos profundamente dormidos mientras me acariciaba con dulzura las manos".

No recuerdo que nunca antes una chica me hubiera acariciado las manos, ni tampoco después de ella. Cogérmelas sí, evidentemente, pero no prodigarse de aquella manera en caricias tan tiernas.

"Cuando el ferry atracó en Newhaven volvimos a desembarcar y a subir a otro tren con igual somnolencia como pocas horas antes lo habíamos hecho en pasos inversos. En menos de dos horas alcanzaríamos finalmente Londres. El tren al que subimos ya no era de compartimentos como el francés. En esa última etapa del viaje sólo ella echó otra cabezada. Yo fui incapaz de pegar ojo, a pesar de que me consumía de sueño. No lograba detener los pensamientos errantes de mi cabeza. Pensaba que muy prontito mi camino se separaría del de esa desconocida que dormitaba sobre mi hombro y que jamás volvería a saber más de ella".

"Para tratar de calmar el desasosiego que me producía la inminente separación e intentar dormir un poco, me decía a mí mismo que bastante premio había sido ya que se cruzara en mi camino una mujer así de asombrosa. No podía haber forma más alucinante de comenzar las vacaciones de agosto. Pero ni por esas me cogía el sueño. Apuré tanto el estar pegado a ella que no me moví ni para ir al váter, y eso que tenía unas ganas insoportables de mear. Era más fuerte que todo la necesidad de sentirla como algo tangible, real. Tenía que cargarme de ella al máximo de mi capacidad. Entre los ejercicios para dormir también se me ocurrió que si el viaje empezaba de esa forma tan gratamente sorpresiva

era porque el destino me tenía preparadas unas vacaciones memorables. Dentro de poco, nada más llegar a Londres, cada uno se iría por su camino. Pensando que en ese camino el feliz destino me tenía preparadas más maravillas, me quedé dormido”.

“Despertamos al tiempo de entrar en Victoria Station. Nos desperezamos, recogimos las cosas que teníamos esparcidas en los asientos de enfrente y alistamos las mochilas. Ella manipuló algo en uno de los bolsillos laterales al igual que lo hiciera la primera vez que entró en el habitáculo, nada más conocernos. Yo miré si tenía algún mensaje en mi móvil. Al salir dije a mis amigos que no me llamara nadie, que llevaría el teléfono desconectado aunque, eso sí, miraría de vez en cuando los mensajes por si hubiera algo urgente. Tras todo ese protocolo de preparativos y justo antes de ir a ayudarla a colocarse la mochila me dijo que nos diéramos allá el último morreo en condiciones porque una vez fuera del tren no quería ya ni un besito de despedida de amigos. Lo hicimos tal y como ella lo había dicho, con furor, eso sí; pero yo no pude quitarme de la cabeza que aquello era así porque en la estación la estaba esperando su novio”.

Aitzol descendió del tren y se quedó cerca viéndola bajar. Una vez que ella alcanzó el andén caminaron al lado algunos metros, no sin cierta distancia. La imagen que daban era verdaderamente la de dos completos desconocidos cuya única relación había sido descender uno tras otro del vagón. Aitzol la observaba de reojo mientras avanzaba entre la gente.

La verdad sea dicha, yo no entendía cómo podía calificar de asombrosa a una mujer de quien, a fin de cuentas, no sabía más que lo que podía deducir o imaginar de las conversaciones que habíamos tenido durante la noche. Si de pronto me hubiera parado la Policía, me hubieran dicho que era una peligrosa delincuente o una psicópata y me hubieran pedido que les explicara cómo era, estoy seguro que no hubiera podido dar más de un par de rasgos de su personalidad. Poco más tenía para decir que se trataba de una joven muy abierta y desinhibida, que lo único que parecía querer era beberse la vida a grandes tragos al tiempo que expresaba un desconcertante desprecio a su propia existencia. Totalmente enigmática y hermética en lo personal. Y, sobre todo, propietaria de una sonrisa arrebatadora que provocaba alegría contagiosa cuando la desplegaba. Sin embargo, esa alegría tenía un pero: había

algo en ella, entonces yo aún no sabía qué, que desprendía una tristeza mortal.

Siendo tan poco lo que sabía de ella entonces, parece difícil de entender que la calificara de mujer asombrosa y que me hubiera impactado tanto. Cuando aquello, lo achaqué a la sensualidad, a toda la ternura que gratuitamente había desplegado sobre mí, a fin de cuentas un desconocido con quien se había tropezado en un tren. Practicar sexo, así, por las buenas, es algo que aunque nunca me había pasado antes, sí que lo entendía. Pero recuerdo perfectamente que percibí en ella una sensualidad tan desesperada, casi suicida, que me pareció que incluso iba mucho más allá del sexo y que, sobre todo, en aquel contexto en el que se produjo era absolutamente accesorio porque nada más pisar Londres ya no volveríamos a vernos. Así las cosas, ¿por qué tanta ternura hacia un extraño? Claro, entonces yo aún no sabía nada.

"Cuando me di cuenta de que según avanzábamos por el andén nos íbamos alejando uno del otro y que parecía que su rumbo era definitivamente divergente del mío, le grité mi nombre. Me llamo Aitzol, dije. Me salió de dentro, sin pensarlo, como una explosión. Ella ni tan siquiera se giró. Me hubiera bastado con una última sonrisa para guardarla para siempre. No hubo nada de eso. Pensé que para una vez que hacía algo como ella decía que había que hacer las cosas, por instinto, sin pensarlas, no me había servido absolutamente de nada".

Ambos se fueron diluyendo en la corriente de viajeros que fluía por Victoria Station. Equipajes, unos portados, otros descansando en el suelo; abrazos, lágrimas de despedida y de reencuentros; manos que se agitan, pañuelos; paleta de colores en las vestimentas; mezcla de olores a desodorante, perfumes, a mecanismos de tren; megafonía sin aliento.

Aitzol estuvo tentado de mirar hacia atrás para verla por última vez; pero prefirió guardar las anteriores imágenes de ella que no la que ofrecía mientras le abandonaba. Además, seguramente estaba ya en los brazos de su novio.

¿Por qué pensaba Aitzol que estaba siendo abandonado cuando no había pasado con ella ni tan siquiera doce horas? No era tiempo

suficiente para sentirse desamparado por la pérdida de una desconocida.

Dejando atrás la zona de andenes, Aitzol se dirigió directamente hacia la oficina de información turística de Victoria. Era la primera vez que estaba en la capital inglesa, y aunque salió de casa con documentación de esa índole prefirió que su primera parada fuera en ese punto para recabar algo más de información y hacerse con algún otro plano. Su amigo Unax, gran viajero, le había dado, entre diverso material, la dirección de un hostel o albergue juvenil para alojarse. En principio, pensaba pasar allá la noche y al día siguiente ya consideraría si continuaba o cambiaba de lugar. Aitzol llevaba más o menos preparado un plan para sus semanas de vacaciones. Pero era un plan lo suficientemente elástico como para irlo cambiando sobre la marcha. El viaje lo había organizado siguiendo las indicaciones de Unax, quien, además de valiosa información sobre cómo y por dónde moverse, le había proporcionado la localización de gente conocida por si acaso en algún momento se sintiera desubicado o les necesitara para algo. Así las cosas, Aitzol llevaba en la mochila una completa agenda, no sólo con lugares para visitar sino también con alojamientos recomendados.

Después de tomar varios prospectos y algún otro material en la oficina de información turística de Victoria Station se encontró frente a frente con Londres. Olía diferente a las capitales vascas. Lo del olor es algo que ya había experimentado cuando el año anterior recorriera el centro de Europa. En aquella ocasión le pareció que cada país tiene un sonido y un olor característicos, un ritmo que le es propio. La primera mirada que echó a Londres le cautivó; no porque en aquel momento se encontrara en un marco de particular belleza sino porque le pareció captar en el ambiente una textura especial, una mágica simbiosis de gentes de lo más diversas pululando en armonía sin que nadie reparara en el aspecto del prójimo.

Dio los primeros pasos y se sintió cómodo. Así que en lugar de poner rumbo inmediatamente al hostel recomendado por Unax para alojarse prefirió entrar en un local y comer algo. Ahora que lo pensaba, estaba muy hambriento. Desde que subiera al tren en París al anochecer del día anterior no se había llevado a la boca nada más que el sabor de aquella desconocida. Aquello le había satisfecho en lo más íntimo, era evidente, pero no lo había saciado el apetito. Además, notaba pesados los párpados por no haber dormido en condiciones y se encontraba cansado. Lo achacó a las emociones vividas. Vendría bien un descanso y comer algo, concluyó.

No sacó el mapa del bolsillo ni para ubicarse y echó a caminar disfrutando de lo que iba viendo. De los establecimientos de comida

rápida junto a los que fue pasando entró en el que le pareció más interracial. Aitzol se sentía vasco profundamente cosmopolita y pensaba que el conocimiento de otros pueblos y diferentes culturas enriquecía el sentimiento nacional propio dándole una dimensión solidaria y universal. Por ello, aprovechaba toda ocasión para interesarse por otras culturas, por aprender de costumbres y tradiciones de cualquier lugar del mundo. Este interés iba enfocado también al plano de la estética, ligado a su profesión de diseñador y decorador. Y así, se lanzó sobre un completo desayuno inglés compartiendo espacio con paquistaníes, africanos y algún oriental. Se sentía a gusto entre ellos como espécimen de la nación viva más antigua de Europa.

Dejó satisfecho el estómago, y después, ante la segunda taza de té desplegó sobre la mesa un mapa de Londres, una guía de calles y el plano del Metro. Era ya el momento de ubicarse en el espacio en aquella magnífica ciudad, localizar el alojamiento sobre el papel y buscar la forma de llegar a él.

"Tras desayunar me sentí muchísimo mejor. Estaba claro que necesitaba alimentación. Estaba desfallecido. Así que después de llenar la barriga incluso comencé a verlo todo con más claridad y desapareció totalmente la desazón que me había producido la separación de aquella peculiar mujer. Pasé a no entender ni tan siquiera por qué me habían afectado tanto las horas vividas con ella. Habría sido el hambre lo que hizo que me enamorara tan rápidamente. Mientras me sumergía totalmente en mis papeles esparcidos por la mesa me olvidé por completo de ella. Tenía por delante algo más de tres semanas de vacaciones y había que aprovecharlas. El inicio había resultado sorprendente, eso era obvio. Además, había aprendido que hay que vivir con intensidad los segundos de alegría quede vez en cuando nos brinda la suerte".

Entonces sintió unos golpecitos en el hombro izquierdo. La súbita evocación de un toque similar le heló la sangre e hizo que el brillante desayuno inglés le subiera a la boca en un ahogo. La señal del cerebro a los músculos llegó tan en diferido que para cuando quiso girarse para ver quién era ella ya estaba plantada frente a él abduciéndole en el extraño verdor selvático de sus ojos.

- ¿Qué haces aquí? -dijo Aitzol. Su rostro no alcanzaba a definirse entre la expresión de alegre sorpresa y la de fastidio. El capítulo de la desconocida del tren había quedado ya cerrado y archivado. ¿A qué venía presentarse ahora de nuevo ante él? Las horas pasadas juntos habían sido fantásticas pero en cierta medida le

habían desequilibrado. Ahora que nuevamente recuperaba su ritmo habitual, aquella mujer volvía a salir de la nada para turbarlo.

- En lugar de levantarte, dame un beso y ponerte a dar saltos de alegría por volver a verme no se te ocurre otra cosa que empezar haciendo preguntas. En este rato que ha pasado no has cambiado nada. Qué pasa, ¿no te alegras de verme?

- Ahora eres tú quien está haciendo preguntas –Aitzol seguía sin encontrar lugar en la escena y, como mecanismo de defensa, se mostraba un tanto arisco.

- Vale, puestos a ello, ¿me permite, Aitzol jauna, tomar asiento en su mesa? Que conste que en las películas suele ser el chico quien dice eso a la chica –sin pronunciar palabra, él hizo un gesto para que tomara asiento. Ella retiró cuidadosamente algunos papeles para poder acodarse sobre la mesa, frente a él.

- Dijiste que te ibas, que tenías otros planes –dijo Aitzol.

- Tus ojos bonitos me han hecho cambiar de planes. De pronto he tenido ganas de que haya un tiempo más después del último segundo. Me has hecho ganarme una prórroga.

Aitzol se quedó unos segundos mirándola. No sabía de qué le estaba hablando aquella chica y tampoco acababa de situarse en aquel lugar junto a ella. Era como si su recuerdo se circunscribiera al vagón del tren y fuera de él no la identificara. Se sentía como si el personaje de un sueño reciente, de la noche anterior, se le hubiera colocado delante. Creía estar ante el espectro de una fabulación, de ahí que no supiera cómo reaccionar ante semejante aparición. Fue el olor de la muchacha a mandarinas dulces y limón lo que le colocó ante la evidencia de que aquello era real, de que estaba sucediendo.

- ¿Has comido algo? –preguntó Aitzol.

- No, pero no me apetece nada. En los últimos tiempos como muy poquito. Me vale con un té.

Aitzol se levantó a pedir dos tazas de té. Pidió también un trozo de pastel de chocolate para ella. Le pareció que la chica no tenía buen aspecto y lo achacó al ayuno. Mientras tanto, ella contemplaba por detrás todos sus gestos con la atención propia de una etóloga absorbida por su trabajo de campo. Le pareció que se movía bien; y también que tenía un culo bonito.

Regresó a la mesa. Ella le seguía mirando.

- Te he traído un pastel de chocolate –dijo Aitzol.

- No tengo hambre, ya te lo he dicho. Pero me lo voy a comer porque es la primera vez desde que nos conocemos que tomas la iniciativa en algo.

- No pierdes baza en chincharme, ¿eh?

- Me gusta cuando pones carita de niño bueno –hizo un silencio mientras le pasaba los dedos de la mano derecha por el rostro-. Estás guapo con luz natural, ayer no me había fijado bien.

Incorporándose ligeramente sobre la mesa se aproximó a Aitzol y le aplicó un leve beso en los labios. Se sintió molesto porque se veía nuevamente cayendo en su fascinante abismo y no era capaz de echarse atrás.

"Cuando nos habíamos separado en la estación de Victoria, nada más bajar del tren, ahí sí que desee ardientemente que de pronto se diera la vuelta y volviera a mi lado. Pero según caminaba hacia fuera y eso no ocurría, comencé a recordar la hiriente frialdad que desprendía mientras bajábamos del vagón y su insultante indiferencia nada más alcanzar el andén. Sintiéndome ofendido por su comportamiento eché a un lado su recuerdo. Ahora resultaba que la tenía de nuevo delante, que estaba feliz por ello y que me hacía un daño tremendo la mesa que nos separaba. De todas formas, aún no sabía el porqué de su reaparición".

La chica volvió a acomodarse en su asiento. Endulzó la infusión. Se llevó la tarta de chocolate a la boca. A Aitzol se le hizo eterno todo ese silencio. Esperando escuchar algo de ella, iba colocando la mirada en uno u otro lugar del establecimiento. Expectante. Intranquilo.

- Te alejaste de la estación sin mirar atrás –dijo finalmente ella en tono de reproche.

- Me has estado siguiendo –contraatacó Aitzol.

- Pero tú te separaste de mí sin mirar atrás. Si lo hubieras hecho, te habrías dado cuenta.

- Abriste un precipicio tan jodido en cuanto salimos del compartimento del vagón... ¡qué quieres que te diga! –hizo un silencio que desconcertó a la muchacha porque en ese momento realmente no sabía por dónde le iba a salir Aitzol-; lo único que pensé entonces es que te estaba esperando tu novio.

- ¿Mi novio? – se echó a reír. Algún cliente miró hacia ellos-. Si, claro, mi novio; por eso te pusiste a gritarme tu nombre en medio de la estación...

- Me salió así, sin pensarlo...

- Si es así, te lo perdono –volvió a reír. Incorporándose sobre la mesa como lo hiciera anteriormente, le besó. No fue leve. Fue un beso breve pero rabioso, casi como una dentellada., Todavía no sé qué es, pero hay algo en ti que me hace sentir cómoda.

Aproximó su mano a la de Aitzol y la acarició lentamente. Era del tipo de ternura que al muchacho lo dejaba a la deriva.

- Me gustan tus manos –dijo ella-. Las manos, su tacto, dicen mucho de las personas.

Dejó las caricias y centró la atención en la documentación que Aitzol había desplegado sobre la mesa.

- Y todo esto, ¿qué es? –preguntó-. No serás tú el que ha cruzado el Canal de la Mancha para tratar de encontrar a una ex-novia perdida sobre las direcciones de los remites de sus últimas cartas..

- Habría que estar muy desesperado para intentar encontrar a alguien en una ciudad como Londres sin conocer la dirección concreta.

- Desesperado, ¿y por qué no enamorado? –preguntó ella.

- Un amor perdido o no compartido es siempre desesperado, así que lo mismo da lo uno que lo otro. Y alguien que fuera capaz de hacer eso es evidente que reúne todos los ingredientes en un mismo envase. Habría que estar muy loco.

- Ya sé que los seres hiper-rationales como tú no sois muy dados a las locuras maravillosas. Pues no sabes lo que te pierdes, majo

- O lo que me ahorro.

- Deberías aprender a exprimir cada momento como la última y única naranja del frutero –se había puesto seria al pronunciar la frase. Luego, sonrió simpática- ¿Sabes?, yo conocí a uno que hizo eso.

- Qué, ¿exprimir cada naranja como la última?

- No tontín; venir a Londres a buscar a su amor. Estudiábamos juntos en el Liceo. Éramos muy buenos amigos en aquella época. ¿Te lo cuento?

- Va a ser lo primero relacionado contigo que me cuentas, así que no puedo negarme –Aitzol advirtió que la muchacha había utilizado el término Liceo para referirse al instituto, lo que le confirmaba su idea inicial de que era de la Euskal Herria continental, del norte.

Ella dio un par de sorbos al té y él recogió algunos de los papeles que estaban desperdigados, dando un aspecto más ordenado a la mesa. Sin llegar a posar la taza, la chica comenzó a hablar.

- Un buen amigo mío, el nombre no viene a cuento en este cuento, vino hasta aquí para ver a su chica favorita no sabiendo más que la primera dirección en la que se había alojado meses atrás. Cuando digo lo de 'chica favorita' ya sabes a qué me refiero, que él estaba enamorado hasta las patas pero ella no veía más que un excelente amigo que siempre estaba a su lado sin pedir nada.

- ¿Eras tú la chica?

- ¡Desde luego que no! ¿me vas a dejar seguir?

- Venga, continúa.

- Este amigo mío aprovechó el puente del 11 de noviembre...
- Será del 1 de noviembre.
- Vaya si eres un tipo puntilloso, ¿no? He dicho 11 de noviembre porque ese día es fiesta en Francia.
- Así que eres de Iparralde.
- ¿Me va a dejar seguir, mi Sherlock Holmes txiki?
- Vale, lo siento; pero es que como no sé nada de ti...
- Ni lo sabrás –dijo ella tajante-. Pues bien, cogió un avión y se presentó en Londres con una vieja dirección de la chica, un callejero bien gordo y la determinación de pasar todo el puente buscándola. Como a los enamorados siempre se les ocurre hacer alguna txorrada, éste se pasó semanas tejiendo un jersey de lana negra para regalárselo en cuanto la encontrara.
- Supongo que en la dirección a la que fue no estaba.
- Correcto. Era una residencia de monjas.
- Joder, qué puntería.
- Allá no estaba pero le hablaron de una dirección a la que le habían mandado meses atrás las cartas recibidas. En ese segundo lugar le remitieron a otro, y de aquel a otro más. Y así anduvo un par de días de residencia en residencia hasta que llegó a un albergue juvenil donde el responsable le dijo que aunque hacía semanas que no había pasado por ahí, había dejado sus pertenencias en una habitación. Pensó que ya estaba cerca de su objetivo, así que se puso a preguntar por ella a todos los que se encontraban allá. Algunos le dijeron que le habían oído comentar que trabajaba en un hotel de Kensington. ¿Sabes dónde está Kensington?
- No, es la primera vez que estoy aquí.
- Esa zona está plagada de hoteles. Pero bueno, eso no le desanimó y fue de hotel en hotel dando su descripción y preguntando si trabajaba allá.
- Se pensarían que era de la Europol
- No sé lo que pensarían, pero la encontró. Aunque no fue en un hotel. Como en ningún lugar le dieron razón de ella, como último recurso se le ocurrió preguntar a qué hora salía el personal que trabaja en los hoteles y se apostó en un lugar desde donde dominaba mucho espacio y el acceso a un par de bocas de Metro.
- Tu amigo estaba bastante colgado.
- Si no estás lo suficientemente colgado no merece la pena sentir. Si no estás dispuesto a asomarte al abismo por lo que quieres, la vida se convierte en un recorrido estúpido.
- Sí, ya sé, hay que aplicar el exprimidor a todo. ¿Y la encontró o no?
- Voy a abreviar porque creo que te estoy aburriendo. La pasada noche no decías nada mientras te contaba el cuento –sonrió-. Pues bien, acabemos. Mi amigo estaba sentado, descansando, y escuchó que alguien le llamaba desde la ventana de un hotel.
- Era ella, claro.

- Por supuesto, no seas capullo, si no fuera así no te habría contado la historia.

- Lo que me imaginaba, un desesperado al que una casualidad le brinda su día de suerte.

La muchacha miró a Aitzol con severidad, tanta que se sintió acobardado.

- Qué pasa, ¿Qué los desahuciados aunque no tengan esperanza también tienen que renunciar a las ilusiones?

- Yo no he dicho eso –había recibido la pregunta como una puñalada y creyó que estaba obligado a decir algo, aunque no sabía muy bien qué porque se veía cogido de los hombros y zarandeado-. Por supuesto que hay que mantener las ilusiones incluso en la más absoluta desesperanza. Es más, probablemente sea en una situación así cuando todos los sentimientos estén más a flor de piel y se perciba todo con mayor plenitud...

- Disfrutar cada sorbo del zumo de la única naranja.

La metáfora del zumo llevó hasta Aitzol nuevamente el aroma a mandarinas dulces y limón de la muchacha.

- ¿Sabes?, mi amigo me recuerda un poco a ti, o tú me recuerdas un poco a mi amigo.

- Yo no creo haber estado nunca enamorado como para hacer algo así. No soy particularmente romántico.

- No es en eso. Es más bien en lo cohibido. Aquella noche, después de encontrarla, mi amigo y su chica favorita durmieron juntos en el estrecho canapé de la habitación que les dejó un amigo y no se atrevió ni a darle un muxu de gabon. Se acostaron tan pegados para no caerse que incluso habrían estado bastante más cómodos el uno encima del otro. Sin embargo, éste lo único que hizo fue dormir cogido de su mano, y eso porque se la tomó ella.

- Esa chica eras tú

- Ya te he dicho que no, yo nunca he estado trabajando en Londres. Siempre he venido por placer o de compras, o de ambas cosas.

- Si soy cohibido contigo es porque no sé cómo actuar nunca.

- Es que no tienes que actuar.

- Me refería a comportarme.

- Ya te había entendido –rió-. Déjate llevar...

- Y exprime cada naranja, claro.

- Como si fuera la última.

La muchacha se pasó al otro lado de la mesa para sentarse junto a Aitzol. El asiento era largo, de dos plazas. Le echó la mano por encima del hombro y le besó, esta vez con detenimiento. Aitzol se dejaba hacer, pero había algo dentro de él que quería resistirse. Se separó ligeramente de ella, iba todo demasiado rápido para lo que él

estaba acostumbrado y esa velocidad no le dejaba pensar. Sentía que aquella mujer le llevaba corriendo tirando de su mano por un escenario trepidante que escapaba a su control. Necesitaba tomar un poco de aire, frenar el ritmo que llevaba.

- Así que tanta vuelta y tanta historia durante días por todo Londres para, al final, encontrarla por casualidad –dijo Aitzol para abrir un hueco.

- ¿Y qué? Lo importante es el hecho en sí, no si se alcanza o no el objetivo.

- Sin objetivo, ¿para qué hacer nada?

- Pues como vivir, que es un objetivo en sí mismo; o la felicidad, que también lo es.

- En la vida hay que tener objetivos porque son éstos los que le dan sentido.

- De acuerdo, pero también puede haber momentos en los que tan sólo con vivir ya se ha cubierto el objetivo. Vivir lo que se pueda.

"Aunque dijera las cosas con una sonrisa plena, yo seguía percibiendo en ella un poso de extraña amargura indescriptible que no alcanzaba a identificar. En aquel lugar de comida rápida me daba la sensación de estar ante una equilibrista, y eso me provocaba inquietud, máxime cuando se trataba de una desconocida con quien sólo me unía una noche de amor que fue como ella misma: En parte tierna y en parte arrasadora".

- Un refrán japonés dice que incluso el encuentro más casual está predestinado –dijo ella.

- Como el de tu amigo y su chica –Aitzol seguía un tanto áspero.

- O como el de dos desconocidos en un tren –jugueteó con la tetera manteniendo la mirada baja. Luego la levantó para hacer la pregunta-. ¿Me vas a pedir que continúe contigo o te espera alguien?

- No, no me espera nadie. Ya te dije que viajo solo.

- Yo también te dije adiós hace unas horas y ahora volvemos a estar juntos. Ayer fue ayer y hoy es hoy.

- Y el próximo segundo no le pide permiso a éste para continuar, ¿no?

- Así es –hizo una pausa larga. Aitzol la miraba fijamente-. Digamos que encontrarme contigo ayer me ha hecho replantear una decisión tomada.

Aitzol no entendía de qué le hablaba en ese momento.

- Contigo no sé si decir vete o vamos –dijo Aitzol finalmente.

- Si lo supieras quizás ya no fuera divertido.

- La incertidumbre me parece todo menos divertida. Tú me confundes y eso me desorienta.

- Tira la brújula al Támesis y encontrarás tu rumbo.
- Mi idea era continuar hacia Dublín... -Aitzol no sabía qué decir.
Una parte de él deseaba estar con ella y otra le advertía de problemas.

- ¿Me quieres de acompañante en Londres?
- Ahora eres tú quien está preguntando.

Se abrazaron y rieron.

- No sé cómo te lo haces pero soy incapaz de negarme a nada de lo que propones.

- Nunca le digas a una chica que eres incapaz de resistirte a ella.

- Habíamos quedado en que debía expresar mis sentimientos sin buscarles un doble propósito, ¿no?

- ¡Ves por qué me siento bien a tu lado! –exclamó ella.

Una camarera recogió las tazas y las pequeñas teteras de la mesa y continuó hacia la siguiente sin decir nada. Tenía aspecto de joven española, por lo que no podía entender nada de lo que hablaba la pareja de vascos. El euskara les aportaba una intimidad suplementaria.

- Entonces –dijo ella-, ¿seguimos juntos un tramo más?

- Vale – respondió Aitzol, escueto. No quería manifestar entusiasmo porque tampoco estaba muy seguro de si después se iba a arrepentir. La forma tan devastadora como caminaba aquella mujer por su vida en el poco tiempo que la conocía le provocaba la desconfianza de un hermoso lago ante la inminencia de una tormenta.

-¿Solo 'vale'? ¿Es ésa toda tu alegría? –protestó ella poniendo cara de encantadora niña caprichosa-. Tanta parquedad no se corresponde con la agonía con la que has gritado tu nombre en Victoria cuando me iba; aquello sonaba a náufrago pidiendo socorro.

- Eres una auténtica sorgina. Seguro que a alguna antepasada tuya la quemó Lancre en la hoguera.

- No creo que fuera por parte de madre porque de ese lado, a excepción de una tía, son todos demasiado católicos. Esos andarían con los franceses, fijo.

- Lo que no puedo hacer es viajar con una chica de quien desconozco su nombre, por decir algo mínimo. No sé, me parece un poco ridículo decirte 'aizan' o 'neska', me suena como a nombre de maskota.

- Vaya –exclamó la muchacha-, en eso sí que tienes razón. A ver, pensemos un nombre.

- Vuelves a estar jugando conmigo.

- No, qué va –se revolvió, burlona-. Pero si me vas a poner un nombre, que sea bonito y lo elegimos entre los dos.

- No quiero ponerte un nombre. Quiero saber tu nombre, hostias.

- ¿Qué te parece Haizea? –dijo ella, que ni había escuchado la frase anterior de Aitzol.

- Está visto que contigo es imposible. Pasas por encima de todo y siempre consigues lo que te propones. Te llevas la vida por delante.

- Ojalá fuera así, Aitzol, pero lamentablemente no lo es –volvía a mostrarse seria-. Por muy invulnerables que nos creamos, por muy importantes y eternos es la vida quien tiene en sus manos todos los hilos y nos mueve a su antojo. Y cuando le place, los corta.

"Era la segunda vez que la escuchaba decir mi nombre, y lo dijo en el mismo tono de desaliento en el que me hablaban sus ojos en aquel momento. Era sorprendente cómo rebotaba de una actitud fresca y burlona a aquella otra de pozo insondable para, seguidamente, regresar al desparpajo. Nunca me han gustado las montañas rusas, y mucho menos la de ella; sin embargo, me subí y hasta acepté llamarla Haizea".

- Entonces, qué; ¿Aitzol y Haizea se van a dar una vuelta juntos por Londres o no? –volvían a resplandecer sus ojos de verde selva.

- Qué debo responder, ¿sí, quiero?

- Tú sabrás, no te estoy pidiendo matrimonio.

- Vale.

- Di Haizea

- Bien. Me suena bien mi nombre en tus labios. ¿Salimos de aquí?

- Sí, vámonos. Pero, dime, ¿le gustó el jersey a la amiga de tu amigo?

- Creo que le gustó mucho. Al parecer, luego lo perdió en uno de los squat en los que vivió.

- Qué pena, seguro que era un jersey muy bonito

- Sí.

Antes de dirigirse al alojamiento que llevaba apuntado Aitzol en una tarjeta, caminaron por la zona y se sentaron en un parque a beber las cervezas que habían comprado en un establecimiento de bebidas alcohólicas.

La que pasó a llamarse Haizea se reveló como una muchacha más tranquila de lo que le había parecido a Aitzol en las horas anteriores. En sus picos desvergonzados le había cohibido en cierta medida porque era como si le sacara de su carril de lo previsible. Pero cuando, sorpresivamente, la expresión de sus ojos se oscurecía y

afloraba una tristeza de procedencia desconocida, le descolocaba por completo. Esa dicotomía le dotaba a ella de un inquietante atractivo.

Mientras bebían cervezas y hablaban sentados en un banco, Aitzol fue tomando contacto con una mujer que le resultó mucho más interesante de lo que había pensado. En la marejada era sorprendente, pero en la calma transmitía la placidez refrescante de un baño desnudos al anochecer en una playa mágica. Empezaba a sentirse verdaderamente contento de haberla encontrado y de que siguieran juntos en Londres.

"La dirección que me había dado Unax para alojarme estaba en una de las calles que van a dar a Bayswater Road, frente a Hyde Park. Ella, bueno, Haizea, conocía perfectamente la zona y se movía en el Metro con una destreza que me hizo pensar que había pasado buenas temporadas en Londres. Siempre que surgía alguna oportunidad de preguntar por algo de índole personal yo trataba de hacerlo. Sus respuestas solían ser amenos relatos circunstanciales de los que poco o nada personal podía sacarse. Cuenta muchas cosas, eso sí, y lo hace de manera magnética porque al menos a mí me atrapa y me ha gustado escucharla. Sin embargo, alcanzado determinado punto de intimidad en la conversación Haizea es capaz de levantar un muro infranqueable. Al menos conmigo así ha sido. A partir de ciertos momentos ha abierto unos vacíos que me han resultado inquietantes pero también hechizantes. Sus silencios, sus circunloquios para llevar el asunto a vía muerta o el súbito cambio de tema dejándome boquiabierto han sido recursos habituales de Haizea en estos días".

"Entre una cosa y otra, para cuando llegamos al hostel aquel estaba ya bien entrada la tarde. En hegoalde aún sería pronto, pero los horarios británicos son notablemente diferentes y para esa hora la gente incluso ya había cenado. Se suponía que yo viajaba solo, así que la habitación que Unax me había apalabrado por teléfono era individual. Al presentarnos en recepción nos dijeron que el cuarto no podía ser usado más que por una persona, por lo que nos recomendó buscar algún otro lugar por los alrededores. Lo intentamos, pero fue inútil. Haizea dijo de volver a probar en el primer lugar. Estábamos ya exhaustos, entre el agitado viaje en tren y después todo el día dando vueltas con las mochilas a la espalda. Y también estábamos un poco borrachos por todas las latas de cervezas que habíamos estado bebiendo. Al llegar de nuevo, Haizea tomó las riendas

de la negociación con el muchacho de recepción. Me sorprendió la fluidez con la que hablaba inglés. El acento sutilmente afrancesado que tiene al hablar en euskara desaparece absolutamente al comunicarse en inglés. Imagino que un anglófono captará la diferencia, pero desde luego que yo no. El muchacho nos advertía que el cuarto era excesivamente pequeño para dos personas y ella le decía que eso no era problema alguno, que nos gustaba dormir muy pegaditos. Como no podía ser de otra manera, cedió; y allí bajamos con nuestras mochilas a la parte del edificio que quedaba por debajo del nivel del suelo. Vamos a pillar cama rica, me dijo cuando íbamos por el pasillo hacia el cuarto, detrás del muchacho de recepción”.

Cuando el recepcionista les dio las buenas noches y cerró la puerta tras él, la chica que habían acordado se llamara Haizea rompió a reír. Aitzol al comienzo se quedó boquiabierto observando el cubículo, pero al poco se unió a las carcajadas de su amiga.

- Hostias, Aitzol, esto es más pequeño aún que el compartimento del tren –lo dijo a trompicones, sin parar de reír.
- Tenía razón cuando decía que era sólo para uno.
- Y yo que esperaba que nos diéramos un homenaje en cama grande... Mañana habrá que buscar otro sitio.
- ¿Tú crees que entraremos los dos en esta cama?
- Hacemos un puzzle y así abultamos menos –le agarro de la mano, tiró de él y ambos cayeron sobre la cama.

La habitación tenía poco más de metro y medio de ancho, lo justo para la puerta y la cama. A los pies de ésta, una silla y dos baldas a un lado y un pequeño lavamanos con un espejito al otro. La cuarta pared, frente a la entrada, tenía un ventanal de cristales translúcidos. La ventana daba a la techumbre de una estación del metropolitano. Cada vez que pasaba un tren se percibía una vibración ronca.

En su primera noche en Londres no salieron. Cumplieron sus 24 horas juntos haciendo el amor por un minúsculo habitáculo que en verdad se les quedó pequeño para tanto ardor. Era la segunda vez que lo hacían, y volvía a ser como la cópula de dos animales desesperados. De la cama cayeron a la moqueta, que también parecía se les quedara pequeña. El cansancio y las cervezas no parecían haber hecho mella alguna en aquellos dos cuerpos jóvenes sudorosos y calientes hasta la fusión. Dos cuerpos bellos amándose.

Aitzol la levantó del suelo y la sentó sobre el alfeizar interior de la ventana. Ella levantó los brazos en aspa presionando los marcos con las manos. Los pies en el aire. Los muslos separados. Con la

cabeza ladeada, su largo cabello parecía serpientes que en parte le cubrían el pecho y en parte caían por el vidrio celosas de no estar en contacto con la piel. Aitzol colocó sus manos sobre las de ella y le mordió los hombros; no le bastaba su sabor íntimo, quería probar hasta el de su carne. Dientes y lengua recorriendo la piel húmeda. La silueta de los amantes haciendo un solo cuerpo se recortaba contra el cristal tenuemente iluminado por alguna luz noctámbula del exterior. Pasó un tren, pero su vibración, otrora notoria, quedó en la nada en el epicentro de aquel terremoto de lubricidad.

Haizea se enganchó a Aitzol en brazos y piernas. En esa postura, él la tomó y la levantó ligeramente del antepecho de la ventana para dar con ella los poco más de dos pasos que les separaban de la cama. Allá la tumbó y secó con caricias su sudor. Ella lo miraba en silencio. En la oscuridad, sus ojos verdes parecían los de un animalito agradecido.

Así se quedó dormida. Entonces Aitzol le colocó cuidadosamente su largo pelo enmarañado para que no perturbara su sueño. La tapó con dulzura. Luego él cogió un cobertor y se acomodó para dormir en el suelo, en paralelo a la cama de Haizea.

"Aún estaba despierto cuando en un movimiento que hizo al cambiar de posición en la cama una mano se le descolgó por fuera. Quedó a unos centímetros de mi cara. Me incorporé ligeramente para besarla; y pensando en las historias que habría escritas en esas manos, me quedé dormido".

Habían tratado de buscar otro alojamiento por los alrededores pero la tarea resultó infructuosa. Como estaba otro joven diferente en recepción y éste no les decía nada, continuaron en aquel pequeño cuarto. Al final se habían habituado a los espacios pequeños.

Una mañana, la chica que convinieron en llamar Haizea entró como un tornado en la habitación diciendo que era inexcusable ir al mercado de Camden Town. Hacía más de tres horas que había desaparecido sin dejar nota alguna y ahora regresaba como si no hubiera pasado nada. Aitzol creyó que la había perdido. En realidad no había indicios racionales de que la muchacha le hubiera abandonado porque en la habitación permanecía su mochila, pero pasaba el tiempo, no regresaba y ello produjo a Aitzol una inquietud insoportable.

Cuando había abierto los ojos a la mañana su amiga no estaba en la cama. Pensó que habría salido al servicio. Era la primera vez en tres días que no tenía su piel junto a la suya al despertarse y los segundos de ausencia se le hacían tan eternos que se incorporó en la cama y sin saber por qué lanzó la mirada hacia el fondo de la habitación, donde dejaban sus pertenencias. No vio la mochila de Haizea y el corazón le propinó un golpe tal que saltó de la cama. Al hacerlo vio la mochila en el suelo y recuperó la respiración. Estaba a los pies del camastro, por eso no la había visto. Salió a la zona de office pensando que tal vez estuviera allá preparando un frugal desayuno o una taza de té. Pero no vio más que una pareja y un par de tipos con aspecto de viajeros solitarios. No estaba Haizea. Preguntó al muchacho de recepción si acaso él la había visto y éste le confirmó que hacía algunas horas que la había visto salir con un bolso grande de bandolera. Aitzol regresó a la habitación. Apenas un rato sin ella y ya se sentía huérfano. No podía tolerar semejante dependencia respecto a una extraña a quien incluso se refería con un nombre supuesto. Pensando en ello, se entretuvo haciendo la cama y adecentándose él y el cubículo.

Pasaba el tiempo y la muchacha no regresaba. Su tensión iba en aumento. Podía haber salido a pasear para relajarse o leer algo mientras la esperaba ya que, al haber dejado allá su mochila, era evidente que debería regresar. Sin embargo, aunque no entendía por qué, cada minuto sin ella le hería.

Se puso a dar vueltas por la breve estancia como un animal enjaulado. Entonces le pareció escuchar un zumbido que salía de la mochila de la chica. Tenía todo el aspecto de tratarse del vibrador de un teléfono móvil y sonaba precisamente en el bolsillo lateral en cuyo interior había visto a Haizea manipular algo en numerosas ocasiones. No se atrevió a abrir la cremallera y mirar, pero sí que palpó el bolsillo. Aquello que fuera lo que zumbaba en su interior estaba envuelto en una camiseta o en un pañuelo grande que ahogaba el sonido haciéndolo prácticamente inaudible. Mientras palpaba, dejó de vibrar. Se sobresaltó. Sentía la pequeña habitación como una celda de castigo de la que únicamente podría salvarle Haizea regresando. Estuvo tentado a mirar en el interior de la mochila pero no lo hizo. Nada le impedía abrir la puerta e irse a dar una vuelta para relajarse, pero sentía que el exterior ya no sería igual sin ella y tenía miedo de arrojarse a él, indefenso. Le sentó en la cama. Sentía unas extrañas ganas de llorar.

Entonces se abrió la puerta y entró Haizea con arrolladora naturalidad diciendo que ese día deberían pasarlo en Camden Town, que ya habían pateado bastante el centro los días anteriores.

"Hubiera querido preguntarle dónde había ido pero no me atreví a hacerlo. En esa ocasión no fue por temor a importunarla con mis preguntas sino para no dar la sensación de que su ausencia me había atormentado. Y es que yo aún no comprendía cómo había llegado a un punto así de desazón por el simple hecho de no haberla sentido a mi lado durante varias horas. Era una servidumbre que no me podía permitir; y no sólo porque no encaja con mi carácter sino porque sabía que cualquier día no volvería a verla nunca más".

Haizea lo condujo por el mercado de Camden mejor aún de como lo hubiera hecho una guía nativa. Recorrieron tiendas, puestos; vieron alguna pequeña barcaza pasando por las esclusas, y comieron y tomaron el té a las horas debidas en sendos establecimientos de las calles próximas.

Al atardecer, destrozados ya del ajetreo, con los ojos cansados de tanto mirar y cuando las tiendas comenzaron a cerrar, entraron en un pub junto al puente y bebieron una pinta de cerveza que se unió a las latas de las que ya habían ido dando buena cuenta a lo largo de toda la jornada.

Sentados en el lounge del pub para descansar con más tranquilidad, tras el enésimo brindis Aitzol dijo que igual era momento de comenzar a dirigirse hacia el hostel y seguir bebiendo por aquellos alrededores para estar más cerca de la habitación.

- Es buena idea -dijo Haizea-. Pero mejor aún, y bastante más barato, si cogemos un cargamento de latas de cerveza y vamos directamente a nuestra guarida.

- Fantástico -exclamó Aitzol-. Habrá que salir ya para buscar dónde comprar las cervezas.

- Mejor si las pillamos ahora por aquí, no sea que al llegar encontremos todo cerrado.

Dejaron atrás el pub y se pusieron a buscar una tienda de venta de bebidas alcohólicas. La chica llamada Haizea dijo recordar por dónde había uno de esos establecimientos, pero en la búsqueda se alejaron bastante de la estación de metro de Camden hasta alcanzar unas calles en las que la muchacha, tal vez por el alcohol, se desorientó. Como Haizea dominaba la zona habían salido sin el callejero. A pesar del extravío, localizaron una tienda abierta y compraron dos embalajes de seis pintas de cerveza cada uno. Como, finalmente, Haizea reconoció haberse perdido, preguntaron a la chica

de la tienda por dónde estaba la estación del Tube más próxima, y hacia allá se dirigieron cargando con sus seis litros de cerveza.

Con las indicaciones que les diera la dependienta no les fue difícil encontrar la estación de Metro. Nada más bajar a ella lo primero que hicieron fue colocarse ante un plano para situarse en el espacio.

- Qué, ¿ya sabes dónde estamos? –preguntó Aitzol.

- Ahora, sí. Ya no hay problema. Pero tenemos que pasar a la otra zona de andenes. Vamos por allá.

Señaló uno de los pasillos subterráneos y por él echaron a caminar. Iban tomados de la mano. En la otra, su correspondiente embalaje de cervezas cogido por la abrazadera plástica. Bamboleándolas. Habían comprado algunas cosas en Camden que junto con algún otro objeto personal llevaba Aitzol a la espalda en una pequeña mochila de ataque. Podían haber introducido en ella también las cervezas, pero Haizea había insistido en que ofrecían una imagen más plástica llevando cada uno las suyas en la mano.

Giraron en un recoveco para tomar otra galería hacia el andén. Había corriente de aire, de lo que dedujeron que estaba cerca una boca de entrada. Casi al final del corredor observaron una pareja. Ella tenía la espalda pegada a la pared. El hombre, con los brazos extendidos a ambos lados de ella, la encerraba entre medio. Al percatarse de la presencia de Haizea y Aitzol, el hombre se pegó más a la mujer. En la distancia parecían una pareja haciéndose arrumacos.

Según se iban acercando, Aitzol notó que Haizea tensaba el puño de la mano de la que iban asidos. La miró, y le sorprendió la punzante fijeza con la que observaba a la pareja. La mirada de Haizea le pareció la de un ave rapaz superior enfocando su pieza antes del ataque. Caminaban, y Aitzol seguía escrutando la expresión de su amiga, que incluso, momentos antes, había detenido la alegre conversación en la que venían enfrascados. Al llegar a la altura de aquella pareja, Aitzol percibió nítidamente una chispa eléctrica que unió la mirada de Haizea con la de la mujer encerrada entre los brazos del hombre.

Aitzol no supo escuchar la llamada de los ojos de aquella mujer pero Haizea sí. A un metro del hombre, y sobre la marcha, Haizea le propinó un golpe bestial en la cabeza con todo el embalaje de cervezas y salió corriendo tirando de la mano de Aitzol, que arrancó en volandas tras ella. El hombre se derrumbó al suelo al recibir el impacto, momento que aprovechó la mujer para salir corriendo en otra dirección.

Haizea jalaba de Aitzol sin parar de correr. Él miraba hacia atrás. Aunque podría pensarse que el muchacho sería más rápido que ella, iba siempre un paso por detrás sintiéndose arrastrado por una máquina veloz. Poco le faltó para caer subiendo las escaleras para alcanzar la calle, pero la energía de la chica estaba absolutamente desbocada y lo subió a trompicones. Casi podría haberle arrancado el brazo.

"Me quedé con el cerebro en blanco cuando paramos en un banco a la entrada de un parque que se suponía Regent's Park. No podía ni respirar ni pensar. Es más, sucedió todo tan rápido que ni acertaba a saber qué era lo que había pasado. Aquello era inconcebible para cualquier mente racional; y como la mía lo es, tenía todas las piezas revueltas sin saber cómo colocarlas. Mientras tomaba aire mirando a todos los sitios por si nos habían seguido, tan exhausto que hasta esa palabra me parece poco para expresarlo, me dieron varias arcadas y estuve a un paso de echar allá mismo hasta la primera papilla".

"Cuando me repuse físicamente –emocionalmente tardé días-, miré a mi lado y me encontré con Haizea aún jadeando de manera tan agónica que me asustó. Levantó la vista hacia mí. Había en su rostro la luz de todas las estrellas del universo. La imagen que ofrecía me conmovió. Yo la miraba sin saber qué hacer o qué decir. Entonces ella me sonrió, y en un gesto agotado levantó el brazo y me mostró las cervezas. Yo las había tirado todas nada más dar la primera zancada. ¡Ella no había soltado las cervezas!".

-¿Se puede saber qué cojones has hecho? –trató de gritar Aitzol, aunque la falta de aliento dejó la pregunta en un gruñido de enfado.

- ¿Cómo que qué cojones he hecho? –su rostro pasó de la sonrisa cómplice a la rabia-. ¿No has visto lo que pasaba?

- Pasaba, ¿qué? ¿Qué hostias de mierda pasaba?

- Los ojos de aquella chica gritaban socorro. ¿No lo has visto?

- Pero qué socorro, joder; por favor, Haizea, ¡qué mierda de socorro!

- Está claro que tú no ves nada. Yo no sé qué coño hago con alguien que no sabe ver más allá de sus putas narices –estaba alterada. Aitzol extendió la mano hacia ella-. No me toques, joder. ¡Te he dicho que no me toques!

- Por favor, Haizea. Por favor. Tranquilízate. Venga. Por favor.

Volvió a tratar de tocarla y esa vez ella se dejó. Aitzol lo hizo con miedo. No la había visto hasta el momento en semejante brote

de furia. Sintiéndola ya más calmada, se atrevió a acariciar el pelo y luego el rostro. Fue percibiendo por sus manos en el tacto de la piel que acariciaba que Haizea iba sosegándose. Ella miraba al suelo como si contara piedrecitas. Luego levantó la vista hacia él.

- Aitzol, ¿no te has dado cuenta de que estaba abusando de ella, de que seguramente la iba a violar? –su tono de voz había cambiado de forma radical; sonaba dulce.

- No lo he visto. Entiéndeme bien, maitea, no me he dado cuenta de nada. Yo no he visto más que una pareja normal apoyada contra la pared.

- Y sus ojos, Aitzol, ¿no has visto sus ojos? No me digas que no te has fijado en la expresión de su mirada. Gritaba que le echáramos una mano. Estaba implorando que por favor la liberáramos de aquel tipo.

- No lo sé, Haizea, no lo sé –mantuvo silencio unos segundos antes de continuar. Temía que si le llevaba la contraria volviera a explotar como momentos antes. No se escuchaba ni el aire en el parque-. Igual era una discusión de pareja. Qué sé yo. Las parejas se pelean aunque se quieran con locura...

- Era un intento de violación, estoy segura.

- ¿Y si era su novio?

- Si quien provocaba en esa chica semejante pánico era su novio, más motivo aún para arrancarle la cabeza.

- Así no arreglas nada.

- Como no se arregla nada es contemporizando con actitudes de esa calaña. No puedes decir que quieres a alguien a quien le levantas la mano; o simplemente a quien insultas o a quien le faltas al respeto. Hay que erradicarlos.

- Cada pareja es un mundo, Haizea, y es extremadamente delicado meterse en medio –lo dijo en tono conciliador porque le dio la sensación de que la muchacha volvía a encenderse de nuevo.

- Será todos los mundos que quieras, pero hay cosas que no se pueden permitir bajo ningún concepto. Yo no creo que esos dos fueran una pareja en un mal momento, estoy segura que era un intento de violación en toda regla. Pero aunque fueran pareja, la chica estaba pidiendo socorro y ese tipejo se merecía la hostia en la cabeza.

- Vale, lo que tú quieras; pero al menos cuando estés conmigo, no se te ocurra volver a hacer algo parecido.

Aitzol notó que la tensión de Haizea estaba relajada y por eso, sin verdaderamente pensar lo que suponía, dijo aquello. La muchacha que habían acordado llamar Haizea no tomó bien aquella advertencia.

- ¿Qué es eso de mientras esté contigo? –había rabia en la pregunta.

- Vamos a ver, no lo interpretes mal; no he querido decir con eso que tenga ningún derecho sobre ti, de eso nada.

- Estaría bueno que por haber echado unos polvos ya te creyeras que eres algo en mi vida.

- Joder, Haizea, ¿por qué te pones así?

- Yo no he sido quien ha entrado en ese jardín.

- He sido yo, correcto; pero ya te he dicho que no pretendía marcarte ningún espacio y mucho menos meterme en tu vida. Pero es que no estoy hecho para estas cosas, Haizea. Seguro que no exagero si te digo que es la primera vez en mi vida que salgo así corriendo. Si es que no me he recuperado del susto. Estoy todavía acojonado. Por eso te pido, de corazón, con todo cariño, que no me vuelvas a hacer una cosa de éstas porque me matas de un infarto.

- Me parece que eres un poco cobardica –parecía más relajada

- Llámalo como quieras, pero estimo mucho mi vida.

- ¿Tu vida?

- Joder, sí, mi vida. Hablo en general, de la vida, pero en lo que estamos hablando me refiero a mi vida, efectivamente.

- Pareces muy seguro de que tu vida te pertenezca.

- Hombre, claro; a quién le va a pertenecer mi vida si no es a mí.

- Pues no sé, a las circunstancias, tal vez. O a la suerte o a la fatalidad, que al fin y al cabo forman parte de las circunstancias. Un día crees que tienes en tus manos las riendas de tu vida y al día siguiente esa red de circunstancias que se tejen entre las de unos y las de otros te tira por un abismo. Caminas feliz sintiéndote grande y te atropella el camión de la basura. Llevas tu vida completamente ordenada y una ráfaga de viento de procedencia desconocida te tira todo poniéndolo nuevamente patas arriba. O te crees que eres completamente feliz con tu cariñoso marido y tu encantador hijo y un tumor criminal acaba contigo en el mejor momento de tu vida...

- Todo lo llevas a la fatalidad.

- Quizás porque tal vez sea la fatalidad la que mueve nuestros hilos y no otra cosa.

- No creo que sea todo tan trágico.

- Depende de cómo le trate a una la vida.

-¿Sabes?, a veces te comportas como si todo te importara una mierda.

- Y es que todo me importa una mierda.

- Eso no me cuadra con lo que dices siempre de exprimir cada momento de la vida como si fuera la última naranja.

- Igual es que la exprimo así precisamente porque es la última y por eso me importa todo una mierda.

- No te entiendo. Hay veces que no sé de qué me hablas

- Déjalo, yo tampoco. No me hagas caso –la expresión de melancolía que enturbiaba sus ojos se borró tras una sonrisa-. No me digas que no ha sido un subidón. ¡Chutazo de adrenalina!

- Joder, maitea, no me lo vuelvas a recordar que me pongo malo. Seré un cobardica, pero prefiero la cerveza a la adrenalina.

- ¿No me digas que has tirado tus cervezas? –exclamó Haizea
- Pues sí
- ¡Cómo se puede ser tan julai! Mira aquí las mías, como el cuero cabelludo de un jodido vaquero –las levantó riendo-. Si has tirado las tuyas, no bebas.
- Venga, no seas cabrona, dame una y vamos a ver cómo salimos de aquí y regresamos a la habitación. Y piensa en otra boca de Metro porque yo no pienso regresar a ésta.

Ella tomó una lata y le pasó otra a Aitzol. Las abrieron y la cerveza salió rabiosa después de tanta agitación. Rompieron a reír mientras se salpicaban con la espuma. No obstante, el incidente parecía que les había disipado el punto ético que ostentaban hasta entonces.

- ¿Te has dado cuenta de que en dos ocasiones me has dicho maitea? –dijo Haizea.
- No. Te habrá parecido a ti. Yo no digo esas cosas a desconocidas.
- Yo no soy una desconocida, soy Haizea.
- No creo que te haya dicho maitea; te habrá parecido a ti –volvieron a reír y beber.

"Me levanté del banco, tomé su mano y di un tironcito para ayudarla a levantarse. Aunque reía, volví a ver en sus ojos una sangrante melancolía. Caminando de la mano, hombro con hombro, cuando no habíamos avanzado tal vez ni un par de metros, sentí que su presión aflojaba. Se desplomó a mi lado como un pañuelo de seda. No pude sujetarla y quedó en el suelo tirada. Parecía un ser invertebrado abandonado en la noche. Me arrodillé a su lado y la zarandeeé mientras miraba a todos los lados tratando de buscar a alguien que me ayudara. No sabía qué hacer con aquella mujer rota en mis brazos, completamente solo con ella, sin nadie a la vista y gritándole un nombre que ni tan siquiera sabía si era verdaderamente el suyo. Respiraba. Tenía pulso. Pero el cuerpo estaba inane y no encontraba su mirada".

"En realidad fue todo muy breve, pero cuando recuperó la consciencia yo creí que habían pasado siglos. Juro que pensé que había muerto en mis brazos; así que cuando sentí que se recuperaba empecé a besarla como un niño desesperado".

En el suelo, Aitzol arrodillado ante ella le ayudó a incorporarse ligeramente hasta quedar sentada. Lo primero que hizo en cuanto

volvió en sí fue alargar la mano y recuperar las cervezas, que habían quedado tiradas a un lado.

- Cuánto beso, ¿no? –dijo la muchacha al ver a Aitzol besándola con tanta vehemencia-. ¿Apenas me he ido un momento y ya me echabas tanto de menos? –hablaba coherentemente pero estaba aturdida.

- Está claro que hoy te has propuesto matarme a sustos. ¿Qué te ha pasado? Yo no tengo el corazón para estas cosas...

- Para qué cosas, ¿para abrazarme así y besarme tanto?

- No creo que sea momento de decir chorradas. ¿te encuentras bien?

- Así en tus brazos, sí.

- Vale, Haizea, por favor, que no estoy para bromas. ¿Estás bien?

- Que sí, tontín, que estoy bien. No te preocupes. Ha sido una bajadilla de tensión después de la carrera y las cervezas.

- ¿Seguro?

- Por supuesto que seguro. Venga. No te preocupes más. Regresemos.

Cuando llegaron a la habitación era tarde y estaban desfallecidos de cansancio. La pequeña fiesta privada que habían pensado darse en el cuarto optaron por posponerla porque no se sentían como para muchos trotes y ya no les quedaban más cervezas pues las supervivientes se las habían bebido por el camino. Aitzol seguía preocupado por la pérdida de conocimiento de Haizea mientras que ella no le daba la más mínima importancia. Sentía hacia esa mujer una ternura infinita que parecía irse enriqueciendo con el paso del tiempo. No sólo era la irrefrenable atracción carnal que empujaba en su interior hacia ella. Había mucho más, un mucho más cuyo origen no alcanzaba a comprender y que le inquietaba.

Nada más entrar al cuarto Haizea se sentó en la cama cayendo sobre ella como un bulto arrojado con displicencia.

- Estoy muerta de cansancio –dijo exhalando un largo suspiro-. Menos mal que hemos llegado porque no podía más.

- ¿Seguro que estás bien? –preguntó Aitzol

- Que sí –remarcó la afirmación-. Deja ya de preguntármelo porque eres tú quien me va a poner mala. Pareces mi madre.

- Soy tu amigo y me preocupo por ti.

- Ven aquí y dame un beso. Pero de primo, ¿eh? sin lengua, que después ya sabes cómo acabamos y tenemos que descansar, que hoy hemos tenido muchas emociones en un solo día.

- Desde luego que sí.

Ella estaba sentada sobre la cama. Aitzol se arrodilló ante ella. Soltó los cordones de sus zapatillas deportivas y descalzó suavemente a la muchacha. Empujó el calzado bajo la cama. Luego le quitó los calcetines e introdujo cada uno de ellos en una zapatilla. Comenzó a masajearle los pies. Ella echó el cuerpo hacia atrás en la cama. Entonces Aitzol soltó el cinturón y los botones del pantalón y se lo fue bajando hasta sacárselo. Lo dejó a un lado, en el suelo. Al igual que hiciera con los pies, también masajeó las piernas de su amiga. Puso tanta calma y tanto mimo en ello que pronto se dio cuenta de que Haizea se había quedado dormida. Antes de ponerse en pie dejó un leve beso sobre el pubis de la chica. Lo hizo tan suave como se besan las nubes para que no se disipen.

Con cuidado para no despertarla le quitó la camiseta y el sujetador. La acarició, tapó amorosamente y la besó en la frente. Ella dormía con una placidez infinita.

Después de cerciorarse de que su amiga estaba bien en la cama y que con el primer sueño había recuperado color y tenía buen aspecto, recogió las cosas del suelo y se acomodó allá a dormir. La cama era pequeña y pensó que Haizea debía descansar lo mejor posible, por eso él se acostó al lado de ella pero sobre la moqueta. A lo largo de la noche Aitzol se despertó en varias ocasiones para ver cómo estaba Haizea. En dos ocasiones la tapó como a una hija pequeña. A la mañana siguiente no le contó nada de aquello. No quería que la muchacha se diera cuenta de que se preocupaba tanto por ella y él mismo rehuía ese pensamiento repitiéndose que no era más que una amistad pasajera, una compañera casual de viaje a quien después de algunos días no volvería a ver. Como sabía que iba a ser así, no quería encariñarse demasiado, y mucho menos que ella lo percibiera. Debía disfrutar de la suerte de compartir con ella las vacaciones. Eso era todo. Pero, ¿y si su corazón pedía más? Como desconocía la respuesta a esa pregunta evitaba el tema en su monólogo interno.

El incidente de la noche anterior en el Metro marcó la siguiente jornada. No porque hablaran de ello, que no lo hicieron, sino porque Aitzol no se encontraba ya a gusto atacado por la insoslayable incertidumbre de si aquel tipo les andaba buscando. O incluso si lo había denunciado a la Policía y ésta estaba tratando de identificar a los agresores. Estaba notoriamente inquieto y ya desde el desayuno no dejaba de mirar a todos lados.

- Si vas a seguir así de nervioso, mejor nos vamos –dijo Haizea al percatarse de la obsesiva actitud desconfiada de Aitzol.

- Donde vayamos, continuaré igual de paranoico. No he conseguido olvidar lo de ayer. He dormido fatal.

- No me refiero a cambiar ahora de sitio –precisó ella mientras le servía de una tetera para dos-. Quiero decir que, si quieres, claro, podemos irnos a Dublín.

- Dublín era mi siguiente destino... pero no sabía que quisieras seguir conmigo. Bueno, pensaba que sí, pero no estaba seguro y por eso he tenido la boca cerrada.

- ¿O sea que preferías morirme de miedo aquí en Londres conmigo que marcharte tú solo a Dublín?

- No te pongas tan chulita porque tampoco es exactamente eso.

- ¿Qué pues?

- No lo sé. Déjalo –Aitzol se encontraba incomodo hablando con ella de ese tema que evitaba en sus propias reflexiones internas-. Entonces, ¿quieres ir conmigo a Dublín?

- De los chicos que he conocido en los últimos días eres el que mejor me da masajes en los pies –dijo con gesto de burlona indiferencia-. Y el que más cervezas bebe y más mea. Aunque también el que más latas de cerveza pierde.

- No me lo recuerdes que me pongo malo.

"Esa misma tarde tomamos un tren que nos llevó hasta el puerto de Holyhead. De allá, un ferry hasta Dun Laoghaire, en las proximidades de Dublín, adonde llegamos en autobús. Una vez allá, echamos mano de otra de las recomendaciones de Unax y nos presentamos en un magnífico albergue juvenil muy céntrico, a poca distancia del principal puente sobre el río Liffey. El lugar y la ubicación, así como el precio por la estancia eran inmejorables. Pero había un problema. Cuando Unax me preparó este viaje se suponía que lo hacía solo, así que no tuvo en cuenta que a excepción de unas pocas habitaciones para parejas e incluso alguna más amplia pensada para familias, el resto del alojamiento, de varias plantas, era de dormitorio común de numerosas literas de dos alturas dispuestas en hilera pero separada cada sección por sexos".

No había disponible ninguna habitación, así que tuvieron que acomodarse cada uno en una litera y, además, en diferentes plantas del edificio. Lo aceptaron como algo provisional para no ponerse a esas horas a buscar otro alojamiento. Pensaron que ya tendrían tiempo de encontrar algo mejor en los días venideros. Sin embargo, los lugares que miraron a la mañana siguiente no les convencieron. El motivo principal era económico.

El albergue juvenil en el que se habían instalado salvando lo de no poder dormir juntos, estaba extraordinariamente bien situado, tenía unas instalaciones magníficas y muy limpias y el precio por noche era baratísimo. Por mucho que lo intentaran no encontrarían nada que se pareciera a aquello. Si se alojaban en alguno de los lugares que habían visto, al ritmo de gastos que iban teniendo no podrían extender sus vacaciones mucho más de una semana. No se estaban privando de nada ni en lo relativo a comidas ni en pubs, y eso, lógicamente, estaba mermando de manera notable sus bolsillos. Las largas veladas en los pubs eran un cañonazo diario a su línea de flotación económica. Así que en semejante tesitura no tuvieron más remedio que continuar en el albergue juvenil y seguir durmiendo separados. Aunque este último detalle no era impedimento a que siguieran prodigándose con lujuriosa laboriosidad en el amor físico.

Las de Dublín fueron jornadas de tranquilidad que contrastaban con la febril aceleración con la que vivieron los pocos días que pasaron en Londres. La imagen que ofrecían era la de una joven y hermosa pareja que transmitía una exultante armonía.

"Haizea siempre estaba riendo. Era impresionante. Sin embargo, en ocasiones se quedaba como abstraída y parecía estar viajando por otra galaxia. Una galaxia que yo imaginaba de profunda tristeza porque cuando entraba en ese estado exudaba amargura. Yo la miraba sin saber qué decir. La sentía tan lejana en esos momentos que estaba seguro que aunque me pusiera a gritar a su lado mi voz no llegaría al lejano mundo de años luz de distancia por el que parecía moverse. Así que me quedaba a su lado como el centinela de su insondable melancolía y aguardaba el regreso. Entonces, como si no hubiera existido tiempo entre medio, volvía a mirarme y a reír. Y a mí me embobaba de nuevo la fragancia a mandarinas dulces y limón que dejaba cuando se movía leve como las sombras. Un día me preguntó que si fuéramos indios americanos qué nombre le pondría a ella. Le dije que ella sería 'Rayo de Risa', y me regaló uno que sigo llevando clavado, a pesar de que ya no la volveré a ver".

Visitaban durante el día lugares de interés, como cualquier otra pareja de turistas o estudiantes de los miles que pululaban en agosto por Dublín. A las tardes se abandonaban por St. Stephen's Green Park o en los jardines del Trinity Collage con sendas cajas de comida para llevar y varias latas de cerveza. Si en Inglaterra bebían del tipo Ale, al llegar a Irlanda cambiaron a Guinness.

Así las cosas, era obligatoria la peregrinación a la antigua fábrica de Guinness en St. Jame`s Gate. Allí bebieron cerveza negra hasta no poder más.

Cuando abandonaron el edificio de la vieja cervecera llovía a mares y no llevaban nada para cubrirse. Sabían que en Irlanda el paraguas era imprescindible porque la climatología podía cambiar en cuestión de momentos; sin embargo, olvidaron cogerlo al salir del albergue. Ebrios como iban decidieron hacer el camino de regreso a pie obviando por completo la lluvia que los empapaba hasta el tuétano. Sabían que al llegar al albergue no iban a poder ayuntarse, así que en el trayecto se detuvieron en el lugar que les pareció más discreto y propicio para darse al amor.

Copularon como dos dioses en la lluvia. Y ésta, en homenaje a tan hermosa pasión, no dejó de acariciarles copiosamente. Con los músculos tensos bajo las ropas empapadas parecían dos caballos galopando en una noche de tormenta. Como brillarían sus crines salvajes, así brillaba también el largo cabello enmarañado de Haizea.

El siguiente día fue tranquilo, más que nada por el dolor de cabeza de la resaca y el destemple físico que les produjo la lluvia. Como quedó buena tarde y la temperatura era muy grata, después de comer se arrojaron a sestar en la hierba del Trinity Collage. Esa noche fueron a dormir pronto. Haizea se había sentido indispuesta en un par de ocasiones.

Tal vez por haberse acostado bastante antes de lo que tenían por habitual, Aitzol se despertó pronto. Pensó que seguramente a Haizea le habría ocurrido algo semejante y se dirigió con paso casi clandestino hacia la camareta de chicas en la que dormía ella. La idea que llevaba en mente era proponer que aprovecharan el día para salir de Dublín a visitar los alrededores.

Al llegar a la litera de Haizea vio que no estaba allá. Antes de que le viniera a la cabeza cualquier otra posibilidad más razonable, el recuerdo de la mañana en Londres cuando desapareció durante horas le laceró.

"Al pensarlo posteriormente, con la debida tranquilidad, no entendí cómo me pudo dar tal golpe el corazón al no verla allá. Y mucho menos cómo me pude lanzar a la calle, con la ropa con la que me había bajado de la litera un minuto antes, corriendo de lado a lado como un completo enajenado mental. Cuando me vi a mí mismo en aquel absurdo estado y con varios viandantes mirándome

alucinados me sentí mortalmente avergonzado. Yo creo que era la vez en toda mi vida en que me sentí más ridículo. Regresé al albergue escondiéndome de las miradas de la gente, aunque probablemente ya nadie me miraba. Al pasar junto a los baños de la primera planta me tropecé con ella”.

Haizea salía de las duchas con el pelo enroscado en una toalla cuando vio a Aitzol. Se alegró de verle ya levantado y le dijo que podían aprovechar para salir de Dublín. Aitzol estaba bloqueado.

- Con vaya mala cara que te has levantado hoy –dijo Haizea y le dio un beso-. Está claro que no te sienta nada bien acostarte temprano y dormir más de lo debido. Joder, parece que hubieras visto un fantasma. ¿Tan mal me queda el turbante? –rió-. Necesitaba una limpieza bien a fondo del pelo y he aprovechado porque me he despertado muy pronto.

Aitzol no decía nada.

- Venga, sube y vístete, que tienes una pinta deplorable con esa camiseta tan cutre y esos gallumbos de viejo –dijo Haizea, y volvió a besarle antes de dirigirse hacia su litera.

Tras haber acudido una tarde a un concierto de música celta volvían hacia el centro de Dublín caminando por la ribera del Liffey. No había sido el tipo de concierto que esperaban. En el hall de entrada al albergue juvenil estaba instalado un gran panel de corcho en el que se colocaba todo tipo de anuncios de propuestas turísticas, de servicios o de eventos culturales o musicales. Allá habían visto el de la actuación del grupo que fueron a ver y que no les satisfizo plenamente. Esperaban algo más bullicioso y festivo, algo del estilo de lo que solían escuchar en los pubs por las noches. Pero se toparon con un concierto de música celta que ambos calificaron de excesivamente etéreo, casi somnífero.

Aquella música tan pausada les provocó una sensación interna de extraña melancolía. No era propiamente tristeza, pero sí un impulso a la introspección que hizo que el camino de regreso lo hicieran en silencio, conversando cada uno consigo mismo. De vez en cuando se miraban como para constatar que seguían en el mundo y con su compañero al lado. Pero tras sonreírse con complicidad cada uno regresaba a sus pensamientos errantes.

“Salimos los dos muy pensativos de aquel festival celta. Yo no sé qué podía ir pensando ella, pero a mí me dio por repasar la semana que ya llevaba con Haizea. El resumen que hice entonces es el mismo que hago ahora:

desconcierto. La cuestión era que una desconocida se había metido en mi vida, me había hecho pasar por trances que nunca antes había experimentado y, no entendía por qué, cada vez que sentía que no la tenía a mi lado me derrumbaba abatido. Era inconcebible pero me estaba pasando. Eso sí, no podía pasar por alto que el sexo con ella estaba a otra dimensión de lo humano”.

“Yo iba caminando y dándole vueltas a mis cosas. Como vi que ella salió también del concierto en igual estado de abstracción que yo, respeté absolutamente su silencio. Ella hizo lo mismo respecto al mío. Por eso regresábamos al centro sin cruzarnos palabra pero en hermosa armonía. En un momento del paseo pasamos por una zona desconocida. Haizea aprovechó para sacar su discman y colocarse los cascos. Entendí que quería ir en su burbuja y me pareció bien. Así que continuamos el camino en completo silencio”.

La noche era un velo tupido cuando atravesaron una zona que tenía aspecto de industrial urbana. Edificios de no más de dos alturas, en su mayoría de ladrillo rojo envejecido erosionado por el tiempo y con grandes puertas de entrada. Parecían almacenes, talleres. Había numerosos contenedores de basura y objetos diversos. La iluminación general de las callejas era lánguida; más bien podría afirmarse que se trataba de una tibia penumbra. Si fuera un teatro, se diría que la escenografía era inquietante. Y es que parecía un auténtico escenario porque algunos lugares puntuales estaban más iluminados que el resto, dando tal viveza a las sombras y perfilando tanto los perímetros que en ocasiones se asemejaban a los proyectores de escena. Entre unas y otras luces ofrecían una amplísima gama de tonos melancólicos pero vividos. Tan sólo la brisa circulaba por allá a aquellas horas. La brisa y ellos.

Haizea se detuvo y se quitó los cascos del discman. Eran dos pequeños auriculares.

- ¿Te apetece bailar? –dijo la muchacha mirando a Aitzol.

- ¿Bailar? ¿Quieres ir a una discoteca? –preguntó Aitzol extrañado. Hasta ahora su desconocida amiga nunca había hablado de que le gustaran las discotecas. Pensó que tal vez estaba descubriendo un nuevo elemento de su enigmática personalidad. Lo que era cierto era que cuando bailaba en los pubs expresaba un particular sentido del ritmo y sus movimientos eran fascinantes.

- Sí, quiero bailar –dijo ella-. Pero aquí mismo.

- No hay música aquí y este lugar, la verdad sea dicha, tiene un aspecto un tanto siniestro. Bailar sin música es bastante extraño. Y ahora no me digas que todos llevamos dentro una banda sonora...

- Yo lo que llevo es un discman, que resulta un poco menos poético que lo que has dicho pero, en este caso, bastante más práctico.

Ella le tomó de las dos manos. Se las balanceó como si acunaran el viento.

- Ven, pégate bien a mí. Te pongo uno de los cascos y ya estamos conectados a la misma música. ¿Te parece?

- No he sido nunca muy bailón. Ya me has visto en los pubs, que lo de moverme al ritmo de la música no va mucho conmigo.

- Tú no tienes que hacer nada. Simplemente déjate llevar. Conviértete en agua que fluye mansamente por un arroyo de muy poquita profundidad. Déjate fluir sintiéndote querido por la caricia del lecho del riachuelo y la brisa de la superficie.

Sin haberse puesto aún los cascos del discman, Haizea fue serpenteando con levedad abrazada a Aitzol al ritmo de una melodía imaginaria.

- No vayas tan rígido. Suéltate más y déjate llevar. Así. ¿Ves?, ya te va saliendo mejor. ¿Te gusta Leonard Cohen? –preguntó ella.

- Según en qué momentos.

- Ahora estamos en el ideal para bailar su vals.

Colocó a Aitzol un auricular y ella se puso el otro. Le pidió que se pegara bien a ella ya que el cable que los unía no era muy largo. Haizea presionó el pulsador. Despertaron los primeros compases del vals. La muchacha respiró inmediatamente la música y transmitió a Aitzol su cadencia en movimientos tan dulces, tan carentes de aristas, de tal sutileza acuática que emocionaron profundamente al muchacho hasta el punto de olvidarse de su propio cuerpo. Se sintió, en verdad, agua y, sobre todo, que formaba parte de una unidad con Haizea. Una sensación de comunión suprema homóloga a la que le embargaba cuando llegaban al éxtasis en el acto del amor. Líquidos fluyendo en un líquido. Proyectaban tanta luz en su baile que parecía que los focos de los almacenes siguieran sus evoluciones como sobre el escenario de un gran teatro.

Haizea dirigía los pasos de baile en el asfalto de aquel inquietante escenario nocturno. Algunas estrofas de la letra de la canción de Cohen se las recitaba al oído. "I'll never forget you...", y Aitzol no podía dejar de pensar que en unos días no volvería a verla. "I want you, I want you, I want you...", y Aitzol se decía, sin atreverse a pronunciarlo, que él también la quería, "... I love you, I love you, I love you".

- ... Take my broken wings in your hands... -susurró Haizea a su oído. Lo hizo en un tono tan desgarrador que Aitzol no supo si aquella frase formaba parte de la canción o era que le estaba pidiendo

amargamente socorro. Si así fuera, ¿por qué le pedía auxilio? ¿Por qué le pedía que tomara en sus manos sus alas rotas?

Aún hoy, casi siete años después de aquello, sigo sin poder contener las lágrimas cada vez que escucho esa canción. Me trae tantos recuerdos que siempre acabo lloriqueando de emoción y de nostalgia. En los días que llevábamos juntos yo ya me había dado cuenta de que ella tenía una facultad particular para captar la música. Casi todas las noches terminábamos recalando en pubs, y desde que llegáramos a Dublín los que más frecuentábamos eran aquellos que tenían música en directo. Era fascinante ver cómo se movía y lo rápido que armonizaba sus movimientos con la melodía. El primer día que la vi bailar ya pensé que tenía algún tipo de preparación en la materia porque lo hacía mejor que bien. En cuanto sonaba una música ya no había picos en sus movimientos, era todo redondeado; pasaba a formar parte del aire, de la propia armonía de lo que sonara en ese momento.

"La mañana siguiente a aquel baile amaneció neblinosa y húmeda, aunque no llovía. Pensé que era un buen día para hacer una de las excursiones culturales recomendadas en el tablón de anuncios de la entrada. Con la intención de proponérselo a Haizea fui a la planta inferior, y cuando cogí el pasillo para entrar en su camareta me pareció ver que giraba en el descansillo de las escaleras que bajaban a recepción. Algo irrefrenable en mi interior hizo que en lugar de llamarla la siguiera. Supongo que ese algo era no más que la insoportable curiosidad de conocer qué hacía Haizea cuando desaparecía como la mañana aquella en Londres. Así que salí tras ella a la calle y la seguí a una prudencial distancia para que no me descubriera. La verdad es que me sentía un cabrón porque no tenía derecho a hacer eso; era vergonzoso por mi parte inmiscuirme de forma tan miserable en su vida privada. Pero la incertidumbre sobre la auténtica personalidad de la mujer con quien, de una u otra forma, estaba conviviendo me torturaba. Y es que era aquella forma suya de evitar hablar de asuntos personales; que se haya negado a decirme su nombre e incluso de qué parte de Iparralde es, ya que al menos ese dato lo doy por válido. Era también el secretismo con el que trataba todo. Por no hablar del supuesto teléfono móvil que tenía amordazado y celosamente guardado en un bolsillo lateral de su mochila, aparato que de vez en cuando manipulaba

sin tan siquiera sacarlo de su escondite. ¡Eran tantas las cosas que me inquietaban, que me inquietan de ella! ¿Quién era, quién es la chica que he llamado Haizea? Sumido en semejante estado de desasosiego en el que, por otra parte, jamás me había visto a mis mismo, ¿cómo no seguirla por las calles de Dublín?”.

“El seguimiento fue breve, tan sólo unas manzanas hasta llegar a un pequeño parquecito en la ribera del Liffey con media docena de árboles y algunos bancos mirando al río. Fue directa a una cabina de teléfono. Eso me descolocó porque yo estaba totalmente seguro de que lo que llevaba en la mochila era un teléfono móvil. Así que me pregunté cuál podía ser el motivo de que fuera a una cabina. Podía ser, simplemente, que la llamada a realizar iba a ser indiscutiblemente más barata desde allá que desde su móvil. El día anterior habíamos hablado precisamente de que teníamos que ir moderando gastos porque comenzábamos a salirnos de lo, en principio, previsto. Podía ser por eso por lo que hablaba desde un teléfono público. Sin embargo, en la absoluta confusión mental que me rodea en todo lo concerniente a Haizea, no fue eso hacia lo que me incliné. Mientras la veía marcar, la cabeza se me llenaba de especulaciones, ninguna de las cuales era tranquilizadora sino más bien todo lo contrario. Me encontraba en uno de esos momentos en los que se ven fantasmas por todas partes. El primero y principal de ellos, esa mujer que llamo Haizea”.

Desde donde se había colocado Aitzol se podía ver perfectamente a la muchacha en el teléfono público. No había pasado ni un minuto cuando observó que comenzaba a gesticular bruscamente con el brazo con el que no sujetaba el auricular. Le dio la sensación de que incluso en ocasiones levantaba la voz, aunque desde su posición no podía oír nada. Era imposible que supiera de qué iba aquella acalorada conversación pero la imaginación de Aitzol se desbordó en especulaciones. Ponía todo su afán en tratar de captar alguna palabra, una palabra tan sólo sobre la que construir alguna hipótesis. Era inútil. Por la extrema atención estéril comenzó a dolerle la cabeza.

La muchacha colgó abruptamente el auricular. Se quedó algunos segundos inmóvil. Parecía una estatua aneja a la cabina. Luego giró y se dirigió a uno de los bancos próximos, donde se sentó. Miraba las aguas del Liffey.

A Aitzol le pareció que Haizea lloraba. No podía verla adecuadamente, pero por los ademanes y algunos movimientos, en ocasiones convulsos, al poco no le quedó duda de que estaba llorando. Él seguía sin entender nada. Y si hasta entonces la incertidumbre le hería, ahora lo mataba. ¿Con quién había estado hablando? En varias ocasiones le había negado que tuviera novio. ¿Cuál era el motivo de que hubiera sido una conversación violenta? Y, sobre todo, ¿por qué lloraba?

Aunque desde donde permanecía apostado no podía ver su cara, Aitzol sentía las lágrimas derramándose por el rostro de Haizea y le rasgaban la piel más que si fueran suyas. En el tiempo que llevaban juntos la había visto en numerosas ocasiones cayendo a un pozo de tristeza insondable sin saber por qué; había tomado su mano las veces en que sintió sobre ella un manto opaco de melancolía para sacarla de nuevo a la luz; había visto en sus maravillosos ojos verdes incluso alguna mancha de extraña desesperación... pero nunca antes la había visto llorar y eso le desgarró.

Minutos después observó que su amiga sacaba el discman y un paquete de tabaco. Hasta ese momento no sabía que fumara. Se colocó los cascos y encendió un cigarrillo. Aitzol entendió que Haizea necesitaba estar sola, y aunque no había entendido nada de lo que acababa de ver, pensó que debía respetar su intimidad y regresó al albergue. Una vez allá, sin poderse quitar de la cabeza la escena, aprovechó para poner en orden la mochila. Cuando concluyó esa labor bajó a la cafetería del albergue, junto a la salida y la recepción, y se dispuso a esperarla hojeando periódicos del día. Lo cierto es que no sabía qué estaba leyendo porque la parte más importante de él se había quedado acompañando a Haizea en el banco de un pequeño parquecito mirando el río Liffey.

Cuando tiempo después Haizea entró por la puerta del albergue, le vio con los periódicos y avanzó decidida hacia Aitzol, no había en el rostro de la muchacha huella alguna de lo sucedido. Nada. Tan sólo su plena sonrisa y el beso que le puso en los labios nada más llegar a él. A Aitzol le volvieron a asombrar sus ojos verdes, que lucían con una luminosidad especial, y le entró hasta lo más profundo su aroma a mandarinas dulces y limón.

- ¿Por qué me abrazas tan fuerte? –preguntó Aitzol.
- Porque me apetece hacerlo así –dijo Haizea- ¿Por qué siempre tienes que andar preguntándote el por qué de las cosas?
- Ahora eres tú quien pregunta.
- Pues nada de preguntas y disfruta del apretón.

El contacto físico tan estrecho le hizo a Aitzol olvidar el episodio de la cabina y le excitó notablemente.

Haizea se sentó a su lado.

- ¿Qué te parece si nos vamos de aquí? –preguntó la muchacha. El tono serio de la pregunta era amortiguado por su sonrisa.

- He estado pensando que podríamos ir a un pueblecito de la costa que he visto en uno de estos panfletos. Mira –dijo Aitzol aproximándole a ella un cuadernillo.

- No me refiero a una excursión, te estoy preguntando si nos vamos de aquí, de Dublín.

- Bueno, yo había pensado...

- Vayámonos. Vámonos de Dublín, ya –dijo ella, tajante pero sin que sonara para nada brusco-. ¿Por qué dudas?

- Es que nunca sé ni cómo ni cuándo quieres estar conmigo –le había vuelto la imagen del teléfono.

- No hay que saber nada, Aitzol, sólo hay que vivir y hacer las cosas por instinto, por el simple placer de hacerlas.

- Siempre me tienes en la incertidumbre, nunca sé cuándo me vas a dejar. Eres imprevisible y eso me descoloca.

- Y tú eres excesivamente cuadriculado. Piensa como si bailaras. Fluye. Déjate llevar. Simplemente, vive.

- ¿Estás segura de que quieres seguir conmigo? –preguntó Aitzol.

- ¿Tú te crees que si no quisiera estar contigo te iba a estar ahora pidiendo que nos fuéramos de Dublín, que os larguemos ya de esta ciudad?

Aitzol se quedó callado. Deseaba fervientemente seguir compartiendo jornadas con aquella sorprendente muchacha; pero todas las tupidas nebulosas que había alrededor de su personalidad le introducían en una extraña espiral que le provocaba vértigo. El desconcertante episodio observado en la distancia aquella misma mañana le había hundido más aún en las arenas movedizas de la duda.

- ¿No te fías de mí? –preguntó la muchacha frunciendo el ceño y arrugando la nariz. La mueca suavizó la gravedad de la pregunta.

- No es cuestión de confianza –se revolvió Aitzol. Se veía en un camino cerrado porque no encontraba la forma de expresar debidamente el torbellino de sentimientos contrapuestos en el que se debatía. No sabía cómo seguir-.

- Estás dudando –dijo ella, seria-. Si no quieres seguir conmigo, lo dejamos.

- No, eso no. No quiero que nos separemos. Creía que eso lo tenías suficientemente claro.

- Entonces, ¿qué es? –insistió ella.

- No lo sé –se sentía arrastrado.

Haizea le tomó de la mano.

- Mira, Aitzol, yo soy como un ave de paso por tu vida. Piénsalo así. Vamos volando en un cielo inmenso en medio de una infinita bandada de pájaros. Las corrientes de aire nos han puesto el uno junto al otro y en cualquier momento nos van a separar de nuevo. Estamos a gusto, ¿no? Pues volemós un rato juntos y disfrutemos de esta maravilla de poder hacerlo. Sin pedir nada. Sin preguntar nada. Simplemente volar juntos mientras lo estemos. No tienes que estar en guardia conmigo porque no soy más que un ave de paso.

Se quedó en silencio mirando a Aitzol. Le acariciaba la mano.

- Venga, ¿nos vamos de aquí? –dijo Haizea poniendo cara mimosa.

- No sé cómo lo haces, pero siempre consigues sacarme de mis esquemas de pensamiento y acabo actuando como tú. Eres una sorgina.

- Pero es que, perdona que te diga, no entiendo a qué viene lo de darle tantas vueltas a algo tan sencillo.

A Aitzol le hubiera gustado en ese momento mirarla a la cara y explicarle que el problema era que no sabía quién era la mujer con la que estaba viajando y que ello le descontrolaba. Preguntar por qué parecía esconderse de su teléfono móvil, a qué venían sus esporádicas desapariciones. O, simplemente, por qué se negaba a decirle su nombre y ocultaba celosamente cualquier dato personal. Pero no se atrevió. Recordó lo de las aves de paso. Y se dejó volar.

- ¿A dónde quieres que vayamos? –preguntó finalmente Aitzol.

- Vámonos a Belfast.

- ¿A Belfast?

- Cuando nos conocimos me dijiste que querías ir a Belfast, ¿no? Pues nos vamos.

- Creía que no te acordabas.

- Va a ser que me acuerdo de ti más de lo que crees –le besó-. He pensado que nos podemos ir mañana. La estación del tren que va para el norte está aquí cerquita.

- Lo tienes ya todo preparado.

- Sí. Y esta noche tenemos que regresar al lugar en el que ayer estuvimos bailando.

- Haizea, por favor, lo de bailar, no –puso un gesto quejoso que parecía de niño-. Ya viste que soy un pato bailando.

- Yo no creo que lo hicieras tan mal. Pero lo que quiero no es bailar sino hacer el amor. Si está despejado, habrá una media luna preciosa para hacer el amor.

- ¿No es un lugar un poco cutre y siniestro?

- Qué va, para nada. Me parece un lugar súper atractivo para eso.

- Eres una morbosa.

- Vamos a dar un paseo antes de buscar un sitio para comer algo.

Fue cayendo la tarde estival como una auténtica caricia. Cuando las luces declinaron sobre Dublín iniciaron su paseo hacia el lugar en el que habían bailado la noche anterior. La franja de luna lucía espléndida.

Antes de llegar ya estaban besándose y tocándose en cuanto veían un rincón mínimamente íntimo. Una vez allá, al amparo de las sombras cómplices del entrante de carga y descarga de un almacén se prodigaron en el amor. Una vez más, lo hicieron con furor, como dos bestias apurando sus últimos alientos de vida. Parecían dos fugitivos entregándose mutuamente con desesperación después de haber cometido un crimen y momentos antes de un adiós incierto.

Exhaustos y sudorosos por el esfuerzo suplementario que supuso copular en aquellas condiciones, se adecentaron el atuendo y se sentaron en unos escalones de acceso al almacén. Apenas se les veía en la oscuridad. Se miraban y sonreían sin decir nada. En sus rostros brillaba la evidencia de que había sido una cabalgada fantástica para ambos. En aquel silencio, la situación le recordó a Aitzol experiencias juveniles.

- ¿De qué te ríes? –preguntó Haizea.
- Esto me ha recordado los tiempos de chaval, cuando nos metíamos mano en el hueco de los buzones del portal.
- Yo nunca he hecho eso –dijo Haizea.
- ¿Tú nunca has tenido un novio con quien te besabas y sobabas en el portal antes de subir a casa?
- No, nunca.
- No te creo.
- ¿Tú te crees que siempre he sido tan desinhibida como ahora?
- No lo sé, pero ahora lo eres bastante.
- Pues no, yo de adolescente era muy apocadita. Después me solté un poco el pelo, pero nunca he sido particularmente lanzada.
- Así que siempre has sido una buena chica...
- Bueno, tampoco he dicho exactamente eso.
- Dejémoslo en chica formalita.
- Vale.
- Y ahora, de pronto, eres de las que toma la iniciativa y va a por todas.
- Tampoco creo que sea para tanto.

Aitzol vio una posibilidad de enfocar la conversación hacia un espacio en el que poder arrancar a la muchacha alguna intimidad que

le aportara algo relevante sobre los asuntos que le desconcertaban. Le pareció que en esos momentos Haizea se encontraba con la guardia baja y que tal vez pudiera lograr algo preguntando indirectamente.

- Así que ha habido algo últimamente que te ha cambiado y que te empuja a aprovechar cada momento al máximo.

- La vida te da muchas sorpresas –dijo ella.

- Claro, unas buenas y otras malas.

Aitzol miraba al frente. Pensó que si desviaba de ella sus ojos quizás consiguiera algo más que evasivas.

"Hice varias preguntas en plan sutil, a ver si entraba por algún lado. En una de sus respuestas me pareció que desvariaba. La miré extrañado, y en ese mismo momento sus ojos se apagaron como una pavesa húmeda y su cabeza cayó sobre mi hombro. Su cuerpo entero se vino abajo sobre mí. Allá como estábamos la coloqué en el suelo. Grité su nombre. Varias veces. En aquella oscuridad no encontraba sus ojos, era como si las órbitas se hubieran quedado vacías. No le cogía el pulso. Me pareció que no respiraba".

Aitzol colocó su rostro sobre el de ella buscando su aliento. No percibía hálito alguno. De forma instintiva aplicó su boca a la de Haizea y le insufló aire. No sabía cómo se hacía una respiración artificial. Actuaba por propio impulso. Tras darle varias veces su aliento se puso a presionar vigorosamente sobre la parte baja del esternón de la chica. Eran golpes desesperados. El sabía que había una pauta concreta para llevar a cabo esa reanimación, que existía una determinada relación entre insuflaciones y presiones en el pecho. Pero desconocía cuál era ese ritmo preciso y actuaba sin reflexión alguna en sus gestos. Soplaba en el interior de su amiga y seguidamente empujaba con vigor sus costillas tratando de darle vida, como un demente. Se detenía para comprobar si tenía pulso; y como no se lo encontraba, poseído por la desesperación reiniciaba sus intentos de resucitación.

En un estado de completa enajenación, salió del entrante en el que se encontraban y corrió de un lado a otro de la calle buscando ayuda. No había ni un alma por los alrededores. Eran las mismas luces siniestras y los mismos contenedores abandonados de la noche anterior cuando allá mismo bailaban el vals de Leonard Cohen. Iguales sombras inquietantes desde las que parecían observar extraños espíritus inmóviles como estatuas de oscuridad. Y tan sólo la luna creciente mirando impasible y pálida desde su altura.

Aitzol corría como un ave descabezada, sin rumbo. No sabía hacia dónde corría. Seguramente ni tan siquiera era consciente de que estuviera corriendo. Parecía un psicópata encerrado en una invisible jaula en llamas. Ahogándose en la desesperación, le pareció ver a lo lejos los lanzadestellos azules de un vehículo de la Garda. Salió a la carrera sin mirar nada más. Tropezó con los restos de una caja de cartón que el aire había sacado de un contenedor de basura y dio varios traspiés, sin llegar a caer. Cuando volvió a levantar la vista del suelo ya no vio el coche de la Garda. Se paró en seco. Al detenerse, fue como si todas las pulsaciones de su corazón que hasta entonces no había sentido regresaran a él martilleándolo con salvaje crueldad. Tuvo que agarrarse el pecho porque creyó que las costillas le iban a estallar en mil pedazos como un forjado de cristal. Se echó hacia delante colocando las manos sobre las rodillas para coger aire. No podía respirar. Sin embargo, nomás tomó aliento que salió nuevamente corriendo hacia el lugar en el que había dejado a Haizea.

Ni tan siquiera comprobó si respiraba o si tenía pulso. Se arrojó directamente sobre ella y reinició sus maniobras de reanimación. Era un absoluto demente sobre aquel cuerpo colapsado.

Se vino abajo. Pensó que su amiga había muerto. Ya no había nada que hacer. Sentado en el suelo colocó la cabeza inerte de Haizea sobre su regazo y rompió a llorar. Era un llanto desgarrador pero casi mudo porque no había fuerza para más en su organismo agotado.

Acariciaba el pelo de Haizea. Su pensamiento estaba en el vacío más infinito. Veía aves de paso aleteando a su alrededor. Volaban indiferentes a su desesperación.

- ¿Estás llorando por mí? –dijo la muchacha con un hilillo de voz que parecía llegar de muy lejos.

- ¿Estás viva? –preguntó Aitzol sin saber si preguntaba, sin ser tan siquiera consciente de su propia voz.

- No sabía que te importara tanto como para que lloraras así por mí –su voz seguía sonando lejana, como una brisa cansada en el horizonte.

- Estás viva –Aitzol rompió de nuevo, a llorar.

- Venga, que ya está. Ya ha pasado todo. No ha sido nada.

- Joder, Haizea, creía que estabas muerta –dijo Aitzol secándose las lágrimas con una mano, sin dejar de acariciarle el pelo y el rostro con la otra. Parecía que se estuviera cerciorando de que era verdad que estaba ahí y que le hablaba.

Aitzol tardó en recuperar la calma.

- Has perdido el conocimiento dos veces en pocos días, y ahora ha sido peor que la anterior –dijo él-. Tenemos que buscar un médico. O mejor, vamos inmediatamente a un hospital.

- Que no, que ya estoy bien –Haizea se incorporó-. Ha sido una simple bajada de tensión después de la cabalgada que nos hemos pegado. Ya sabes, de vacaciones no se come como en casa, no paramos en todo el día, nos pasamos bastante con las cervezas... y, además, follamos como locos. Se acumula cansancio y la debilidad te da estos sustos –desplegaba su sonrisa más cautivadora para desdramatizar, pero incluso ésa le salía tenue y rilaba.

- Por simple cansancio uno no se desvanece de esta manera, Haizea.

- Aitzol, por favor, olvídalo. No es la primera vez que me pasan estas cosas, por eso yo no me alarmo. Ya te he dicho, es debilidad. No hay más. Debilidad. Tú ves que estoy tranquila, ¿no?

Haizea le abrazó tiernamente. Pero Aitzol, aunque ya había recuperado algo de su estado de ánimo, seguía preocupado y con el susto en el cuerpo.

- Cuando creía que te habías ido me ha parecido ver un coche de policía y he salido corriendo a llamarles, pero no me han visto –dijo Aitzol.

La muchacha le miró. Era una mirada fija, grave.

- Me vas a prometer una cosa, ¿vale? –dijo Haizea-; y esto te lo digo muy en serio, ¿entendido?. Nada de ir a la Policía. ¿Te ha quedado claro? Nada de policías. Yo te prometo que si acaso me sintiera verdaderamente mal acudiríamos a un hospital. Pero ya te digo que estés tranquilo, que esto no es más que cansancio acumulado. Mañana nos vamos a Belfast y allá buscamos un buen sitio para alojarnos y bajamos el ritmo de vida para descansar más. ¿De acuerdo?

Aitzol dijo que sí, que de acuerdo; pero la reacción de la muchacha cuando le había comentado lo de la Policía levantó de nuevo en él todos los fantasmas sobre aquella desconocida a la que llamaba Haizea.

- Te doy mi palabra de que no voy a morirme en tus brazos –dijo Haizea, y le besó pausadamente. Aquel suave beso transmitía gran debilidad.

El viaje entre Dublín y Belfast Haizea lo hizo acurrucada en Aitzol. Fue él quien dijo que se pusiera en aquella posición. Quería tenerla abrazada. Aún no se le había pasado el susto de cuando creyó que la vida de su amiga se le escapaba de las manos como arena de

playa entre los dedos. No podía quitarse de la cabeza aquella galerna de impotencia, la desesperación de la noche anterior. Por eso quería apretarla junto a su cuerpo como para aportarle más vigor a su corazón. Quería darle sus latidos. Estaba dispuesto a transferirle su propia vida si ella la necesitara para mantener en plenitud el enigmático verde de sus maravillosos ojos. Era la primera vez que Aitzol sentía en su vida algo semejante hacia una persona.

- Creo que nadie se había preocupado nunca de mí como tú – dijo Haizea, ovillada en Aitzol-. Y eso que no sabes nada de mí, que acabamos de conocernos hace apenas unos días.

- ¿No te ha pasado nunca de encontrarte con alguien a quien no conocías de nada pero que casi inmediatamente te da la sensación de conocerlo de siempre? –preguntó Aitzol.

- Tendría que pensarlo.

- Te estás escapando de la pregunta.

- Es que no me gustan las preguntas. Y menos ésas en las que se emplea la palabra siempre.

"Unax me había dicho que de acercarme a Belfast fuera directamente a buscar alojamiento en los bloques residenciales para estudiantes de la Queen's University. Según me había explicado, fuera del curso académico alquilan las habitaciones que quedan libres durante las vacaciones, pues en ese tiempo tan sólo residen allá estudiantes matriculados en cursos de verano, seminarios o similares. Según Unax, el lugar no sólo era bueno y barato sino que se compartía un agradable ambiente estudiantil con jóvenes de todo el mundo. Así se lo conté a Haizea, y le pareció una formidable idea que fuéramos allá".

"A la llegada a Belfast tuvimos un incidente con un taxista. Nada más vernos bajar las escaleras de la estación se nos aproximó, ayudó a Haizea con su mochila y sin preguntar nada la introdujo en el portaequipajes de su taxi. Seguidamente hizo lo mismo con la mía, y, acompañándolo todo con una gran sonrisa, abrió la puerta al tiempo que nos preguntaba adónde queríamos que nos llevara. Le dije que a las torres residenciales de la Queen's. A mí todo me pareció normal, pero a Haizea no. Ella aún no había entrado al taxi y le preguntó al hombre que cuánto nos iba a cobrar por el viaje. Yo estaba ya adentro y no escuché qué le dijo. Entonces ella me cogió del brazo y me sacó del coche mientras se cruzaba gritos con el taxista en un inglés del que yo no entendí prácticamente nada que no fueran insultos muy fuertes. Haizea fue a coger las mochilas, pero el hombre aquel se le adelantó y con una rabia que a mí me asustó las arrancó del portaequipajes y las lanzó al suelo. La

verdad es que yo no entendía qué estaba pasando. Me quedé como acobardado observando la escena y sin saber qué hacer o qué decir. Haizea me estaba dejando absolutamente anonadado; no sólo por la impresionante fluidez de su inglés, que nadie, creo yo, hubiera podido afirmar que no era su lengua materna -¿es su lengua materna?- sino también por el carácter arrebatador y resolutivo que había sacado de pronto. Había estallado como una tormenta de gota fría. El taxista salió de allá cagando leches; no sé qué le pudo haber dicho Haizea para que rehuyera la bronca, se metiera en el coche y se perdiera calle arriba. Luego me explicó que se trataba de un falso taxista a la caza de turistas tontos y que en ningún lugar del mundo me subiera jamás a taxi alguno que no tuviera la completa certeza de que era oficial. Haizea no dejaba de sorprenderme en cada cosa que hacía”.

Mochilas a la espalda y cogidos de la mano caminaron hacia la gran plaza del Ayuntamiento de Belfast donde, en sus alrededores, tomaron un autobús que les dejó en la propia cancela de entrada a los bloques residenciales para estudiantes. Por el camino, vieron a su izquierda la larga fachada de la Queen’s University.

La zona residencial era un hermoso entorno verde de hierba, árboles y flores serpenteado de caminos y jalonado de bancos. Estaba todo magníficamente cuidado. Había varias altas torres. Se dirigieron hacia una de ellas siguiendo las indicaciones que les dio una estudiante. En la planta baja, junto a un amplio hall y la zona de ascensores estaba el mostrador de recepción. Aitzol pensó que si era él quien cumplimentaba el formulario podría conocer entonces los auténticos datos de su amiga.

Pensé que ésa era la vía para saber, al fin, quién era ella. ¡Era mi oportunidad! Recuerdo perfectamente que me adelanté hacia el mostrador y me puse a hablar con la chica de recepción. Le pedí una habitación para los dos y hasta me puse a charlar con ella mientras sacaba los impresos y me los ponía delante. Yo ya daba por hecho que iba a descubrir quién era y de dónde. Pero mi gozo en un pozo, pues de pronto lanzó la mano al mostrador y me quitó las cartulinas de inscripción. Se me debió de quedar una impresionante cara de tonto. Vaya si han pasado años y cosas desde entonces.

La muchacha, que hasta el momento observaba y guardaba silencio, tomó sorprendentemente la iniciativa. Le quitó de la mano la documentación y la tarjeta de viajero europeo y le dijo que fuera

llevando las mochilas hacia el ascensor, que ya rellenaba ella las fichas. Aitzol no supo reaccionar y se limitó a seguir las órdenes de Haizea. Cargó con los bultos, se dirigió hacia los ascensores y pulsó llamada en uno de ellos. Haizea tardó unos minutos en cumplimentar la diligencia. Aitzol ni se movió de su posición mientras tanto. Quedaba claro que su amiga no estaba dispuesta a facilitarle su auténtica identidad.

Mientras la esperaba, apoyado en las mochilas, observaba todos sus movimientos junto al mostrador de recepción. Pensó que quizás no fuera una mujer objetivamente bella según las medidas al uso de las modelos, pero desde su punto de vista había en ella un equilibrio de formas tal, una armonía de movimientos, un conjunto general que le dotaba de una hermosura muy particular y para él radicalmente turbadora.

Pero, ¿quién era en verdad aquella mujer? ¿Por qué ese permanente afán de ocultar su identidad e incluso rasgos mínimos de su vida? Llevaban ya más de una semana juntos y jamás había hablado, por ejemplo, de su familia. Aitzol dejaba caer sutilmente de vez en cuando el hilo de alguna conversación que pudiera derivar en dato de interés. Pero no lograba nada. No sabía ni tan siquiera si sus padres vivían o si tenía hermanos. Desconocía su nivel académico y no había logrado descubrir si trabajaba en algo. No es que no hablara. Muy al contrario, tenía una conversación fluida y plagada de historias. De ninguna de ellas podía inferirse su historial personal o alguno de sus pensamientos íntimos; y mucho menos de qué huía, pues Aitzol cada vez tenía más claro que escapaba de algo. Eso sí, lo que no le parecía era que el motivo de todo fuera un problema de pareja. Aunque tal vez sí lo fuera, de ahí sus repentinos cambios de ánimo, el móvil amordazado o la llamada telefónica de Dublín. Así las cosas, Aitzol no sabía nada y dudaba de todo. Esa era la única conclusión a la que llegaba una y otra vez. Pensaba en lo de las aves de paso, pero las incertidumbres pesaban excesivamente en sus alas y no lograba disfrutar del vuelo como quisiera. A fin de cuentas, se preguntaba, si somos dos aves de paso que en cualquier momento nos separaremos, ¿para qué ocultarme quién es si después de esto no volveré a verla?

Subieron a la séptima planta de la torre. El ascensor se abrió a un hall distribuidor desde donde se accedía, por un lado, a una amplia estancia tipo office, con zona de aguas y cocina completa incluso con horno. Había muebles en altura con algunos números por habitaciones y una mesa grande con sillas a modo de comedor. Al otro lado de los ascensores estaba el pasillo en el que se alineaban las puertas de las diferentes habitaciones, así como aseos, duchas,

bañera y cuarto para lavadero. Todo estaba limpio con pulcritud y se respiraba placidez.

- Qué gozada de sitio, ¿no? -dijo Aitzol tomándo el primer contacto visual con la planta nada más salir del ascensor.

- Además tenemos cocina; así ahorraremos bastante en comer -dijo Haizea.

Avanzaron por el corredor y ella abrió la puerta de un baño.

- Fíjate -exclamó- qué pedazo de bañera. ¡Hay que estrenarla con un buen polvo acuático!

Buscaron la puerta de su habitación y pasaron al interior. Era un cuarto diseñado para dos estudiantes. Así pues, tenía dos camas pequeñas, dos mesas de estudio con sus correspondientes sillas, otros tantos armarios y varios niveles de baldas en la pared. Haizea entró y fue directamente a la ventana. Era más bien estrecha pero alta. Ofrecía una hermosa vista sobre una parte de la ciudad de Belfast. Dejaron las mochilas sobre una de las camas. Haizea empujó hacia la otra a Aitzol, que cayó de espaldas sobre el colchón. Saltó sobre él, sentada a horcajadas encima de sus muslos. Se sacó la camiseta y la lanzó hacia atrás. Dejó caer su cuerpo sobre el de Aitzol y comenzaron a tocarse como con desesperación. Desde que abandonaron el pequeño cubículo de Londres esa era la primera vez que podían hacerlo sobre una cama, aunque ésta también fuera pequeña, y sin preocuparse de nada.

Hicieron el amor repetidas veces deteniéndose tan sólo lo imprescindible para volver a empezar; y así hasta que la luz de la noche entró por la ventana a besar sus cuerpos jóvenes, húmedos y hermosos.

- Una ducha y salimos a inspeccionar los alrededores, ¿qué te parece? -propuso Haizea levantándose de la cama.

- Al venir en el autobús no me he fijado bien qué había por aquí cerca.

- Ya encontraremos algo -dijo ella-. Venga, vete tú primero a la ducha mientras pongo todo esto un poco en orden.

Aitzol llevaba un rato mirando el cuerpo desnudo de Haizea moviéndose por la habitación. Su piel sudada reflejaba el brillo de la luz de la luna que entraba por la ventana. No había más luz, pero era suficiente. Le pareció que el movimiento del cuerpo de Haizea sacaba notas musicales al aire. Con esa melodía se extasió en la mera contemplación de su cuerpo.

- Vamos, levanta ese culo -le gritó ella riendo- ¿Qué miras?

- A ti.

- ¿Y te gusta?

- Más que demasiado.

- Venga, a la ducha, tontín.

Haizea saltó sobre él, le cosquilleó, luego le tomó de la mano, jaló de ella y le empujó hacia la puerta tirándole una toalla.

- Tápate –le dijo al muchacho-, no salgas en pelotas al pasillo, mucho menos así de puesto, no te vaya a ver alguna y se emocione en exceso –rió, y cuando Aitzol salió de la habitación le dio una patadita en el culo. A él le fallaban las piernas.

Por si no encontraban un lugar donde cenar algo, hicieron un par de sándwiches con lo que llevaban en la mochila, y después de comerlos salieron a recorrer la zona. La porción de luna peleaba contra las nubes. Olía al frescor de la vegetación durmiente.

"Fueron de auténtico ensueño, los primeros días que pasamos juntos en Belfast. Haizea estaba particularmente cariñosa y se deshacía sobre mí en atenciones y ternura. Jamás me había sentido así con ninguna chica. Nos hacíamos cada mañana el desayuno en el office de la planta y después de prepararnos y dejar en orden la habitación salíamos caminando hacia el centro de Belfast. Era, tal vez, un paseo excesivamente largo pero lo hacíamos tan a gusto que incluso se hacía corto. En ocasiones íbamos charlando. Otras veces en silencio. Yo me había dado cuenta desde el principio que de vez en cuando Haizea se replegaba sobre sí misma, que se metía como en su burbuja. Aprendí a no interferir y a respetar esos momentos sumiéndome yo también en igual silencio. Incluso en alguna ocasión se puso los cascos del discman mientras paseábamos. No me molestaba en absoluto que lo hiciera. No me parecía menosprecio alguno. Creo que logramos una correcta armonización de nuestras conversaciones y de nuestros silencios. En su silencio yo no me sentía ni extraño ni rechazado".

"Pasábamos el día por el centro de la ciudad y al atardecer regresábamos también paseando. En el camino hacíamos compras para el día siguiente y nos cargábamos de cervezas para la noche. Yo creo que seguíamos bebiendo demasiado. En muchas ocasiones ella las vomitaba. Pero es que era fantástico pasar la noche bebiendo y haciendo el amor. Y es que follábamos al menos en tres ocasiones al día. Al despertar lo hacíamos con suavidad, lentamente, recorriendo nuestros cuerpos con parsimonia; el propio ritmo de nuestra cópula era pausado, aunque no por ello menos intenso. Cuando nos quedábamos a comer en la residencia, echábamos la siesta. En ese momento también lo

hacíamos, pero entonces era como más pesado, tal vez como consecuencia de la digestión. Nos acariciábamos de manera más pautada e íbamos pronto al coito, que era de orden más somnoliento. Las noches era cuando convertíamos el acto en desenfrenado, y lo hacíamos como si nos fuera la vida en ello. Yo creo que había algo genuinamente animal en aquella forma nuestra de copular. En esos últimos momentos de la jornada, ebrios de cerveza y deseo, cabía ya todo en el juego del amor. Todo era válido, y fascinantemente hermoso”.

Después de varios días neblinosos y con livianos chubascos intermitentes, amaneció una jornada de sol espléndido. Cuando Aitzol abrió los ojos el cuarto estaba colmado de luminosidad. Sin embargo, no fue la luz del sol lo que le despertó sino un zumbido ronco y sostenido que salía de uno de los bolsillos laterales de la mochila de Haizea. Estaba solo en la cama. La muchacha no estaba en la habitación. El que primero se despertaba iba al office y preparaba el desayuno, con el que regresaba al dormitorio en una bandeja improvisada. Tomaban el desayuno en la cama. Así pues, al no encontrarla a su lado Aitzol pensó que ella estaría en la cocina. Estuvo tentado de tomar el teléfono y llevárselo al office con la excusa de que la estaban llamando. Eso podría darle pie a hablar del asunto, y tal vez ella le contara algo. Durante los últimos días Haizea se había mostrado particularmente próxima a él, e incluso en algún momento le pareció que se abría ligeramente a alguna confidencia. Podría ser un buen momento para plantearle sus inquietudes respecto a ella.

Se levantó de la cama y fue a sacar el celular de la mochila. Pero al ir a hacerlo se arrepintió de su acción y no continuó. Lo que sí hizo fue ponerse un pantalón corto y una camiseta y salir al office a buscarla. En principio, no le diría nada de que estaba sonando el teléfono.

No la encontró en la cocina-comedor. Miró en los aseos y tampoco estaba. Volvieron a su recuerdo en una punzada dolorosa los momentos anteriores en los que Haizea había desaparecido también, lo mismo cuando estuvieron en Londres como en Dublín. Tampoco pudo evitar acordarse de las dos ocasiones en las que había perdido el conocimiento. ¿Y si había salido y le había pasado algo? Haizea le necesitaba y él sentía una extraña angustia cada vez que no la tenía a su lado.

Regresó al office y se puso a mirar por la ventana. Entonces la vio sentada en un banco. Parecía tranquila observando a un grupo de jóvenes que se lanzaban una pelota de cricket. Las pulsaciones del corazón de Aitzol se relajaron notablemente hasta recuperar su ritmo habitual. Se quedó plantado en la ventana oteándola desde la altura. La imagen de Haizea allá sentada le transmitió serenidad; parecía estar incluso por encima del mundo, un ser superior colocado en aquel parque por los mismísimos dioses. Ese pensamiento emocionó profundamente a Aitzol. La vio como la mujer más bella, la estrella más rutilante del universo. Tenía en su interior tal cúmulo de sensaciones sublimes que estuvo a punto de llorar.

Sorpresivamente, Haizea miró hacia la ventana y sus miradas se acariciaron. Ella le hizo un gesto de saludo y él, por medio de mímica, pidió que subiera a desayunar. La muchacha lanzó un beso al aire, se levantó y dirigió sus pasos hacia el edificio. Aitzol llevó los productos del desayuno sobre la gran mesa del office y puso café a calentar.

Aún era pronto en la mañana, y como el día lucía radiante pensaron que era buena ocasión para hacer una excursión a la costa. Cargaron una pequeña mochila con sándwiches y fruta, además de alguna ropa de abrigo y chubasquero por si cambiaba la climatología, algo frecuente en esas latitudes.

Fueron en autobús hasta la estación, donde tomaron el tren para Bangor, en el Canal del Norte, estrecho que une el Mar de Irlanda con el Atlántico Norte. Haizea bromeó diciendo que igual alcanzaban a ver en la distancia algún arrastrero vasco de los que suben a faenar por las Hébridas y podrían saludarles. Aitzol siguió la broma lamentando haberse dejado los prismáticos en casa.

Tras un día intenso disfrutando de un entorno natural de particular belleza, la pareja regresó a su alojamiento en los bloques residenciales para estudiantes de la Queen's University. Al llegar al cuarto Haizea fue directa a su mochila y, una vez más, manipuló el teléfono móvil en el interior del bolsillo lateral, sin sacarlo. Aitzol no quiso violentarla con su mirada pues sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Así que le dio la espalda aprovechando que recogía las cosas que habían sacado de la pequeña mochila de la excursión.

- Ahora vengo -dijo Haizea dirigiéndose hacia la puerta de la habitación.

- ¿A dónde vas? -preguntó Aitzol. Fue una pregunta instintiva porque no pretendía inquirir nada. Ya se había dado cuenta de que Haizea necesitaba un espacio de intimidad después de haber, supuestamente, leído los mensajes en su móvil.

- Voy al servicio. No tardo nada.

Aitzol observó que llevaba en la mano el fular en el que iba envuelto su teléfono celular.

Adecentó el cuarto mientras ella no estaba. Como tardaba, se puso a leer.

Fue más de media hora el tiempo que pasó Haizea encerrada en el aseo. Tenía la cara recién lavada e incluso el cabello mojado en el perímetro del óvalo fácil. Era evidente que se había estado humedeciendo el rostro y secándoselo en repetidas ocasiones. Igual de evidente, si no más, era que había estado llorando largamente.

Aitzol se quedó mirándola a la cara. Pero no dijo nada. Ella se le acercó y besó suavemente. Luego se abrazó a él con tanta fuerza que casi le hizo daño. Aitzol volvía a sentirse tabla de salvación de un naufrago desahuciado. Pero, ¿qué era lo que provocaba en Haizea tan extraña desesperación? Sentía un impulso inefable a tomarla de los hombros, mirarla a los ojos y preguntar directamente qué era lo que le sucedía. Sin embargo, a ese impulso se le solapaba otro, que no era ni más ni menos que el terror insuperable a que Haizea, pensando que pretendía interferir en su vida, cogiera la mochila y desapareciera. A Aitzol le atormentaban esos pensamientos contradictorios. Y había algo que, igualmente, si no más, le desconcertaba hasta lo obsesivo. Era la dependencia que había adquirido respecto a ella. Este factor era nuevo en su vida y no alcanzaba a racionalizarlo debidamente.

- ¿Qué te parece si nos bañamos juntos? –preguntó Haizea con un tono de voz que no denotaba mucha energía-. En esa bañera tan grande entramos los dos.

Aitzol asintió.

Se dirigieron al baño y se desnudaron. La muchacha ofrecía una imagen de tibia languidez. A Aitzol le invadió un tierno sentimiento de compasión frente a aquel cuerpo hermoso de mujer que, sin embargo, parecía mostrársele desamparado. Se sintió profundamente conmovido ante semejante belleza triste. Comenzó a acariciarla lenta y superficialmente mientras el agua iba llenando la bañera. El vaho fue adueñándose del pequeño cuarto de baño. En el aire pesado flotaba melancólico su aroma a mandarinas dulces y limón. A Haizea no le había vuelto aún la luz de su mirada; tan sólo en algunos momentos levantaba la vista, ponía sus ojos en los de Aitzol, sonreía tenue y volvía a agachar la cabeza. Se dejaba hacer.

Cuando el nivel del agua fue el óptimo, ambos jóvenes entraron a la bañera. Primero lo hizo Aitzol, y sobre él, dándole la espalda,

entre sus piernas se colocó Haizea. En completo silencio y durante largo tiempo la fue lavando con una esponja como haría un arqueólogo con su descubrimiento más soñado. Lavó también su cabello. De vez en cuando ella volvía la cabeza, le miraba, sonreía; pero no decía nada.

El agua fue poco a poco perdiendo su temperatura ideal. Entonces salieron de la bañera y Aitzol siguió su tarea secando cuidadosamente a Haizea. Si durante el baño se había detenido en lavar con pulcritud cada milímetro de piel, cada pliegue, incluidos los más íntimos, exactamente lo mismo hizo al secarla. Todo fue en silencio.

De regreso a la habitación, Aitzol la acostó como a una hija. Posó un beso en su frente y la tapó. Luego recogió del suelo las prendas interiores de ambos y salió a la zona de lavadero, donde las lavó a mano en la pila.

Haizea estaba ya dormida cuando Aitzol volvió de la tarea. Estuvo un rato mirándola dormir. Irradiaba tal ternura que ni tan siquiera le acosaron con preguntas sus habituales fantasmas fustigadores. Se limitó a observarla y a disfrutar de su imagen. Jamás se había cruzado en su migración vital un ave de paso tan bonita. Pero tampoco tan enigmática. Para no molestarla, quitó las mochilas de la otra cama y se acostó en ella.

"Alguien nos había dicho que dos días seguidos de sol radiante en el norte de Irlanda era algo que había necesariamente que aprovechar por si no se repetía. Después de la noche anterior Haizea se despertó como si nada hubiera ocurrido. Esa ha sido otra de las cosas que me ha dejado estupefacto de ella: su sobrehumana capacidad de recuperación. Tras las pérdidas de conocimiento resucitaba como si tal cosa. Y bebiendo era igual. Alguna noche la tuve que llevar casi cargando con ella. Sin embargo llegábamos a la planta, yo le preparaba un té y nomás daba unos tragos que ya estaba como nueva. Jamás había visto recuperaciones tan milagrosas".

Es cierto, aquello era inconcebible. Yo siempre me levantaba al día siguiente hecho polvo y con unas caras de resaca como para asustar a cualquiera. En cambio, ella se ponía en pie como recién florecida. Aquello era verdaderamente sorprendente; y es que también le ocurría lo mismo en lo anímico, y pasaba de la noche al día en un suspiro, o viceversa. Evidentemente, en aquel tiempo yo no entendía nada porque nada sabía.

"Aquella mañana Haizea se levantó como si lo del día antes no hubiera tenido lugar. Incluso me preguntó por qué había dormido yo en la otra cama. Le respondí que para no molestarla porque la había notado mucho más cansada de lo habitual. Algo tenía que decir en vista de que ella parecía haberlo olvidado todo. Se limitó a decir que soy un tipo muy majo y muy atento y a darme un beso de los de prima. Estaba claro que había que olvidar el episodio".

Como hicieron el día anterior, ése también prepararon el equipo de excursión y salieron desde la mañana sin un destino predeterminado. Fueron a la estación de ferrocarril y allá mismo eligieron rumbo.

Pasaron aquel día en Antrim y volvieron a Belfast más tarde de lo previsto. Incluso se pasaron la parada del autobús, por lo que bajaron en otra más distante de la residencia de la Queen's. Caminando, charlaban animadamente sobre las cosas que habían visto a lo largo de la jornada en Antrim. Entonces, vieron las luces encendidas de un pub en el que no habían reparado antes y decidieron acercarse a tomar la última pinta del día.

Desde el exterior ya se podía adivinar que se trataba de un establecimiento muy animado. Había numerosos vehículos aparcados en un lateral de la casa en la que estaba el pub. Grupos de jóvenes de diversas nacionalidades entraban y salían, bulliciosos. Cruzando entre ellos, Haizea y Aitzol pasaron al interior y se encontraron de pronto inmersos en una marea de estudiantes universitarios que, cerveza en mano, hablaban a gritos y cantaban. Algunos incluso bailaban de manera estrafalaria sobre algo parecido a una tarima de poca altura. El aire apestaba a tabaco y alcohol.

- Bueno, vaya marchón que hay aquí, ¿no? –dijo Haizea.
- Esto sí que se parece a una taberna vasca –dijo Aitzol abriéndose hueco hacia la barra.
- ¿Cómo no habíamos visto este sitio antes? –gritó ella para poder atravesar el volumen de la música.
- Siempre hemos caminado hacia el otro lado de la carretera, hacia el centro, hacia la Universidad. No se me había ocurrido pensar que la marcha estaba por aquí –dijo él cuando alcanzaron el mostrador.

Pidieron dos pintas de Guinness y buscaron un lugar en el que, cuando menos, no hubiera tanto empujón. Les gustó el ambiente. A ambos les recordó Euskal Herria. Sobre ello estaban hablando cuando un joven se tropezó al pasar junto a Haizea y vertió algo de cerveza sobre su brazo desnudo. La instintiva disculpa le salió al muchacho en

francés. En ese mismo idioma Haizea le dijo que no se preocupara y sacó un pañuelito de papel para secarse el brazo. La circunstancia del idioma común les dio pie a conversar.

"Como yo no hablo francés pues no entendí nada. Haizea me dijo que era un estudiante de Burdeos que estaba haciendo un curso de verano en la Queen's University. Yo le sonreí por cortesía, y seguidamente ellos dos siguieron a lo suyo dejándome a mí al margen. Me dediqué a darle tragos a mi Guinness y a observar la variopinta mezcla de jóvenes que había en aquel pub. Según pasaba el tiempo, la conversación de ellos era más animada, e incluso cariñosa, y mi situación más embarazosa porque parecía estar claro que yo sobraba. Me vinieron a la cabeza un montón de extrañas imágenes vividas durante los días que llevaba con Haizea. Yo no sé por qué curioso mecanismo mental, podría decir que todas ellas eran negativas. No conseguía evocar buenos momentos; todo lo que recordaba con ella o de ella me provocaba angustia. Era como si algo dentro de mí lo estuviera revolviendo todo para colocarme ante una mujer voluble y caprichosa, desequilibrada e incluso violenta. Una mujer que llevaba conmigo cerca de dos semanas y que durante todo ese tiempo me había tenido en una noria desquiciante. Les miraba a ellos dos riendo a mi lado y me sentía el ser más ridículo del universo. Cuando estaba conmigo, ¿reía también así? No sé por qué pero comencé a verla como a un fraude. Supongo que fue porque entre risas y más risas, el bordelés la estaba tocando demasiado y ella se dejaba hacer. Como que no quiere la cosa, la sobaba; como con un descuido, la hablaba al oído y aprovechaba para lengüetearle la oreja. No puedo decir que nunca antes hubiera sentido celos, pero desde luego que lo habrían sido infantiles si los comparamos con los que sentía entonces. Y es que era extraño, pues si por un lado había empezado a sentir cierta repulsión hacia ella, por el otro notaba en el pecho la presión de unos celos que me incitaban a la agresividad. Creo que jamás me había sentido así de mal. Me iba cargando de violencia. Observando sus miradas cómplices y sus jugueteos me sentí humillado hasta pensar en el crimen. Tuve varias náuseas, aunque contuve el vómito".

- Haizea, ¿qué tal si nos vamos de aquí? –dijo Aitzol hablando como si no existiera el francés.

- ¿Írnos? ¿Por qué? Yo estoy muy a gusto –respondió ella con cierta desidia.

- Hemos bebido demasiado y me están dando arcadas.

- Pues vete al váter y echa la pota, te sentirás mejor.

- No es sólo eso, Haizea, no me encuentro bien aquí, con ese tipo ahí contigo.

- Yo estoy con quien me viene en gana. ¿O acaso crees que tienes algún derecho sobre mí?

- No he querido decir eso.

- ¿Quién hostias te crees que eres? –el tono de la pregunta fue ofensivo.

- Eh, tranquilízate, que te lo estoy diciendo bien. Yo no me creo nadie, simplemente te digo que estamos juntos...

- ¿Que estamos juntos? –levantó la voz-. No estamos juntos. Yo no estoy con nadie. Y menos junto a ti. Tú no sabes ni quién coño soy. ¿Con qué derecho me hablas así? Yo vuelo sola y sola me voy a estrellar contra las piedras. No quiero a mi lado el careto de nadie mirándome con puta compasión cómo me voy a la mierda. No quiero putas lágrimas de nadie a mi lado. Os podéis guardar todos vuestra puta compasión, vuestra jodida misericordia. Me cago en la vida. Sí, en la puta vida me cago.

El francés, como no entendía nada de lo que hablaban, suponía una pelea de pareja por él y observaba la escena con suficiencia, sintiéndose vencedor y convencido de que se iba a llevar el gran premio de la noche. Mientras, Aitzol, petrificado, no tenía energía ni para pestañear. En el silencio de Haizea tras espetarle a gritos la última frase a escasa distancia de su cara, Aitzol fue esquivando jóvenes estudiantes hasta la puerta de salida. Avanzaba lento. Humillado.

Incapaz de conformar un pensamiento coherente por todo el dolor que sentía, caminó hacia la residencia y ya en ella entró al office de la planta sin encender luz alguna. La única iluminación de la cocina-comedor era la que entraba por la ventana, de las farolas del parque. En aquella penumbra, puso agua a hervir para hacer un té. Su mente seguía vacía como un solar allanado tras una demolición.

Aún no había silbado el hervidor eléctrico de agua cuando escuchó el sonido del ascensor llegando a la planta. Luego fue el de las puertas al abrirse. La luz del ascensor brotó entonces al exterior como un arrollo que se derramó por el suelo hasta alcanzar casi sus pies. Al cerrarse de nuevo las puertas, el manantial de luz se secó. Silencio.

Aitzol supuso que se trataría de alguno de los otros cinco estudiantes que también vivían en esa planta, y por eso ni se giró. Tampoco escuchó ruido alguno, ni tan siquiera pasos. En ocasiones el ascensor subía al piso sin nadie en su vientre.

Desde el oscuro silencio Haizea le observaba. La escena del pub también a ella le había herido mortalmente y ahora no se atrevía a hablarle a Aitzol. Por eso no hacía más que mirarle conteniendo la respiración.

Como un depredador nocturno acobardado Haizea avanzó entre las sombras del office sin tan siquiera alterarlas. Lentamente pegó su pecho a la espalda de Aitzol apoyando la frente en su nuca. Casi sin tocarlo. Aitzol se sobresaltó al sentir a alguien que se adhería a él por detrás de forma tan liviana que parecía pesar menos aún que el rayo de luz del exterior que le iluminaba los hombros. Supo que era ella por el inconfundible aroma a mandarinas dulces y limón.

El hervidor eléctrico de agua llevaba tiempo silbando y Haizea aún no había movido sus manos, que pendían como flores marchitas a ambos lados de su cuerpo. No conseguía acumular el valor suficiente como para tocarle, y mucho menos para hablarle. Aitzol tampoco movía músculo alguno, aunque el olor de Haizea le había vuelto a embriagar el corazón tal que a un alcohólico reincidente.

- Te apetece un té –dijo Aitzol con voz queda y sin moverse.
- Sí.

Lo de Haizea fue como un suspiro; leve, muy leve pero que le insufló el coraje suficiente como para recuperar la vida en sus manos y abrazarle por detrás a la altura del abdomen.

Le pidió que no se moviera todavía, que esperara un poco. Y Aitzol no se movió.

- No puedo pedirte perdón porque el concepto de perdón es cristiano. Pero te digo de corazón que nunca en mi vida había hecho nada que me doliera tanto como lo que te acabo de hacer. Lo siento. No sé qué palabras existen para expresar todo lo que lo siento. No te mereces lo que te he hecho. En estos días que llevamos juntos te he dicho en más de una ocasión que jamás nadie me había tratado tan bien como me tratas tú. Ser injusta siempre me ha causado gran dolor, pero para mí no existe mayor dolor que ser injusta con quien me trata bien. Hacer daño a quien quieres es lo más horrendo, lo más insufrible. Siento haberte hecho daño, Aitzol. Creo que he proyectado sobre ti fantasmas que no te pertenecen; que, sin quererlo, te he metido en una tormenta que es únicamente mía. Intentando protegerte te he herido. Y eso no se le debe hacer a alguien que me está dando toda su amistad y cariño sin saber nada de mí ni a qué viene todo esto. Si fuera judeo cristiana supongo que te pediría perdón, diría que me arrepiento y eso me liberaría de la carga. Yo no entiendo esos conceptos, pero te quiero expresar lo más puro que existe para mí en ese terreno: lo siento de todo corazón y me duele todo lo que te he hecho. Te pido disculpas.

"Me emocionó tanto que me hizo llorar; sin embargo, no entendí nada de lo que me dijo. Vamos a ver: comprendí perfectamente su dolor y sus disculpas, pero había algo en aquel tono, en aquellas expresiones que me hacen suponer que existe un fondo en Haizea que no he sido capaz de alcanzar en estos días. Hay en ella una fosa abisal a la que no he accedido, de la que he quedado muy lejos. Y es que podía haberse limitado a decir que habíamos bebido mucho y que se le fue la olla; o incluso que está pasando un mal momento y que lo había pagado conmigo. Así de sencillo. Yo lo habría entendido. Creo que ya le había dado pruebas sobradas de respetar al máximo sus zonas oscuras, sus silencios. Pero aquellas extrañas explicaciones le brotaban de algo que desconozco. Por su boca hablaba una angustia que a mí se me escapa. En lugar de tranquilizarme, lo que consiguió fue reactivar todas las incertidumbres respecto de ella. Por eso no entendí ni entiendo nada y sigo sin saber quién era o quién es realmente esa mujer a la que sigo llamando Haizea".

Haizea se adhirió completamente al dorso de Aitzol.

- Apaga el hervidor y olvidemos el té –dijo Haizea.

- ¿Ya no te apetece? –preguntó él.

- Quiero limpiar lo que he hecho antes de tocar nada. Ven conmigo.

Le tomó de la mano y fueron caminando lentamente en la oscuridad de la planta hacia el aseo. Haizea abrió la puerta y pasaron al interior sin cerrarla. No dio la luz. La apaciguada luminosidad de las luces nocturnas de emergencia del corredor de la planta era suficiente para verse en el interior del baño. Haizea llevó a Aitzol hasta el lavabo y se colocó a su lado. El muchacho la miraba en el espejo, que reflejaba en la penumbra la imagen de la pareja. Ella tomó sus manos y le habló mientras se las acariciaba.

- Las manos dicen mucho de nosotros, Aitzol; en ellas se van acumulando nuestros años y se graban las penas y las alegrías, los avatares que vamos atravesando en la vida. En ellas se va escribiendo nuestra historia personal. Son como nuestra biografía, que se va actualizando momento a momento. Las manos son también un medio por el que nos comunicamos y transmitimos emociones y sentimientos. Cuando queremos comprobar que algo verdaderamente existe, vamos a tocarlo. Si una obra de arte nos emociona, también tendemos a tocarla. Si queremos a alguien, le hacemos partícipe de nuestro amor acariciándolo. Las manos dicen mucho de nosotros y nosotros también decimos mucho a través de ellas. Por eso son tan importantes las manos.

Aitzol escuchaba inmóvil sus palabras mientras la miraba en el espejo. Tras un breve silencio, Haizea continuó:

- Déjame que te lave las manos para que no quede en ellas rastro alguno de lo que te he hecho esta noche. Quiero que me sigas acariciando con la misma pureza que antes. Quiero que el dolor que te he causado no quede en ellas y que algún día lo pagues con quien no se lo merece. Las manos son hermosas, Aitzol, pero también vengativas; y si en ellas se graba dolor buscan la forma de deshacerse de él, muchas veces sin reparar en cómo. Más veces de las debidas descargamos lo malo que llevamos dentro en quienes más próximos tenemos, y acabamos haciendo daño a quien mejor nos trata, a quien más nos quiere.

Haizea abrió el grifo, cogió una pequeña pastilla de jabón y comenzó a frotar suavemente con ella las manos de Aitzol. Las cuatro manos enjabonadas se acariciaban sobre el lavabo. Haizea se detuvo en lavar con meticulosidad las palmas y las yemas de los dedos; también el conjunto de la mano, pero quizás con mayor atención esas partes en concreto.

Limpias y aclaradas las manos, procedió a secárselas con igual mimo. Luego se prodigó en acariciárselas.

- El agua se ha llevado ya todo lo malo. Tus manos vuelven a tener la pureza de tacto que tenían antes –dijo Haizea. Aitzol seguía sin pronunciar palabra.

Le tomo de la mano y le condujo hacia la habitación. Ya dentro, se colocó por primera vez ante él mirándole a los ojos. Le acarició la cabeza con ambas manos. Aitzol sentía sus ojos verdes iluminándole de nuevo la médula de los huesos, haciéndola fluorescente. Otra vez llevaba su luz dentro. Otra vez estaba en sus manos, en sus manos recién purificadas junto a las suyas; vírgenes de nuevo. Lo besó con igual parsimonia y profundidad a como cala el sirimiri.

- Hagamos el amor como dos cometas que se cruzan tras años luz de soledad. Y cuando nos estemos corriendo, no pares de decir que me quieres –dijo Haizea.

Se desnudaron uno al otro sin prisa. Y con calma comenzaron a frotarse sus pieles calientes sobre la cama. Luego llegó la galerna; y en su momento álgido, entre músculos en tensión sublime y uñas que se clavan en la humedad, la voz de Aitzol repitiendo como un indigente insaciable: “Maite zaitut” Maite zaitut”.

A la mañana siguiente volvieron a ser dos novios paseando despreocupadamente por las calles de la zona comercial de Belfast próxima al Ayuntamiento. Eran completamente felices.

Habían pensado desplazarse a conocer Derry y, para ello, levantarse un poco más temprano. Cuando Aitzol abrió los ojos lo primero que hizo fue acercar a la cara el reloj de pulsera para mirar la hora que era. Haizea no estaba en la cama, estaría preparando unos bocadillos para el viaje a Derry.

Al ver la hora se sobresaltó. Se había quedado dormido. Era casi el mediodía. ¿Cómo no le había despertado Haizea? Bueno, pensó, no era necesario ir concretamente ese día, podían hacerlo al siguiente. Nadie les esperaba en ningún sitio y sus planes eran siempre abiertos, incluso intuitivos, pues la mayoría de las veces los pensaban de un día para otro o hasta sobre la marcha.

Se sentó en la cama para desperezarse. Al recorrer la habitación con la vista se dio cuenta de que faltaba la mochila de Haizea. Saltó como un resorte. Echó una mirada rápida a la habitación. Era pequeña, quizás unos doce metros cuadrados, y quedaba todo a la vista. No estaban las cosas de Haizea. Se puso un pantalón corto, y descalzo como estaba salió a la carrera al pasillo y fue hasta el office, donde había cuatro jóvenes comiendo en la mesa. Ni tan siquiera les saludó. Regresó al corredor y fue tocando en las puertas de aseos y baños.

Haizea había desaparecido llevándose todas sus cosas.

Volvió Aitzol de nuevo al office y en esta ocasión saludó a los estudiantes. En la planta, además de Haizea y Aitzol, también tenían habitación cinco jóvenes más con quienes tan sólo habían coincidido en alguna ocasión en la que se habían levantado bastante antes de lo habitual para desayunar. Aitzol les preguntó si acaso habían visto a su amiga. Dijeron que no.

Ni tan siquiera se le ocurrió mirar por la ventana por si estuviera sobre la hierba tomando el sol. Esta vez no era como las anteriores en que había desaparecido. En esta ocasión se había llevado todas sus cosas, por lo que era más que evidente que ya no pensaba regresar.

Se dirigió inmediatamente a la habitación y se puso a buscar alguna carta, alguna nota que le hubiera dejado de despedida. No encontró nada. Aquella mujer a la que llamaba Haizea había desaparecido de igual forma a como un par de semanas antes

apareciera. Como el viento. Se suponía que con ella desaparecían también todas las tribulaciones.

"Tuve que salir de la habitación porque era como si las cuatro paredes se lanzaran sobre mí y me aplastaran la cabeza. Lo que hasta entonces fuera su leve aroma a mandarinas dulces y limón se había convertido en un gas letal que me estaba asfixiando. Salí fuera y comencé a dar vueltas de lado a lado de la planta, recorriendo el pasillo hasta el office y regreso al principio. Iba como un psicópata hasta el culo de pastillas y alcohol. Cada vez que escuchaba el sonido del ascensor una fuerza brutal me agarraba del cuello y me lo giraba para enfocar la puerta. Para arriba o para abajo, el ascensor siempre pasaba de largo. Nuestra planta era la más tranquila del bloque y era raro tropezarte con alguien. Poco antes de la hora de cierre de recepción bajé a preguntar si acaso hubiera dejado ahí alguna nota, alguna dirección, algo. La chica del mostrador me dijo que la había visto a la mañana, pronto, cargando con una mochila grande azulada. Le pregunté si la estaba esperando alguien en el hall. Dijo que no, que salió caminando sola hacia la carretera, seguramente hacia la parada del autobús. Regresé a la habitación. Era curioso porque si bien aquel cuarto, aquella planta, me resultaba angustiosamente pequeña, había una fuerza centrípeta que me impedía alejarme de allá. Por eso fui incapaz incluso de salir al parque".

El recuerdo que conservo hoy de aquello es de una angustia horrenda. Quizás porque fue la primera vez en mi vida que me pasaba algo similar. No hay que olvidar que yo no sabía nada de ella cuando aquello, así que todo lo que hacía me rompía los esquemas, lo mismo en lo bueno que en lo malo. Lo que me había hecho un par de noches atrás en el pub yo creía que era el dolor más insuperable. Pues no, está claro que siempre se puede sufrir un poco más.

"Dormí fatal aquella noche. No pegué ojo. Era la primera vez que dormía solo y el no sentir su respiración a mi lado me hería de muerte. Mi monólogo interior se desató durante la vigilia. Lo que más me sorprendió es que no me venía al recuerdo ni un mal momento pasado con ella. Todo lo que evocaba eran hermosos recuerdos de los días disfrutados juntos. Es cierto que me ha hecho pasar los mayores sustos de mi vida y que incluso en alguna ocasión me hizo mucho daño. Pero en el balance que hacía durante la vela eso era lo que menos peso tenía, lo más irrelevante. Lo que

verdaderamente inclinaba la balanza a su favor era lo fantásticos que habían sido, que han sido los días que he pasado con ella. Nos combinamos perfectamente desde el primer momento, lo que hizo que la convivencia fuera muy fácil a pesar de ser dos desconocidos. . En las tareas cotidianas, las cosas que a ella menos le gustaba hacer eran precisamente las que a mí más me iban, y viceversa. Nos repartíamos todo con absoluta armonía. De las chicas con las que me he relacionado, con ninguna he sentido similar compenetración. Y, si voy a ser totalmente sincero, también debo decir que nadie me ha tocado como ella. No hacía falta que dijera nada porque sus manos recorriendo mi piel ya contaban suficientes historias. Qué decir de su sonrisa, de su alegría contagiosa, de su dulzura, de su extraña pasión por vivir cada segundo como si fuera el último de su vida”.

Cuando escribí esto estaba claro que no me venía a la cabeza ni un aspecto negativo. Me encontraba impactado. Ni tan siquiera me referí a sus extraños brotes de melancolía que me dejaban tirado; tampoco a esos momentos en los que despreciaba la vida hasta con asco. No mencioné cuando parecía una suicida y me asustaba.

”Cogió su mochila y se fue sin despedirse. Me quedé hundido en una gran tristeza. Estaba como perdido sin ella. Sí, así me sentía. Pero también es cierto que su paso por mi vida fue un regalo de días de felicidad como nunca había disfrutado con nadie. Haizea dijo que no era más que un ave de paso. Se había ido. Tenía que salir de ese pozo de desidia en el que había caído y, recordando su alegría, recuperar mi ritmo habitual y continuar mis vacaciones. A ello me puse”.

Dos días después de la marcha de la muchacha ya no quedaba ni su fragancia en la habitación de la residencia. Aitzol se levantó pronto y consultó los apuntes que le había preparado su amigo Unax para el caso de que quisiera ir a Derry. Puso en la mochila lo necesario para pasar un par de jornadas en aquella ciudad. Antes de abandonar la habitación la limpió y puso todo en perfecto orden. En recepción dijo que salía para dos de días y dejó pagados cuatro, por si se prolongaba la visita más de lo previsto.

Siguiendo escrupulosamente las indicaciones que Unax le diera por escrito, nada más llegar a Derry fue directo al ‘Bed and Breakfast’ recomendado. Fue recibido por una familia profundamente irlandesa que desbordó sobre él simpatía y atenciones. Todos conocían a Unax.

Dejó allá sus cosas y telefoneó al número que llevaba también apuntado en la agenda. Se trataba de una cuadrilla de jóvenes vascos residentes en Derry. Quedó con ellos en un pub e inmediatamente se dirigió a la cita en el autobús que le indicaron.

Sólo fue un par de días el que pasó Aitzol en Derry pero disfrutó al máximo con aquel grupo de vascos enraizados en la vida irlandesa. De su mano conoció los alrededores de la ciudad durante el día y los lugares más genuinos y bulliciosos en la noche. Junto a ellos siempre había jóvenes irlandeses, lo que daba buena muestra de lo insertados que estaban en esa sociedad.

Aitzol había dejado de sentir el punzante dolor en el pecho por la marcha de Haizea. Sin embargo, en cada momento de alegría pensaba lo hermoso que hubiera sido vivirlo con ella. Y en cada momento de tranquilidad, de paseo o reflexión echaba de menos los silencios compartidos con Haizea, el caminar sin pronunciar palabra pero sintiendo al lado su piel y la embriagadora fragancia a mandarinas dulces y limón. Aitzol hubiera querido ver Derry a la luz del extraño verdor de los ojos de Haizea.

Regresó a Belfast sin sentir sobre sus hombros lastre alguno de las jornadas vividas antes de la salida a Derry. Aquello había sido una hermosa experiencia vivida con una desconocida. Nada más. Así que entró en la residencia sin dolor ninguno.

A la salida del ascensor vio en el office a cuatro estudiantes tomando té. Las caras de dos de ellos se le hicieron desconocidas; serían nuevos en la planta o amigos de los otros. Ese séptimo piso era muy tranquilo, pero en otros, como en el superior, eran frecuentes las reuniones e incluso fiestas nocturnas de jóvenes de otras plantas o de otros bloques.

Antes de coger el pasillo hacia su habitación les saludó con un gesto de la mano y unas palabras de buenas tardes. Ellos respondieron a su saludo y le pidieron que se uniera al grupo. Aitzol les comentó que venía de pasar unos días en Derry y que quería tomar una ducha y lavar algo de ropa antes de cenar. Uno de los estudiantes conocidos le aseguró que ellos también iban a cenar ahí antes de ir al pub. Le invitaron a pasar la posterior velada con ellos. Aitzol les agradeció la cortesía y prometió pensárselo mientras ponía en orden sus cosas. Se despidió hasta más tarde y avanzó hacia su habitación.

Al abrir la puerta del cuarto recibió en el rostro un amable impacto a mandarinas dulces y limón. El ritmo cardíaco se le aceleró como si aquella fragancia hubiera pulsado un secreto interruptor en su corazón. No era posible que transcurridos varios días su aroma siquiera impregnando de manera tan ostensible la habitación. Era imposible.

No estaba Haizea, pero sí su mochila. Sentimientos contradictorios se levantaron como tornados dentro de su cabeza. En los días anteriores había recuperado totalmente su armonía y equilibrio emocional habituales. Haizea había quedado en un recuerdo hermoso, amable. Pero eso no más: un recuerdo. Algo pasado. Superado. Si ahora regresaba de nuevo, otra vez volvería a alterar todo su microcosmos personal. Volverían las incertidumbres, las dudas. Volvería la noria criminal. El vértigo feliz.

Mientras subía en el ascensor había sentido que de su memoria reciente se había borrado todo lo referido a Haizea. Ese fragmento de su recuerdo quedaba como archivado en otro nivel más remoto; le parecían evocaciones correspondientes a tiempos pretéritos. Haizea había quedado atrás y él regresaba de pasar unos días en Derry en su tercera semana de vacaciones por Inglaterra e Irlanda. Eso era lo que había en su mente cuando subió en el ascensor.

Sin embargo, al abrir la puerta de la habitación, inhalar el aroma de Haizea y ver su mochila sobre la cama, sus anteriores sensaciones se dieron la vuelta como un chubasquero reversible. Lo que entonces quedó en la memoria remota de Aitzol fue todo aquello transcurrido entre la marcha de Haizea y su regreso. Ese fragmento concreto de vida entre ambos momentos pasó a otro nivel del recuerdo datado en un tiempo indefinido.

Así pues, cuando se abrió la puerta y entró Haizea vistiendo una camiseta que le llegaba hasta la mitad de los muslos y con su larga cabellera enroscada en una toalla, fue como si la secuencia anterior con ella hubiera tenido lugar apenas unos minutos antes, los minutos justos para darse una ducha y lavarse el pelo.

- ¿Cómo va todo, Aitzol? –dijo Haizea como si efectivamente hubiera abandonado la habitación quince minutos antes para asearse.

- Supongo que bien –respondió Aitzol.

Nadie hubiera podido pensar que habían transcurrido casi cinco días desde que Haizea desapareciera sin dejar rastro.

Aitzol no preguntó absolutamente nada sobre por qué se había marchado o dónde había estado durante esos días. No se le pasó ni por la imaginación hacerlo. Algún extraño mecanismo mental había

borrado todo el lapso de tiempo sin ella. Sin embargo, Haizea sí se interesó por lo que él había estado haciendo en los últimos días. Mientras se bebían las cervezas que ella había traído, Aitzol fue relatando su visita a Derry con absoluta naturalidad, con la refrescante narración de quien al regreso de un viaje se lo cuenta a su mejor amigo.

Aitzol nunca hubiera imaginado un reencuentro así. Curiosamente, se sentía muy cómodo contando a Haizea su visita a Derry y lo que por allá había hecho. Había algo en aquella mujer que le conducía a espacios de extrema intimidad. Junto a ella se sentía arropado, escuchado, comprendido. Incluso en completo silencio se comunicaban con fluidez. A su lado se encontraba envuelto en una seda de agradable complicidad. Además de todo ello estaba la enajenante atmósfera de sensualidad que emanaba de la música que componía su cuerpo al moverse.

Por lo que fuere, lo cierto es que su reencuentro no pareció tal cosa y que tras beber un par de latas de cerveza salieron a dar un paseo por el gran parque en el que se levantaban las torres residenciales de la Queen's University. Aitzol dijo que si quería podían ir al pub que habían descubierto carretera arriba. Haizea dijo que no, que lo que más le apetecía era caminar de su mano bajo la noche. A medianoche aún se veían dos cuerpos formando una sola sombra en la oscuridad.

A la mañana siguiente Haizea dijo que tenían un plan para esa tarde.

- ¿Que tenemos un plan, dices? –preguntó Aitzol sorprendido y remarcando el tenemos.

- Sí, tenemos, he dicho.

- ¿Y cuál es?

- Nos van a enseñar la noche del barrio republicano de Fall's Road.

- Mi amigo Unax me había dicho que tenía que darme una vuelta por allá.

- Esto va a ser mejor aún porque nos van a llevar por los drinking clubs, que son los pubs de ambiente genuinamente nacionalista. Allá no entra cualquiera y a nosotros nos han invitado.

Aitzol entendió que no debía preguntar nada. Hacerlo suponía reconocer la existencia de los días en los que no habían estado juntos, y ese periodo estaba ya borrado. Por otro lado, hacer ahora preguntas significaba interrogar sobre lo que Haizea había estado haciendo esos días y con quién o quiénes había andado. Como no era

su intención entrar ni en lo uno ni en lo otro, se limitó a manifestar su conformidad con el plan para la noche y a decir que le apetecía mucho una velada así.

- Vendrá un chico a recogernos en coche después de cenar – dijo Haizea, y salió al pasillo hacia el office a preparar el desayuno. Aitzol dijo que él recogía mientras tanto la habitación.

Aquella mañana fue lluviosa y la aprovecharon para estar juntos, sin más. Tenían cosas suficientes como para preparar algo para comer y cenar, así que ni tan siquiera salieron de la residencia. Pasaron el día haciendo el amor. Aunque ambos obviaron en sus conversaciones el tema de la separación y reencuentro, como si por ello no hubiera existido, ese conjuro no servía para sus cuerpos, que se lanzaban mutuamente el uno a por el otro con hambre atrasado. Sus pieles parecían haber macerado el deseo durante siglos. Y eso que sólo habían sido unos pocos días sin rozarse. Lo que servía para sus planos racionales no valía para el instinto.

Después de cenar salieron a la carretera. A la hora a la que había dicho Haizea un coche pasó a su lado. El conductor les saludó, abrió la puerta y la pareja pasó al interior.

Era ya de noche cuando alcanzaron Fall's Road. Cerca de donde aparcaron para entrar al primer drinking club de la velada había un pequeño solar con escombros y una hoguera. A su lado se movían grupos de jóvenes.

Aún no se habían consolidado los Acuerdos de Viernes Santo, y al anochecer brotaban las barricadas y se encendían los enfrentamientos con las fuerzas policiales y el Ejército británico. Aitzol y Haizea ya habían tenido ocasión de ver en los días que llevaban en Belfast los despliegues y avances de las tropas británicas por las calles, así como las torretas de observación de los militares, metidas en una caja de red metálica antigranadas y cohetes. También sabían de las barreras y muros que separaban barrios, los controles de paso, los desfiles de vehículos blindados desafiantes, los soldados apuntando con sus armas a la población civil. Helicópteros patrullando la noche, barriendo sectores de la ciudad con potentes focos y cámaras. Y habían comprobado la notoria e insultante diferencia en nivel de vida, en prestaciones, incluso en estética de los barrios nacionalistas irlandeses y los probritánicos.

A pesar de no ser algo desconocido, todos esos elementos les parecieron muchísimo más impresionantes en la noche. Barreras,

observatorios, controles, blindados circulando por las calles ofrecían un aspecto mucho más inquietante y siniestro.

Acompañados de Vincent, el joven que les pasó a recoger, se dirigieron hacia un edificio de baja altura con aspecto de fortaleza. La casa estaba protegida por red metálica anti-rocket y a lo largo de su fachada varias piedras de grandes dimensiones impedían dejar al lado vehículo alguno. Varias cámaras vigilaban el perímetro.

"Lo cierto es que todo aquello parecía de película. Hay muchas cosas del Ulster que a un vasco no le extrañarían lo más mínimo. Me atrevería incluso a decir que nos resultan en cierto modo familiares. Pero es evidente que el aspecto de aquello es mucho más de guerra. Quizás sea por la presencia de militares por las calles, que con sus trajes de camuflaje de campo acojonan bastante. Recuerdo ahora algo que leí un día respecto a esta imagen de guerra. Era de un militar británico de alta graduación que le decía a un general español que de haber tenido ellos un cuerpo como el de la Guardia Civil no habrían necesitado desplegar el Ejército en Irlanda del Norte, con lo que habrían ganado en mejor imagen y menos sensación de ocupación sin que ello supusiera una merma de operatividad en términos militares de contra insurgencia. Es una observación radicalmente cierta incluso para alguien que no entiende de esas cosas ya que toparse por las calles con militares como que marca otro nivel".

"Con Vincent nos dirigimos hacia una puerta de tela metálica como la que protegía la casa. Estaría como a unos tres metros de la fachada. Entre esa puerta exterior y la de la casa se avanzaba por un pasillo también enrejado que tendría algo más de un metro de anchura y dos y pico de altura. Era una auténtica jaula de entrada. Vincent tocó al timbre de la primera puerta y dijo algo por el comunicador que no entendí, seguramente hablarían en gaélico. Sentí que nos miraba una cámara. La puerta se abrió, atravesamos la jaula metálica y volvimos a llamar a la entrada de la casa. Se abrió ésa también y pasamos al interior. Allí había un hall con varias personas y una especie de mesita o mostrador. Vincent se identificó, nos avaló, escribieron algo, que no llegué a ver, en un libro y entonces, al fin, entramos al corazón de aquel drinking club".

"El pub estaba repleto de gente y había gran bullicio. Tremendo ambiente, la verdad. Parecía una taberna vasca en noche de fin de semana. Vincent nos llevó hacia

una mesa en la que había dos hombres con sus respectivos grandes vasos de cerveza y nos indicó que nos sentáramos”.

El joven irlandés, pelirrojo con un poco de barba y 1.90 de estatura, si no más, hizo las presentaciones. De los dos hombres que estaban ya en la mesa uno de ellos era concejal republicano de una localidad próxima a Belfast. El otro era un antiguo prisionero político. A Haizea y Aitzol los introdujo en el grupo como dos jóvenes vascos de vacaciones en Irlanda. No hizo falta más presentación, lo que hizo pensar a Aitzol qué les habría contado Haizea de él. ¿Les habría dicho que era su novio? O, por el contrario, ¿les habría adelantado su presencia diciendo que se trataba de un desconocido con quien se había tropezado casi tres semanas atrás en un tren a la salida de París? Aitzol supuso que todo dependería de la relación de Haizea con ellos y con ese ambiente. Si fueran viejos conocidos de ella sabrían algo de su vida, con lo cual, sin ofrecer grandes detalles, le ubicarían seguramente sin problemas en el particular universo de Haizea. Sin embargo, de ser así, ¿por qué le llamaban ellos también Haizea si era evidente que ése no era su nombre?

Aitzol, poseído por todo el cúmulo de incertidumbres que se levantaban alrededor de Haizea llegó incluso a pensar que quizás fuera todo un paripé y que su desconocida amiga estaba mucho más insertada en aquel ambiente político de lo que pudiera imaginar que aquello era el teatro del disimulo.

Él había tenido muchas veces la sensación de que Haizea era alguien que huía de algo. ¿Y si el encuentro con él en el tren no hubiera sido casual y lo estuviera utilizando como cobertura para su huida? Y en esa misma línea, ¿si Haizea estuviera realizando alguna actividad política clandestina y él resultara ser su tapadera para poder moverse con más facilidad y levantando menos sospechas? Eran tantas las preguntas que le venían a la cabeza que pensó que lo mejor era centrarse en la velada, no fuera que creyeran que tenía la mente en otro sitio o que era lelo.

Nomás se hubieron sentado y Vincent se dirigió a la barra a buscar las primeras pintas de la noche. Mientras tanto, el concejal le preguntó a Aitzol qué le estaba pareciendo Irlanda. En aquel ambiente ruidoso iniciaron una animada conversación sobre el país y sus gentes. Según se incrementaban los tragos más cálida iba siendo la velada.

Luego cambiaron a otro drinking club, al que se desplazaron los cinco en el coche de Vincent.

En un momento de la velada preguntaron a Aitzol si sabía por qué Sean, el concejal, se ponía de espaldas a la puerta y en el coche se había sentado de medio lado dejando el dorso hacia el exterior de vehículo. Aitzol hizo un gesto con cabeza y manos para expresar que no sabía por qué hacía eso.

- ¿A todo el mundo le vais a contar la misma historia? –exclamó el concejal con ademán de estar contrariado aunque no daba la sensación de estarlo.- Al final me voy a hacer famoso por esa tontería.

- Es que es muy buena –dijo Vincent tomando el gran vaso de Guinness para dar un trago.

- Qué es buena, ¿la Guinness o la historia? –preguntó Haizea, divertida.

- Ambas, pues tras una Guinness siempre hay una buena historia –aseguró Vincent, y dio otro trago-. Pero cuéntalo tú, Patrick, que eres el que estaba con él –dijo dirigiéndose al exprisionero político.

- Dejad ya de joder con eso –rió Sean.

- Cuéntalo, Patrick –insistió Haizea, dándole unos golpecitos en la espalda.

- Sí –entró Aitzol en la conversación.

Patrick, el que fuera prisionero de guerra dio un largo trago a su cerveza y se secó los labios con el dorso de la mano.

- La pasada semana estábamos celebrando la festividad de la Virgen en un pub del pueblo de Sean –Patrick señaló al concejal-. Una gran fiesta con algo para comer y mucha cerveza. Ya sabéis, los vascos sois también muy dados a estas cosas.

- Vaya que sí –interrumpió Vincent-, yo puedo dar buena fe de ello, que hace tres años estuve en la Aste Nagusia –lo dijo en euskara con un acento que provocó la risa de Aitzol y Haizea.

- Aquí es bastante normal a partir de determinados niveles políticos o cuando se hacen algunos trabajos llevar chaleco anti-balas –continuó Patrick su relato-. La cuestión es que entre una cosa y otra Sean perdió la parte delantera del chaleco. Cogimos una borrachera tal que no supimos dónde había quedado. Es más, ni tan siquiera cuándo se lo había quitado. Os aseguro que no es nada fácil perderlo. La parte dorsal y la frontal van unidas por tiras de 'belcro'...

- Vamos, que no se pierde como una cartera –precisó Vincent mientras Patrick gesticulaba sobre cómo era el chaleco anti-balas.

- Total –intervino Sean con la intención de abreviar el relato y cambiar de conversación-, que hasta que no me traigan otro chaleco sólo llevo la parte de la espalda y por eso siempre me pongo de culo a la zona conflictiva. ¿Habéis quedado contentos? –preguntó riendo-. Pues ya vale de tocarme los cojones contándole a todo el mundo la misma historia. Voy a buscar más cerveza.

Se levantó y fue hacia la barra. Mientras tanto, una chica se aproximó a la mesa y recogió las jarras y vasos que había acumulados. La atmósfera estaba cargadísima de un humo que se sentía pesado y cuyo olor se adhería a la ropa como si calara.

El concejal Sean no regresó solo. Junto a él se dirigía a la mesa otro hombre que le ayudaba con las cervezas. Dejaron las consumiciones sobre la mesa y se sentaron.

- Me he encontrado con el padre Rourke y le he pedido que se una a nosotros –dijo Sean.

Vincent hizo las presentaciones. Cuando el sacerdote católico Rourke oyó que la pareja de jóvenes eran vascos, una expresión de feliz sorpresa afloró a su rostro. Había estado en varias ocasiones en Euskal Herria, lo que le dio pie a comenzar a hablar de forma entusiasta sobre el país de los vascos. A Aitzol le llamó la atención los numerosos lugares que conocía el cura y la información que manejaba sobre la situación política.

- Bueno –dijo el padre Rourke-, llevo ya demasiado hablando y haciéndoos preguntas sobre el pueblo vasco. Así que zanjo el tema. Perdonad, pero es que la historia de vuestra nación me apasiona; empiezo a hablar y no sé parar.

Patrick dijo que iba a buscar más cervezas.

- Bien, cambió de tema el sacerdote; y vosotros qué, ¿sois pareja?

Aitzol no sabía qué responder y miró a Haizea.

- Sí, somos novios –dijo Haizea, y lo hizo en un tono tal que sobresaltó a Aitzol. Es más, tras decirlo mirando al cura dirigió la vista hacia Aitzol, a quien sonrió de forma cómplice. El vio un chispazo del universo en los ojos verdes de su amiga.

- ¿Lleváis mucho tiempo juntos? –continuó preguntando el sacerdote.

- Bueno... -empezó diciendo Aitzol, pero Haizea le cortó.

- El tiempo es relativo, ya sabes. En asuntos de relaciones afectivas entra el factor intensidad. Hay quienes arrastran años de noviazgo y no se conocen gran cosa, mientras que otros en poco tiempo alcanzan unos niveles de sintonía y complicidad superiores.

- De la explicación deduzco que vuestro caso es de noviazgo breve pero intenso –dijo el sacerdote acompañándose de una amplia sonrisa que a Haizea le pareció muy atractiva.

- Así es –afirmó Aitzol con rotundidad.

- ¿No habéis pensado en casaros? –preguntó el cura.

A Aitzol la pregunta le dejó boquiabierto. Lo cierto es que sonaba a broma, pero habiendo sido pronunciada por un sacerdote católico esa circunstancia le hizo no reírse y dudar. Miró a Haizea.

- La verdad, padre Rourke, es que no somos muy católicos –dijo ella.

- Sí, ya sé que los vascos oficialmente son católicos pero que tienen un concepto muy peculiar del catolicismo.

- No todos –intervino Aitzol- el lema del partido nacionalista mayoritario es ‘Dios y la Ley Vieja’.

- Sí, eso ya lo sé –continuó el cura-; pero hasta la Inquisición decía que bajo el catolicismo de un vasco siempre hay un pagano. Los vascos no son católicos por convicción, por revelación o por fe, sino como expresión de sus ancestrales creencias propias y su particular religiosidad. Los vascos seguís siendo en esencia paganos, y como sois tan respetuosos con todo pues manifestáis esa religiosidad primitiva en cualquier otra siempre que os dejen en paz.

- En el Concilio de Letrán ya nos excomulgaron a todos los vascos. Decían que éramos el pueblo de Satanás –dijo Aitzol.

- Aquel Concilio no tiene nada que ver con el mensaje de Cristo –precisó el sacerdote-. De cualquier forma, muchos siglos después hay quienes os siguen diciendo el pueblo del Diablo.

- Vaya que sí –rió Haizea.

El padre Rourke dio un largo trago de su Guinness y luego continuó.

- Un buen ejemplo de lo que digo es que la Corona Navarra fuera protestante y se hiciera católica diciendo simplemente aquello de “París bien vale una misa”. En el fondo, a los vascos les daba igual mientras se les dejaran ser ellos mismos.

- Veo que sabes mucho de Euskal Herria –dijo Aitzol.

- Me parece un pueblo muy interesante, y como soy religioso siempre me ha gustado conocer esa vertiente, que me parece la más genuina de Europa.

- El escultor Jorge Oteiza ... ¿sabes quién es Oteiza? –preguntó Aitzol.

- Sí, he estado en Arantzazu –respondió el cura.

- Oteiza dice que él es un ateo religioso –dijo Aitzol.

- Me parece una expresión muy significativa y genial –continuó el sacerdote-, pero creo que habría que precisar el término ateo.

- ¿En qué sentido? –preguntó Aitzol.

- Me refiero a que ateo quiere decir etimológicamente ‘sin Dios’, y no creo que el ateísmo vasco sea precisamente ‘sin Dios’. Quiero decir que es ‘sin Dios’ si se entiende por eso lo que establecen las religiones conformadas, bien sean monoteístas o incluso politeístas. Pero el vasco siente la Madre Tierra, el Sol, la Luna, los ríos, su mar; y ese sentimiento se podría considerara homologable al Dios de las religiones. Sin embargo, no lo es, porque no se reconoce como un ser

supremo, como Demiurgo, sino como parte de la armonía cósmica de la que también forma parte el hombre y la mujer por ser un elemento más de la propia Naturaleza. Es un peculiar ateísmo.

- No sé si será por las cervezas que llevamos encima o porque me siento identificado con lo que dices, pero estoy flipando –dijo Aitzol riendo.

- Ya os he dicho que la religiosidad vasca me parece algo muy interesante y que no está suficientemente estudiada.

- Me gusta mucho lo que has dicho –dijo Haizea-. Algún día se lo diré a mi madre cuando me diga que soy una irreverente, que lo hace con mucha frecuencia. Ella es católica carca y me pone de los nervios. A veces me parece que se quedó en la edad media.

- Volvamos al principio. A mi pregunta –interrumpió el padre Rourke-. ¿Cuándo os vais a casar?

- Eso de las bodas no nos convence mucho –dijo Aitzol pretendiendo cambiar de tema.

- Tú mismo acabas de decir que los vascos tenemos una visión particular de estas cosas –añadió Haizea eludiendo también el asunto.

- De acuerdo, pero una pareja joven, tan bonita como vosotros, con una relación relativamente prolongada pero intensa yo creo que debería estar bendecida por el matrimonio.

- Es que ...

- ¿Acaso París no vale una boda? –preguntó el sacerdote.

- Fue en París donde nos conocimos... –dijeron Aitzol y Haizea al unísono. Rieron todos por la coincidencia.

Vincent, Patrick, Sean, que habían estado escuchando la conversación pero sin pronunciar palabra, irrumpieron a voces diciendo que debían casarse.

- Voy a sacar otras cervezas –dijo el padre Rourke-. Al regreso, concretamos algunos detalles de la boda y os caso.

- No, me toca sacar a mí –dijo Aitzol y se levantó de la mesa.

- De acuerdo, pero te acompaño para ayudarte con los vasos.

En la mesa, continuaron charlando. Tras adquirir las cervezas, al ir a abandonar la barra una mujer se acercó al cura. El padre Rourke pidió a Aitzol que volviera a la mesa, que seguido iba él, y se quedó acodado sobre la barra hablando con la mujer.

Pasaron algunos minutos y el sacerdote no regresaba. Desde donde estaba sentado Aitzol podía verle entre la gente. Así, observó que del bolsillo de la chaqueta sacó una estola y se la pasó por el cuello.

- ¿Qué está haciendo el padre Rourke? –preguntó.

Todos miraron hacia la barra.

- Ah, está confesando a esa chica –dijo Vincent sin el más mínimo signo de extrañeza.

Siguieron a sus cervezas sin reparar en lo que hacía el cura. Cuando regresó el sacerdote lo primero que dijo es si se habían decidido ya a casarse.

- Si el novio no se opone, yo quiero casarme –dijo Haizea.

Me quedé petrificado. Me parece estar oyendo ahora mismo esa frase. Lo primero que pensé es que todo aquello era una broma. Sin embargo, por más que la miraba a ella no veía en su cara que se estuviera riendo de mí; todo lo contrario, pues lo dijo con la más bonita de sus expresiones. Pero claro, que una chica que has conocido hace apenas unos días te diga de pronto que se quiere casar contigo...

- Qué, ¿quieres casarte conmigo? –insistió Haizea tomándole de la mano-. Una boda en Irlanda con un cura así y en medio de una noche de farra creo que es lo más parecido a lo que yo habría deseado para una liturgia de este tipo.

- Pero si te hemos dicho que no somos lo que se da a entender por católicos ni tan siquiera no practicantes –dijo Aitzol dirigiéndose al cura y poniendo pegas al acto.

¿Cómo iba a casarse con una mujer de la que no conocía ni su nombre? Definitivamente, aquello era una locura macerada en cerveza. Sin embargo, ¿por qué en lugar de reírse lo estaba pensando?

- Dios no entiende de religiones –dijo el padre Rourke-. Lo importante son los valores de la persona no la religión que se practique, o incluso que no practique ninguna. Dios nuestro señor no juzga en relación a la religión sino a la persona, si una persona es buena, está salvada, independientemente de cuál sea su Dios o de si es ateo. Aunque aquí hay poca luz, he visto en vosotros algo especial; hay algo en vosotros que creo se debe bendecir con el matrimonio. El rito es lo de menos, lo importante es lo que lleváis en vuestro corazón; y creo que ahí adentro tenéis una estrella muy particular que quisiera bendecir.

- Bueno, Aitzol, ¿te quieres casar conmigo o no? –dijo Haizea acercándose a él a una distancia que casi le intimidó.

- Si ni tan siquiera sé tu nombre.

- Piensa en mí, no en mi nombre.

- Haizea, por favor, estamos borrachos. Además, dentro de unos días me vas a dejar y cada uno vamos a regresar a nuestra vida de siempre.

- ¿Ni borracho eres capaz de hacer locuras? Vive cada momento como si fuera el último, Aitzol. Disfruta inmediatamente cada maravilla que te ofrece la vida porque mañana se puede acabar. Unas veces se sabe la fecha y otras no, pero tenemos los días contados.

- No sé quién eres.

- ¿Tú me quieres?

- Me desconciertas totalmente, pero me gustas. En unos días has logrado poner patas arriba todo mi mundo. Sí, te quiero.

- ¿Mucho?

- Tanto que me da vértigo –se miraron en silencio. Los demás hablaban de otros temas-. A ver, Haizea, escúchame. En menos de una semana no nos vamos a volver a ver nunca, ¿o es que acaso hay algún plan en tu cabeza?

- Yo no hago planes, únicamente vivo. Aprovecha el momento mágico.

El padre Rourke les interrumpió. Dijo que tenía que hablar con algunas personas y quedaron en otro lugar más tarde. Luego se fue. Patrick propuso ir ya directamente al sitio del que había hablado el sacerdote. Cogieron el coche y se pusieron de camino.

Yendo por una carretera, Patrick, el exprisionero de guerra, señaló a ambos lados y les dijo que lo que se veía en una parte era la famosa prisión de Long Kesh y a la otra el tribunal de justicia británico que les condenaba. Por debajo de la carretera, un túnel unía ambas instalaciones y por él se pasaba a los prisioneros para llevarlos a juicio y luego, nuevamente, a los “Bloques H” de la prisión. La cárcel, según les dijo, había sido anteriormente una base militar.

Llevaban poco tiempo en el drinking club cuando recibieron una llamada del padre Rourke en la que se lamentaba de que no podía acudir a la cita por un imprevisto. El sacerdote pidió a Vincent que tres días después llevara a Haizea y Aitzol a su parroquia.

Aquel fue el último trago. Después les llevaron a la residencia de la Queen's. Quedaron en telefonarse para lo de tres días más tarde con el padre Rourke.

"Si no hubiera sido por el rocambolesco contexto en el que se desarrolló todo, supongo que ahora estaría regresando a casa casado y sin mi esposa. Porque está claro que Haizea me habría dejado de cualquier forma. Para ella todo es como un juego, y no hay nada que no justifique con eso de que la vida se acaba y que hay que aprovechar el momento mágico. Es evidente que digo esto de la boda en un plano de fabulación, pues supongo que para contraer matrimonio hace falta algo más que un cura que te case."

Quiero decir que todo eso tiene una tramitación legal que, por supuesto, no se asemeja en nada a pronunciar un 'sí quiero' en un pub después de haber bebido una riada de cervezas. No estábamos en Las Vegas, y ni tan siquiera sé si los certificados de matrimonio que allá te da un tipo disfrazado de Elvis tienen valor alguno fuera de aquel escenario".

"De cualquiera de las formas, lo importante para mí en este momento no es si aquella boda irlandesa habría tenido valor alguno y nos habrían expedido un Libro de Familia, sino que yo, Aitzol Agirre Lasa, estuve dispuesto a casarme con una chica que no sé ni cómo se llama. Es más, ¡me hacía ilusión casarme con ella! Como no ha pasado ni un día desde que nos hemos separado es probable que esté en pleno síndrome de abstinencia de ella; pero dejo aquí por escrito, para esa incierta posteridad en la que ella no cree, que ahora mismo me casaría con Haizea. La cogería de la mano y echaría a correr en busca del capitán. Al menos en las películas, el capitán del barco también casa".

No llegaron al tercer día en Belfast, así que no volvieron a ver al padre Rourke.

Regresaron a Dublín, donde pasaron dos noches. Durante la estancia en el norte habían gastado menos de lo previsto en un principio. Así que en la capital irlandesa se alojaron en un lugar que les recomendó uno de los jóvenes que tenía habitación en la misma planta de la residencia para estudiantes de la Queen's. Les pareció buen sitio, céntrico, muy cómodo y fenomenal de precio. En el tiempo que llevaban juntos era la primera vez que iban a dormir en una cama grande. Y se les quedó pequeña.

"A pesar de los altibajos que me ha provocado, que vaya si me han tenido en un vilo, Haizea siempre ha sido dulce, atenta y cariñosa conmigo. Bueno, supongo que eso es evidente porque si no me habría perdido en un descuido y adiós muy buenas. Reconozco que al principio lo que más me sorprendió fue su fantástica predisposición a hacer siempre el amor. Era una predisposición que emanaba de la más absoluta naturalidad. No resultaba chocante o procaz. Todo lo contrario, con ella las relaciones fluían como música celestial. Con Haizea he sentido por primera vez que el sexo se convertía en la más elevada forma de comunicación, de transmisión de sentimientos que no se pueden expresar con

palabras. Tal vez por eso he alcanzado a percibir en ella una tristeza infinita que, no obstante, no he sido capaz de descubrir su origen. Uno la mira, está con ella y se emborracha de su desbordante alegría permanente, de la sonrisa que no se desdibuja en su rostro; de su desmedido amor a la vida. Sin embargo, su piel te grita que debajo de ella se esconde una gruta abismal desde donde te pide socorro. Hay ocasiones que en sus mismas caricias de amor he escuchado esa voz desesperada de auxilio. Cuando entro en su cuerpo y me pide que grite que la amo, siento que desde sus entrañas me está queriendo decir algo que no he sabido entender. Habría querido entrar dentro de ella para buscar qué es lo que la atormenta. Pero ya volvemos cada uno por nuestro camino y ni tan siquiera he logrado saber cómo se llama”.

Justo tres semanas después de que se conocieran volvían a entrar en Londres. Era ya finales de agosto y en tres días Aitzol debería embarcar para regresar a Santurtzi.

Al llegar a Londres fueron nuevamente a la zona de Bayswater. Decidieron no repetir en el hostel del dormitorio minúsculo y se pusieron a buscar alojamiento en otros. Hacía una temperatura formidable y había mucha gente por Hyde Park.

Fueron de hostel en hostel sin poder encontrar ni una habitación libre. Iban a ser sus últimas noches juntos y no querían tener que pasarlas en un albergue de literas en hilera; y mucho menos en el de alguna organización juvenil religiosa, en las que chicos y chicas están obligatoriamente separados.

Tocando puertas llegaron ante una junto a la que había un hombre negro de dimensiones formidables. Bajo su ropa se adivinaba un cuerpo atlético. Aitzol se dirigió a él.

- Buenas tardes. Estamos buscando alojamiento para pasar un par de noches.

- Por estos alrededores hay muchos sitios –dijo el hombre con cierta indiferencia.

- Sí -intervino Haizea-, pero llevamos dos horas caminando con estas mochilas a la espalda y no encontramos nada.

- En todos los sitios nos dicen que están a tope –insistió Aitzol.

El hombre les miró de arriba abajo. En silencio. Observados desde esa altura, Haizea y Aitzol se sentían pequeñitos.

- Así que no encontráis sitio para dormir –dijo aquel gigante.

- Eso es –afirmó Haizea-. Y a la hora que es, la cosa se nos va a poner de difícil a imposible.

- ¿De dónde sois? –preguntó el hombre.

- Somos vascos –respondió Haizea.

Entonces, se movió de donde estaba y con una mano les hizo un gesto para que entraran.

- Para los vascos sí hay sitio en esta casa –la voz sonó como una sentencia.

Al cruzar la puerta entraron en un pequeño hall. Allá, el hombre les pidió que pasaran a un salón que se abría al lado izquierdo. Él pasó tras ellos. Haizea y Aitzol se encontraron ante un grupo de jóvenes negros, chicos y chicas, que los atravesaron con sus ojos. Se sintieron sobre la mesa de trabajo de un aula de entomología. Todos ellos tenían unas presencias físicas espectaculares.

- Son dos compañeros vascos –dijo el que les había franqueado la entrada-. Van a pasar aquí un par de noches.

Desde donde estaban, todos hicieron amables gestos de saludo a Haizea y Aitzol, quienes correspondieron de forma agradecida.

- Es suficiente con que me digáis vuestros nombres para apuntarlos en el libro.

- Él es Aitzol y yo soy Haizea.

- Mejor que lo escribas tú –dijo el tiarrón acercándoles el bolígrafo y el libro.

Aitzol miró a su alrededor como disculpándose por tener nombres tan extraños. Cualquiera sabría cómo se llamaban quienes estaban en aquel salón, pensó. Fue tan sólo un pensamiento, pero pareció que le hubieran oído ya que todos correspondieron a su mirada con sonrisas de complicidad.

- Seguidme y os enseño la habitación –dijo el anfitrión-. No es la mejor de esta casa pero está bien. Estamos al completo. Yo creo que estaréis cómodos.

Bajaron unas escaleras, abrió una puerta y entraron a un pasillo salteado de varias más. Al pasar junto a una de ellas, les indicó que era el baño. Unos metros más adelante abrió una puerta y les invitó a entrar.

- Está fenomenal –dijo Aitzol, nada más pasar al interior.

- Sí –dijo Haizea-, y muchas gracias por hacernos un hueco. Habíamos comenzado a pensar que dormíamos en la calle.

- Mientras nosotros estemos aquí ningún vasco dormirá en la calle –dijo el gigante negro con su voz de gigante-. Hay pocos pueblos en el mundo con tanta dignidad. Arriba a la derecha está la

cocina. Cuando os acomodéis podéis subir a tomar una taza de té. Estáis en vuestra casa.

Cerró la puerta tras él. Haizea y Aitzol quedaron solos en la habitación.

- ¡Joder! –exclamó Aitzol-, esto parece una convención del Black Power.

- ¿Te has fijado qué pedazo de cuerpos tienen todos?

- Es imposible no fijarse. Las chicas tienen cuerpazos de atleta.

- ¿Ya estamos fijándonos en las chicas? ¿Y qué me dices de esta blanca que tienes aquí?

- Que me gusta más que todas esas de chocolate untadas con nata.

- Ya te gustaría a ti revolcarte con ellas y ser tú quien las unta de nata.

- Para qué quiero tanta negra cachas si esta blanca me vuelve loco.

- Eso se lo dirás a todas.

- Las cambio a todas por ti.

- Pues aprovecha rápido que esto se acaba.

Juguetona, Haizea empujó a Aitzol, que al dar un paso hacia atrás tropezó con una de las mochilas y cayó al suelo. Haizea se lanzó encima de él y rodaron por la moqueta color teja del suelo. Al moverse con rapidez, se expandió por la habitación su aroma a mandarinas dulces y limón.

Aitzol se colocó sobre ella y lentamente levantó la camiseta hasta los pechos. Se inclinó y besó su vientre con dulzura.

- A veces pienso que aquí dentro hay un misterio que no he sido capaz de descubrir en estas semanas. No sé qué es lo que hay bajo la piel de esta mujer fascinante a la que llamo Haizea. Te juro que he tratado de averiguarlo.

- No jures que es feo.

- Habría deseado que esto no acabara aquí.

- Pero va a acabar, Aitzol. Todo tiene un principio y un fin. Algunos finales son demasiado tristes, provocan una amargura insufrible cuando lo ves venir porque sabes que es el último, que detrás no hay más. Pero así es la vida.

- Esto sólo es el final si tú quieres.

- Hay finales que son el final, Aitzol; hay una noche después de la cual ya no vuelve a salir el sol.

- El amor es capaz de superar eso. El amor es capaz de mantener el sol siempre encendido –acariciaba el vientre de la muchacha.

- En los corazones sí, pero no en la realidad de la vida; ésa tiene algunas reglas que son irreversibles y que no entienden la fuerza del amor.

- ¿No me quieres? –el muchacho detuvo el movimiento de sus manos por la piel de ella cuando hizo la pregunta.

- Claro que te quiero, Aitzol. Pero ya te he dicho que la vida tiene designios que pasan por alto el amor. Te aseguro que nunca antes me había sentido tan querida, tan bien cuidada, tan mimada. Te acabo de decir que te quiero, ¿no?

- Si verdaderamente me quieres como dices, ábrete a mí, déjame llevar mi luz a este foso insondable que llevas dentro. Creo que te he demostrado que soy capaz de estar siempre a tu lado, y lo seguiré estando seas quien seas. No pongas punto final a esto, Haizea.

- No me lo pongas más difícil, por favor –ella tomó las manos de Aitzol, que reposaban sobre su vientre.

- Da una patada al punto final y sigamos juntos. Yo vivo solo, tengo una casa muy grande...

- ¿Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo? –apretó sus manos.

- Sí, quiero vivir contigo. Hace unos días estabas dispuesta a casarte conmigo...

- Aquello era un juego y estábamos borrachos.

- Pues ahora, sin ser un juego y estando sobrios te pido que vivamos juntos.

- No puede ser, Aitzol, créeme. Hay cosas que están por encima de eso. La vida es demasiado cruel y no entiende de poemas. Quizás por eso recurramos siempre a las frases hermosas y a la poesía para poder conjurar el dolor que provocan los caprichos de la vida. –la muchacha hacía auténticos esfuerzos para retener las lágrimas.

- No te entiendo, Haizea, me desconciertas.

- Déjalo, ¿quieres? No estropeemos con filosofía el tiempo que nos queda de estar juntos.

- Contigo siempre es todo contra reloj.

- Sí, y encima sabiendo las vueltas que le quedan –una gruesa lágrima se deslizó por su rostro. Aitzol se la recogió de la mejilla con la lengua-. Venga kuttuna, vamos a hacer el amor o a tomar un té, pero olvidemos este asunto.

Quizás por el vértigo de sentir el final tan próximo, Aitzol se abandonó largamente a acariciar a Haizea. Con la minuciosidad de un maestro relojero recorrió cada poro de la piel de su compañera y la besó milímetro a milímetro. No dejó átomo alguno sin lamer. Lento. Suavemente. Había algo de liturgia en cada uno de sus movimientos, de éxtasis místico. De divinidad. Era como si quisiera archivar para

siempre su sabor y, al mismo tiempo, que la carne de Haizea conservara el suyo.

"Sentía necesidad de agarrarme a ella con las uñas, como los gatos, y gritar que aunque me quisiera dejar yo jamás me separaría de ella. La acaricié lentamente pero con desesperación. Cuando se piensa en desesperación uno se suele imaginar nerviosismo, movimientos convulsos. Lejos de eso, yo experimenté todo lo contrario. Algo así como una calma desgarradora, una necesidad vital de introducirme en ella, no propiamente en su sexo sino en todo su organismo. Poseerla, eso es lo que quería. Pero como sabía que eso era imposible, no me quedaba más que recorrerla entera para guardarla en la memoria lo más exactamente posible".

"Mientras la tocaba, no sé en qué mundo andaba ella. Sabía que estaba viva porque su cuerpo reaccionaba a mis estímulos; pero sólo por eso, ya que sentía que su mente estaba muy lejos. ¿Dónde? No lo sé. Y ya no lo sabré nunca. Tendré que pensar en lo que ella me ha venido diciendo, que hay que tomar todo lo bueno que te da la vida y disfrutar como si fuera lo último. Pero, ¡qué duro es tener que soportar la pérdida de lo bueno".

"Cuando le cuente esto a Unax seguro que piensa que cómo es posible agarrar una dependencia así y pensar que es lo mejor que me ha pasado en la vida si únicamente hemos compartido algo más de tres semanas juntos. Quizás haya sido por eso; por breve, por intenso. Una espina de rosa clavada para siempre en lo más íntimo de mi corazón. Para siempre. Todo tiene un fin, decía siempre ella. Tal vez sea por eso, por el vértigo de su caducidad por lo que he vivido con tanta fuerza".

Recuerdo perfectamente nuestros dos últimos días en Londres. Fueron tremendos. ¡Cómo olvidarlos! Ella estaba particularmente cariñosa y próxima a mí. Tanto era así que, en mi ingenuidad, incluso llegué a pensar que tal vez se estuviera replanteando el final que me había anunciado. Ya sabemos que la esperanza siempre se agarra al más mínimo asidero. Reímos como no lo habíamos hecho en todos los días anteriores y jugamos como niños. Paseábamos por Hyde Park cogidos de la mano y echando de comer a las ardillas al igual que dos adolescentes enamorados. Claro, como acababan las vacaciones, también fuimos de compras. Recuerdo que me llamó la atención que ella no comprara nada para regalar a nadie; todo lo contrario a lo que hice yo,

que compré cosas para todo el mundo. Verdaderamente memorable fue también la pasión y energía con la que hicimos el amor aquellos últimos días. ¡Me río yo de los campeonatos mundiales de fitness! También es cierto que eso fue una constante desde que nos conocimos; nuestros cuerpos se comunicaron desde el principio como si se conocieran de otra vida.

Aitzol pensó que la despedida iba a tener lugar en Londres, así que cuando Haizea dijo que le acompañaba al puerto de Portsmouth se sorprendió. En ningún momento pensó que la muchacha cambiaría de opinión respecto al final porque dejó su mochila en una cabina de consigna de la estación.

Los negros del hostel les habían tratado estupendamente, por lo que les obsequiaron con un pequeño regalito que compraron en una tienda de antigüedades de Notting Hill Gate. Al despedirse de ellos, Aitzol sacó de la mochila una ikurriña que llevaba guardada y se la regaló. Lo agradecieron con apretados abrazos y llevándose la mano al corazón en el saludo.

- No sabía que fueras de esos vasquitos que viajan siempre con una ikurrina en la mochila –dijo Haizea, riendo, mientras abandonaban la casa rumbo a la estación de Metro.

- Soy de esa mayoría de vascos políticamente concienciados pero cobardes. Ya sabes; ikurrinas, cánticos, manis nacionales y todo eso, pero no me atrevo a más. Digamos que no soy capaz de poner los intereses de la Patria por encima de los míos personales. Será que vivo demasiado bien y tranquilo. No me siento orgulloso de ser así, por eso te he dicho que soy un poco cobarde. No soy capaz de dar más para que otros no tengan que darlo todo.

- Al menos tú eres consciente de ello, no como otros bocazas y patriotas de salón. En una poesía de Joseba Sarrionaindía se pregunta si acaso merece la pena dar la vida por quienes no aman más que las buenas cosas y la buena mesa.

- Conozco la poesía. “Merezi ote du bizitza galtzeak zuengatik? Lilitxoak eta ongi jatea maite duzuenongatik?”

En algún momento del tiempo compartido juntos Aitzol había llegado a pensar que tal vez Haizea estuviera huyendo por motivos políticos. Aquél parecía ser el momento oportuno para preguntárselo. Tal vez en el borde mismo de la despedida se sincerara con él. Pero no se atrevió a hacerlo.

El recorrido en tren entre Londres y Portsmouth lo hicieron con pocas palabras y muchas caricias adolescentes.

Menos palabras hubo aún junto a la pasarela de embarque. Aitzol había pensado que tal vez le dijera adiós con la indiferencia con que lo había hecho tres semanas antes cuando se bajaron del tren procedente de París. Cuando aquello, ni tan siquiera le había mirado en cuanto pisó el andén.

Pero no fue así. Entraron a las instalaciones del ferry llevándolo ella cogido de la mano. Hicieron tiempo sonriéndose y besándose como cualquier otra de las parejas que también había por allá.

Entregada la tarjeta de embarque, Haizea lo abrazó largamente. A Aitzol le parecía que ella estaba reteniendo las lágrimas. Él no pudo lograrlo, y densos gotones le corrían por las mejillas, quemándole.

Aitzol recordó la imagen del gato con las uñas clavadas en su cuerpo para no separarle de ella.

- Venga, Aitzol, no lo pongas más difícil.
- No me dejes así, dime adónde puedo llamarte.
- Aquí acaba todo.
- Si no quieres que yo te llame, al menos coge mi teléfono o mi dirección.
- No. Ni lo uno ni lo otro. Que se te meta en la cabeza que todo tiene un principio y un fin. Éste es mi final. Has sido lo más bonito de mi final. Me he sentido querida como nunca. Te aseguro que mi último pensamiento será para ti. Tu amor estará en el último latido de mi corazón, será mi última respiración.
- No te vayas como el viento, Haizea.
- Haizea es viento y como el viento se va Haizea. ¿Recuerdas que éramos dos aves de paso? El aire nos ha mantenido volando juntos y ahora separa nuestros vuelos. Viento, aire; ése es el nombre con el que he pasado por tu vida. Adio.
- No pongas fin a todo.
- Lamentablemente, no soy yo quien pone el fin a todo.

Aitzol no entendía nada de lo que ella le decía. El pensaba que todo era tan fácil como darle el número del teléfono celular que llevaba escondido. Eran tantas las cosas que no había entendido de ella en los días que pasaron juntos. Cosas sencillas que no comprendía, ¿por qué eran tan desesperadamente complicadas cuando Haizea estaba por en medio? Le atormentaba no haber sido capaz de bajar al pozo para sacar a Haizea. Pero era el final.

"Me puso las manos sobre los hombros y me separó de ella manteniendo la posición. Me miró con una profundidad que pensé que me estaba radiografiando. Luego me volvió a acercar a ella y me besó antes de que yo fuera capaz de decir nada. Selló mi boca con su lengua. Luego se separó, me dio la vuelta y empujó con fuerza la mochila. Casi me como el pequeño mostrador de la chica que cogía las tarjetas de embarque. A mi espalda, me pidió que no dijera nada y que no diera la vuelta. Así lo hice, y a paso lento caminé por la pasarela hasta entrar en el barco. Recordé que en todas las películas el chico suele mirar hacia atrás para cruzarse la última mirada con su chica. Yo no lo hice por dos motivos. El primero de ellos, que Haizea me había dicho que no me diera la vuelta. El segundo era que no tenía el valor suficiente para volver a verla y no salir corriendo a sus brazos. Pensé que era mejor subir a cubierta y despedirme de ella desde allí. Estaba claro que por la borda no me iba a tirar, así que allá arriba y con agua por en medio mis tentaciones estaban anuladas".

El muchacho buscó entre la gente a la chica que llamaba Haizea. Pensó que tal vez no estaría allá para despedirse. Se equivocó. Intercambiaron saludos con la mano mientras el ferry iniciaba la maniobra de desatraque.

La gente fue abandonando el muelle de las despedidas. Los pasajeros fueron abandonando la cubierta de los adioses. Desde cubierta se veía un punto que seguía en el muelle. Desde el muelle se veía un punto que seguía en cubierta. Entre ambos puntos en la distancia se alzaba la crueldad de un final que Aitzol seguía sin comprender.

"He pasado mis vacaciones con una mujer fascinante que me ha enamorado con pasión. Me ha hecho feliz, aunque también me ha llevado a extremos en los que nunca había estado. He aprendido mucho de ella e incluso me he probado a mí mismo en situaciones inconcebibles. Creo que no exagero si digo que Haizea ha sido, hasta el momento, mi experiencia vital más extrema y extraordinaria. Sin duda alguna que lo ha sido. Pero también me ha dejado desconcertado porque no he logrado saber nada de ella. Estoy seguro que escapa de algo. Pero, ¿de qué? ¿De una familia atosigante? ¿De un marido maltratador? ¿Por qué en su alegría siempre había un poco de amargura? ¿Se me ocurren tantas preguntas sobre una mujer de la que no sé ni su nombre! ¿Y esa obsesión en el final de todo? En fin, dejaré pasar unos días a ver si así, al menos, puedo poner

un final coherente a este cuaderno que me parece rezuma excesiva confusión. Seguiré escribiendo en casa”.

Tras esa última línea no había nada más escrito en el cuaderno. Aitzol no pudo contener las lágrimas al leer los últimos párrafos. Eran demasiados los recuerdos y los sentimientos que le provocaron.

Miró al otro lado de la cama.

Con cuidado dejó el cuaderno sobre la mesilla, sin hacer ruido alguno, y apagó la lamparita. La luz ambarina de las farolas de la calle volvió a inundar la habitación con su tenue marea de quietud.

No hacía frío en la habitación, más bien todo lo contrario, pero Aitzol se arrebujó hacia la otra parte del futón. Después de lo leído, ahora quería sentir un tacto cálido en su piel. Así que se acurrucó y cerró los ojos.

SEGUNDA PARTE

La radio anunciaba que al mediodía luciría el sol, pero Aitzol se asomó por la ventana y no le pareció que el pronóstico fuera a ser muy acertado. La mañana estaba demasiado cerrada en neblina y caía un pertinaz sirimiri silencioso. La atmósfera velada otorgaba un extraño brillo blanquecino a las cosas. Al abrir las ventanas para ventilar el loft un agradable aroma a lluvia ocupó la vivienda. Aunque llovía y eran mediados de noviembre, no hacía frío.

Como cada mañana a la misma hora, después de prepararse y desayunar recogió la cocina, hizo la habitación, cerró nuevamente los ventanales y dio los últimos toques a su higiene y atuendo. Aitzol era un joven de rutinas pautadas, sobre todo en lo referente a su vida cotidiana y profesional. En el asueto se movía con más libertad, pero en el plan de cada día era meticuloso.

A Aitzol Agirre le descubrieron un talento especial para el diseño nada más comenzar los estudios de Artes Decorativas. Sus profesores detectaron pronto en él no sólo cualidades en lo técnico, pues era buen dibujante, sino también rasgos de un gusto particular, casi una estética propia. Fue por ello que bastante antes de finalizar oficialmente sus estudios Aitzol ya trabajaba haciendo escaparatismo para algunas tiendas y proyectos de decoración de interiores para amigos y conocidos. Aun siendo estudiante ya se ganó un cierto prestigio y nunca le faltó algún encargo en el que trabajar, lo que le proporcionaba unos interesantes ingresos que invertía principalmente en la hipoteca y la rehabilitación de lo que iba a ser su vivienda en el viejo taller de toldos.

Conseguido el título de Artes Decorativas, inmediatamente le ofrecieron un contrato en el estudio en el que realizaba trabajos esporádicos. Desde entonces, ocupaba las mañanas en ese estudio y luego, por las tardes, trabajaba en su casa sobre encargos particulares que él mismo realizaba y supervisaba. Si alguna vez Aitzol Agirre había pasado estrecheces económicas fue única y exclusivamente porque la rehabilitación de su viejo taller de toldos le consumía la mayor parte de sus ingresos. No obstante, a medida que su vivienda iba quedando más decentada y a su gusto esa partida presupuestaria se fue reduciendo, pudiendo, incluso, reservar todos los meses algo para el ahorro.

A pesar de que en algunos momentos, especialmente al principio, su vivienda había sido un auténtico agujero negro para su economía, Aitzol siempre había vivido, a su nivel, bien y no había echado nada de menos. Eso sí, durante la semana laboral no hacía otra cosa que trabajar. Tres días a la semana trataba de hacer, por las tardes, algo de deporte en un gimnasio próximo a su casa, aunque rara era la semana en la que acudía en todas las ocasiones ya que siempre le surgía algún imprevisto o tenía que supervisar algún proyecto. Aun así, y tal vez por el acelerado ritmo de vida que llevaba y que comía más bien poco, no acumulaba nada de grasa en su cuerpo.

Los fines de semana Aitzol los dedicaba a descansar y a sus amigos. Cuando adquirió el taller de toldos era el único de su cuadrilla que tenía un espacio propio, aunque fuera casi en ruinas. Así que en cuanto le dieron las llaves del local, y casi antes de comenzar a limpiarlo, ya habían organizado allá la primera fiesta de veinteañeros despendolados. En aquel viejo taller no sólo no había nada susceptible de poderse romper en el transcurso de la fiesta, sino que incluso nadie vivía ni en el edificio ni en los alrededores, a excepción de algún vigilante nocturno de pabellones cerrados próximos. Era terreno franco para las fiestas de la cuadrilla de amigos.

Después, con los años, las celebraciones dejaron de tener el tono desmadrado de las primeras y se fueron haciendo más adultos y sosegados. Luego, con el taller ya adecentado en vivienda, las fiestas pasaron a ser cenas tranquilas, unas veces de los chicos de la cuadrilla, otros de parejas.

Aitzol dejó la casa de sus padres y se trasladó a vivir allá en cuanto le fue posible conseguir la declaración de habitabilidad.

En aquel tiempo de mediados de noviembre Aitzol no tenía ninguna muchacha a su lado. El impacto de Haizea, que había tenido lugar pocos meses antes, le mantenía sumido en un extraño estado de abandono que no alcanzaba a entender. No era que su ausencia le bloqueara o que siguiera pensando que, tal vez, algún día volvería a saber de ella. No. No era ni angustia ni espera. Lo de Haizea había quedado como una maravillosa experiencia de las vacaciones de verano. Quizás algo parecido a los amores estivales adolescentes, cuando iba a pasar los meses de agosto al pueblecito alavés de sus abuelos maternos. Podía ser algo parecido a aquello, pero, evidentemente, para Aitzol no era lo mismo porque ya no era un

adolescente, tenía 31 años, y porque le hubiera gustado haberse llevado a Haizea a vivir con él en su viejo taller de toldos hecho loft.

Estaba claro que no esperaba a Haizea, pero el problema era que sentía en su interior un agujero que no encontraba la forma de tapar. El paso de ella por su vida había puesto el listón tan alto que desde entonces todas las chicas conocidas o que había conocido en ese tiempo no podían más que pasar por debajo. Y es que ése era precisamente el dolor invisible de Aitzol: Haizea había abierto ante él un universo de vida y sensaciones en el que no era capaz de ubicar a nadie conocido. ¿Nadie alcanzaría a partir de ahora la altura de aquella desconocida? La respuesta a esa pregunta daba vueltas en su cabeza como un arbusto seco arrastrado por el viento.

Es evidente que de vez en cuando aún la recordaba, pero nada más desembarcar en Santurtzi, aquel pasado 30 de agosto, Haizea había quedado ya muy lejos. Aitzol se reencontró con sus amigos, regresó al trabajo el 1 de septiembre y la muchacha desconocida era ya no más que la feliz casualidad de un extraño verano.

En ocasiones se acordaba de ella. Ciertamente. Aunque nada condicionaba ese recuerdo su vida cotidiana. No era Haizea propiamente lo que le inquietaba sino la sensación de vacío que había quedado en su vida al irse el aire.

Como la radio había dicho que iba a quedar buena tarde, antes de salir de casa dudó si coger el paraguas o si sería suficiente con el chubasquero. Finalmente cogió el paraguas, tal vez por hacer lo contrario a lo que había pronosticado la chica del tiempo. Cerró la puerta tras él, y en lugar de bajar en el amplio ascensor, que antes fuera montacargas, prefirió hacerlo por las escaleras. Según bajaba recordó el aspecto que tenía todo aquello la primera vez que subió por allá con el edificio prácticamente en ruinas. La verdad es que no le extrañaba que sus padres se opusieran a la compra y le preguntaran una y otra vez si acaso se hubiera vuelto loco para adquirir un inmueble abandonado en una zona de Bilbo depauperada con la desindustrialización. Cuando ahora pasaban a visitarlo ya no pensaban lo mismo. Ahora son todo felicitaciones por el buen olfato que tuvo en aquel momento. Aunque su familia no vio bien lo de la compra, ello no fue óbice para que le avalaran con los créditos y le apoyaran en todo.

Llegó al amplio portal del edificio y constató que aunque seguía cayendo sirimiri y la neblina no había levantado del todo aún, sí que brillaba un osado resol. Pensó que quizás iba a acabar importunándole el paraguas. Miró la hora. Iba bien de tiempo. Como siempre.

El antiguo edificio de estética industrial estaba ubicado en la ribera misma del Ibaizabal, en su margen derecha. Entre la fachada y la ría no mediaba más que la acera y una carretera estrecha de doble sentido por la que pasaba poca circulación ya que la arteria principal del barrio discurría por detrás.

Al abrir el pesado portón de barrotes y metal le alcanzó un familiar olor a lluvia y salitre. La marea estaba subiendo, casi era pleamar. Algunas gaviotas evolucionaban sobre el agua.

Frente al portal, al otro lado de la carretera, junto al bajo pretil de la ribera vio una chica con un paraguas rojo. La fina llovizna parecía generar una nebulosa a su alrededor. En la atmósfera de azul tibio destacaba poderosamente el color rojo del paraguas. Pasaron algunos coches entre medio. Volvió a mirarla. No era la primera vez que se quedaba mirando a alguna chica creyendo ver en ella el regreso de Haizea. Era algo ridículo porque su desconocida amiga de agosto se había negado a coger su dirección. No sabía dónde vivía, tan sólo que era en Bilbo. Entonces recordó la historia que le había contado sobre aquel amigo suyo que marchó a Londres a buscar a su amiga llevando tan sólo la referencia de una antigua dirección.

Pero no, la chica que parecía esperar al otro lado de la carretera no era Haizea. Ni tan siquiera tenía su hermoso pelo de indefinido tono entre rubio y cobre. Aunque también pudiera ser que lo tuviera recogido, de ahí que en aquella distancia no viera su larga cabellera de hebras salvajizadas. No, no podía ser Haizea porque la chica que estaba cruzando la calzada parecía embarazada.

La chica del paraguas rojo avanzó hacia él surcando la llovizna. Aitzol, que iba a girarse para tomar el camino hacia la parada del autobús, se quedó quieto. La orden llegó a los músculos antes de que él fuera consciente de que permanecía paralizado.

- ¿Han pasado poco más de dos meses y ya no te acuerdas de mí? –dijo la muchacha de la lluvia.

- Pero... -Aitzol titubeó- ¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivo?

- Deja de mirarme la barriga y, al menos, dame un abrazo de bienvenida; si es que acaso soy bienvenida, claro. De esto no te preocupes –dijo mirándose el vientre- que no es tuyo. Una no se pone así en dos meses.

Aitzol la abrazó. Pensó que también debía besarla, aunque antes de procesar la información le dio dos besos, uno en cada mejilla. Muchas veces había pensado que si la volvía a ver no podría sino lanzarse a su boca por el hambre de ella que tenía. Sin embargo,

ahora resultaba que se presentaba ante él y todo lo más que hacía era abrazarla levemente y ofrecer un par de besos carentes del más mínimo deseo. Besos de cortesía, ahí quedaba todo. La imagen de su cuerpo preñado le había dejado perplejo y sin habla. Si las apariciones de esa mujer siempre le habían provocado un desconcierto atroz, esa última superaba a todas las anteriores y producía en él un efecto demoledor. Después de dos meses y medio sin dar señales de vida, ahora estaba ante él embarazada. Aitzol recordó que en numerosas ocasiones ella le había dicho que no tenía novio ni relación particular con nadie. ¿Qué pretendía Haizea acudiendo a él llevando en su interior el fruto de una relación anterior a que se conocieran?

-¿Cómo has sabido dónde vivo? –dijo Aitzol sin saber por dónde empezar.

- Eres un tipo curioso, en lugar de preguntarme por esta barriga, que es lo más evidente, te interesas por cómo he sabido tu dirección –ella le tapaba con el paraguas rojo, lo que significaba que la distancia entre ambos era mínima.

- Es que me has dejado flipado.

- ¿No me esperabas?

- ¡Cómo te voy a esperar! Te negaste a darme tu teléfono, tu dirección. Incluso no quisiste coger la mía. Te despediste con un montón de frases tremendas sobre que todo tiene principio y final, de que yo iba a estar presente en tu final y no sé cuántas cosas más de las que no entendí absolutamente nada. Me parecía que hablaba una extraterrestre que volvía a su galaxia. Que se estaba despidiendo de mí una condenada a muerte. Me sonó lapidario.

- ¿Me has echado de menos este tiempo? –ella no dejaba de mirarle fijamente.

- Me he prohibido echarte de menos.

- ¿Me has recordado? Eso sí, ¿no?

- Claro que te he recordado.

- ¿Mucho?

- No sé.

- Di que mucho. Di que me has recordado mucho en este tiempo.

- Te he recordado mucho.

- En este tiempo.

- En este tiempo.

- ¿Te has masturbado mucho pensando en mí?

- Joder, Haizea, qué preguntas tienes.

- Yo sí lo he hecho. Mucho. ¿Puedo besarte como es debido?

Con la mano que tenía libre del paraguas rojo le tomó de la parte de atrás de la cabeza y le acercó lentamente a su boca. Al

sentir de nuevo junto a su piel el aliento de la muchacha, Aitzol volvió a excitarse como en aquellas vacaciones de agosto.

Las lenguas se lanzaron al encuentro con el hambre acumulada de once semanas de abstinencia.

Aitzol apretó su abrazo y sintió entre medio la distancia que antes no había. Sus manos recorrieron la espalda de la chica como si quisiera cerciorarse de que era la misma. No sabía su auténtico nombre, pero conocía al detalle cada milímetro de su cuerpo. El anorak estaba húmedo. Ellos dos se estaban mojando porque en el tiempo de los besos la mano que sujetaba el paraguas lo fue dejando a un lado. Su aroma a mandarinas dulces y limón era ya más intenso que el de la humedad y el salitre.

- ¿Me estás tocando el culo? –dijo ella riendo; y Aitzol volvió a ver en sus ojos el verde selva de antaño.

- Perdona –dudó y retiró las manos.

- Cuando te conocí no decías más que perdona y ahora vuelves a las andadas. ¿Por qué has dejado de tocarme el culo?

- Hostias, Haizea, no me vuelvas loco. Acabas de llegar y ya vuelvo a estar que no sé cómo reaccionar contigo. Me descolocas.

- ¿Ya no te acuerdas? Fluye, Aitzol, déjate llevar por lo que sientes en cada momento.

- ¿Por eso me has buscado, porque haces lo que te pide el cuerpo en cada momento?

- Dicho así parece que te estoy utilizando. ¿Estás enfadado? – hizo una pausa en la que le miró de arriba abajo-. Tenía ganas de verte, eso es todo. Ha habido días en los que te he echado mucho de menos. Así que me he dicho, vamos a enseñarle esta barriguita a nuestro amigo Aitzol.

- Ya que has venido hasta aquí, espero que lo del embarazo me lo cuentes, ¿no? Durante el tiempo que pasamos juntos no me contaste nada de ti. Cuando aquello nos encontramos por casualidad, y, bueno, digamos que entendí que fueras tan celosa de tu vida privada. Me sembraste infinidad de incertidumbres, Haizea. Para mí fue algo inédito enamorarme de alguien de quien no sabía nada y que de pronto me dijo adiós.

- ¿Te enamoraste de mí?

- No voy a responder a esa pregunta –esquivó su mirada.

- Pero tú acabas de decir que te enamoraste.

- Déjalo. ¿Cómo me has encontrado?

- Guapo.

- No me refiero a eso.

Aitzol la tomó de la mano y se colocaron más próximos a la fachada del edificio, protegidos de la lluvia por el alero.

- Cuando me diste tus papeles para inscribirnos en la residencia de la Queen's University... ¿te acuerdas?

- Claro que me acuerdo, traté de ser yo quien rellenara aquel largo impreso precisamente para ver cuál era tu nombre real y quedarme con tu dirección.

- Es exactamente lo que yo hice. Memorice tus datos y al llegar arriba los anoté en la agenda. No hay más misterio.

- Y ahora te presentas aquí.

- La verdad es que no acabo de llegar. Llevo un par de días, observándote –Aitzol la miró extrañado-. No ha sido por espiarte. Ha sido no más que para cerciorarme de que, efectivamente, vives solo. No me parecía un detalle elegante haberme presentado así si tuvieras novia o vivieras con alguna chica. No me gustan los malentendidos, Aitzol, y hubiera podido ser que mi presencia te resultara incómoda, o directamente indeseable.

- ¿Ni tan siquiera me habrías saludado? –preguntó Aitzol, sorprendido por semejante explicación.

- No. Me habría ido por donde vine. Lo que me apetecía era pasar un rato contigo. Tengo muy buen recuerdo de nuestro agosto compartido. Algunos días incluso te he añorado. Ya sabes que para mí todo es una cuenta atrás, por eso tenía ganas de volver a abrazarte. Nunca me había sentido tan bien tratada.

- ¿Por qué no viniste entonces conmigo? Te lo pedí explícitamente.

- En mi vida todo es muy complicado, Aitzol. No podía seguir contigo en aquel momento. Tenía cosas personales muy importantes por arreglar.

- ¿Como esto? –dijo Aitzol tocándole la barriga.

- Entre otras cosas.

- ¿Y ya las has arreglado?

- Algunas sí, otras no.

- ¿Alguna vez vas a hablarme sin evasivas? –dijo Aitzol, visiblemente molesto.

- Una vez te dije que no me parecía justo respecto a ti implicarte en mi torbellino. Te haría daño, Aitzol. Es mejor que aprovechemos de nuestra compañía como hasta ahora, sin tener que responder a preguntas.

- Al menos me contarás lo de esta tripita –Aitzol la acarició.

- Si te apetece que volvamos a vernos, te lo cuento. Pero no quisiera interferir para nada en tu vida, ¿vale? Necesitaba un abrazo tuyo para recargar mis baterías y ya me lo has dado.

- Y yo, ¿qué? ¿Sólo piensas en ti? Yo no he tenido suficiente.

Aitzol fue consciente de que todos los sentimientos que creía ahogados habían revivido de pronto con gran intensidad. Se había activado de nuevo aquel extraño mecanismo que hacía desaparecer

los espacios intermedios y unía cada final a cada comienzo en una misma puntada fascinante, como la de la más magnífica costurera.

- Entonces, qué, ¿comemos juntos? –preguntó la muchacha.
- Yo salgo del estudio a las 2, así que a partir de esa hora podemos quedar donde quieras.
- ¿A qué hora tienes que regresar?
- Por las tardes trabajo en casa, en proyectos de encargo. Así que lo de hoy lo paso a mañana y asunto arreglado.
- Tú dirás dónde comemos, yo apenas conozco nada de Bilbo.

Aitzol sacó una libreta de su portafolio y tras anotar la dirección de un restaurante en una hoja, la arrancó y se la dio en la mano.

- ¿Qué vas a hacer ahora durante toda la mañana? –preguntó Aitzol.

La muchacha no le había adelantado qué planes tenía, ni tan siquiera si pensaba quedarse o si a la tarde, tras la sobremesa, volvería a desaparecer. No observó que llevara equipaje alguno, salvo un bolso de tamaño grande que colgaba del hombro y el paraguas rojo. ¿Estaba, acaso, alojada en algún lugar de la ciudad? Quizás tuviera algún familiar en Bilbo o alrededores y había aprovechado la visita a ellos para verle a él. Si había dicho que llevaba un par de días en Bilbo, en algún lugar se habría quedado. ¿Y si le decía que podía subir a su casa y esperarle ahí? No tuvo tiempo de verbalizar la invitación.

- No te preocupes por mí, tengo la mañana ocupada.
- Entonces, nos vemos a las dos y media en este restaurante. ¿Vale, Haizea?
- De acuerdo, allá nos vemos. Pero deja de decir Haizea. Me llamo Ania –lo dijo con rotunda naturalidad.
- ¿Ania?
- Sí, Ania. ¿No tengo cara de llamarme Ania?
- Bueno, eres la primera Ania que conozco.
- Alguna tenía que ser la primera, ¿no? –se pegó a él-. Venga, dame un beso, que vas a llegar tarde al trabajo. Joder, esto me ha sonado a maruja despidiéndose de su marido.

Se besaron y Aitzol salió a la carrera hacia la parada del autobús. Iba a ser el primer día que llegara tarde.

Ania quedó mirando cómo se perdía a lo lejos en la calle entre la mágica neblina del sirimiri, que había vuelto a bajar a acariciar las aguas de la ría en pleamar. Abrió el paraguas rojo y caminó suave en la misma dirección. No tenía prisa, aún quedaba mucho tiempo hasta las dos y media y no tenía otra cosa que hacer que vivir el espacio que queda entre cada segundo que muere. El sirimiri mojaba sus lágrimas, pero no lograba desvanecer ningún recuerdo.

A los pocos metros ya comenzó a pensar que había obrado mal y que una vez más estaba siendo injusta con Aitzol. ¿Estaba dispuesta a contarle todo lo que le estaba pasando? Evidentemente que no era así, y por ello dudaba si no era mejor cortar aquello en ese mismo momento y regresar a su casa de Baiona sin interferir más en la vida de Aitzol.

Se había presentado ahí por un impulso irrefrenable, porque necesitaba imperiosamente un abrazo suyo para poder seguir adelante. Encontrarse con él en agosto había sido la auténtica tabla de salvación en unos momentos en los que sentía todo el peso del mundo sobre su cabeza y no era capaz de tomar el mínimo aire para la respiración. En Aitzol había hallado no sólo un cariño desinteresado sino la comprensión y la ternura desbordante de alguien que sin tan siquiera saber quién era ella se entregaba con absoluta generosidad. Veía en él el fascinante enamoramiento de un marino hacia la tormenta. Ella era la tormenta, y no era justo lanzar a Aitzol contra los acantilados. Por eso, según caminaba hacia la parada del autobús que la llevaría al centro de Bilbo, Ania pensaba si no era mejor no volver a verle y dejar que su vida fluyera en su normalidad sin la tremenda distorsión que ella podría suponer.

Sin embargo, Ania le necesitaba a su lado, y ese impulso primario de necesidad de compañía y dulzura era incluso más fuerte que el de preservar a Aitzol de la cicatriz que podría dejar en su vida. Se veía egoísta por ello, pero necesitaba un lugar en el que refugiarse sintiéndose bien y querida y eso sólo lo había percibido estando al lado de Aitzol. Por eso había regresado a él al sentirse de nuevo arrastrada por las aguas, al sentirse nuevamente perdida y desahuciada. Igual que cuando tras casi una semana deambulando desolada por París subió a un tren para asomarse al último precipicio y en el pasillo de un vagón se encontró a Aitzol. Y la salvó.

Ahora caminaba por las calles de Bilbo no sabiendo cómo presentarle a él la situación. Se merecía la verdad. Eso era cierto. Tenía derecho a saberlo todo. Saber, en definitiva, por qué había escapado ahora de su casa de la misma manera en que lo hiciera cuatro meses atrás cuando huyó a París. Era cierto que Aitzol tenía derecho a conocer la realidad; pero Ania no sabía si al tenerlo frente a ella, cara a cara, iba a ser capaz de contárselo todo tal y como era.

Imposible de encontrar el enfoque debido, Ania pensó que lo mejor sería adaptarse a los ritmos de Aitzol, y que fuera él con sus inquietudes y preguntas quien fuera marcando la pauta de sus confidencias.

Unos minutos antes de las 2 y media Aitzol entró en el restaurante del Casco Viejo en el que habían quedado. Nada más cruzar la puerta vio a Ania sentada junto a la barra. A su lado había dos bolsas de sendas tiendas de la zona. Pensó que habría estado de compras. Entre eso y que no llevaba equipaje alguno, le ocupó de nuevo la certeza de que únicamente había pasado a saludarle por cortesía y que tras la sobremesa volvería a decirle adiós.

Era esto precisamente lo que le había tenido bloqueado durante toda la mañana en el trabajo, hasta el punto de que algún compañero le había llegado a preguntar si acaso no se encontraba bien. ¿Por qué aparecía ahora de pronto? ¿Por qué venía a presentarle su embarazo? Tras la convulsión interior que le habían supuesto las vacaciones, él había retornado a la placidez de sus rutinas y se encontraba a gusto y tranquilo. De vez en cuando se acordaba de ella, pero Haizea era ya algo archivado. Resultaba que ahora se presentaba sorpresivamente frente al portal de su casa diciendo que se llamaba Ania y todos sus sentimientos volvían a revolucionarse como un volcán que ruge con fiereza justo antes de la erupción. Aunque se alegraba de verla, estaba enfadado porque le daba la sensación de que una vez más estaba jugando con él. Durante toda la mañana no había logrado sacar de su cabeza esos sentimientos contradictorios y por eso estaba rabioso. Y es que él no podía tolerar que nadie se permitiera el lujo de pasearse a su antojo por su vida, apareciendo y desapareciendo cuando le venía en gana y provocándole desequilibrios emocionales. Estaba claro que lo que menos le convenía era una mujer inestable. Por eso, al entrar en la taberna y verla sin equipaje y con un par de bolsas de compras, se tranquilizó ante la certeza de que se trataba no más de una visita de amiga y que tras la comida le diría adiós y desaparecería para siempre.

El restaurante olía a cocina. Sin embargo, al aproximarse a Ania Aitzol no percibió más que su fragancia a mandarinas dulces y limón. La besó y tomó un taburete a su lado.

- ¿Yo creía que las embarazadas no podían beber alcohol? –dijo Aitzol al ver que Ania tenía una cerveza frente a ella.

- Es que yo soy una embarazada muy especial y a mí me la receta el médico.

- Cógela y entremos al comedor. Yo suelo venir aquí muy a menudo y he llamado antes para que nos guardasen una mesa.

- Estás a todas –dijo y echó a caminar tras él. Aitzol le había cogido las bolsas.

Pasaron al interior y nomás se sentaron ya les atendieron. Cuando quedaron solos, uno frente al otro, Aitzol no sabía por dónde

empezar y se le ocurrió preguntar si había estado de compras. Ania respondió que sí, pero ni se extendió en detalles ni le enseñó lo que había comprado. Ella no le quitaba los ojos de encima. Aitzol volvió a sentir la extraña mezcla de intimidación y atracción que sintiera en agosto ante aquel verdor de selva cerrada. Y es que sus ojos provocaban en él las mismas sensaciones que el conjunto de Ania. Por un lado había algo misterioso que le cohibía e incluso, en ocasiones, le daba miedo; sin embargo, por otro lado, ejercían un poder de atracción tal que le hacían olvidarse de los peligros y avanzar despreocupado hacia ella sin detenerse a tasar riesgos.

Hablando nimiedades que a ninguno de los dos interesaban lo más mínimo, les sirvieron el primer plato y el segundo. Ania no sabía por dónde empezar sus confidencias. Aitzol dudaba si lo mejor no era acabar aquella comida lo antes posible diciendo, por ejemplo, que tenía un trabajo inaplazable surgido a última hora.

- Entonces -dijo Ania-, ¿no me vas a preguntar por esta barriga?

- Estaba esperando que fueras tú quien me hablara de ello. Siempre me dices que soy demasiado preguntón.

- Funcionas a la contra; cuando no tienes que preguntar lo haces y cuando tienes que hacerlo no arrancas.

- Ya sabes que contigo nunca sé cómo actuar; bueno, como comportarme, me desconciertas.

- Cuando me has visto delante de tu cara, ¿has pensado que era tuyo? -preguntó Ania, buscando un camino por el que entrar al tema.

- La verdad es que no me ha dado tiempo a pensar en nada. Te fuiste como te fuiste, y me dejaste en el aire sin saber ni quién eras. Han pasado casi tres meses y ya te había olvidado...

- ¿Me habías olvidado? -preguntó Ania con voz seria. Se humedeció su verde selva. Si le decía que sí, tan sólo le contaría una parte de la historia y tras la sobremesa le diría adiós para no volver a verlo.

- Eh, Ania, que no -Aitzol se dio cuenta de la pérdida de luz en el rostro de ella-. No me había olvidado de ti. Pero, entiéndeme, yo sentí algo muy especial durante aquellas semanas y al terminar las vacaciones te fuiste negándote en redondo a que volviéramos a tener algún tipo de contacto. ¿Cómo quieres que no hiciera todos los esfuerzos del mundo para olvidarte?

- ¿Me habías olvidado? -insistió, no sin cierto patetismo.

- He sido consciente de que me dejaste un gran vacío, pero he seguido mi vida sin ti. ¿Qué quieres que hiciera? No me puedes pedir que esperara indefinidamente a alguien de quien no sé nada.

- Lo siento. A veces digo cosas que no debería, que no tengo derecho a decir -sonrió de nuevo-. Pero, dime, ¿pensaste que esto era tuyo? -se acarició la tripa.

- Creo que casi me impactó más tu reaparición que tu embarazo. Además, inmediatamente me dijiste que no era mío, por lo que no me diste opción –hizo un silencio antes de continuar mientras ella bebía-. Así que no era cierto que no tuvieras novio.

- ¿Sólo los novios te preñan? –dijo riendo.

- Evidentemente que no. ¿Entonces?

- Hasta que llegó esto llevaba unos tres años con Bixente. Él es también de Baiona, como yo. Bueno, lo de Baiona es algo que ya habías deducido, ¿no?

- No estaba seguro al cien por cien pero lo daba por hecho.

- Es uno de los socios de un gimnasio en el que doy, bueno, daba clases de baile.

- Así que eres bailarina. No sé si voy a ser capaz de procesar tanta información de golpe.

- No seas tonto –le dio un golpecito en la cara con la mano-. Hace algunos años puse yo misma una academia de baile en Baiona, y me iba muy bien, bueno, cubría gastos y me daba para un sueldo digno. A mí me valía. Un día me ofrecieron un contrato muy majo para hacer lo mismo en un gimnasio muy grande en Baiona. El sueldo era bastante más de lo que yo sacaba en mi academia y, encima, no tenía que preocuparme de nada. Iba, daba mis clases y a fin de mes cobraba muy bien. Me pareció mejor plan y cambié. Ya te he dicho que Bixente es uno de los propietarios del gimnasio. Nos enrollamos un día y empezamos a andar juntos.

- Qué es, ¿un cachas de esos?

- No, él no. Se cuida, tiene un buen cuerpo pero no se dedica a eso; lo suyo es tema de gestión y promoción. Sus padres tienen un hotel importante en Biarritz. Gente de dinero.

- ¿Y ya no es tu novio? –preguntó Aitzol. Sintió que por primera vez desde que conocía a Ania estaba comenzando a sincerarse ante él. Vio abrirse una puerta que daba al interior de la selva de sus ojos. Le daba pavor lo que podía encontrarse entre aquel verdor asilvestrado. Pero algo le impelía a adentrarse para conjurar el miedo. Sentía el corazón acelerado.

- Ya no quiero saber nada de Bixente –dijo tajante Ania.

Cuando Ania salió del hospital de Baiona, tras la consulta en Ginecología, no era capaz de encontrar la naturaleza del sentimiento que la ahogaba. De la primera visita, casi un mes atrás, ya salió aturdida por la noticia de la confirmación del embarazo. Pero desde entonces todo había ido llegando en cascada y a cada momento era más indefinible la angustia.

Había decidido no contarle nada a Bixente hasta que no quedara ni la más mínima incertidumbre médica. En ocasiones pensaba que retrasando el momento tal vez sorpresivamente cambiara el rumbo del universo y todo pasara a ser diferente. O que se acabara el mundo y así no tendría que hacer frente a nada. Cuando las cosas no son como se desea siempre se tiende a considerar que tal vez se trate de un mal sueño y que al despertar todo vuelve a su estado natural, al momento justo anterior al desencadenante de la tragedia.

Pero ya no podía retrasar más el momento. Era tiempo de asumir las circunstancias y, sobre todo, de comenzar a tomar decisiones. Tenía que ponerse ante Bixente y hacerle partícipe de la situación. Durante un mes había estado cerrando los ojos. Eso se había acabado.

Mientras caminaba hacia el gimnasio, donde sabía que encontraría a Bixente en la oficina, iba pensando cómo se lo iba a decir. Primero tenía que estar ella en un estado de ánimo más tranquilo, pues sentía que le faltaba el aire y las pulsaciones del corazón le golpeaban las sienes. Estaba un poco mareada, pero en ningún momento pensó en sentarse en un banco. Creyó que era mejor seguir caminando, no detenerse.

Estaba lo de tranquilizarse, y también lo de buscar las palabras indicadas para arrancar. Sabía que si pronunciaba la primera palabra luego todas le llegarían solas. Pero, ¿cuál debería ser la primera? Tenía para contar lo del embarazo, lo del aborto y también todo lo demás. ¿Por dónde empezar?

Pensando en ello llegó al gimnasio. En unos segundos se vería con Bixente y aún no había encontrado el punto de salida. Lo único que estaba claro era su punto de llegada. El de ella.

- ¿Qué tal, cariño? -dijo Bixente nada más verla entrar en la oficina de administración del gimnasio-. Me ha dicho Libe que no te encontrabas bien y que ella daba tus clases. Creo que me ha dicho que ibas al ginecólogo. ¿No fuiste a una revisión hace poco?

Ania pensó que sin pretenderlo Libe acababa de abrir el camino para contarle a Bixente cuál era la situación.

- Sí, en las últimas semanas he ido varias veces –dijo ella. Le titubeaba la voz.

Bixente levantó la vista de las fichas deportivas que tenía sobre la mesa de despacho y la miró.

- ¿Algún problema con el aparato que te puso? –dijo sin dar gran importancia a la pregunta y retornó la vista a las fichas-. Que te revise bien eso. Ante todo, seguridad. Es como con las ruedas del coche, que hay que preocuparse siempre de que estén en buen estado y no escatimar en presupuesto.

- Pues hemos tenido un incidente de seguridad, por seguir con tu comparación.

Cerró el libro de fichas que revisaba.

- ¿Qué me estás diciendo? –dijo en un tono de voz bajo pero afilado-. Repítemelo sin metáforas, que creo que no te he entendido bien.

A Ania le resultó hiriente la forma en que había comenzado a hablar. Le sorprendió la reacción de Bixente, y eso que aún no había empezado a explicarle nada. El tono de voz, la expresión de los ojos se le hacían desconocidos en su compañero. Siempre la había tratado bien y había sido comprensivo con ella. En los cerca de tres años que llevaban juntos no habían tenido enfado de especial mención. Como toda pareja, tenían sus buenos y sus malos momentos, y sus discusiones y rabietas, pero nada de particular relevancia. La relación había sido siempre buena. Bixente incluso entró en su familia desde el principio como uno más. Dado que su único hermano, Yves, vivía desde hacía casi un decenio en Québec, Amèlie, su madre, lo acogió más que como un yerno como un hijo. Con André, su padre, la relación era también formidable y en ocasiones acudían juntos al rugby a animar al Aviron. Por eso no reconocía en esos momentos la mirada dura e inquisitiva de su novio.

- Sabes que mis reglas son siempre matemáticas –decidió empezar por el principio y ya vería, dadas las circunstancias, si llegaba al final-. Hace cosa de un mes no me bajó, así que inmediatamente compré una de esas pruebas en la farmacia y me dio positivo –al empezar a hablar se fue sintiendo más tranquila.

Bixente se levantó de la mesa y avanzó hacia ella. Su proximidad volvió a inquietarla.

- Pero eso es imposible, tú llevas un cacharro de esos puesto ahí –dijo él, frotándose la frente con la mano derecha.

- Precisamente por eso fui a la ginecóloga al mismo día siguiente. Los test de embarazo fallan.

- ¿Entonces?
- Entonces me hizo una analítica y confirmó que estoy embarazada.

Le salió bastante más rotundo a como lo había pensado. Aunque ella no podía verse, era evidente que en su rostro no había ni el más mínimo atisbo de la alegría con que se acostumbra a representar la comunicación de semejante noticia. Ella no podía verse a sí misma, pero sí que tenía delante la cara de Bixente y en ella desde luego que no había feliz sorpresa. Más bien todo lo contrario. No movía ni un músculo del óvalo facial; sin embargo, en su piel había un extraño e inquietante reflejo de furia que no pasó desapercibido para Ania.

Bixente cerró las cortinillas venecianas y echó el pestillo a la puerta. Hasta entonces ambos gestos la excitaban porque significaba que inmediatamente harían el amor sobre la mesa de la oficina. Pero ahora se le cortaba la respiración y tenía miedo. De pronto se encontraba sintiendo miedo de Bixente, algo que jamás hubiera imaginado.

- Tú llevas un aparato ahí metido para evitar eso, así que no vengas jodiendo –su proximidad era ya invasiva. La voz grave y pausada.

- La ginecóloga me ha dicho que en ocasiones se mueven y se dan embarazos; que hay una posibilidad entre muchísimas, pero que sucede –dio un paso hacia atrás para tomar cierta distancia de Bixente.

- Si, ¿no? Esas cosas suceden y te va a suceder a ti.

- Bueno, más que a mí nos ha sucedido a los dos. Se supone que somos pareja.

La conversación había tomado unos derroteros que no había previsto Ania. Había pensado en muchas vertientes de la situación, pero no en la que se encontraban. Bixente no sólo lo había encajado de la peor manera posible sino que le estaba mostrando una cara violenta inédita hasta entonces. Se sentía agredida por las insultantes expresiones de su rostro y la agobiante proximidad de su cuerpo. Por eso daba pasitos hacia atrás como para protegerse de un hombre al que de pronto no conocía.

- ¿Que somos pareja, dices? –tal vez no lo dijo gritando, pero a Ania le atronó-. Te presentas aquí, como si tal cosa, diciendo que estás embarazada y se supone que no ha pasado nada. Seguro que soy el último que se ha enterado. ¡Y cuántas cosas más no sabré! Dime, ¿cuántas cosas más no sé? –la zarandeó bruscamente-. Ahora no te pongas digna y vayas de víctima. ¿Cuántas cosas más no sé?

- Suéltame. Déjame en paz –se separó más de él-. En cuanto lo he sabido te lo he dicho. Jamás te he ocultado nada.

- Eso no te lo crees ni tú –con la palma de la mano le dio un golpe en el hombro izquierdo que la desplazó hacia un lado-. ¡Si tú supieras todo lo que a mí me han contado de tus cuatro años en París! –fue a cogerla del brazo.

- No te acerques a mí –gritó Ania-. ¿Qué es eso de mis cuatro años en París?

- Tú sabrás, jodida golfa. Tú sabrás lo que hacías en los tugurios en los que bailabas.

- ¿Lo que hacía? Bailaba, eso era todo, igual que ahora bailo en tu puto gimnasio de niños mierda. Y no eran tugurios, cabrón.

- No me insultes, que te cruzo la cara –Le levantó la mano aunque no llegó a golpearla.

- Tú me has llamado golfa.

- Yo te llamo lo que me sale de los cojones –volvió a dar con la palma de la mano otro golpe a Ania en su hombro izquierdo. Casi la tira al suelo-. Te crees que se arregla todo rápido, yendo a encasquetarle la criatura a tu novio –dijo lo de novio con gran desprecio-. ¿Tú de qué vas? A saber a cuántos te has tirado mientras estabas conmigo.

- Desde que estamos juntos no he estado con nadie más.

- ¿Que no? Te has calzado a tantos que hasta te han movido el aparato –le dio otro golpe en el hombro y Ania chocó contra la pared del fondo de la oficina-. Seguro que te has follado a algún senegalés que te ha jodido el cacharro con su gran polla.

- Se nota que tienes experiencia en pollas de senegaleses...

Según la tenía arrinconada contra la pared le dio una bofetada, la agarró de la parte de arriba del vestido y la lanzó contra la mesa. Ania se incorporó inmediatamente y fue hacia la puerta.

- Maldito seas, hijo de puta –gritaba mientras levantaba el pestillo de la puerta-. Ni se te ocurra volver a acercarte a mí. Te aseguro que te mato si vuelves a cruzarte en mi camino. Yo ya no tengo nada que perder, ¿sabes, puto bastardo? Nada. ¡Nada! Maldito seas.

A pesar de que lo gritó en la puerta, nadie escuchó porque la música del amplio recibidor del gimnasio amortiguó las voces.

Salió a la calle llorando amargamente. Lo del embarazo no era lo único de lo que quería hablarle. Llegado el caso, era casi lo de menos, de ahí que pensara que era la mejor forma de comenzar a decir todo lo que tenía que contarle. Pero jamás hubiera imaginado una reacción similar en Bixente. Nunca había dado pie a pensar que en su interior habitara tanta iniquidad. No habían hablado de tener hijos, eso era cierto, sin embargo él siempre se había mostrado cariñoso con los hijos de los amigos. De cualquier forma, aquél no era el mayor problema de Ania.

Algo que tampoco entendía eran los reproches en relación a los años que pasó en París. Es más, jamás habían hablado de ello. ¿A qué venía ahora aquello? ¿Y lo de que ya le habían contado a qué se dedicaba en París?

Ania había ido a la capital del estado francés poco antes de cumplir los 20 años. Hacía cosa de una década. Ella quería estudiar Arte y en París vivía su tía Anais, hermana de su madre. Además, necesitaba tomar espacio respecto al ambiente excesivamente conservador de sus padres, que la agobiaban demasiado como para vivir como quería en Baiona.

Para ella fue una liberación marcharse a vivir a París con su tía, de personalidad radicalmente diferente a la de su hermana Amèlie. Tanto era así que no había pasado un año cuando ya le facilitó un piso que había tenido alquilado para que Ania pudiera vivir más a su gusto y sola.

Los de París fueron los mejores años de la vida de Ania. A veces se seguía preguntando por qué decidió un día regresar a Baiona. La única explicación que encontraba para ese retorno era que echaba de menos su país.

Se matriculó en la universidad para estudiar Arte. Tan solo durante el primer año hizo fundamento en los estudios; después de ese tiempo se limitó a acudir a exámenes, y en ocasiones ni a eso. Por el contrario, en lo que perseveró desde el primer hasta el último día fue en la danza. Desde niña le había gustado el ballet. A su madre, no. Así que nada más llegar a París entró en una academia y en poco tiempo alcanzó gran nivel.

El baile le abrió numerosas puertas en el mundo del espectáculo. No sólo bailó en fiestas y discotecas sino también en varios musicales y formó parte del cuerpo de baile de un famoso cantante durante una gira europea. Llevaba un ritmo de vida frenético en aquellos tiempos. Las actuaciones le aportaban una cantidad importante de francos suplementarios que añadir a la asignación mensual que sus padres le enviaban desde Baiona. Las relaciones afectivas le duraban poco.

Imaginó que a todo eso se refería Bixente cuando le echó en cara de manera tan despectiva lo de los "tugurios" de sus años en París.

Pero aquella inercia de vida bohemia y disoluta de la ciudad de la luz se detuvo en seco al regreso a Baiona. Había sacado dinero durante aquellos años y, a pesar de la tendencia licenciosa, incluso había ahorrado. Volvía a casa con casi 25 años, una importante experiencia vital por todo lo vivido en París y mucho más madura. Entonces puso su propia academia de baile en la capital labortana. Unos dos años después apareció Bixente con una interesante oferta para trabajar en su distinguido gimnasio.

Esta historia corrió por la cabeza de Ania mientras, entre sollozos, se dirigía a su casa a paso ligero. Si Bixente se había comportado de esa manera con la simple noticia de su inesperado embarazo, ¿cómo hacerle partícipe de todo lo demás? Indiscutiblemente, había sido un acierto empezar por ahí. No le contaría el resto. Ni a él ni a nadie. A nadie. Estaba decidida.

Quería no encontrar a su madre al entrar en casa porque pensó que así sería mucho más fácil. Daba por hecho que siendo la hora que era su padre tampoco estaría.

Antes de entrar se secó las lágrimas y se adecentó un poco el pelo. Lo hizo por si acaso. Abrió la puerta. No había nadie en casa. Rápidamente fue a su cuarto, sacó del armario la mochila, metió en su interior lo que consideró más imprescindible. Luego fue a la cocina y cogió algo de fruta que metió en una bolsa. Regresó a la habitación porque había olvidado su discman. Cogió varios cedés. Buscó uno en concreto: "Quadrophenia", de The Who. De pronto había pensado ir a Brighton y cerrar allá la historia con esa banda sonora. Pero primero quería ir a París.

Tenía que salir ya de casa, no fuera que se tropezara con su madre; era lo último que deseaba en ese momento. Ya en la calle, y sin haberse cruzado con nadie conocido, se dirigió de inmediato a la estación y tomó el primer tren hacia París.

Por las calles de la capital francesa deambuló ausente durante días. Se alojó en un lugar conveniente y su atuendo era correcto, pero quien hubiera logrado mirarle a los ojos habría visto una mendiga desahuciada apurando su último aliento de vida.

La idea de los acantilados de Brighton, lejos de haber sido tan solo un fogonazo producido por el momento de colapso vivido tras el incidente con su novio, se asentó con determinación en su deseo. Probablemente iba ser injusta con su familia y su gente, pero le daba igual.

Así que una tarde de espléndido comienzo de agosto enfiló sus pasos hacia la estación de tren parisina y tomó el primero con rumbo a Inglaterra. Sentía una calma indefinible en su interior. Buscando compartimento, encontró a Aitzol.

Evidentemente, durante la sobremesa en el restaurante del Casco Viejo y el posterior paseo por Bilbo, Ania no le contó a Aitzol la historia completa. Omitió algunos pasajes y arregló otros. Tampoco mencionó lo que no había llegado a contar a Bixente aquella tarde en la oficina de administración del gimnasio.

Había caído ya la noche sobre la capital vizcaina y estaban sentados en una cafetería. La tarde había sido soleada pero nuevamente, al anochecer, había bajado la niebla y amenazaba lluvia.

- Vaya si era cabrón tu Bixente, ¿no? -dijo Aitzol con gesto de preocupación, y eso que Ania había omitido hablarle del maltrato.

- La verdad es que sí -respondió Ania-. Está claro que uno no acaba de conocer a la gente hasta que no comprueba su comportamiento en situaciones límite -daba vueltas al café con la cucharilla. Levantó la vista hacia él- ¿y si te llego a decir que esta barriga era tuya? -le sonrió.

- Lo que jamás habría hecho es rechazarte, eso lo tengo bien claro -se puso serio-. Si te hubieras presentado diciendo que ese embarazo era también mío yo no habría puesto reparo alguno. Supongo que habríamos hablado al respecto; y si tú quisieras tenerlo pues perfecto, y si prefirieras abortar pues también. A fin de cuentas lo que llevas ahí a quien verdaderamente pertenece es a ti, así que la decisión, desde mi punto de vista, te corresponde a ti. Eso sí, yo por el momento nunca he pensado en tener hijos.

- Eres un encanto -dijo, y le besó-. Durante el tiempo que pasamos juntos en agosto, ¿no pensaste en ningún momento que podía estar embarazada? No sé, lo digo por los mareos, los vómitos, las tetas más gordas...

- No sé cómo tenías las tetas antes y tampoco he vivido nunca un embarazo de cerca, así que era imposible que me percatara de nada. Además, tú siempre dabas alguna explicación a las náuseas, incluso las veces que perdiste el conocimiento. Por si fuera poco, Ania, yo no te conocía de nada.

- Vaya cómo se ha puesto a llover ahí afuera, ¿no? -dijo Ania cambiando de conversación.

- Sí –respondió corto. Luego se quedó mirándola.

Aitzol llevaba tiempo queriendo preguntar algo pero no sabía en qué momento hacerlo. No quería perturbar el clima de confianza en el que se había introducido Ania poco a poco a lo largo de la tarde. Entonces, mientras se miraban en silencio y las gotas de lluvia salpicaban contra el cristal, se le ocurrió pensar que tal vez fuera el momento.

- Y ahora, ¿qué planes tienes?
- ¿Para ahora mismo, dices? –preguntó ella.
- Sí.
- Pues no tengo plan alguno.
- Claro, tenía que haber supuesto tu respuesta. Vivir cada segundo sin reparar en el siguiente. Así era, ¿no?
- Efectivamente, veo que poco a poco vas aprendiendo.
- Me has dicho que llevas unos días en Bilbo. No voy a preguntar qué has hecho o dónde te has quedado...
- Nada de preguntas, ieres un alumno aventajado!
- Para no estropear mi currículum, en lugar de preguntar nada, te voy a invitar a mi casa.
- Esa invitación lleva una pregunta implícita, si quiero o no quedarme contigo. Eso es trampa.
- Correcto, pero yo no he preguntado.
- Venga, vamos –dijo Ania-. Enséñame tu viejo almacén de todos.

Ella se bajó del taburete y le tomó de la mano. Aitzol cogió sus bolsas. La pareja salió a la calle bajo la lluvia. Cuando Aitzol abrió el paraguas rojo Ania se pegó más a él. Llenó sus pulmones del aroma a mandarinas dulces y limón.

Muy pocas veces recurría Aitzol a los taxis para moverse por Bilbo, pero la ocasión requería uno. Le vino a la memoria la clásica secuencia cinematográfica de una pareja bajo la lluvia pidiendo un taxi. Pensó que ellos dos ofrecían una imagen bella.

Durante el trayecto por las calles de Bilbo Ania se fijó en todas las parejas que paseaban o corrían de la mano escapando de la lluvia. Todas le parecían hermosas. Conmovedoras. Entonces, miraba también a Aitzol y le sonreía, o le posaba un leve beso junto a la comisura de los labios. Se apretaba a él. Limpiaba de nuevo el vaho del cristal del taxi y continuaba proyectándose en las parejas que veía. Las luces de los semáforos, de las farolas, de los anuncios, de los escaparates jugueteaban en los charcos. Los faros de los coches rasgaban la humedad del asfalto como cuchillas luminosas en la noche azulada.

Aitzol abrió la puerta de su vivienda y pidió a Ania que pasara.

- ¡Joder! –exclamó Ania, mirándolo sorprendida-. Esto es enorme.

- Ya te había dicho que fue un taller de toldos. Aquí trabajarían más de medio centenar de currelas.

- Es precioso.

- Gracias. Pero pasa para adentro, no te quedes ahí.

- Es que estoy flipando.

Ania se quitó la gabardina y la colgó en un perchero que había junto a la entrada. Aitzol dejó el paraguas y pidió a ella que se descalzara y se pusiera, si quería, alguna de las chancletas que había en un mueble bajo a un lado de la puerta. La temperatura era tibia, agradable. Al descalzarse, Ania comprobó que el calor salía del suelo. Dijo que prefería estar descalza, tan sólo con los calcetines de invierno que llevaba. Aitzol caminaba descalzo. Desde donde estaba, la muchacha miraba la vivienda boquiabierta. El techo en una zona era muy alto y en otra la cubierta era un gran lucernario contra el que se estrellaba la lluvia. La estructura era de vigas de hierro con tornillos y ladrillo vetusto macizo. Aunque casi todo era abierto, se apreciaban zonas de estar diferenciadas.

- Se ve todo muy bonito –dijo Ania después de un par de minutos en silencio-. Pero si algún día te buscas compañera y decidís tener hijos, vas a tener que hacer importantes modificaciones.

A Aitzol en algún momento se le había pasado por la cabeza pensar en la vida con Ania. La constatación que ella acababa de hacer la interpretó como un desmarque. O tal vez no. ¿Y si le estaba tanteando?

- Eso que dices no sería problema, Ania. Tengo por aquí varios proyectos que hice un día con diferentes posibilidades para hacer un distribuidor y separar alguna estancia, incluso para continuar esa doble altura –señaló una plataforma a media altura de una pared-. Según necesidades.

En los ojos de Aitzol había un brillo de declaración.

- Está claro que piensas en todo –dijo ella-. Ya sólo te falta la mujer y los niños –rió. Luego, se puso seria-. Dime una cosa. Cuando anduvimos juntos, ¿no pensaste nunca que me podías dejar embarazada?

Aitzol miró a su amiga con cara de asombro. Ella continuó.

- Quiero decir, que desde el primer momento te metiste en mi casa sin ponerte nada. Ya el primer polvo en el váter del tren fue a pelo; y ni comentaste nada al respecto, entraste directo y sin gorrito.

- Si te digo la verdad, yo no me hice esa misma pregunta hasta días después. En el tren estaba excitadísimo, más caliente que el pico

de una plancha. ¡Jamás me había pasado nada parecido! Era la primera vez en mi vida que una chica me llevaba por su camino de aquella manera y... ¡qué quieres que te diga!, no me funcionaba la parte racional del cerebro.

- Esa parte no acostumbra a funcionar a los tíos.

- Vale, gracias. Los días siguientes me pasó algo parecido. Me desequilibrabas, Ania. Me tenías fuera de mis habituales pautas de comportamiento, y cuando me tocabas o te insinuabas no pensaba en nada más que en hacer el amor contigo.

- Desde luego, qué simples y previsibles sois los tíos. En fin, que ni se te ocurrió pensar en las consecuencias. Claro, como al fin y al cabo quien se queda preñada es la otra parte...

- Tampoco es eso, Ania. Luego sí que pensé en cómo se iban desarrollando las cosas. Pero entonces me pareció que una chica que se dejaba entrar así, sin reparo alguno, eso quería decir que usaba algún tipo de anticonceptivo. Así que di por hecho que no había problema de embarazo y ya no volví a acordarme de ello. ¿Y tú?

- Yo ya estaba embarazada, maitea –le besó cariñosamente-. Lo del anticonceptivo, muy bien; pero, ¿y si te hubiera pegado alguna enfermedad? No se puede ir por la vida con esa alegría de meter la colita en cualquier sitio. Eres un auténtico inconsciente, espero que no tengas la costumbre de hacer eso habitualmente porque entonces ya te puedes cuidar, muchacho.

- Por eso puedes estar tranquila. No recuerdo que nunca me haya pasado nada parecido. Para esas cosas soy bastante precavido y desconfiado...

- Sí, hasta que se te aparezca otra como yo y se te vuelva a ir la olla y lo que rima con ella.

- Vale, tomo nota de la bronca. Pero, ¿y tú? Yo también te podía haber pegado algo, ¿no? Así que no soy el único inconsciente aquí presente.

- Lo mío es otra historia. Pero eso ahora no procede.

Aitzol interpretó, sin lugar a dudas, que debía parar ahí. De pronto, sin saber a cuenta de qué, había detectado en Ania la sombra del brocal de su pozo insondable de tristeza y no quería volver a sentirla así. Por ello cambió inmediatamente de conversación.

- ¿Te apetece tomar algo? –preguntó Aitzol-. Eso sí, ya te adelanto que nada de alcohol porque estás embarazada y ya has bebido en la comida.

- Eres un aguafiestas –protestó Ania. Fue tras él hacia la zona de cocina. El suelo de esa parte era cerámico, aunque también radiaba calor.

- Mientras estemos juntos yo tampoco beberé nada de alcohol, así no te doy envidia. Abstemios los dos. ¿De acuerdo?

Ania se quedó mirándole en silencio y con una extraña sonrisa triste en los labios. Ella sabía que daba igual; aún así, asintió.

- De acuerdo, Aitzol, nada de alcohol. ¿Sabes? Eres una auténtica gozada de tío. Sigues siendo quien mejor me trata –se pegó a él, apretándolo con todas sus fuerzas.

Aitzol sacó unos zumos de la nevera y los sirvió en sendos vasos sobre la barra de la isleta de la cocina. Ania cogió el suyo y lo chocó contra el de él.

- Es triste brindar con zumo por nuestro reencuentro –dijo Ania.
- Nunca pensé que volviera a darse un momento así.
- Si vivieras cada momento como el último, no tendrías esas comidas de cabeza.
- Sí, es muy fácil decirlo.
- Estoy cansada, Aitzol. ¿Nos vamos a la cama?

Hasta ese momento Aitzol no sabía si Ania tenía idea de quedarse con él o si, por el contrario, sorpresivamente le diría adiós. Y como no se atrevía a preguntar se había limitado a esperar.

Resultó evidente que a Aitzol la pregunta le había hecho feliz.

- Llévame a tu cama, que has puesto carita de tontín... Mañana ya veré tu guarida con detenimiento. Ahora lo que quiero es que me acaricies, sentir tus manos en mi piel.

- A la mañana yo me iré pronto, pero tú a tu aire, ¿vale? Te dejaré un juego de llaves para que hagas lo que quieras.

- Cuando regreses tendrás la comida sobre la mesa. ¿Qué te parece?

- No tienes que preocuparte de nada. En el arcón tengo todo tipo de comida precocinada de primera. O, si lo prefieres, ya traigo yo comida para llevar de un restaurante próximo a mi trabajo. Lo hago de vez en cuando y te aseguro que es un menú extraordinario.

- No, déjalo; me apetece salir de compras y hacer la comida.
- Como quieras.

A Aitzol le venían muchas preguntas a la cabeza. Más que para dirigírselas a Ania, para hacérselas a si mismo. Pero ello rebajaría la intensidad del momento, la inmensa felicidad que le estaba produciendo la situación. Quizás al día siguiente, al regreso del trabajo ella ya se habría ido. Eran escenas vividas; no esa misma, pero sí parecida. Aunque tal vez no, y volvía a casa y ella le estaba esperando como una amante compañera. Amante compañera que podría estar embarazada de 22 semanas y en todo el día que llevaban juntos había esquivado con habilidad incluso la más mínima referencia a sus planes futuros. Incluso en alguna ocasión le había parecido interpretar que pensaba abortar. Evidentemente, no había preguntado nada al respecto. Pero, ¿no era ya demasiado tarde para

interrumpir el embarazo? Quizás la ley francesa fuera diferente. Una vez más le daba la sensación de que Ania le estaba probando. Si así fuera, ¿para qué? ¿Qué ocultaba?

Mientras la miraba acomodarse en el dormitorio, Aitzol borró toda pregunta de su diálogo interno. Ania estaba enloquecedoramente hermosa. Mañana mismo podría ya no estar ahí. Su aroma a mandarinas dulces y limón se lo dejó claro: vivir cada segundo como su fuera el último. Se colocó ante ella y, lentamente, comenzó a desnudarla. Untó luego todo su cuerpo con un aceite esencial y la masajeó hasta que quedó dormida. Dormida como estaba, la besó por todo el cuerpo; acarició con íntima ternura su vientre preñado. Se acurrucó a su lado y le fue cogiendo el sueño adherido a la orografía de Ania como brisa de amanecer sobre el rocío.

Durante los tres siguientes días Ania le esperaba con la comida preparada. Después de la sobremesa, mientras ella hacía una siesta, él trabajaba en algún proyecto o diseño y posteriormente salían a dar una vuelta por los alrededores. Aitzol le enseñó los pueblos del Gran Bilbao el primer día. El segundo estuvieron en Gernika.

El tercero de los anocheceres lo disfrutaron paseando por la playa de Barinatxe. A excepción del primer día, que llovió bastante, el resto hizo atardeceres muy agradables. El último en la playa había sido espectacular.

Era ya de noche y caminaban por la arena, muy abrigados y abrazados.

- Esta mañana he llamado por teléfono a mi casa –dijo Ania.
- ¿Y? –Aitzol la miró aguardando respuesta. Expectante y temeroso.
- Voy a tener que regresar. Han vuelto a denunciar mi desaparición.
- ¿Cómo que han vuelto a denunciar? –preguntó Aitzol, desconcertado nuevamente e inquieto. Se detuvo.
- Sí, no es la primera vez que lo hacen. La primera vez fue cuando anduvimos juntos en agosto.
- No me digas que cuando nos encontramos en el tren en París te habías escapado de casa como una adolescente y te buscaba la Policía.

Ella le miró a él. Luego miró el mar, huyendo de sus ojos que pedían de una vez por todas conocer la verdad al completo. El mar susurraba levemente. Pequeñas olas rompían con timidez

recortándose en la oscuridad sus blondas de espuma. El olor a salitre y el de mandarinas dulces y limón eran los componentes del perfume de la noche.

Estaba claro que Ania no le había contado todo. Quizás incluso fuera mentira lo de Bixente.

- ¿Te escapaste de casa sin decir nada a tu familia? –insistió Aitzol.

- Sí... pero no.

- ¿Me vas a contar algún día la verdad, Ania? No sé, pero creo que merezco algunas explicaciones. Que conste que no pretendo meterme en tu vida ni interferir en ella; pero a veces me parece que necesitas ayuda y tal vez yo pudiera ayudarte en algo.

- No es tan fácil, Aitzol.

- Ania, por favor, mírame –la tomó con suavidad del rostro para que mirara hacia él. Ella seguía esquivando sus ojos-. Creo que te he demostrado que soy capaz de estar a la altura de las circunstancias. Me encuentro bien junto a ti. Sacas lo mejor de mí...

- Yo también me encuentro muy bien a tu lado –levantó la mirada de la arena. Aitzol volvió a encontrarse con el maravilloso verde de sus ojos deslumbrando a los duendes de la noche.

- A ver, Ania, escúchame –se colocó ante ella y la tomó de las manos. Las tenía frías-. Desde que te conocí ya tuve la sensación de que huías de algo, de que en tu alegría hay un pozo de tristeza cuyo origen no consigo descubrir. Ahora vienes, te presentas en mi casa, embarazada, me cuentas una historia al respecto en la que metes a un presunto ex-novio y que, encima, creo que no es la versión completa. Yo sé que no tengo derecho a pedirte nada...

- No es eso, Aitzol –Ania retornó la mirada al mar-. Déjalo todo como está, por favor. Vamos a disfrutar de esta noche. Mañana nos vamos a separar para siempre.

Aitzol sabía que en cualquier momento iba a escuchar esas palabras. A pesar de que las esperaba, al pasar por sus oídos le pararon el corazón.

- Mira, atiéndeme –volvió a recoger el hilo verde de sus ojos-. Si el problema es eso que llevas en el vientre, te digo con todo mi corazón que quiero ser su padre. Sí, no me mires así. No me importa nada lo que haya habido en tu vida antes del día en que nos conocimos.

- No sigas, Aitzol, por favor –le abrazó, probablemente como única forma de evitar sus ojos.

- Voy –tartamudeó-, voy a seguir y me vas a escuchar. Estoy cansado, Ania. Cansado. Cansado de tener que comerme todo lo que siento por ti, de retener continuamente mis sentimientos por miedo a molestarte y que te vayas –se separó del abrazo para tenerla cara a cara-. Ahora me da ya igual todo, Ania. Dices que te vas mañana; y

como te conozco, sé que te irás diciendo que no vamos a volver a vernos y que no me das tu dirección o teléfono para que no sea posible el reencuentro y todo eso. Pues perfecto, queriendo o no me has llevado a un punto en el que ya no tengo nada que perder.

- Tú no sabes lo que es no tener nada que perder, Aitzol. No hables así.

- Fíjate que ya hasta eso me da igual –hizo una pausa-. Vamos a ver, Ania, te lo voy a decir bien clarito y, además, breve, porque llegados a este momento creo que cuantas menos palabras, mejor. Escucha. Mírame. Si quieres tener la criatura y que yo esté a tu lado, aquí me tienes. Si quieres interrumpir el embarazo y que yo esté a tu lado, aquí me tienes también. Me estoy ofreciendo a ti sin condiciones. Ya has visto cómo vivo, y que en cualquiera de los casos, con hijo o sin hijo nos desenvolveríamos perfectamente. Quiero que no te vayas, que estemos juntos. Que estemos juntos en ese siempre tan indefinido como hermoso del que hablan los niños.

- Desgraciadamente, no existe ese siempre –dijo Ania volviendo a agachar la cabeza-. Todo tiene principio y fin. Incluso hay ocasiones en las que el fin tiene una fecha.

- Y claro, la nuestra es mañana.

Aitzol seguía sin entender nada y semejante impotencia le provocaba unas dolorosas ganas de llorar. Pero no lo hizo. Se limitó a tomar la mano de Ania y comenzar a caminar de nuevo.

- Gracias por no seguir. Déjalo como está –concluyó Ania.

Siguieron paseando en silencio. Aitzol pensó que la única verdad era que todo era mentira. No se creyó aquello de que la familia de Ania había denunciado su desaparición, tampoco las historias que le había contado en los tres días que llevaban juntos. Incluso se cuestionó la explicación sobre el origen del embarazo, así como la reacción de su novio, si es que acaso existía. Estaba convencido de que todo ello no eran más que fabulaciones de Ania. Un simple encadenamiento de mentiras. En otro momento se habría planteado pensar el porqué de tanta invención; pero ya era tarde incluso para eso. La desolación le había llevado al descreimiento y ahora navegaba en la indiferencia.

Quizás todo se resumiera en que paseaba de la mano de una desequilibrada mental inocua con quien los caprichos del destino le había cruzado en un tren a la salida de París. Probablemente la única verdad de todo lo que contaba, además de que estaba embarazada, era que se había escapado, pero no de su casa sino del frenopático y que por ello aparecía y desaparecía. Si así fuera, era la loca más hermosa del mundo y había logrado meterle a él en su monomanía.

De regreso a casa y sumido en esos pensamientos decidió pasar página y zanzar para siempre aquel extraño idilio con Ania. Él la amaba, y aunque daba la sensación de que ella también, le había rechazado. Además, parecía más que evidente que era una pobre loquita que despreciaba su ayuda. Así pues, ahí acabaría todo. Debía recuperar su equilibrio habitual y olvidarse de Ania tal y como ella misma se lo había pedido. No quedaba más que disfrutar junto a ella de la última velada y al día siguiente decirse adiós para siempre.

La cena tuvo el romanticismo melancólico propio de dos amantes conscientes de que a la mañana siguiente se separarán sus vidas. Aitzol observó en el verde de los ojos de Ania un extraño reflejo de abandono desesperado. Parecía que quisieran decirle algo. Pero Aitzol había decidido ya no hacer más preguntas y no escuchar más historias. Únicamente quería disfrutar la última noche con aquella mujer a quien primero conoció como Haizea y luego dijo llamarse Ania. ¿Era acaso ese último su nombre? A fin de cuentas tampoco le había enseñado documento alguno que lo acreditara. Ese nombre podía formar parte también de los mundos imaginados por esa desconocida.

Antes de ir a la cama, Ania dijo que quería que bailaran por última vez el vals de Leonard Cohen. Así lo hicieron. Luego fue ella quien le tomó de la mano y jaló de él hasta el lecho. Aitzol recordó cuando en un gesto idéntico le condujo hacia el retrete del tren para hacer el amor por primera vez. Ahora sería la última. Cuando aquello, copularon como si estuvieran sobre el cadalso iluminados por el brillo del filo de la cuchilla en lo alto. Aunque ahora ambos se sintieran en el patíbulo de la despedida, hicieron el amor con más parsimonia y ternura a como van floreciendo los cerezos para anunciar la llegada de la primavera.

A la mañana siguiente Aitzol llamó por teléfono al trabajo para decir que llegaría un poco más tarde. A las 10 de la mañana Ania y él estaban ya junto al autobús que la llevaría a Baiona. Ella no portaba más que su bolso grande y una bolsa de plástico con algunas cosas que había comprado. Y, por supuesto, su paraguas rojo.

- Ayer te compré un regalito para que lleves puesto. Si quieres, claro. No es obligatorio –dijo Ania y desplegó su sonrisa como si abriera su paraguas rojo.

- ¿Qué es? –preguntó Aitzol-. Yo no te he podido comprar nada. Fue ayer a la noche cuando me dijiste que te ibas...

- No te preocupes, ya me has regalado cosas que había en tu casa.

- Eso sí, pero no es lo mismo. Me hubiera gustado comprarte algo para que llevaras el resto de tu vida y te acordaras de mí.

- De eso no te preocupes, maitea, lo que me queda de vida me voy a acordar de ti. Eso dalo por seguro.

De nuevo se abrió el pozo de la tristeza al fondo de la selva de sus ojos. Aitzol se dio cuenta, y como en un acto reflejo cambió de tema.

- ¿Qué es? –repitió mientras Ania abría una cajita de madera rojiza.

- Un detallito de nada. Uno para ti y otro para mí. Imagínate que son dos antenas para que estemos siempre sintonizados uno con el otro.

Sacó de la caja un colgante de una fina cadena de la que pendía una pequeña amatista montada en soporte de plata. El diseño era muy sencillo y guardaba un equilibrio armónico y ligero. Le pasó la cadenilla por la cabeza. Luego le dio el otro colgante para que fuera él quien se lo colocara a ella.

Se aproximó a besarle.

- No me olvides nunca –le dijo Ania al oído y seguido se separó de él.

- Qué fácil es decir no me olvides nunca y a continuación irse para siempre –las palabras tenían un tono de reproche que no pasó desapercibido por ella.

- No me lo echas en cara. Ni te imaginas lo duro que es sólo poder quedarme con tu recuerdo sabiendo que me voy para siempre.

- Eso es así porque tú quieres –Aitzol mantenía el mismo tono, quizás como un mecanismo de autodefensa ya que la noche anterior había decidido poner fin definitivamente a aquella historia con Ania.

- Me tengo que ir –dijo ella-. Sólo quedo yo por subir al autobús. Cuídate mucho y sé feliz.

- Tú también –había frialdad en la despedida de Aitzol, seguía a la defensiva.

Se besaron y Ania subió las escaleras del autobús. Antes de que el conductor cerrara la puerta, ella se giró.

- El último aliento de mi vida será un beso al aire para ti.

El ruido del motor ahogó el te quiero de Aitzol. El autobús echó a rodar. Aitzol rompió a llorar. A su lado quedó no más que el rastro de su aroma a mandarinas dulces y limón. La piedra de amatista tenía un tono triste bajo el cielo plomizo que amenazaba agua. Las primeras gotas de lluvia sobre el rostro de Aitzol diluyeron el salitre huérfano de mar de sus lágrimas desamparadas.

Mientras Bilbo quedaba atrás rumbo a Baiona, Ania abandonó su mirada al otro lado de la ventanilla. Por el cristal corrían alocadas en diagonal las gruesas perlas de la lluvia de otoño.

Era la segunda vez en tres meses que se despedían para siempre. La conversación de la noche anterior en la playa de Barinatxe la había conmovido hasta el extremo. Ania no conseguía olvidar el tono de voz y la mirada de Aitzol cuando le abrió de par en par su vida, cuando incluso le había dicho que estaba dispuesto a ser el padre de la criatura que llevaba en sus entrañas. Aquel absoluto abandono a ella había calado muy hondo en Ania.

A pesar de lo inapelable, era evidente que le quedaba un cierto margen de maniobra; aun así, no creyó conveniente modificar sus planes. No. Sentía que quería a Aitzol como nunca a nadie y no sería justo tomarle de la mano para que la acompañara en los últimos pasos al abismo. Sería tanto como condicionar su vida para el resto de sus días y Aitzol no se merecía eso.

Había pasado casi una semana desde la agresión de Bixente a Ania cuando el padre de ésta, , le telefoneó al gimnasio.

- ¿Bixente? Buenas tardes. Soy . Creía que estabais por ahí de viaje, pero esta mañana me he encontrado casualmente con tu hermana en Hendaia y resulta que me dice que tú estás ahí trabajando y que Libe está dando las clases de Ania. ¿Sabes dónde está Ania?

- Pues no sé nada de ella desde hace días –respondió Bixente. En su voz apareció un deje de inquietud.

- Amèlie me dice que no está su mochila y que falta ropa, el discman y alguna otra pequeña cosa de su cuarto. El móvil lo tiene apagado. Por eso pensamos que os habíais ido unos días de vacaciones, no sería la primera vez que os vais sin decir nada.

- Así es, André, pero ya te he dicho que no sé nada de ella desde la semana pasada. Al parecer, habló con Libe para que la sustituyera en sus clases y desde entonces no ha aparecido.

- Vamos a ver, Bixente, ¿a ti no te ha extrañado que, sin decirte nada, pasen días y no se ponga en contacto contigo?

- La verdad es que sí, pero ya sabes cómo es tu hija. En alguna otra ocasión se ha ido por ahí con alguna amiga y lo único que me ha

dicho es que dejaba atado el asunto de las clases. Tal vez se haya ido a pasar unos días a París con su tía Anais –la inquietud era ya notoria en Bixente.

- Ahora mismo le digo a Amèlie que llame a su hermana para ver si está con ella.

- Tú tranquilo, que seguro que está allí –aunque intentaba dar sensación de normalidad, su tono era de preocupación.

- ¿No os habréis peleado, no? –preguntó André.

- No, por favor, André, qué dices –Bixente se sobresaltó.

- No me tomes a mal. Todas las parejas tienen sus altos y sus bajos, eso es normal. Lo que te preguntaba es si habíais discutido. Igual por eso se había enfadado contigo y sin decir nada a nadie se ha ido con su tía Anaís.

- Seguro que está en París, André. Que llame Amèlie y quedamos todos tranquilos.

- Sí, ahora mismo se lo digo.

- Esta noche no voy a poder, pero mañana después de comer paso por ahí. ¿Te parece? Y así me contáis qué os ha dicho.

- Vale, Bixente, nos vemos mañana en casa.

Cuando colgó el auricular, Bixente se levantó de la mesa de oficina y dio vueltas sin rumbo por el despacho. Corrió el pestillo de la puerta y bajó las cortinillas venecianas. La llamada de André le había dejado inquieto y preocupado. Mucho. No tenía duda de que Ania se encontraría en París con su tía Anaís, con quien siempre había tenido una extraordinaria relación. Pero, ¿qué le habría contado a ella del incidente del último día? Tal vez se había presentado en su casa pidiendo protección, diciendo que tras comunicarle que está embarazada la había pegado. Pensaba que quizás fuera cierto que se le había ido la situación un poco de las manos, pero a fin de cuentas no la había golpeado, tan sólo habían sido un par de zarandeos y un empujón. Eso tampoco era como para llamarlo maltrato, así que no tenía por qué preocuparse. No había sido nada. Además, ella sí que le había insultado gravemente y hasta le había amenazado de muerte. ¿Qué podría haber hecho en una situación así con una mujer tan agresiva? Evidentemente, tenía que ponerle los pies en el suelo para que entrara en razón y eso es únicamente lo que hizo.

Sí, pero, ¿y si ella iba contando una versión diferente? Su tía Anaís siempre había sido su confidente, la persona a la que recurría cuando tenía problemas. Estaba con ella en París, no había duda; pero, ¿qué le habría contado? Y, ¿por qué no había llamado a sus padres en casi una semana? Que no quisiera hablar con él podía llegar a entenderlo; pero, ¿por qué irse de casa sin dar señales de vida?

La preocupación se le tradujo en miedo a que le hubiera pasado algo o hubiera hecho alguna tontería irreversible. Pero se calmó pensando que él, a fin de cuentas, no tenía la culpa de nada. Sólo ella sabía lo que podía haber en su cabeza y de quién era lo que llevaba en su vientre. Él no tenía que sentirse culpable porque su reacción había sido la propia de cualquier hombre en sus circunstancias.

Podía estar tranquilo porque Ania seguro que estaba en París. Ya se le pasaría la rabieta. Pensó que lo más probable era que hubiera ido donde su tía Anaís a contarle lo del embarazo y que a esas alturas ya habría abortado. A diferencia de su hermana, Anaís era una mujer de carácter libertario. Casi sexagenaria, nunca se había casado ni tenía hijos, aunque había convivido con algunos hombres en diferentes periodos de su vida. Si Ania había pensado en abortar, el razonamiento más lógico le decía que ella se lo habría ocultado a su muy conservadora y católica madre para recurrir al amparo de Anaís, que inmediatamente solventaría la papeleta.

No había duda de que eso era precisamente lo que estaba ocurriendo. Ahora Amèlie hablaría con su hermana Anaís, quien le diría que Ania estaba con ella pasando unos días y en poco regresaría a Baiona. Y no había pasado nada. Amèlie no sabría nunca lo del aborto y él jamás mencionaría el tema. En unos días, vuelta a la normalidad.

Pero, ¿y si afloraba lo del incidente del despacho? Debía tratar de ponerse en contacto con Ania antes de que lo hiciera su madre. Que se lo hubiera contado a su tía Anaís era algo que a fin de cuentas no le importaba gran cosa porque ni tan siquiera la conocía personalmente. Sin embargo, si el asunto llegaba a oídos de Amèlie y André, eso sí que era preocupante.

En los días transcurridos desde la agresión ni se le había pasado por la cabeza llamarla por teléfono. Él no se sentía culpable de nada. Al contrario, él era la víctima del incidente, por lo que no le correspondía a él tender puentes y disculparse. Eso era algo que desde el punto de vista de Bixente le tocaba hacer a Ania. Por eso no pensó hasta ahora en telefonarla. Y es que de pronto todo había cambiado y era urgente saber qué era lo que Ania iba a contar a su madre.

Nervioso, tecleó el número de teléfono del móvil de Ania. La voz de una señorita le informaba de que el terminal estaba apagado o fuera de cobertura. Eso tampoco era extraño en Ania, pues era una de esas personas que no prestaba gran atención a su celular. Mandó entonces un mensaje pidiendo que se pusiera en contacto con él inmediatamente. Bixente pasó el resto del día en un estado de

creciente inquietud, pendiente del teléfono o de si recibía en su móvil algún mensaje de texto de Ania.

Ya en la noche esperó a que Libe acabara su última clase de ballet. Fue a hablar con ella.

- Perdona, Libe, ¿has hablado últimamente con Ania?

- No. La última vez que lo hice fue cuando me dijo que no se encontraba muy bien, que iba a la ginecóloga y que diera yo sus clases –Libe se iba secando el sudor con una pequeña toalla morada que olía a pétalos de flor.

- ¿Nada más?

- Bueno, espera. A la mañana siguiente recibí un mensaje suyo en mi móvil en el que me pedía que, por favor, siguiera dándole sus clases.

- ¿No te ha extrañado no verla en una semana?

- Pues no, porque ya sabes que nuestros horarios son diferentes y que en pocas ocasiones coincidimos las dos aquí. A mí me viene fenomenal dar más clases porque este mes, con vacaciones y demás, ando justa de dinero; así que cuando recibí su mensaje, me alegré mogollón. ¿Por qué me preguntas esto?

- Porque desde entonces no la he visto.

- Pues yo todo lo que sé es eso, Bixente. Llama a sus padres.

- Ya he hablado y no saben nada.

- Qué raro, ¿no?

- Estará con su tía en París. No hay por qué preocuparse.

- Habrás probado a llamar a su móvil, claro.

- Sí, pero lo tiene apagado.

- No sé qué más decirte, Bixente. Si viera a alguna amiga suya, ya preguntaré.

- Lo que no se puede hacer es marcharse así, sin decir nada a nadie –él se mostraba molesto.

- Tú lo sabrás, que eres su novio –dijo Libe riendo-. Voy a cambiarme. Ya me contarás cuándo regresa de París. Por mi parte ya sabes que no hay problema para seguir dando sus clases.

Libe pasó al interior del vestuario y Bixente se dirigió de nuevo a su despacho. Insistió repetidas veces en llamar al móvil de Ania. Apagado o fuera de cobertura. No había ni mensajes de texto ni llamadas perdidas. Nada.

Después de la comida del día siguiente, tal y como había quedado con André, Bixente se dirigió a la casa de la familia de Ania. Llevaba casi 24 horas pendiente del teléfono y no había conseguido contacto alguno con ella. Ante la incertidumbre sobre lo que le podía haber contado Ania a sus padres del incidente del despacho, pensó seriamente en no acudir a la cita y limitarse a llamarles por teléfono. Si les hubiera dado una versión de los hechos contraria a él, así no

tendría que enfrentarse cara a cara con ellos. En esa tesitura de absoluta inseguridad, lo más inteligente sería, sin lugar a dudas, el teléfono. Sin embargo, al final decidió presentarse en el domicilio de los Labat-Daguerre. Si sus padres resultaba que no la habían localizado y él los esquivaba, todo apuntaría hacia su persona en el caso de que le hubiera ocurrido algo a Ania. Así que, más que nada por separar de él la losa de una eventual sospecha, Bixente se presentó en la casa a la sobremesa.

Llamó a la puerta. Abrió Amèlie. Le besó como a un hijo. En los ojos de la mujer había una extraña sombra que Bixente no identificó. Por eso seguía tenso. No obstante, pensó que si Ania les hubiera hablado mal de él no le habrían recibido de manera tan cariñosa. Ese pensamiento le tranquilizó notablemente.

- ¿Has sabido algo de Ania? –preguntó Amèlie nada más franquearle la puerta.

- Nada. Y eso que le he dejado numerosos mensajes en el móvil para que se ponga en contacto conmigo.

- Su tía no sabe nada de ella –dijo André.

- He hablado con Anaís –continuó Amèlie-. Me dice que no se ha puesto en contacto con ella. Que en París no puede estar porque le habría llamado.

- Ya sabes que tía y sobrina son uña y carne –dijo André. Hizo una pausa-. Vamos a ver, Bixente, ¿hay algo que no nos hayas contado? Si habéis discutido, eso es normal.

- André, Amèlie, siempre me habéis tratado como a un hijo. Si hubiera algún problema entre nosotros, os lo diría –la voz le salió demasiado afectada.

- Si tú no sabes nada de ella ni tampoco su tía, es que le ha pasado algo. Algo grave –dijo André.

Amèlie se echó a llorar y Bixente se le aproximó para consolarla. Él se había quedado mudo de repente. No sabía porqué pero se sentía acosado. André continuó hablando.

- Vamos a tener que ir a la Gendarmería a denunciar su desaparición. Hemos preguntado a alguna amiga de ella y tampoco saben nada. Son ya excesivos días sin dar señales de vida. Hay que hablar con los gendarmes.

Bixente se había acercado al domicilio de Ania en su coche. En el mismo vehículo se dirigieron André y él a la Gendarmería.

Nada más entrar en las instalaciones policiales, André preguntó por el sargento de la Brigada de Investigación Alain, compañero suyo de universidad de Ortheze, conocido de la familia y con quien seguía manteniendo buenas relaciones. En pocos minutos apareció en la sala

de espera y le saludó efusivamente. Saludó también a Bixente. Los tres coincidían en ocasiones en los partidos del Aviron.

- ¿Cómo por aquí, André? –preguntó el sargento.

- No sabemos nada de Ania desde hace una semana –dijo André.

- ¿Ha desaparecido sin más ni más?

- Así es –respondió Bixente-. Yo creía que se había ido a pasar unos días en París con su tía, y André y Amèlie pensaban que estaba conmigo de vacaciones.

- ¿Y ese equívoco ha durado tanto como una semana? –inquirió de nuevo el sargento Alain.

- Pues sí, aunque parezca imposible, así ha sido –dijo André-. Nosotros estábamos convencidos de que estos dos estaban por ahí de viaje. En otras ocasiones ya se han ido sin decir nada. Ayer a la mañana supe que Bixente estaba trabajando con normalidad y ahí fue cuando me apuré y le llamé a él para preguntar dónde andaba Ania.

- Y ¿tú? –preguntó el sargento a Bixente.

- Ya sabes cómo es esta Ania, Alain,...

- Bueno, vamos a hacer una cosa –interrumpió el gendarme-. Pasamos a la oficina y lo repasamos todo mientras el secretario recoge testimonio, así no tenéis que contarlo dos veces y nos situamos mejor.

Ya en el despacho policial fueron relatando toda la secuencia de hechos previos a la desaparición de Ania y también sus posteriores actuaciones. Alain les iba haciendo preguntas que centraban la exposición.

- Todo lo que habéis contado está bien –dijo el sargento-. Pero si se llevó la mochila y cosas personales quiere decir que la desaparición, en principio, no es forzada sino voluntaria. No está con su tía en París y tampoco se ha puesto en contacto con ella. Esto es importante porque su relación con Anaís es muy especial y es de pensar que si Ania tuviera algún problema serio acudiría a ella.

- Así es, Alain –dijo André.

- ¿Ha podido irse con alguien? –preguntó el sargento-. Quizás esto podrías saberlo tú –se dirigió a Bixente.

- ¿Por qué yo? –se sobresaltó.

- Tranquilo, Bixente –el gendarme captó la reacción del muchacho-. Digo que tú porque eres su pareja. Por lo general, cuando una chica joven, de casi 30 años, desaparece de esta manera que estamos viendo suele ser por cuestiones sentimentales.

- O por un accidente –Bixente se sentía interrogado.

- Sí, también puede ser por un accidente. Pero una semana acostumbra a ser tiempo suficiente para que eso se hubiera sabido. ¿Me entiendes?

- Sí, Alain, te entiendo; pero no sé a qué viene esto.

- Viene, Bixente, a que pudiera ser que hubiera problemas entre vosotros, no sé, una discusión de pareja...

- Eso ya se lo pregunté yo ayer –interrumpió André- y dijo que no.

- Ya sabes, Bixente –continuó el sargento-, una peleílla de ésas de enamorados, un enfado y la muchacha se ha ido a algún sitio a reflexionar sobre vuestra relación. ¿No se te ocurre adónde ha podido ir? Todos tenemos algún lugar como de refugio cuando nos sentimos mal.

- No, no sé cuál puede ser ese sitio.

- Siempre ha sido la casa de Anaís en París –dijo André-. Pero allá, ya sabes que no está.

- Si no habéis tenido una discusión de pareja, igual es que Ania tiene algún otro chico por ahí –la pregunta del sargento ensartó a Bixente.

- No, qué va, no hay otro –dijo el muchacho, cada vez más nervioso.

- Con mucha rotundidad lo afirmas –insistió el gendarme mirándole muy fijamente. Notaba una primera fisura en la declaración-. Ya sabes que en estos temas el interesado es siempre el último que se entera.

- Es que la discusión no vino por ahí...

- Así pues, discutisteis –afirmó el sargento.

- Es que no fue ni una discusión.

- ¿Qué fue entonces?

- Un enfado tonto. Yo qué sé.

- ¿Sobre qué?

- Ni me acuerdo, Alain. Fue algo tan absolutamente irrelevante que ni recuerdo a cuento de qué vino. No sé, tal vez dije algo que la molestó y se enfadó. Pero es que no llegó ni a discusión porque se fue directamente.

- Así, sin más ni más –intervino André, que había estado escuchando en silencio.

- Sí, André, sin más ni más.

- Y no se te ocurrió llamarla luego por teléfono.

- Pues no. Pensé que ya lo haría ella cuando se le pasara.

- ¿Y no recuerdas por qué se enfadó? –continuó el sargento.

- No, ya he dicho que debió de ser por una tontería, una de esas de las que hay docenas en la vida cotidiana de una pareja.

- Correcto –dijo Alain-. Pero en la vida cotidiana de las parejas, como dices tú, una de las partes no se va a continuación y desaparece. ¿Seguro que no hay otro chico?

- Alain, por favor, ya te he dicho que no hay otro.

- Eso lo dices muy seguro.

- Es que si el enfado hubiera sido por eso, desde luego que me acordaría. Creo que eso es suficientemente grave como para que no se me hubiera olvidado. Pero es que no me acuerdo de lo que pasó

porque fue absolutamente irrelevante. Por eso no lo recuerdo, porque fue una estupidez.

- No será que andas tú con otra, de ahí que Ania haya puesto tierra por en medio hasta que se le pase... -dijo el gendarme. André clavó los ojos en Bixente.

- ¿Cómo queréis que os diga que ni hay otro ni hay otra? Tuvimos un enfado tonto, eso es todo. Perdona que te diga, Alain, pero me estás interrogando como a un criminal.

- Lo siento, Bixente, forma parte de mi trabajo. Tengo que descartar unas cosas para enfocarme hacia otras antes de iniciar las primeras pesquisas. Entiéndeme - Bixente no encontraba postura en la silla ni ubicación para su mirada. El sargento decidió, entonces, concluir-. Vamos a dejarlo aquí por hoy. Os prometo que yo mismo, personalmente, me voy a meter en la búsqueda de Ania. Estaremos en contacto.

Se despidieron y abandonaron las dependencias policiales en silencio en dirección a donde habían dejado aparcado el coche de Bixente. El muchacho se veía acosado. El interrogatorio del sargento Alain de la Brigada de Investigación había conseguido hacer que se sintiera culpable. Pensó que tal vez eso no habría ocurrido si tras el incidente la hubiera llamado por teléfono para disculparse. Pero para disculparse, ¿de qué, si era él el ofendido? ¿Qué le hubiera podido decir? No tenía nada que explicar a Ania, por eso no la había llamado.

- Podías haberme contado lo del enfado, hijo -habló finalmente André poco antes de llegar a casa.

- Es que fue algo estúpido, André. Ya he dicho que ni me acuerdo por qué fue.

- Esperaremos noticias de Alain. Anaís está preguntando por ella a sus antiguas amistades de París, pudiera ser que estuviera en casa de alguien. Si nos dijera algo, inmediatamente te llamo. ¿Quieres pasar a tomar un café?

- No, gracias, André. Tengo que regresar al gimnasio -Bixente tenía una necesidad ineludible de salir de aquella burbuja que lo estaba ahogando-. Estamos en contacto. Un beso de mi parte para Amèlie.

El sargento Alain puso inmediatamente a un gendarme a trabajar sobre la hipótesis de un accidente. Estaba seguro que no se trataba de eso, pero quería cerrar esa línea desde el principio.

Durante toda la jornada posterior recabaron información de puestos policiales, hospitales, servicios de emergencia y demás. No había constancia en ningún lugar de la presencia de Ania Labat, ni tan siquiera de haberla atendido o de haber respondido a alguna llamada

de socorro por su parte. Tras formalizar otros protocolos para supuestos de accidente de personas desconocidas o sin identificar, dieron por cerrada esa hipótesis.

A la mañana del segundo día, Alain llamó a su despacho al gendarme que llevaba la investigación.

- Buenos días, Denis. Cuando tomamos declaración a Bixente no me quedó nada claro que él no supiera el motivo de la desaparición de Ania. No me resultó nada creíble. Estoy seguro que sabe perfectamente por qué ha desaparecido su novia. No quiero decir que sepa dónde está, pero sí que sabe el motivo por el que se ha ido. Vamos a hacerle una visita al gimnasio, a ver si le sacamos algo.

- Me parece buena idea. Yo también le vi raro. Más que preocupado por la suerte de Ania, le noté nervioso sobre sí mismo. Demasiado a la defensiva. Preguntas de simple rutina se las tomó como si fueran parte de un interrogatorio personal.

- ¿Sentimiento de culpa, tal vez?

- Algo de eso –respondió Denis acompañando la frase con un gesto del rostro y un chasquido.

- Pues vamos a ver qué nos cuenta.

Con mayor o menor afluencia según los horarios, el gimnasio de Bixente estaba siempre concurrido. Cuando los gendarmes entraron en el despacho, Bixente se encontraba acompañado de dos monitores deportivos. Les dijo que ya seguirían preparando las clases más tarde, se despidió de ellos y pidió a los agentes que tomaran asiento.

- ¿Se sabe algo de Ania? –preguntó, inquieto, mientras recogía algunas carpetas abiertas sobre la mesa. Las paredes del despacho estaban repletas de fotos y diplomas deportivos.

- No sabemos nada. De momento, lo único que hemos hecho es descartar un posible accidente –dijo Denis.

- Pasábamos por aquí cerca –intervino Alain en tono informal-. He pensado que igual querías charlar un poco con nosotros sin que estuviera André delante –suspiró-. Te entiendo, Bixente; me pongo en tu lugar y comprendo que tiene que ser muy difícil estando presente el padre de la chica hablar de algunos aspectos íntimos de la convivencia de pareja.

- André y Amèlie siempre han sido como mis padres.

- Eso no lo pongo en duda –continuó Alain. Se puso en actitud de confidencia-. Yo te lo digo desde lo que yo sentiría, entiéndeme. Por muy extraordinariamente que me lleve con mi suegro, a mí me daría mucho apuro decirle que me enfadé con su hija porque me estoy viendo con otra.

Alain no creía que ése hubiera sido el desencadenante de la discusión previa a la desaparición de Ania, pero pensó que sí podría

servir de detonante para que el muchacho empezara a contar algo de fundamento, que seguro que lo había.

La intervención de Alain molestó a Bixente.

- No, Alain, no me vayas por ahí porque sabes perfectamente que yo no ando con ninguna otra.

- Será porque no quieres –intervino Denis, que vio que por ahí podían abrir una fisura-. Desde que he entrado al gimnasio hasta llegar aquí he visto la mejor colección de chicas de Baiona. No me digas que tú no las ves.

- Dejad de meteros por ese camino porque la bronca no fue por culpa mía.

-¿Es ella, entonces, la que anda con otro de estos cachas? –preguntó Denis.

- ¿Tuvisteis una bronca porque te iba a dejar? –preguntó Alain.

- Vale ya –Bixente levantó la voz-. Ania no me dijo que me fuera a dejar.

- Así que algo te dijo –aseveró Alain.

- Algo vino a decirme, pero no era eso.

- Entonces, ¿qué es lo que vino a decirte y que desembocó en una pelea de pareja? –preguntó Denis.

- Yo no he dicho que hubiera pelea alguna. Lo único que digo es que se presentó aquí a darme una noticia.

- Que te dejaba –Alain veía que le estaban llevando en volandas.

- Que no, coño, que no –Bixente estaba alterado-. Se presentó aquí, en el despacho aquella tarde para decirme que estaba embarazada.

- ¿Eso acabó en bronca, Bixente? –preguntó Alain, saltando lo del embarazo.

- Que no fue una bronca, coño; cómo queréis que os lo diga.

- Es que hay que sacarte las cosas con sacacorchos, Bixente, no jodas –dijo Alain. Dejó la actitud de policía y pasó a la de amigo-. ¿Qué fue, entonces, lo que pasó entre vosotros?

- Pues no pasó nada porque no me dio tiempo a reaccionar. Lo de los hijos es algo que no está en nuestros planes. En un futuro, tal vez; pero ahora desde luego que no, porque los dos estamos demasiado ocupados como para dedicarnos a criar un hijo en estos momentos.

- ¿Cómo fue, pues, lo del enfado? –preguntó Alain. Al pasar a registro de amigo, Denis había quedado de observador silencioso.

- Me soltó, así, en frío, que estaba embarazada. A mí me sorprendió muchísimo, me dejó descolocado. No le debió de gustar la cara que puse, no sé. Hombre, yo le dije lo que acabo de comentar, que no creo que sea el mejor momento para ser padres. Al parecer, eso la encendió pues se dio la vuelta y se fue. Salí tras ella, diciéndole que podíamos pensarlo más detenidamente, que volviera y

lo hablábamos. Pero fue inútil porque me gritó que la dejara en paz. También me dijo que no la llamara, que ya lo haría ella cuando le apeteciera. Desde entonces no he sabido más.

Los dos gendarmes escucharon en silencio observando con detenimiento todos los gestos de Bixente mientras hablaba. Alain creyó que decía la verdad en lo referente al embarazo y a que Ania se fuera de esa intempestiva manera herida por la indolente actitud de su novio. Sin embargo, también estaba convencido de que la discusión entre ambos no fue ni tan breve ni tan carente de aristas como lo contaba Bixente. Faltaban datos importantes. No obstante, prefirió no seguir preguntando por el momento y dirigir la atención hacia el asunto del embarazo. Era evidente, así mismo, que los padres de Ania no estaban al corriente de que su hija estuviera encinta.

- ¿Sabes a qué servicio de Ginecología va Ania? –preguntó Alain para resituarse la conversación.

- No, yo no sé de esas cosas –respondió Bixente-. Pero seguro que lo sabe Libe. En la mañana del día que desapareció, Ania llamó a Libe para decirle que no se encontraba bien y que iba al ginecólogo. Lo hizo para que Libe diera las clases en su ausencia.

- ¿Y dónde está la tal Libe? –preguntó Denis.

- Ahora está dando una clase en la pista de parqué, la del fondo. Ella os dirá a qué ginecólogo va Ania.

- Vale, Bixente, gracias –dijo Alain dándole la mano. También lo hizo Denis-. Seguiremos en contacto.

- ¿Diréis a André y Amélie lo del embarazo? –preguntó Bixente. Se le veía muy nervioso.

- Si quieres decírselo tú, mucho mejor –respondió Alain-. O si no, espera a que hablemos con el ginecólogo, te contamos qué nos ha dicho y luego tú valoras. Imagino que lo propio es que les informes tú.

- Gracias –Bixente volvió a tender la mano-. No quiero que piensen que les he ocultado algo tan importante como lo del embarazo de Ania.

- Si no nos lo hubieras ocultado a nosotros ahora estaríamos más avanzados –Alain no pudo evitar el reproche antes de abandonar el despacho.

Los dos gendarmes tomaron el corredor hasta el fondo. El gimnasio era grande, con una amplia y completa sala de musculación, dos tatamis y una pista de parqué. Por la cristalera de ella vieron a Libe impartiendo clase de gimnasia de mantenimiento a un grupo de mujeres.

- Vaya cómo está Libe, ¿no? Joder, qué cuerpazo. ¡Por dónde andará esta chica en sus horas libres! –exclamó Denis.

Mientras Denis miraba absorto a la chica, Alain hizo un gesto para que se acercara, aprovechado que ella miró hacia la cristalera.

- Hola. ¿Libe? Somos de la Gendarmería. Perdona que te saquemos así de clase –dijo Denis con exceso de caballerosidad en los gestos pero sin tratarla de usted.

- ¿Pasa algo? –preguntó Libe, sorprendida por la presencia de los dos agentes.

- Es por Ania –dijo Alain. Denis había ido tan directo a la chica que ni se habían presentado debidamente.

- ¿Ania?

- Sí –continuó Denis-. ¿No sabe que ha desaparecido hace poco más de una semana? ¿Desaparecida? –Libe se asustó-. No, no sabía nada. Bixente no me ha dicho nada.

- Bixente nos ha dicho que antes de desaparecer habló con usted. Le comentó que no se encontraba bien –dijo Alain.

- Sí. Bueno, la última vez que hablé con ella fue por teléfono. Me dijo, es cierto, que andaba un poco pachucha y que iba a ir a la ginecóloga. Me llamó para que la sustituyera en sus clases.

- ¿Le dijo para qué iba a la ginecóloga? Si no se encontraba bien, lo lógico era ir al médico de cabecera, ¿no? –preguntó Denis.

- Es evidente que usted no es mujer –Denis se ruborizó.

- ¿Le comentó algo al respecto? –continuó Alain, ya que Denis se había quedado un tanto avergonzado.

- No, nada.

- ¿Sabe usted quién es la ginecóloga de Ania? –Denis retomó el hilo.

- Sí, vamos a la misma doctora.

Denis tomó nota de la dirección de la consulta. La belleza de las formas de Libe y de su rostro, en cierta forma le intimidaban. El atuendo deportivo no ocultaba nada de su cuerpo y no sabía dónde colocar la mirada.

- Así que usted vino a dar las clases de Ania y no volvió a saber nada más de ella –dijo Alain.

- Bueno, no exactamente.

- ¿La ha vuelto a ver? –preguntó Denis, extrañado.

- No, verla, no; pero al día siguiente me mandó un mensaje de texto a mi móvil pidiéndome que siquiera dando sus clases.

- ¿Eso fue todo? –dijo Denis.

- Sí, fue no más que una frase corta. Si les interesa saber exactamente qué palabras utilizó puedo tratar de ver si acaso no he borrado ese mensaje.

- No, ahora no nos hace falta –dijo Alain-. Si lo necesitáramos ya pasaríamos nuevamente a hablar con usted. Eso sí, si no lo ha borrado, no lo haga, consérvelo, por favor.

- No se preocupen por eso. En cuanto acabe esta clase lo busco.

Los dos gendarmes se despidieron y abandonaron el gimnasio. Regresaron a su vehículo. El sol de agosto golpeaba con fuerza y el coche parecía un horno. Era el mediodía.

- Bueno, Denis, lo que nos ha quedado bien claro es que la desaparición ha sido voluntaria y repentina. El hecho de mandar un mensaje a esta chica...

- Libe –dijo Denis, aún encandilado por la muchacha.

- ... a Libe al día siguiente de la desaparición quiere decir que antes de lo sucedido con Bixente ella no tenía intención de irse.

- La decisión la tomó tras la bronca con su novio por lo del embarazo. Eso está claro –apuntó Denis-. Pero a mí no acaba de cuadrarme que por una simple mala cara de su novio, o incluso, si me apuras, por una bronca en la que ella quiere tener el hijo y él no, alguien haga la mochila y desaparezca sin decir nada a nadie y sin dar señales de vida en más de una semana.

- A mí tampoco me parece eso un comportamiento normal, Denis. Yo conozco a Ania y sé que es una chica de carácter, muy echada para adelante, que, en ocasiones, puede tener sus reacciones insospechadas. Pero también es una mujer responsable, y en eso no encaja el escaparse de casa de esta manera tan adolescente.

- Pues no caben más que dos opciones –resumió Denis-. O la bronca con su novio fue de las de traca y él nos lo está ocultando o, por el contrario, hay algo raro que ignoramos alrededor del embarazo.

- Bixente no ha sido precisamente muy colaborador y nos ha venido ocultando detalles importantes desde el principio –Alain reflexionaba sobre la personalidad del muchacho-. Pero, por lo que le conozco, no le veo capaz de estar escondiendo algo definitivo, algo clave para esclarecer el asunto.

- Hombre, Alain, torear sí que nos está toreando. Podía haber declarado desde el principio que estaba embarazada y que tuvieron una bronca por ello, tras la cual Ania se marchó de malas formas. Con algo tan breve y sencillo como eso habríamos ganado días.

- ¿Qué piensas, que puede estar tratando de obstaculizar o ralentizar la investigación? –preguntó Alain, sorprendido por el comentario de su compañero.

- Tanto como obstaculizar no me atrevería a decir; pero que sabe algo que no cuenta, esa impresión sí que me da.

- ¿Tú crees que podría haber hecho daño a Ania? Siempre han sido una pareja muy bien avenida, él siempre la ha tratado estupendamente. Bixente es algo así como el yerno que todos quisiéramos para nuestra hija. Y su familia, ya sabes quiénes son.

- Entiéndeme, no quiero decir que él la haya hecho desaparecer. Por todas las indagaciones que hemos hecho hasta el momento, parece claro que él está cubierto. A lo que me refiero es que igual la bronca por el embarazo no fue como la cuenta.

- Bueno, acelera y vamos a ver qué nos dice la ginecóloga.

Había poca gente en el hospital por ser las fechas de agosto que eran. El sargento Alain y el gendarme Denis preguntaron por Ginecología, y al llegar allá pidieron a una enfermera que comunicara su presencia a la doctora para que les atendiera lo antes posible. Dijeron que sería breve, que tenían prisa.

Cuando salió la paciente que se encontraba en el interior de la consulta, tras ella apareció la doctora, que les hizo un gesto para que pasaran al interior. Los dos gendarmes anunciados por la enfermera sólo podían ser ellos, ya que en la sala de espera eran la única pareja de hombres.

- Me ha dicho la enfermera que querían hablar conmigo por un asunto policial.

- Así es –dijo Alain-. Se trata de una de sus pacientes.

- Ustedes saben perfectamente que no tengo por qué ofrecerles información alguna de los expedientes médicos de mis pacientes.

- Bueno, no es exactamente el expediente por lo que venimos – precisó Denis, que había observado una actitud un tanto arisca en la ginecóloga.

- Es que ese camino saben que lo tienen cerrado –dijo ella con sequedad.

- Siempre queda el juez, ¿no? –Alain empleó el clásico recurso intimidatorio para ese tipo de situaciones-. Si venimos con una orden judicial no dude que el trámite va a ser bastante más fastidioso que si se aviene amablemente a colaborar.

- Sí, ya conozco esa fórmula. Dígame a qué han venido; a ver si hay algo que esté en mi mano para ayudarles. Como comprenderán, tengo pacientes esperando.

- Nos hacemos cargo –dijo Denis.

- Mire, doctora, se trata de su paciente Ania Labat, Labat Daguerre. Ha desaparecido –dijo Alain.

- ¿Qué Ania ha desaparecido? –exclamó la doctora, sorprendida.

Pidió a los gendarmes que tomaran asiento. Frente a su mesa de consulta había dos sillas.

- Por la expresión de su rostro entiendo que sabe quién es la señorita Labat sin consultar sus fichas –dijo Alain en tono amable para suavizar el momento anterior.

- Así es, conozco a Ania desde hace muchos años. Creo que he sido su primera y única ginecóloga. ¿Dicen que ha desaparecido? ¿Cómo ha sido?

- Aún no sabemos gran cosa –explicó Denis-. Hace unos días su familia denunció su desaparición. Por lo que hasta el momento sabemos, el pasado lunes día 3 metió algunas cosas personales en una mochila y desde entonces no se ha sabido más de ella.

- ¿Ese día se fue sin hablar con nadie? –preguntó la doctora.

- Antes habló con su novio –dijo Denis.

- Sí –precisó Alain-. La secuencia que hemos reconstruido de las últimas horas nos ha traído aquí. De su consulta salió y fue a hablar con su novio, y de allá a la casa de sus padres, que no estaban en ese momento. Hizo la mochila y ahí se pierde su pista. Tenemos personal investigando las salidas de la ciudad, ya sabe, tren, autobuses y demás.

- ¿Les ha dicho su novio de qué hablaron? –siguió preguntando la doctora.

- Parece que es usted quien hace las preguntas en lugar de nosotros –dijo Alain, acompañándolo con una grata sonrisa, no fuera que la ginecóloga le interpretara mal-. Entiendo que lo hace así para averiguar qué parte de su expediente nos interesa –volvió a sonreír-. Como le hemos dicho, de aquí fue a ver a su novio y le dijo que estaba embarazada.

- ¿Sólo eso?

- ¿Qué quiere decir? –Alain se extrañó de la pregunta de la doctora.

- Quiero decir, si únicamente le informó a su novio de que está embarazada.

- Pues sí, eso fue todo... Bueno, al parecer –dijo Denis, dubitativo.

Los dos gendarmes se miraron. Parecía estar claro que, lo ocultara Bixente o no, había algo más en el caso que un embarazo. Antes de que ninguno de ellos dijera nada, la doctora volvió a preguntar.

- ¿Su novio no les ha contado nada más?

- ¿Hay, acaso, algo más? –preguntó Denis.

- Si es así, por favor, vaya al grano y dejemos de dar vueltas –Alain se mostró muy serio.

- Quizás sea que no le ha contado nada a su novio –concluyó la ginecóloga.

La doctora se quedó pensativa masajeándose la frente. Los gendarmes la miraban en silencio. Entonces, llamó por el interfono a la enfermera y le pidió que se disculpara de su parte ante los pacientes que esperaban porque se iba a retrasar un poco por un imprevisto urgente.

Los gendarmes observaban a la doctora hablando con su enfermera. En su cruce de miradas, ambos coincidieron en que la

ginecóloga iba a transmitirles algo particularmente grave en relación al caso de la desaparición de Ania Labat. La doctora recogió unos papeles que tenía sobre la mesa. Se levantó y de un archivador sacó una carpeta. Los policías pensaron que era el expediente médico de Ania y que se lo iba a entregar. No fue así. Lo colocó sobre la mesa, y sin tan siquiera abrirlo empezó a hablar.

- Supongo que ustedes no están muy puestos en términos médicos. Además, no creo que les interesen pormenores de este expediente porque no les serviría para nada en su investigación. Así que voy a ir a lo concreto, y si por cualquier circunstancia hubiera algún detalle que sí consideren relevante, entonces ya les explicaría con más detenimiento. Pero no creo que haga falta.

- Le agradecemos la concreción –dijo Alain-. Como usted bien dice, si se mete en explicaciones médicas no vamos a entender mucho.

La doctora se reubicó en su butaca de despacho.

- Ania vino a mi consulta allá por mediados de julio. Si luego les interesa la fecha exacta, ya se la busco. Se había hecho un test doméstico de embarazo que le había dado positivo, y como tiene implantado un dispositivo intrauterino acudió a la consulta para confirmarlo. Esos aparatos anticonceptivos en ocasiones fallan. Aprovechando la circunstancia, le pedí una analítica muy completa. Los resultados mostraban algunos parámetros muy extraños, y por ello le han estado haciendo otros análisis y algunas pruebas para conocer el origen de esas disfunciones. El pasado día 3 le pedí que viniera.

- El día que desapareció –apuntó Denis.

- Ese día tuve que decir a Ania que estaba embarazada pero que también tenía una enfermedad terminal muy avanzada.

- Qué nos quiere decir, ¿Qué Ania se está muriendo? –preguntó Alain, estupefacto y conmovido por la noticia. Conocía a la muchacha desde niña.

- Así es. Tiene una extraña enfermedad que es terminal. La ha tenido hasta ahora en estado latente, pero al quedarse embarazada, con la revolución que eso supone en el cuerpo de la mujer, la enfermedad se ha activado.

- Así que está embarazada y en cuenta atrás –dijo Denis.

- ¿Cuánto le puede quedar de vida? –preguntó Alain. La impresión no se le borraba del rostro.

- El dilema que se le presenta a Ania es dramático.

- ¿A qué se refiere? –volvió a preguntar Alain, se le notaba personalmente implicado.

- Verán. En principio, a Ania le pueden quedar dos años de vida, esto según los poquísimos precedentes que hay documentados. La calidad de vida durante ese periodo sería buena ya que la enfermedad es fulminante en su última fase, pero hasta ese

momento, que según la literatura médica sería de una semana, podría seguir casi con normalidad, con un debido tratamiento, evidentemente.

- ¿Por qué dice que le pueden quedar? –preguntó Alain.

- Porque sería así si aborta, pero si decide seguir adelante con el embarazo son prácticamente nulas las posibilidades de que sobreviva al parto.

- Así pues –resumió Denis-, si tiene el hijo morirá en pocos meses...

- En siete meses, para ser exactos –precisó la ginecóloga.

- ...y si aborta podría vivir dos años.

- Pobre chica –Alain no pudo evitar una expresión de conmiseración. Fue apenas un murmullo que le salió del corazón.

- Da la sensación de afectarle personalmente –dijo la doctora dirigiéndose a Alain.

- Soy amigo de la familia y conozco a Ania desde niña. ¿No hay alguna posibilidad de tratamiento o de poder prolongar su vida? –más que el gendarme, preguntaba el amigo.

- Yo no soy especialista en eso. Su caso ha pasado a un equipo médico que deberá hacer un seguimiento sobre el desarrollo de la enfermedad. Pero, en principio, que yo sepa, esa enfermedad no tiene cura y es radical en su última fase.

- ¿Y si su desaparición se va prolongando en el tiempo? –preguntó Alain.

- Ya les digo que yo no soy especialista en esa materia. Deberían hablar con el doctor Doueill. Lo que a mí me compete es el seguimiento del embarazo propiamente. Quiero decir, que cuando salió de la consulta quedamos en que volvía antes de fin de mes, una vez hubiera decidido si quería continuar la gestación o interrumpirla. Es cuestión de saber ese extremo lo antes posible ya que corresponde un protocolo diferente si aborta o no lo hace.

- Siendo así, ¿cree usted que regresará para finales de mes o comienzos de septiembre? –preguntó Denis.

- Piensen ustedes en la situación psicológica y afectiva en la que se encuentra. De hecho, abandonó esta consulta comprometiéndose a acudir a la psicóloga. Puede ser que se haya ido para estar sola y pensar. Es una situación vital durísima. ¿Qué les ha dicho su novio respecto al embarazo? Ya me han dicho que no le habló de nada más.

- Al parecer, Ania le comunicó que estaba embarazada y a su novio no le hizo la más mínima gracia la noticia. Por lo que nos ha dicho, discutieron; intensamente, creemos. Entonces ella se marchó. El muchacho dice que lo hizo de muy malas maneras y diciéndole que no la llamara para nada –explicó Denis.

- Pobre Ania –dijo la doctora-. Ante una reacción así de su novio, cómo iba a decirle que se estaba muriendo...

- Con lo que usted nos ha contado comenzamos a entender las cosas. La verdad es que hasta ahora no nos encajaban las piezas – dijo Alain, y se levantó de la silla. Denis también lo hizo.

- Si necesitan algo más, no duden en volver. Si por cualquier cosa Ania se pusiera en contacto conmigo, inmediatamente les llamaré.

- Tenga una tarjeta –dijo Alain-. En este número estamos localizados permanentemente. No importa a qué hora o qué día sea.

- Gracias –dijo la doctora-. Les apunto también en mi tarjeta la extensión del doctor Doueill, por si quieren hablar con él sobre la enfermedad. También les anoto quién es la sicóloga; tal vez les interese hablar con ella. Ania se llevó una tarjeta suya, pudiera ser que la llamara. Y no se preocupen, en cuanto acabe la consulta yo misma hablaré con ella para que esté al tanto de lo que sucede.

Se despidieron. El sargento Alain y el gendarme Denis recorrieron los pasillos del hospital hasta la salida en completo silencio. Alain se sentía conmovido por lo que la doctora les acababa de informar. Pensaba en los crueles designios del destino y en la absoluta fragilidad de la vida.

El coche había estado aparcado al sol y volvía a ser un horno insufrible.

- Vamos a comer, Denis, y luego volvemos al gimnasio a hablar con Bixente. No creo que supiera nada de la enfermedad de Ania, pero vamos a preguntárselo. Además, le hemos dicho que en cuanto supiéramos algo pasaríamos a verle.

- Después habrá que ir adonde los padres de Ania y decirles lo que pasa.

- Quizás fuera mejor que sea el propio Bixente quien les dé la noticia.

Comieron en un restaurante próximo al hospital y seguidamente se dirigieron a las instalaciones de la Gendarmería, donde cumplieron algunos trámites. Cuando pensaron que Bixente ya habría regresado a su despacho en el gimnasio, salieron para hablar con él. Seguía haciendo calor, pero el sol estaba ligeramente velado.

Al escuchar de boca de Alain lo que les había contado la ginecóloga, Bixente quedó estupefacto. Bloqueado y mudo. De las preguntas previas que le habían hecho, a los dos gendarmes no les cupo duda alguna de que el muchacho desconocía el extremo de la enfermedad de Ania.

Bixente se cubrió la cara con las manos y se echó a llorar. Los gendarmes mantuvieron un respetuoso silencio mientras él sollozaba. Luego sacó un pañuelo del bolsillo del pantalón y secó sus lágrimas. Con los ojos aún llorosos y la respiración entrecortada, se dirigió a los agentes.

- Os juro que yo no sabía nada de que estuviera enferma. Si lo hubiera sabido no habría sido tan irrespetuoso con ella. Pero es que no me dijo nada. Se presentó aquí, me soltó a bocajarro que estaba embarazada y lo hizo en un tono y con una actitud que me pareció insultante. Yo no quería haberla tratado así.

Volvió a romper a llorar. El sentimiento de culpa lo tenía cogido firmemente de la garganta. Los gendarmes se miraron uno a otro sin entender muy bien qué estaba pasando.

- ¿De qué trato hablas, Bixente? –preguntó muy suavemente Alain, colocándole una mano sobre el hombro, como si lo estuviera consolando-. No me suena que nos hayas hablado antes de eso. ¿Por qué dices que te sentó tan mal el que te dijera que está embarazada?

- No lo sé, Alain. Lo dijo de una manera que me pareció que el hijo no era mío.

- Entonces, ése fue el motivo de la discusión –precisó Denis-. El asunto no era que estuviera embarazada sino que tú pensaste que la criatura no era tuya.

- Así es.

- Y se lo reprochaste –apuntó Alain.

- Sí.

- Y os enzarzasteis en una pelea por eso –insistió Alain. Su mano seguía sobre el hombro de Bixente, que continuaba sollozando.

- Sí, nos peleamos.

- ¿Y la pegaste, Bixente? –preguntó Denis. Alain miró fijamente a su compañero. A él también le perseguía la incógnita.

- No, pegar no la pegué.

- ¿Que le hiciste? –preguntó Alain, ahora ya con las dos manos sobre los hombros de Bixente-. ¿No le habrás hecho daño? ¿No habrás hecho algo irreparable?

- No, qué va, ¿estáis locos? –levantó la cabeza y se sacudió las manos de Alain-. ¡Cómo voy a matar a Ania!

- Entonces, dinos qué le hiciste.

- Nada, no le hice nada –levantó la voz. Se alteró.

- Tan sólo le di un empujón para quitármela de encima porque se había puesto muy violenta y me gritaba a la cara.

- Algo le dirías para que se pusiera así –dijo Denis.

- Nada.

- ¿Nada? –exclamó Alain-. Una chica embarazada a la que acaban de decir que se está muriendo y acude a su novio en busca de refugio no se pone así, como tú dices, por cualquier tontería. ¿Qué le dijiste, Bixente? ¿Qué el niño no era tuyo?

- Sólo le dije eso, que no creía que el niño fuera mío. Y ella estalló en reproches.

- Vale, de acuerdo, sólo la empujaste –dijo Alain-. ¿Qué pasó luego?

- Todo fue muy rápido. Me dijo lo del embarazo, tuvimos un cruce de reproches y se marchó diciendo que no quería saber nada más de mí. Tal vez sucedió todo en un par de minutos. Os juro que incluso me amenazó de muerte. Dijo que si me volvía a acercar a ella me mataba, que hablaba en serio porque ya no tenía nada que perder.

El sargento Alain pensó que, efectivamente, Ania ya no tenía nada que perder.

Alain creyó la versión que les había dado Bixente sobre lo sucedido. Denis compartía esa percepción. Podía haber habido algo más que el simple empujón para coger espacio del que hablaba Bixente, pero no creían que la cosa hubiera ido a mucho más. Ahora eso era secundario.

La conclusión era que tras acudir a su novio a hacerle partícipe de la trágica situación que vivía y al sentirse repudiada por el asunto del embarazo, Ania habría decidido no contar a nadie lo de su enfermedad terminal y desaparecer. La duda era hasta cuándo mantendría esa huida y dónde y en qué circunstancias se encontraba en esos momentos.

El sargento de la Gendarmería Alain pidió a Bixente que fuera a casa de los Labat-Daguerre y que él mismo les pusiera en conocimiento de la situación en la que se encontraba Ania. Luego ellos, más tarde, hablarían con la familia. Le dijo, asimismo, que mandaran un mensaje al móvil de Ania en el que escribieran que estaban al tanto de su embarazo y de la enfermedad, pidiéndole que inmediatamente se pusiera en contacto con ellos. Por su parte, la Gendarmería dispondría los medios para localizar, a través de su móvil, el lugar en el que se encontraba Ania. El sargento Alain estaba convencido de que una vez Ania supiera que su familia conocía el problema acabaría contactando. Tal vez no lo hiciera al primer mensaje; pero insistiendo, seguro que les telefoneaba.

Y no se equivocó el gendarme pues Ania reaccionó finalmente a los reiterados mensajes de su familia y de Bixente. Al principio, la Gendarmería no conseguía ubicar el móvil de Ania. Concluyeron que estaría fuera del Estado francés, por lo que ampliaron el protocolo de búsqueda. Desde que faltara de su domicilio, sus padres le habían llamado en reiteradas ocasiones. Al rastrear el celular de Ania observaron que aquellas primeras llamadas perdidas habían sido

recibidas en París y posteriormente en Londres. Cuando comenzaron a enviar mensajes diciendo que conocían lo de su enfermedad, el terminal lo ubicaron en Dublín.

Fue precisamente en una cabina del centro de la capital irlandesa donde registraron las dos primeras y únicas llamadas telefónicas que realizó Ania durante el mes de agosto. La primera de ellas, intervenida por la Gendarmería, fue a su novio Bixente. Se trató de una llamada breve en la que apenas le dejó hablar. Tan sólo le dijo que no volviera a llamarle ni a mandarle mensajes, que no quería saber nada de él y que en lo que le quedara de vida ni se le ocurriera tratar de acercarse a ella. Le amenazó gravemente si se atrevía a cruzarse en su camino.

La segunda llamada, también intervenida, fue a sus padres. El tono fue, evidentemente, muy otro y se limitó a decirles que estaba bien y que no se preocuparan por ella; que se tranquilizaran, que regresaría a casa y ya hablarían de todo. Hubo algunos momentos de orden personal y gran emotividad que los gendarmes no hicieron constar en el informe al considerar que correspondía al plano de lo íntimo.

Tras aquellas llamadas de Dublín, Ania se comunicó en alguna otra ocasión con su familia e incluso con una amiga, pero la Brigada de Investigación ya había cerrado el caso a petición de la parte. Ania había prometido volver a casa.

El autobús que llevaba a Ania desde Bilbo a Baiona cruzaba por la autopista la frontera artificial que divide entre dos estados el territorio de la nación vasca. Había dejado de llover a la altura de Donostia y los cristales estaban ya secos por la velocidad. El paisaje tenía un verde otoñal conmovedor. En algunas zonas la niebla baja posaba sobre la tierra su beso húmedo. Ania vio escapar unos fragmentos de luz solar entre los espesos nubarrones plomizos que proyectaban una curiosa luminosidad aguda y blanquecina. Pensó que allá adonde iluminaba estarían bailando las sorginas, descalzas sobre la hierba mojada. Le encantó esa imagen.

Era la segunda vez en menos de tres meses que regresaba a casa después de que la dieran en ambos casos por desaparecida. En

esta ocasión iba sumida en una extraña calma interior. Nada que ver con el desasosiego de comienzos de septiembre.

Cuando a finales de agosto dejó a Aitzol en el puerto de Portsmouth y decidió que era ya el momento de regresar a Baiona, no sabía qué podía encontrar en sus padres. Sabían lo del embarazo y también lo de la enfermedad terminal, así se lo habían dicho; pero Ania desconocía hasta dónde estaban enterados de la relación entre ambas cuestiones. ¿Sabían ellos que si no abortaba no le quedarían más de seis meses y medio de vida? Esta pregunta la inquietaba obsesivamente ya que daba por hecho que su madre haría todo lo posible por convencerla de que no interrumpiera el embarazo. Al contrario que su hermana Anaís, Amèlie era opuesta al aborto. Pensó, así, refugiarse en su tía parisina. Pero no podía seguir escondiéndose. Habiendo dejado definitivamente atrás aquella idea de los acantilados próximos a Brighton, ahora quería vivir todo lo que fuera posible y era consciente de que ello la iba a enfrentar con su madre. Con esos pensamientos y esa preocupación regresó a su casa a comienzos del mes de septiembre.

Tal y como había supuesto Ania, su padre se mostró comprensivo con ella y dijo apoyarla en todo lo que libremente decidiera. Con su madre no fue igual.

- ¿Te vas a quedar ahí, así, sin decir nada? -dijo Amèlie dirigiéndose a su marido.

- Es que ya no tengo más que decir, Amèlie. Ni tú tampoco - afirmó André-. Es una decisión que le corresponde exclusivamente a ella. Nosotros ya le hemos dado nuestra opinión.

- No me vengas ahora como la moderna de mi hermana, que siempre se ha desenvuelto por la vida como si careciera de valores.

- La tía Anaís tiene unos valores éticos que ni te imaginas - interrumpió Ania a su madre-. Así que no la pongas a ella en esto.

- Seguro que es ella quien te ha metido todas esas cosas en la cabeza -se revolvió Amèlie.

- Pues mejor que te pusieras a pensar por qué siempre me he sentido más a gusto con sus valores que no con los tuyos de meapilas -repitió bruscamente Ania.

- No le hables así a tu madre -medió André con un suave tono conciliador en sus palabras-. Ella trata de aconsejarte desde sus creencias. Te parezcan a tí correctas o no, son con las que ella ha vivido siempre y que ha tratado de inculcarte. Es tu madre y te aconseja sobre lo que ella cree que es mejor para ti.

- ¿Me quieres decir que lo mejor para mí es morirme? -miró sorprendida a su padre.

- No, Ania, entiéndeme; tu madre no te está diciendo eso - André estaba descolocado. Sentía un profundo dolor por la situación

que vivía Ania, y la discusión que estaban teniendo le parecía desquiciada.

- Entonces, ¿qué me está queriendo decir? –Ania miraba a su padre.

- Lo que te quiero decir –intervino Amèlie –es que al menos por un momento pienses en la criatura que llevas en el vientre.

- Osea, que tengo que pensar en esto –se señaló la barriga-, que no es nada aún, y olvidarme de mi vida, de mí misma. ¿Eso es lo que me estás queriendo decir?

- Abortar es un crimen, un asesinato –dijo Amèlie con absoluto convencimiento.

- Así que ya veo que prefieres que muera tu hija que algo que no existe; porque no existirá nada hasta que yo no lo dé a luz –dijo Ania-. Ya veo todo lo que significa para ti.

- Dios nuestro Señor sacrificó a su propio hijo en la cruz para redimir a la humanidad –proclamó tajante Amèlie-. El amor desinteresado hasta el límite nos libera.

- ¿Pero tú te estás escuchando? –Ania levantó la voz y su padre se aproximó a ella y le tendió la mano-. ¿Me estás comparando a mí con Cristo o tú te crees directamente Dios?

- Ania, por favor, dejadlo ya –interrumpió André, que no sabía dónde colocarse.

- No, es que yo ya no quiero dejarlo –continuó Ania-. Que me explique esas comparaciones porque yo no las entiendo.

- ¿Ves cómo es tu hija? No se puede dialogar con tanta intransigencia –dijo Amèlie.

- Por favor, ama, no me hables tú de intransigencia cuando acabas de decirme que si aborto seré una asesina.

- Yo no lo he dicho así.

- ¿Cómo me lo has dicho, entonces? Te estoy diciendo que si interrumpo el embarazo viviré dos años y que si doy a luz moriré a mediados de marzo y tú, inmediatamente, me condenas al infierno si elijo vivir todo lo que pueda. ¿Qué pretendes?

- Yo no pretendo nada. Lo único que quiero es que comprendas que lo que llevas en tu vientre es un ser humano, y que lo es desde el momento mismo de la concepción, aunque aún no haya visto la luz del día. Así lo ha querido Dios.

- Yo no sé cómo podéis creer en un Dios tan absolutamente cruel. Así que para ti mi vida no es ni más ni menos que un chantaje que debo de pagar por no-sé-qué.

- Hay una vida dentro de ti que continuará.

- Sí, que vivirá sobre mi muerte. Esto es como el pecado original, ¿no? La culpa infinita que pasa de generación en generación por los siglos de los siglos. Yo pago no sé qué culpa trayendo un niño a este mundo...

- ¿Qué hay más hermoso que eso?

- Vamos a ver, ama, ¿me estás queriendo decir que en mi vida he cometido algún tipo de pecado mortal por lo que me merezco esto? ¿Qué he hecho?; mírame, no me escondas la cara, mírame a los ojos y dime qué ha hecho tu hija en sus 29 años de vida para tenerlo que pagar de esta manera.

- Eso sólo lo sabe Dios.

- ¿Te das cuenta de que me estás acusando de algo? Estás reconociendo que he hecho algo tan malo como para merecer la muerte; y que, por si fuera poco, si aborto para poder vivir un mísero tiempo más resulta que soy también una asesina.

- Es la vida de un ser humano la que llevas en tus entrañas.

- Lo que llevo en mi vientre es algo que me está matando.

- No es esa criatura lo que te está matando, Ania –Amèlie cambió a un tono cariñoso de voz-. Lo que te está matando es una maldita enfermedad. No le echas la culpa a ese bebé, él sí que no tiene la culpa de nada, él es totalmente inocente. Por favor, Ania, cariño, no le echas la culpa a él de lo que te pasa.

Amèlie se aproximó a Ania y la abrazó. André también lo hizo.

- Ama, aita, escuchadme, por favor. ¿Es tan difícil entender que no quiero morir, que quiero vivir? Si, ya sé que nadie quiere morir. Pero por lo general nadie sabe cuándo va a morir. A uno le cae la muerte encima de pronto, por sorpresa, sin que le dé posibilidad alguna. A mí no ha sido así. Me han dado la fecha de caducidad. Dos, mejor dicho; dos fechas de caducidad condicionadas a una decisión que debo tomar. Y ya la he tomado. Voy a vivir todo lo más que pueda.

- No lo has pensado bien –interrumpió su madre.

- Lo he pensado muy bien, ama. He tenido un mes para pensarlo y le he dado muchas vueltas. Muchísimas. Ni te imaginas cuántas. Cuando hace un mes me dijeron lo de la enfermedad, os aseguro que no quería vivir. Me parecía todo tan absolutamente injusto que deseaba acabar lo antes posible. Me daba asco hasta el aire que me rodeaba. Pero fijaros qué curiosa es la vida que cuando me dicen que estoy en la cuenta atrás resulta que la suerte me brinda un agosto inesperado y feliz. Para ser sincera, os diré que sólo por eso he regresado. Por nada más, únicamente por las ganas de vivir que he sentido este verano. Si no hubiera sido por eso no me habríais vuelto a ver nunca más. No estaba preparada para ese tipo de despedidas y la quería sólo para mí. He regresado para vivir todo lo que me resista el cuerpo, hasta el último segundo. Y para eso, ama, me tengo que deshacer de esto –se dio unos golpecitos en la tripa-. Ya está decidido. Te parezca bien o te parezca mal, voy a abortar para vivir algo más y tratar de ser feliz durante esa prórroga. Tú, aita, sé que me comprendes. Y tú, ama, espero que algún día puedas llegar a entenderlo.

Cuando Ania dijo a sus padres que al abandonar Baiona por primera vez, tras el incidente con su novio, no pensaba regresar, hablaba totalmente en serio.

Mientras metía algunas de sus pertenencias en la mochila, con rapidez para que no la sorprendiera el regreso de su madre, tan sólo una idea obsesiva ocupaba su mente. Acababan de decirle que tenía los días contados y que estaba embarazada. Por si fuera poco, su novio la había repudiado y agredido. Lo único que quería entonces era morir. Esa idea fija se le había hundido en el corazón en el trayecto entre el gimnasio y su casa.

Ania quería morir, pero no siguiendo la pauta que, al parecer, le había marcado el destino. Nada ni nadie se iba a poder permitir el lujo de marcarle a ella la fecha final de sus días. Nada ni nadie podría tomar su cadáver como trofeo

Ania había decidido morir cuando y como ella libremente eligiera. Si no había podido ser libre en su vida lo sería en su muerte. El universo entero, a fin de cuentas, existía en la medida en que existía ella. Su mirada era la que generaba el mundo; si ella se apagaba, se apagaría todo. Ni la propia crueldad de un destino que ahora se le mostraba tangible establecería el final de su vida. Al menos podría ser la dueña de su propia muerte. ¿Qué mejor venganza frente a una existencia injusta que quitarle el sol al cosmos cuando a ella le viniera en gana? Porque al morir ella, con ella acabaría el universo. Sentía una rabia inefable. Tanta rabia que únicamente podía ser expresada en términos de muerte.

Por todo ello, antes de salir de su casa había regresado a la habitación para coger el discman y el cedé de "Quadrophenia", de The Who. Le vinieron de pronto al recuerdo las imágenes finales de esa película, cuando el protagonista se arroja con su moto scooter por unos acantilados próximos a Brighton. Le pareció un final extremadamente poético que quería emular.

Y así fue que tomó un tren en la estación de Baiona con destino a París, y que tras varios días deambulando por las calles de la capital francesa volvió a subirse a otro tren que se dirigía a Inglaterra.

El encuentro con Aitzol en aquel tren hizo que cambiara de opinión. Quizás lo que el destino quería entonces era su muerte en Brighton. Ania volvería a burlarse de él recuperando la ilusión por vivir al máximo todo lo que fuera posible.

Desde que regresara a Baiona a comienzos de septiembre y tuviera la primera conversación con sus padres, la presión que sentía se fue haciendo poco a poco más insoportable. Ya no había discusiones con su madre, pero notaba su sombra opresiva sobre ella en cada movimiento que hacía. Amèlie aprovechaba cualquier circunstancia para tratar de hacer cambiar de opinión a Ania respecto a la interrupción del embarazo. No eran interpelaciones directas, pero Ania iba sintiendo un agobio insuperable que no la dejaba respirar. La comprensión de su padre se convirtió en su único refugio, así como las conversaciones telefónicas con Anaís.

Por otro lado, estaba también el asunto de Bixente. Antes de regresar a Baiona Ania le había telefoneado para decirle que volvía a casa pero que se cuidara mucho de acercarse a ella.

- Ania, por favor, ya te he dicho que te pido perdón -le decía por teléfono Bixente-. No sé qué me pudo ocurrir aquella tarde. Perdí la cabeza. Lo siento. Perdóname. Además, no fue nada...

- ¿Qué no fue nada, cabrón? -grito Ania por el auricular-. Me pegaste, hijo de puta. Me pegaste y me lanzaste de una hostia contra la mesa. ¿A eso le llamas tú no pasar nada?

- Estás exagerando.

- No exagero, cabrón. Si una chica le dice a su novio que está embarazada y la reacción es llamarle puta y pegarla, es que es un mal nacido que no merece ni el aire que respira. Y ahora no me vengas de bueno, que ya me conozco esa jugada.

- Yo no te llamé puta.

- ¿Qué no me llamaste puta? Además de cabrón eres un jodido mentiroso. Lo primero que dijiste es que el embarazo no es tuyo para, inmediatamente, comenzar con aquello de que ya sabes a qué me dedicaba yo en París. ¿A qué me dedicaba yo en París, cabrón? Dime, ¿a qué me dedicaba?

- Yo no lo dije así; eso es lo que a ti te parecería.

- Mira, pues muy bien; si es lo que a mí me pareció, que así sea. Pero que ni se te ocurra acercarte a mí o a mi casa.

- Ania, por favor, aún podemos arreglarlo -rogó Bixente.

- Sí, qué bien; si es lo que a mí me pareció, que así sea. Pero que ni se te ocurra acercarte a mí o a mi casa.

- Ania, por favor, aún podemos arreglarlo -rogó Bixente.

- Sí, qué bien, ¿no? Ahora, dices. Sabes que me queda muy poquito de vida. ¡Qué oportunidad más buena para ganarte el cielo! ¿No, cabrón?

- ¡Deja de llamarme cabrón!

- Es lo que eres, 'querido'; un cabrón y un cobarde. Total, como a esta pobre moribunda le queda tan sólo un suspiro de vida, ahora te presentas como el desconsolado novio que estará a su lado hasta

el último día. Esa es la jugada, ¿no? ¿Limpiar tu conciencia? Qué pasa, ¿te sientes culpable de lo que hiciste y ahora vienes a purgar en mí tus pecados? Pues vete a misa y te confiesas, que conmigo eso no vale. Hay momentos en los que uno demuestra lo que verdaderamente es, y tú lo demostraste aquella tarde.

- Tú no me dijiste lo de la enfermedad...
- Ah, así que es eso, que por penita no me habrías pegado.
- Yo no te pegué...
- Ya te he dicho que no me vengas ahora haciéndotela de niño bueno. Que si de haber sabido que te estabas muriendo... Todo mentiras a toro pasado.
- Si me hubieras contado lo de la enfermedad, habríamos hablado sobre ello.
- Sí, de hablar sabes tú mucho. ¿Ya les has contado a mis padres que me pegaste?

Se abrió un silencio en la línea telefónica.

- No hace falta que me digas que no –dijo Ania-. Mira, Bixente, te lo voy a decir por última vez. No quiero verte ni de lejos en el tiempo que me quede de vida.

- Pero...
- Ni pero ni nada. Si te veo rondando por los alrededores o entrándole a mi familia, te mato. ¿Te queda claro? Te mato, Bixente. Te lo digo en serio. A mí me queda poquito de vida y ya todo me da igual, así que me trae sin cuidado llevarte por delante. Si quieres ir a mi funeral y quedar ante todo el mundo como el desolado novio de la difunta, haces lo que te plazca porque yo ya no estaré allí para verte. Pero hasta ese día ni te acerques. Aquí acaba todo. Que te jodan, Bixente.

Cuando Ania regresó de Inglaterra en septiembre, su padre, André, le preguntó en varias ocasiones por qué Bixente le rehuía. Hasta entonces el muchacho había entrado en casa como un hijo, e incluso solían acudir juntos con frecuencia a los partidos de rugby del Aviron. Pero desde que Ania volviera a casa Bixente había dejado de dar señales de vida. André dejó de preguntar a su hija por el tema porque entendió que no estaba por la labor de responder. En alguna ocasión el padre pasó a saludar al muchacho por el gimnasio, pero Bixente siempre encontraba excusas razonables que impedían que se vieran en el rugby o que quedaran para tomar algo. André interpretó que no debía meterse en un contencioso que desconocía, y por ello dejó de insistir a Ania y de pasar por el gimnasio.

Con Amèlie ocurrió algo parecido, aunque en su caso el conflicto entre su hija y el novio lo achacó a que Bixente se oponía a que interrumpiera el embarazo. Le llamó en alguna ocasión para

preguntarle al respecto, pero Bixente en todas y cada una de las llamadas telefónicas se mostraba extremadamente esquivo.

André y Amèlie preguntaron un día a Ania por qué le había prohibido a Bixente acercarse a casa.

- Ya tendréis tiempo de hablar con él cuando yo no esté –decía siempre Ania-. Pero mientras tanto, al menos cuando esté yo presente, olvidaros de que existe.

Entre las permanentes interferencias de su madre y que el tema de la relación con Bixente estaba siempre, de una u otra forma, sobre la mesa, la atmósfera que se respiraba en la casa se le hizo a Ania insufrible. Y eso que Amèlie había dejado de interpelar directamente sobre el embarazo. Las semanas de gestación iban avanzando sin que Ania se refiriera lo más mínimo a ello. La barriga era ya notoria, y el silencio de su hija era interpretado por Amèlie como un cambio de opinión. Pensaba que el paso del tiempo iba a su favor puesto que su simple transcurrir haría irreversible el parto. La ginecóloga se negó a ofrecer a Amèlie ninguna información, pero ella daba por hecho que cada minuto que pasaba estaba más cerca de ser abuela. Para Ania, cada minuto que pasaba estaba más cerca de la muerte.

A la par que el ambiente familiar y sus días en general se le hacían más insoportables en Baiona, Ania comenzó a recordar vivamente a Aitzol. Pensar en él era lo único que la salvaba de la desesperación que sentía. Era tal su amargura que la idea del suicidio volvió a acosarla con particular virulencia. Quería rebelarse contra el infame final que le había preparado el destino, y la única forma que encontraba para eso era disponer ella personalmente de su muerte. Si ella decidía su final, truncaba los planes del destino y se vengaba de él. Qué mejor forma de acabar la vida que arrebatándole las riendas al destino y empuñando la propia muerte como expresión suprema de su libertad personal. Uno no elige cuándo ni cómo ni dónde nace, pero le queda el derecho inalienable a disponer de su propia muerte cuándo, dónde y como quiera. Máxime aún si es para exaltar el valor supremo del libre albedrío, de la voluntad de poder por encima de los designios del destino o de quien pudiera mover sus hilos, si acaso existiera.

Así pensaba Ania, y mientras paseaba por la playa de Donibane Lohitzune bajo la tenue caricia de la luz de otoño, tan sólo el recuerdo de Aitzol durante el pasado agosto la retenía del imperioso deseo de lanzarse al mar.

Ya entrado el mes de noviembre, la ginecóloga le dijo que era urgente que decidiera sobre la interrupción o no del embarazo. No se podía seguir esperando más porque los protocolos de actuación en relación a la enfermedad eran diferentes para uno u otro caso.

Cuando regresó a casa su madre la estaba esperando con una carpeta sobre la mesa de la sala de estar. La carpeta llevaba la inscripción de un hospital que a Ania le resultó desconocido. André no estaba en casa en ese momento.

- Siéntate un momento, Ania –le pidió su madre.

- ¿Qué quieres? ¿Qué es esa carpeta? –preguntó Ania.

- Tu padre y yo hemos estado informándonos sobre la enfermedad que padeces.

- ¿Y?

- Después de dar muchas vueltas, nos remitieron a un equipo médico de este hospital –le tendió la carpeta-. Estuvimos ayer hablando con ellos y nos dijeron que hay un tratamiento experimental que aún no se ha aplicado en humanos pero que creen que podría dar buenos resultados.

- ¿Qué quieren decir con buenos resultados? ¿Que me van a salvar la vida? –el corazón de Ania golpeaba como un tambor enloquecido.

- No nos han hablado exactamente de salvarte la vida, pero sí de prolongarla.

- Prolongarla, ¿cuánto? –Ania estaba desconcertada y agitada.

- Tampoco lo saben exactamente porque serías la primera persona con quien se aplicaría el tratamiento.

- Ama, por favor, me estoy muriendo –Ania se levantó y comenzó a dar vueltas por la habitación-. No puedes venir y decirme que si no sé qué médicos te han dicho que haciéndome algo lo mismo duro un poco más.

- Son un equipo muy prestigioso. Lo que sucede es que tu enfermedad es muy poco común, por eso no tienen precedentes para saber cómo podría resultar. Te darían un tratamiento suave hasta el parto para no perjudicar al bebé y luego entrarían de lleno a la enfermedad...

- Haber empezado por ahí, ama –echó la carpeta sobre la mesa-. Lo que tú quieres es garantizar que seas abuela; y luego, ya se verá cómo va la cosa. ¿Es eso?

- No es eso.

- ¿Cómo que no, ama? ¿Cómo que no es eso? –se sentó ante ella-. Tú lo que pretendes es generarme una ilusión para que me aferre a ella, y luego Dios dirá. Porque es Dios quien dice, ¿no? ¿Y si me muero en el parto?

- Nos quedaría de ti tu hijo.

- Vas a lo que vas. Tenía razón antes cuando te he dicho que lo que quieres es no más que ilusionarme para que no interrumpa el

embarazo. Después, ocurra lo que ocurra tú ya te has salido con la tuya.

- Lee esos informes, por favor. Todos a quienes hemos recurrido nos han dicho que ese equipo médico es lo mejor de Francia.

- No pongo en duda que lo sean, ama, eso para nada. Y os agradezco que hayáis andado dando vueltas buscando algo para salvarme. Pero mira –tomó un folio que ya había ojeado antes-, aquí dicen que si sobreviviera al parto el tratamiento posterior sería muy agresivo; no dicen que me vaya a salvar de la muerte...

- Eso no te lo puede decir nadie...

- De acuerdo, pero aquí pone que con tratamiento y todo lo más que podrían lograr, en el mejor de los casos, es el alargamiento de la vida algunos meses, que podrían llegar a algún año. Correcto. Pero, ¿cuál sería mi calidad de vida durante ese tiempo? Si voy a vivir algo más pero tengo que hacerlo enchufada a una máquina, si es así, no quiero vivir. Si tengo que ser esclava de un tratamiento que me mantiene con vida pero me impide vivir, tampoco lo quiero. No me sirve con existir, ama, ¡quiero vivir! Y como me queda poco, quiero hacerlo con intensidad y libertad.

- Lo importante es conservar la vida.

- No, ama, lo importante es vivir. Una persona en coma conserva la vida pero no vive. Yo no quiero eso, yo no quiero seguir en el mundo un poco más de tiempo metida en una habitación y rodeada de máquinas y cables, y que tú y aita tengáis que organizar vuestra vida para estar a mi lado. Yo no quiero ser un vegetal sobre una cama que, encima, esté condicionando y frustrando vuestra vida. Os quiero a los dos demasiado como para condenaros a estar un tiempo indefinido e incierto engrilletados a mi cama. No quiero esa existencia. O vivir o nada. Así de claro, ama.

En los días siguientes, Ania se sintió introducida en una cámara de presión que le estaba reventando el cerebro. Por un lado, sus padres trataban de hacerle ver la esperanza de vida que ofrecía el tratamiento médico experimental. Por otro lado, sabía que tenía que dar una respuesta a su ginecóloga con urgencia, ya que el asunto de la interrupción del embarazo era improrrogable.

Entre medio de semejante torbellino enloquecedor, Ania se aferraba cada vez más al recuerdo del mes de agosto pasado con Aitzol. Le echaba de menos. Querría tenerle al lado para conocer su opinión en relación a lo que estaba pasando.

Lo cierto es que Ania tampoco alcanzaba a comprender muy bien por qué su dolor vital acudía una y otra vez a refugiarse en un hombre de quien apenas conocía nada, pues tan sólo habían compartido un viaje de tres semanas y media. Eso era todo. Y, sin embargo, le necesitaba. Lo quería vivamente a su lado. Había algo en

Aitzol que se había encadenado a su corazón. Sentía la angustiosa necesidad de ser abrazada por él, como quien en medio de una niebla opaca y criminal encuentra una luz providencial que guía sus pasos por las cresterías de la montaña conduciéndolo a refugio seguro. Y es que así se veía ella, caminando en la niebla por el afilado vértice de dos abismos paralelos.

Necesitaba a Aitzol para escapar de su debacle. Sólo en él encontraría asilo. Ania pensó que a su lado alcanzaría respuestas a las preguntas que la ahogaban de la manera más inmisericorde.

Por eso, a mediados de noviembre, escapó de su casa por segunda vez en menos de cuatro meses. Y una vez más lo hizo sin decir nada a nadie, ni tan siquiera a su tía Anaís con quien prácticamente todos los días hablaba por teléfono.

Aprovechando que su padre y su madre habían salido, metió exiguas pertenencias en un bolso grande y se dispuso a abandonar el domicilio familiar. Al ir a salir comprobó que llovía. Así que volvió a subir a casa y tomó un paraguas rojo que había a un lado de la puerta de entrada.

Bajo ese paraguas rojo salió de Baiona; y bajo ese paraguas rojo se encontró con Aitzol. En aquel momento del reencuentro dejó de ser Haizea para presentarse ante él como quien era: Ania.

Durante los días que habían pasado juntos en Bilbo le había puesto a Aitzol muchas cartas sobre la mesa. Pero aún le quedaba una. La más trágica. La más cruel. Esa no fue capaz de participársela. No porque no confiara en él, nada más lejano a eso; no se atrevió a comunicarle lo de su enfermedad para no interferir en su vida. Ese era el único motivo. Creyó que era mejor que Aitzol no supiera nada. Ella moriría pronto y a él no le quedaría más que el grato recuerdo de una chica desconocida con la que había compartido las vacaciones de agosto y unos días de mediados de noviembre tras los cuales desapareció. Ahí acabaría la historia. Debía ser así.

Ahora que regresaba nuevamente a Baiona otras ideas comenzaron a rondarle la cabeza. El repaso que había hecho a su vida de los últimos meses, durante el trayecto de autobús entre Bilbo y la capital labortana, le había ofrecido la visión de algunas luces en las que hasta entonces no había reparado. Días atrás había abandonado el opresivo ambiente familiar buscando respuestas. Acababa de darse cuenta de que las jornadas de convivencia con Aitzol se las habían aportado. Veía un faro haciendo añicos la angustiosa bruma en la que navegaba perdida y sola. Ya no se

partiría el alma contra los arrecifes de la costa. Aunque ella tuviera pronto que abandonar la vida, su nave quedaría en puerto seguro.

¿Estaría Aitzol dispuesto a ello? En principio, él le había abierto sus puertas de par en par. Sin embargo, hasta el momento desconocía la parte fatal de la historia. Quizás si hubiera conocido previamente el asunto de la enfermedad criminal no habría formulado propuestas tan amorosamente altruistas. Pero eso Ania no lo sabría hasta no volver a estar con él y ponerle, esta vez sí, todas las cartas sobre la mesa.

Con una decisión tomada y una incertidumbre pendiente, llegó el invierno y su madre decoró la casa para las Navidades. Como el tiempo seguía pasando y Ania no mencionaba el asunto ni tan siquiera de forma tangencial, Amèlie comenzó a estar segura de que el embarazo no tenía vuelta atrás. Era como si se hubiera impuesto un pacto de silencio en la familia, un extraño ambiente de silente complicidad. Pero la certeza que creía tener Amèlie no era real.

Ania acudió a la consulta de la ginecóloga y le rogó tiempo. No mucho, poco; pero tiempo. Tan sólo alguna semana, no más, una tan siquiera antes de dar su última palabra sobre el embarazo. Estaba ya de seis meses y el volumen de la barriga era considerable.

La doctora advirtió a Ania que eran ya varios los ultimátum que había superado. No obstante, se había aplicado a su expediente un protocolo de absoluta excepcionalidad, y eso le daba aún un pequeño margen. Eso sí, le dijo que nada más comenzar el año debía decirle ya, sin excusa posible alguna, cuál era su elección. Ania le dio su palabra. La ginecóloga tuvo la sensación de que Ania podía tener ya tomada una decisión.

- ¿Puedes hacerme una ecografía? –preguntó sorprendentemente Ania justo antes de irse a despedir. Su voz era leve, aunque no exenta de firmeza.

- Por poder, sí; pero, ¿estás segura de que quieres hacerlo? Ver lo que hay en tu vientre a estas alturas de la gestación puede condicionar tu decisión. Piénsatelo mejor y vuelves otro día. ¿Te parece?

- Si no hay inconveniente y es posible, prefiero que sea ahora – su voz había dejado de ser leve. Incluso acompañó la petición con una hermosa sonrisa que hizo que se abriera también un hilo de luz cómplice en el rostro de la ginecóloga.

Era una niña y estaba en perfecto estado.

Cuando salió del departamento de ecografías y se despidió de la doctora en el mismo pasillo, lo primero que hizo fue ir directamente a los servicios de la planta y encerrarse en uno de los excusados. Se sentó sobre la tapa y tomó la ecografía con las dos manos. El foco halógeno del techo iluminaba la imagen de la cartulina como una catarata de luz desbordándose sobre su superficie y descubriendo en ella matices insospechados.

Al mirar la ecografía, Ania rompió a llorar. La luz halógena provocaba destellos iridiscentes en sus lágrimas desconsoladas. Pasaba la yema de los dedos sobre la imagen buscando las dimensiones espaciales que aquella superficie insultantemente plana no le aportaba. Pero ella sí que era capaz con el tacto de percibir toda la orografía anatómica de aquella imagen. Incluso sentía el desplazamiento de sus dedos por el interior de su propio vientre.

Y así, pasó largo tiempo acariciando a su hija.

Estuvo paseando por la ribera del Atturri antes de regresar a casa. Llevaba bien guardada la ecografía, como un celoso secreto que había que preservar bajo cualquier concepto. André estaba en el salón viendo la televisión. Amèlie, en la cocina. Ania les saludó y dijo que iba un momento a su habitación, que enseguida salía a poner la mesa para cenar. Escondió la ecografía en su cuarto.

Tras la cena con sus padres, Ania dijo que iba a salir a dar una vuelta, que había quedado con una amiga. Metió el teléfono móvil en un pequeño bolso, dio un beso a su madre y a su padre y salió a la calle. Amèlie y André notaron esa tarde a su hija especialmente atenta y cariñosa. Cuando ella ya se había marchado, ambos coincidieron en pensar que aunque aún no les hubiera dicho nada, Ania ya se había decidido sobre iniciar el tratamiento que le habían propuesto.

La siguiente noche sería la denominada Nochebuena. A la mañana llegaría el otro hijo, Yves. Siempre aprovechaba las vacaciones de esas fechas de fin de año en la Universidad de Québec en la que impartía clases para hacer la visita anual a la familia. En esa ocasión era especial pues si la medicina, o Dios para Amèlie, no lo evitaban, serían las últimas Navidades que pasarían juntos toda la familia.

Ania no había quedado aquella noche con ninguna amiga. El objetivo único de que saliera de casa después de cenar era poder hablar tranquilamente con Aitzol. Había decidido telefonearle. Su idea no era contarle la verdad de todo por teléfono y pedirle su opinión sobre la decisión que había tomado. Lo que pretendía conocer, en principio, era si Aitzol quería volver a verla. Si así fuera, iría nuevamente a Bilbo y abriría por completo su corazón ante él. Por completo, sin reserva alguna. Podía haber recurrido a su tía Anaís, como era lo habitual; pero sus sentimientos y su mente estaban ya a otro nivel y ellos reclamaban a Aitzol de manera urgente.

Desde una tranquila taberna de Baiona Ttipia en la que apenas había tres o cuatro clientes más telefoneó a su amigo.

- Bai? –dijo Aitzol nada más descolgar el auricular. Estaba en su casa preparándose para salir a cenar.

- Kaixo –fue una breve palabra de Ania que hizo saltar nuevamente todas las alarmas del corazón de Aitzol.

- ¿Quién eres? –la pregunta fue un acto reflejo porque sabía perfectamente quién estaba al otro lado de la línea.

- Qué pronto te has olvidado de mí. Cada vez me expulsas antes de tu recuerdo.

- ¿Ania?

- ¿Acaso tienes otra que aparezca y desaparezca de tu vida con esta alegría? –dijo ella. Su sonrisa burlona se hizo patente en el auricular de Aitzol.

- No sabía que tuvieras mi teléfono.

- No seas tonto, kuttuna; he pasado varios días en tu casa, cómo no iba a apuntar tus números de teléfono.

- Me lo podías haber pedido.

- Entonces me habría convertido en previsible y eso me resta encanto.

- Está claro que disfrutas provocándome desconcierto.

- No es ésa mi intención –dijo Ania en tono serio.

- Pues desde luego que lo parece –en la voz de Aitzol se percibía la vibración del enojo.

- ¿Estás enfadado conmigo? –preguntó Ania. Le pareció detectar cierta distancia o incluso indiferencia en las pocas palabras que había pronunciado Aitzol hasta el momento y dudó si él estaba siguiendo el jugueteo o si acaso su inesperada llamada le había verdaderamente molestado. Por eso la pregunta fue una interrogación grave.

- ¿Enfadado? No, ¿por qué iba a estar enfadado contigo?

- No sé, tal vez porque en los últimos meses he entrado y salido de tu vida de forma intempestiva, incluso quizás irrespetuosa con tu vida privada.

- Creo que ahora estás hablando en serio –constató Aitzol.

- Dime, en serio, como tú dices: ¿me has echado de menos?

Tras la pregunta se hizo un silencio que a Ania se le convirtió en bastante más largo de lo que realmente fue. Aitzol la había echado profundamente en falta durante esas semanas. Sin embargo, su respuesta no le llegó inmediatamente a los labios. Algún extraño mecanismo de su interior embargó las palabras durante varios segundos.

- Sí, te he echado de menos.
- ¿Mucho?
- Bastante más de lo que hubiera querido.
- ¿Por qué dices eso?
- Porque no me puedo permitir estar enamorado así de una mujer que se cree con derecho a entrar y salir de mi vida cuando le viene en gana, como si yo no fuera más que un juguete para sus antojos –sus palabras volvieron a tener el destello gris del enojo.
- No digas eso, por favor, Aitzol.
- ¿Qué quieres que te diga, Ania? ¿Qué te quiero? Pues aunque me parece estúpido decir estas cosas por teléfono sin tener delante a la persona a quien van dirigidas, sí, te quiero. Te quiero a ti, pero no quiero esta absurda situación de idas y venidas y de ir sabiendo cosas de ti por fascículos –hubo un silencio espeso y pesado como el hormigón de un muro. Ni la respiración de Ania, que estaba agitada, circulaba por la línea telefónica-. Entiéndeme. No sé si eres una espía judía o una loca a la que cada cierto tiempo dan permiso para salir del manicomio.
- Tienes razón, Aitzol, no me he portado contigo todo lo bien que debiera. Tú siempre has sido sincero y diáfano conmigo y yo no lo he sido en igual medida. Tienes motivos más que sobrados para estar enfadado conmigo...
- No estoy enfadado contigo; no es eso. Estoy ... no sé, molesto, tal vez, o desconcertado, que es la palabra que siempre utilizo desde que te conocí. Cada vez que me dices adiós me repito a mí mismo que ha acabado todo, que estás fuera de mi vida. Pero resulta que no es así, que te echo de menos mogollón y que me duele mucho tu ausencia. El enfado, de serlo, no es contigo, Ania, es conmigo porque no consigo expulsarte de mi corazón.
- ¿Quieres echarme de tu corazón? –preguntó Ania en voz baja, tanto que Aitzol casi ni la oyó.
- Joder, Ania, lo que quiero es que te aclares. Yo he puesto todas mis cartas sobre la mesa. Tú no lo has hecho.
- ¿Quieres conocerlo todo de mí? –la pregunta fue solemne.
- Tan sólo si es verdaderamente todo.
- ¿Y si soy la loquita escapada del siqui de la que hablabas antes?
- Trataría de formar parte de tu terapia.

- ¿Todo eso harías por mí? –por primera vez en minutos Ania volvió a sonreír y su luz alcanzó a Aitzol.
- Hostias, me estás asustando... -él también rió.
- Eres un encanto, kuttuna. ¿Quieres que nos veamos?
- Vaya, parece que ya no soy yo el único que hace preguntas...
- Di sí o no. Pero pon todo tu corazón en la respuesta, como si en ello te fuera la vida. Si tienes alguna duda, di no, por favor. Quiero, necesito una respuesta radical.
- Quiero verte.
- ¿Seguro?
- Sí. Pero te voy a hacer una advertencia que quiero que quede absolutamente clara desde el principio.
- Te has puesto muy serio, ¿qué es?
- Si nos vamos a volver a ver y seguido vas a desaparecer como hasta ahora, no quiero verte de nuevo. Esto también sale de lo más profundo de mi corazón. En el sentido que sea pero quiero saber cuál es o puede ser nuestra relación. No aguanto más esta montaña rusa. No sé, Ania, quizás ahora acabo de joderlo todo. Pero así son las cosas y yo no puedo seguir como hasta ahora. El desconcierto que me provocan tus apariciones y desapariciones me está afectando – otro largo silencio rasgó la línea telefónica-. Piénsatelo. Como tienes mi teléfono, llámame cuando tengas una respuesta clara.
- Te necesito, Aitzol.

La tajante afirmación de Ania dejó absorto al muchacho. En numerosas ocasiones anteriores le había parecido que estuviera pidiendo socorro, pero aquello era un s.o.s explícito.

- Es la primera vez que me dices algo así desde que nos conocemos –Aitzol seguía impactado y sin saber cómo reaccionar.

- ¿Tienes alguien con quien celebrar la Nochevieja? –preguntó ella.

- ¿Quieres venir ese día?

- Si no tienes nada mejor que hacer... Me gustaría iniciar el nuevo año abrazada a ti.

- Ven cuando quieras –dijo Aitzol con resolución-. Si quieres, mañana mismo. Dime a qué hora llegas y voy a esperarte.

- Mañana no puedo. Viene mi hermano, de Québec, y tenemos eso que llaman Navidad en familia.

- Ven cuando mejor te convenga. Tú me llamas y voy a buscarte, ¿vale?

- Lo dejamos hasta el 31, es mejor así; es sólo una semana.

- Como prefieras.

- Me tienes que hacer un regalo de Olentzero.

- Vale.

- Prométemelo.

- Prometido. Cuando llegues a casa estará esperando mi Olentzero.

- Vaya cómo ha sonado eso de 'cuando llegues a casa'.
- Sabes que desearía que ésta fuera tu casa.
- Ya hablaremos, Aitzol. El 30 te llamo, ¿vale?, y te digo a qué hora llego. ¿Con quién cenarás mañana?
- Con mis padres y mi hermana, Errose. Cuando al viejo lo prejubilaron de Astilleros se fueron a vivir a Nafarroa, a Doneztebe, que es el pueblo de los padres de aita. Mi hermana vive también en Bilbo, no muy lejos de aquí, en San Ignacio. Ama es alavesa, de un pueblecito de Gaubea.
- ¿Dónde se conocieron tus padres, siendo de pueblos de Euskal Herria tan distantes?
- En Sanfermines. Pero cuando aquello él ya estaba currando en Astilleros y ella en Bilbo, así que no fue complicado seguir viéndose.
- Vamos, que sois una familia de postal, como para sacaros en el Nacional Geographic.
- Menos cachondeo...
- Bueno, Aitzol, nos vemos en unos días.
- Cuando tú quieras. Pero recuerda que me has prometido que esta vez no vas a traer cartas escondidas en la bocamanga.
- Voy a ir con camiseta de tirantes; nada de mangas, aunque me muera de frío.

Cuando Aitzol colgó el auricular se dio cuenta de que no le había preguntado nada sobre el embarazo; pero es que tampoco ella había hecho comentario alguno. Cuando se hizo el silencio, quedó una vez más navegando sin brújula en el mismo océano oscuro de siempre. En esta ocasión le había parecido que Ania hablaba absolutamente en serio en eso de que se iba a presentar ante él sin estratagema alguna. Aun así, no acababa de creerla del todo; y por eso, una extraña mezcla de vértigo y miedo fluía diluida en su plasma sanguíneo. Cuando estaba a su lado se encendían en él todas las luces de la ilusión como en una gran avenida comercial a finales de año. Sin embargo, Ania tenía en sus manos el caprichoso interruptor que hacía que todo, súbitamente, retornara a las sombras en cuanto ella se iba.

En algún momento Aitzol llegó a pensar que Ania le había enseñado a volar para luego quedarse a ver cómo se estrellaba contra el suelo. ¿Estaría haciendo ahora otra vez lo mismo? ¿Volvería a jugar con él durante unos días para luego, de nuevo, dejarlo abandonado? Esa criminal interrogante le tenía cogido del cuello.

Había otra pregunta: ¿Seguiría adelante con el embarazo o habría abortado ya?

La tarde del 30 de diciembre Ania le telefoneó y quedaron para la mañana siguiente en la estación de autobús de Bilbo.

Aitzol se dirigió allá deseando que Ania no se presentara. Hasta entonces, sus encuentros habían sido sorprendentes. Esa iba a ser la primera vez que se habían citado para volver a verse. Y como una parte de él seguía considerando que Ania no era más que una interferencia perturbadora en su vida de la que debía deshacerse, confiaba en que ella no hiciera acto de presencia. De esa manera sería mucho más fácil sacarla de su corazón y olvidarla. Se sentiría herido, despreciado por su cruel volubilidad de niña consentida y de esa manera quizás pudiera alcanzar a odiarla. Si encontraba motivos para odiarla, entonces sí que podría echarla por la borda como un lastre inútil.

Vio acercarse el autobús y deseó que ella no estuviera dentro.

En cuanto la vio aparecer bajo el umbral de la puerta corrió para ayudarla a bajar. Estaba notoriamente embarazada. De pronto deseaba abrazarla. Le pareció que una luz particular resaltaba todos aquellos rasgos que a su juicio le hacían bella. Llevaba un vestido largo en varios tonos azul oscuro, botines anchos de suela baja enseñando unos calcetines de invierno color crudo y chamarra de cuero, de alguna talla mayor. A la luz metálica del invierno, su cabellera de cobre parecía más rubia.

- No hace falta que me bajes en brazos –dijo Ania, bromeando, al ver que Aitzol le tendía las manos para ayudarla en la escalera-. Estoy embarazada, no enferma –al decirlo, hubo una sonrisa de dolor en sus labios que a Aitzol le pasó desapercibida; él estaba feliz por volver a tenerla a su lado.

- ¿Traes bolsa? –preguntó Aitzol.

- Sí. Vamos a cogerla, con ella sí me tienes que ayudar. Esta vez vengo con más cosas –Aitzol no se atrevió a preguntar si eso era porque pensaba quedarse, pero el simple pensamiento le ilusionó-. ¿No se te habrá olvidado mi Olentzero?

- Por supuesto que no.

Cogieron la bolsa de viaje de Ania.

- Vamos, tengo el coche aquí cerquita –dijo Aitzol.

- ¿Se lo has vuelto a robar a tu hermana?

- Errose y yo compartimos el coche, ya te dije la otra vez. A mí no me gusta nada conducir y sólo se lo cojo cuando es imprescindible. Prefiero el transporte público.

- Ciudadano modélico.

- No, es que ya te he dicho que no me gusta conducir. Al menos por el momento, el coche nunca me ha parecido algo imprescindible.

Cuando llegaron a la casa de Aitzol, Ania vio que tenía ya la comida preparada e incluso la mesa puesta. Aunque no era mucho el tiempo que iba a pasar allá y tampoco había traído muchas cosas en la bolsa de viaje, Ania preguntó si acaso podía ocupar algún espacio en el dormitorio para que la ropa estuviera más oreada. Lo hizo principalmente para observar la reacción de Aitzol al invadir, con ello, su mundo privado. La interpretación que hizo él fue en similar sentido; pensó que Ania trataba de ver si se sentía cómoda con esa simbólica toma de posesión.

Mientras ella se dirigía hacia el dormitorio, Aitzol puso los ojos en su barriga. ¿Qué sería de ese embarazo? El muchacho no entendía en exceso de esos temas pero le daba la sensación de que en cualquiera de los casos la gestación estaba ya suficientemente avanzada como para no poder abortar. Aún así, no preguntó nada. Pensó que seguramente ése era el motivo de su inesperada visita y por ello ya sería Ania quien abordara el tema en su momento. El corazón le iba muy rápido pensando en ello.

En los armarios del dormitorio había espacio de sobra, por lo que en un momento Aitzol dispuso lo suficiente para que Ania pudiera sacar todo de su bolsa. Mientras ella se instalaba, él puso a calentar la comida.

Ania no sabía muy bien si plantarse ante él y hacerle partícipe de todo lo que había ido a contarle o si, por el contrario, lo mejor era esperar un momento en el que aflorara la oportunidad y entonces hacerlo. Y en esa duda estaba cuando escuchó que Aitzol la llamaba para que fuera a comer. Miró la habitación, el gran ventanal que ocupaba casi toda una larga pared y desde el que se divisaban los montes del otro lado de la ría. Se emocionó pensando en lo maravilloso que hubiera podido ser vivir ahí largos años con Aitzol. Sintió la humedad nublando sus ojos y antes de echarse a llorar se limpió el moquillo con el pañuelo y salió al encuentro de Aitzol. Una ráfaga de viento llevó la lluvia a estrellarse contra los cristales. Empezaba de nuevo a llover.

Durante la comida, Aitzol preguntó si le apetecía conocer a su hermana y a sus amigos. Habían quedado por la tarde para tomar algo hasta la hora de la cena.

- Entonces ¿quieres conocer a mi gente?
- ¿Cómo me vas a presentar?, ¿Como tu novia?
- Mi hermana y el resto ya saben de ti. Bueno, saben de una extraña amiga de Iparralde con quien pasé las vacaciones.
- ¿Nada más que eso saben?

- Tampoco tengo mucho más para contarles. Bueno, mi hermana sí sabe que viniste por aquí a mediados de noviembre y que luego volviste a marchar.

- Todavía no me has dicho si me vas a presentar como tu novia –insistió Ania con una sonrisa burlona.

- ¿Quieres que lo haga?

- ¿Lo harías? Mira que estoy embarazada...

- Por supuesto que lo haría. Casi volvemos casados de Belfast, ¿no?

Había en Aitzol una entrega tal que incluso a él mismo se le hacía desconocida. Nunca antes había tenido semejante impulso a abandonarse en otra persona. La fragancia a mandarinas dulces y limón que volvía a respirar en toda la vivienda le resultaba embriagante al extremo.

- Les voy a decir que eres mi novia –concluyó tajante. Ania rió.

Aitzol se levantó de la mesa, se aproximó a Ania y la abrazó y besó en el cuello. Ella dejó escapar su mirada hacia el exterior de los ventanales. Entonces él se arrodilló a su lado, la rodeó con los brazos por la cintura y besó su barriga preñada de 29 semanas. ¿Estaría preparado para ser padre? Esta pregunta le golpeaba en el pecho desde que la viera por primera vez embarazada, a mediados de noviembre.

Ania le acariciaba el pelo. Pensó que tal vez ése fuera el momento esperado para confesarle que estaba en la cuenta atrás de su vida. Entonces fue a hacerlo, pero se detuvo súbitamente al creer que si en ese momento lo hacía tal vez la tarde con sus amigos cambiaría de tono. No quería estropear ese bonito momento. Así que calló.

- ¿Me ibas a decir algo? –preguntó Aitzol mirando hacia arriba buscándole sus ojos verdes.

- No, ya hablaremos luego, por la noche. Mejor si nos preparamos para ir a encontrarnos con tu gente, ¿no? Los Olentzéros nos los intercambiamos a medianoche, ¿vale?

Los amigos de Aitzol se tomaron a broma de fin de año el hecho de que presentara a Ania como su novia, una muchacha de la que no más sabían que había sido su aventura de vacaciones y que, además, se encontraba embarazada. Las chicas, más conocedoras de los ritmos de la gestación, cuchichearon que resultaba notorio que Ania estaba de más de cuatro meses. La hermana de Aitzol tenía bastantes más datos sobre Ania que el resto, así que se limitó a sonreír a su hermano y a seguirle la corriente.

Hasta cerca de las 10 de la noche el grupo de amigos hizo ronda de tabernas por Deustua. Aitzol estaba encantado porque Ania se había integrado en el ambiente de la cuadrilla desde el primer momento y charlaba animadamente con todos ellos. De vez en cuando, entre trago y trago, alguno hacía un sutil aparte con Aitzol para hacerle algún comentario sobre Ania, todos ellos formidables ya que se había revelado como una fabulosa conversadora. Él se sentía orgulloso de ella y feliz por lo bien que la veía desenvolverse en el grupo.

Aitzol no dejaba ni un momento de observarla. Había algunos detalles de su comportamiento que le estaban asombrando porque nunca antes la había visto así. Estaba, a su mirada, fascinantemente comunicativa. Incluso contaba a los amigos detalles de su vida y de su familia que él no conocía. La personalidad un tanto cerrada en algunos aspectos y siempre esquiva en lo íntimo se había tornado expansiva. Hablaba con absoluta naturalidad de su juventud en Baiona, del Liceo o de los años que pasó en París estudiando arte; también lo hacía de su familia, contraponiendo el conservadurismo chauvinista de su madre al refrescante talante libertario de su tía parisina, y, en medio, el carácter respetuoso y plácido de su padre. Ahí supo, por ejemplo, que su único hermano, Yves, era profesor de literatura francesa en una universidad de Montreal y que era homosexual. Ese había sido precisamente el motivo por el cual optara a una plaza docente en Québec, para tomar aire respecto a los reproches de su madre, que consideraba la homosexualidad una desviación de parisinos libertinos. A lo largo de la tarde Aitzol se fue confeccionando una biografía de Ania enriquecida con detalles personales desconocidos hasta entonces para él.

De lo que no habló para nada fue del embarazo. Hubo quien le hizo alguna pregunta directa al respecto, pero ella esquivó, airosa, la respuesta. En otro momento dijo explícitamente que sobre ese tema no quería hablar. Pero lo hizo con un tacto y una simpatía tales que a nadie le resultó chocante que ocultara todo lo referente a su estado.

Lo que no pasó inadvertido para Aitzol fue el hecho de que no probara nada de alcohol ni tampoco fumara. Para el resto, ese pequeño detalle no tenía significado alguno porque era lo propio de una embarazada que se cuidara debidamente. Pero para Aitzol eso era significativo de que en los planes de Ania ya no entraba el aborto. Siendo así, ¿qué era lo que tenía ella en mente? Estaba claro que no tenía compañero pues el asunto de Bixente se lo había puesto sobre la mesa durante su visita de noviembre. Así mismo, estaba también su interés en que la presentara a la cuadrilla de amigos como su novia. No podía ser que estuviera teatralizando todo aquello para,

finalmente, reírse de él y humillarle ante todos sus amigos. Eso era imposible. Así pues, ¿qué planes tenía Ania para la criatura que llevaba en el vientre?

El ambiente por las calles de Deustua era formidable. La gente bailaba, cantaba. Muchos iban disfrazados y todos se besaban y abrazaban deseándose un feliz año próximo, aunque nadie se conociera. Los petardos estallaban por doquier. La música en todos los locales atronaba. Hasta la climatología se unió a la celebración, y aunque la atmósfera era húmeda e incluso olía a lluvia, no descargó ni una gota.

El ritmo de la cuadrilla de amigos en su peregrinar de taberna en taberna se adaptó a la marcha de la embarazada. Como no llovió en toda la tarde y la temperatura no era especialmente fría, en casi todas las paradas se aplicaron a la consumición en el exterior, para que Ania no tuviera que respirar el pernicioso aire pesado de humo del interior ni se viera sometida a la agitación propia del desmadrado ambiente festivo.

Pasadas las 9 y media algunos ya comenzaron a descolgarse del grupo para acudir a sus correspondientes cenas familiares. Poco antes de las 10 de la noche ya únicamente quedaban Ania, Aitzol, Errose y Eukene, la mejor amiga de los hermanos y en cuya casa cenaría Errose. Tras apurar el último trago y cuando ya todos los locales habían cerrado para la tregua de la cena, se despidieron hasta el próximo año. Errose y Eukene salieron caminando hacia la casa de esta última, a pocas calles de allá. Aitzol y Ania cogieron el coche. Comenzaba a lloviznar mansamente.

Antes de salir de casa habían dejado todo preparado para la cena de fin de año. La mesa tenía todo el aspecto de una velada íntima de enamorados. En los días anteriores Aitzol se había preocupado de cuidar los detalles y lo había hecho con minuciosidad. No faltaba de nada, incluida la iluminación con velas. Junto a la mesa un ramo de rosas de un profundo azul índigo. Fundió a la perfección el mimo de un director de arte con la ternura del más atento amante.

Y en esos preparativos Aitzol incluyó el vestuario. Nada más entrar en casa la tomó de la mano y jaló de ella hasta la zona del dormitorio. Abrió uno de los armarios y sacó de él un traje de noche negro de corte premamá. Lo extendió sobre la cama, deslizándolo como una suave brisa flotando en un mar en calma. Ania lo miró, alucinada.

- ¿Esto es para mí? –preguntó. La selva de sus ojos se incendió en llamaradas de esmeralda.

- Espero que sea de tu talla.

- Es mi olentzero, claro.

- No, eso viene luego. Esto es tan sólo la etiqueta imprescindible para la categoría de la cena.

- Estoy flipando –dijo Ania y tomó el vestido, poniéndoselo a su par como si tratara de comprobar que le venía bien.

Aitzol dijo que se preparara mientras él daba los últimos toques a la cena.

- ¿Tú también tienes traje para ponerte? –preguntó Ania.

- Por supuesto, lo exige el protocolo –la besó y salió hacia la cocina.

Cuando unos minutos después Ania se colocó ante él con el vestido puesto y moviéndose y dándose la vuelta como si hiciera pasarela, Aitzol pensó que era imposible que la Naturaleza pudiera repetir un ser tan bello.

Por delante, el vestido tenía un discreto escote de media luna que dejaba a la vista la cordillera de las clavículas. Por detrás, prácticamente toda la espalda quedaba al descubierto, aunque sobre su piel blanca, asperjada de una sutil constelación de estrellas de chocolate, caía la cascada cobriza de la larga cabellera.

- Si no estuviera embarazada estaría más guapa, ¿no? –preguntó Ania mientras se acercaba a él. Iba descalza.

- Qué va, ahora estás doblemente guapa.

- ¿No me digas que se te ha despertado de pronto el instinto paternal? –la pregunta quería ser algo más de lo que pudiera parecer.

- La verdad es que nunca me he preguntado si tengo o no de eso. ¿A ti qué te parece?

Ania pensó que era el momento ideal para decirle por qué había querido ir a verle. Era como si Aitzol se lo hubiera puesto a propósito para ello. La ocasión buscada.

Vio el borde del abismo y el vértigo la paralizó.

- Venga, vístete –dijo ella-. Vamos a cenar, que ya va siendo hora. Se nos va a juntar el caldo del entremés con el brindis del comienzo de año.

Ania puso música y se sentó a la mesa. Se sentía cansada. El día estaba resultando largo y emocionante. Sonaba un nocturno de piano.

Poco después Aitzol, se presentó vestido con un traje oscuro de americana cruzada. Teatralizó el tramo hasta llegar al lado de Ania, que le miraba divertida. Pasó ante ella y se colocó a su espalda. Retiró por un lado del cuello de Ania toda su melena de cobre en tirabuzones. Luego, introdujo las manos por el amplio escote dorsal del vestido. Y mientras con inefable ternura le acariciaba el pronunciado vientre, posaba besos de mariposa sobre su cuello despejado.

Aunque no se lo había dicho a nadie, hacía ya algunas semanas que Ania notaba en su interior los movimientos de la criatura. Al principio, se negaba a sí misma el reconocerlo como si por obviarlo no existiera. Ahora sentía al mismo tiempo las caricias de Aitzol sobre la piel y las de la niña desde sus entrañas.

Ania hizo todo lo posible para que Aitzol no se diera cuenta de que estaba llorando.

Entraron en el nuevo año unidos en un abrazo y besándose. Aitzol respiró profundamente el aroma a mandarinas dulces y limón como si fuera la fragancia del fluido primigenio generador de vida. Brindaron, y seguidamente empezó el ritual telefónico con familiares y amigos. Concluido el protocolo de las felicitaciones, Ania puso en el equipo de música un disco de J. J. Cale. Le gustaban los vinilos setenteros de Aitzol.

- Vamos a cambiar ahora nuestros regalos de Olentzero retrasado –dijo Ania.

Mientras ella se dirigía al dormitorio a buscar su regalo, Aitzol sacó de un armario un bulto cuadrado, de altura doble de una caja de bombones y adornado con un gran lazo violeta. En el aire tibio de la vivienda flotaban las notas musicales de “Cloudy day” .

Cada uno tomó su correspondiente regalo y lo abrió. En el interior de la caja de Ania había una gorra morada de pana fina y una bufanda fular a juego. Se enrolló el fular y se caló la gorra; bajo el paño, los cabellos metálicos parecían serpientes bermejas escapando del nido. Aitzol dejó de abrir su regalo para mirarla. El profundo verdor de sus ojos era el de una selva lujuriente.

Aitzol terminó de abrir su regalo.

- ¡Un catalejo! –exclamó el muchacho.

- Es para que cuando yo ya no esté a tu lado, todos los atardeceres mires desde este ventanal al horizonte de la ría. Vendré

siempre a estar contigo en un barco pirata fantasma que sólo se podrá ver en tus ojos a través de este catalejo.

La alegría de Aitzol desapareció de forma súbita de su rostro al escuchar aquellas palabras. Ania se dio cuenta, dio rápido los apenas tres pasos que la separaban de él y le abrazó.

- Así que me vas a volver a dejar –dijo Aitzol con una voz tenue, la más fuerte que logró articular.

- No, Aitzol, por favor; mírame –se colocó ante él-. No te voy a dejar. No quisiera dejarte jamás. Pero he venido a decirte algo...

- Sí, ya sé –Aitzol se separó de ella-; que no quisieras dejarme jamás y todo eso pero que te vas, que tu libertad personal y el vivir cada momento como si fuera el último está por encima de todo. Esto mismo ya me lo has dicho otras veces. Es lo de siempre. Nada nuevo.

La voz de Aitzol había recuperado energía por el enojo y la rabia que sentía. Ania se estaba volviendo a reír de él, y cada vez lo hacía con más crueldad. Era evidente que había sido un error haber aceptado su visita. Tenía que haber dicho desde el principio que no quería volver a verla. Cuánto mejor si el autobús hubiera llegado sin ella; así, al menos, se habría evitado la humillación ante sus amigos y la vergüenza que ahora sentía.

- No, Aitzol, no. No es eso, kuttuna, no es eso.

Aitzol caminaba de espaldas a ella hacia la cocina y Ania corrió hasta él y le retuvo por detrás.

- ¡Escúchame! –gritó. Le sacudió de los hombros.

- Déjame en paz, Ania, o como mierda te llames en realidad – se soltó bruscamente del agarre de ella y continuó hacia la cocina.

Ania se quedó clavada sobre la tarima caliente viendo cómo se alejaba. Seguía fluyendo "Cloudy day" de J. J. Cale.

- Me estoy muriendo, joder –gritó Ania-. Date la vuelta y mírame, me cago en la hostia. Me estoy muriendo, joder. Me estoy muriendo.

Rompió a llorar.

Aitzol se detuvo y giró para mirarla. Sintió su cuerpo desparramarse como un ser invertebrado aplastado por la bota del destino. Esta vez no podía estarle engañando. No podía ir tan lejos con una mentira. Se apresuró a su lado y la rodeó con los brazos. Los lagrimones de Ania hacían brillar sus tres pequeñas pecas en la cuenca inferior del ojo izquierdo, junto a la nariz, como tres guijarros de ónix en el lecho de un riachuelo poco profundo. Aitzol recogió esas lágrimas con la lengua. Luego sacó un pañuelo y secó el rostro de Ania con parsimonia y levedad. La tomó de la mano y se sentaron en

el sofá, junto a un gran ventanal de cuarterones y frente a la chimenea. Afuera aún se veían en el cielo los destellos de las explosiones de algunos cohetes. De vez en cuando, ráfagas de aire hacían que chocara la lluvia contra los cristales.

Se miraron en silencio. Ninguno de los dos parecía querer pronunciar la primera palabra. Quizás porque tras el primer sonido volverían a la realidad, y sabían que en ella reinaba ya la muerte inapelable.

Ania se acurrucó en el regazo de Aitzol.

- Por qué no me lo cuentas todo –pidió él. Su voz era suave.
- Para eso he venido a verte.

Ania empezó a contar desde el inesperado embarazo por el que acudió a la ginecóloga a cómo tras una analítica le habían detectado una extraña enfermedad terminal que es lo que la había puesto en la cuenta atrás de su vida. Le habló también de cómo acudió a Bixente y por qué no le había contado lo de la enfermedad aunque, una vez más, pasó por alto la agresión sufrida. Así, Aitzol fue entendiendo lo del extraño teléfono móvil escondido en la mochila, el episodio de la cabina telefónica de Dublín y los posteriores mensajes de texto que iba recibiendo y que provocaban en ella notables cambios de comportamiento. Ania también le puso al día sobre los enfrentamientos con su madre a cuenta de la interrupción del embarazo.

Del relato detallado y sosegado de Ania Aitzol supo que si se decidía a abortar podría vivir con una calidad de vida aceptable por un periodo de tiempo de unos dos años. Por el contrario, si se enfrentaba a un parto lo más probable es que no sobreviviera, aunque le garantizaban que la criatura nacería sin problema alguno.

Aitzol le acariciaba la barriga.

- Y qué es lo que hay aquí, ¿vasquito o neskita? –lo preguntó así para dramatizar, y arrancó a Ania la primera sonrisa.
- Neskita. Es una niña.

A Aitzol no le salía la siguiente pregunta. Sentía un profundo vértigo que lo mantenía mudo. La situación final a la que abocaba el relato de Ania era verdaderamente dramática. En definitiva, se trataba de que una joven de 29 años optara por morir dando a luz en dos meses y medio o por abortar y vivir dos años. ¿Qué palabras había que utilizar para preguntar qué había elegido? Aitzol se sentía desfallecido.

- ¿Cuál es tu decisión? –preguntó, finalmente. No encontró otra pregunta.

Ania se incorporó de la posición que tenía y quedó sentada en el sofá, a su lado, íntimamente próxima.

- Mi decisión depende en parte de ti –dijo ella. Tenía unas ganas irreductibles de acariciarle, pero peleó contra ellas para no condicionar en modo alguno a Aitzol.

- ¿De mí? La decisión sobre tu vida no depende de nadie más que de ti. Tú eres la única dueña de tu cuerpo y de tu vida. No entiendo dónde entro yo, a no ser para estar a tu lado hasta el último momento, optes por lo que optes. Puedes contar conmigo para lo que quieras. Te quiero de manera incondicional. En lo que desees, estaré a tu lado.

- ¿Incluso para ser el padre de esta niña? –por fin, la pregunta.

Aitzol se quedó sin respiración. Sintió que el mundo detenía bruscamente su girar, y hasta escuchó el sonido denteroso de los mecanismos de frenado. Los ojos verdes de Ania le había abducido hasta lo más profundo de su selva. Se veía allá adentro, mirando el reflejo cegador del sol filtrándose entre el intrincado follaje de árboles de altura infinita. Pero, curiosamente, no sentía por ello ni la más mínima angustia o desesperación. Todo lo contrario, había en su corazón una paz como nunca jamás había experimentado antes. Un extraño éxtasis desconocido lo embriagaba hasta la médula dotándole de una claridad de pensamiento desconocida.

Fue esa luz la que habló por su boca.

- Sí, Ania, estoy a tu lado incluso para ser el padre de esta niña.

- Creo que no lo has pensado suficiente. No tienes por qué darme ahora la respuesta, queda aún un cierto margen de maniobra, muy pequeñito, eso sí, pero algo de tiempo tenemos. Piénsatelo bien.

- Por mi parte no hay nada más que pensar. Quien lo tiene que pensar bien eres tú, Ania. O dos meses de vida o dos años. Joder, Ania, ¿por qué es tan injusta la vida?

- Para filosofía es para lo que no hay tiempo. Me ha costado mucho, pero te aseguro que ahora ya tengo totalmente asumido que me queda poquito de vida. –empezó a acariciarle el rostro, tiernamente-. Cuando me encontré contigo en aquel tren iba decidida a acabar con mi vida. Era tal la rabia que sentía porque el destino fuera tan injusto, tan cruel, que lo único que me pedía la cabeza era reírme de sus designios siendo yo misma quien me diera muerte. Sería mi venganza. Pero tú acabaste con eso, y a través de ti, nada más conocerte, ya me entraron unas ganas inmensas de vivir. Entonces pensé que la mejor venganza no era suicidarme sino vivir a tope lo que me quedara. Más tarde, al regresar a casa, la historia del embarazo se me hizo insufrible. Estuve al borde del colapso, créeme; no podía más, Aitzol. Fue cuando aparecí aquí en noviembre. Y me

volviste a salvar. Desde entonces empezó a rondarme la cabeza la idea de que si tú estuvieras dispuesto a ser el padre, yo lo estaría de dar a luz.

- Pues también podrías abortar y viviríamos juntos, y a todo lo tope que quisieras durante lo que te quedara de vida. Yo guardo dinero ahorrado, y para seguir rellenando la bolsa y que no se acabe tengo proyectos suficientes en el cajón. Podemos dar la vuelta al mundo, o irnos al país que quieras; a las Seychelles, hasta que se nos acabe el dinero...

- Déjalo, Aitzol, déjalo. Ya lo he decidido y es irreversible. Es una pena que nuestros caminos se hayan cruzado cuando al mío le queda tan poquito. Habría sido una gozada haber vivido un montón de años a tu lado. Pero las cosas son como son, y en esto sí que no se puede hacer nada. Si no me hubiera encontrado contigo aquella tarde a la salida de París ya no estaría aquí, así que estoy viviendo una prórroga no prevista.

- Pues vamos a hacer otra prórroga más –Aitzol no acababa de asumir la realidad sobre la cercanía de la muerte de Ania y pensaba que urdiendo planes felices de vida se podía alejar la muerte.

- Qué pasa, ¿no quieres ser el aitatxo de esta nesquita?

- No, Ania, no es eso. Lo que no quiero es perderte.

- Ni yo a ti, kuttuna; pero, por lo que parece, eso está totalmente fuera de nuestro alcance.

Aitzol estaba asombrado por el aplomo con el que Ania hablaba sobre la inminencia de su propia muerte. Era trágico, pero había una extraña belleza en ello. Semejante calma interior sólo podía provenir de reflexiones largamente maceradas.

- ¿No quieres quedarte con ella cuando yo me vaya? –preguntó Ania.

- Sí, joder, pero no quiero que te vayas.

El muchacho rompió a llorar y se abrazó a su compañera. En sus ojos se veía la desesperación de un náufrago desahuciado. Él no podía asumir la idea de la muerte.

- Venga, tontín, no te pongas a llorar ahora –le acariciaba como a un niño perdido-. Míralo por el lado positivo; aunque yo me vaya, te dejo una parte de mí. Fíjate qué pedazo de regalo tengo aquí dentro –le tomó la mano y se la pasó por el vientre-. No llores, por favor.

Ania trató de consolarlo hablándole de la necesidad de aprovechar el tiempo que quedaba siendo lo más felices posible y que luego, además, tendría una hermosa hija a través de la cual ella siempre estaría a su lado. Las palabras de Ania no lograban el objetivo de calmar a Aitzol.

- Parece que fueras tú el que se va –dijo de forma simpática Ania tratando de relajar la situación.

- Si tú ya no estás, ¿cómo voy a poder vivir yo? –dijo Aitzol, gimiendo.

- Si vas por ahí me vas a hacer sentir culpable –Ania adoptó un tono de voz serio-. Hasta que nos conocimos en agosto tú vivías perfectamente sin saber de mi existencia, y cuando me vaya seguirá siendo igual. No digas que sin mí no vas a poder vivir porque entonces me cargas con una gran responsabilidad, Aitzol. Una responsabilidad muy cruel porque, encima, esta muerte que nos va a separar no está en mis manos, ¿entiendes?

Aitzol no decía nada.

- Eh, levanta la cara y mírame –dijo Ania-. No quiero que esto quede así. Quiero que me digas que entiendes lo que te estoy diciendo. Un día me dijiste que llegué como el aire y que como aire me fui. Decías que el nombre de Haizea me venía, por eso, que ni pintado. Yo te decía lo de las dos aves de paso, ¿recuerdas? Pues míralo así, Aitzol. Vamos a disfrutar de estar juntos todo lo que el tiempo nos permita. Luego yo me iré como llegué. Que después de eso tú sigas siendo feliz es lo mejor que puedes hacer por mi recuerdo. Yo seguiré viviendo en tu sonrisa, en tu felicidad...

- Y en Haizea.

- ¿En Haizea?

- Sí. ¿Qué te parece que nuestra hija se llame Haizea?

Ania le abrazó y dijo que le parecía fantástico ese nombre para la niña.

- Entonces, entiendo que quieres que siga a delante con el embarazo y aceptar la responsabilidad de quedarte con Haizea.

Sin pronunciar palabra, Aitzol se levantó del sofá y se dirigió hacia la zona de la diáfana vivienda en la que tenía instalado el estudio para sus proyectos de diseño. Ania lo miraba sin saber a qué venía aquello. Esperaba con ansiedad que Aitzol aceptara el compromiso planteado, y en lugar de responder se había levantado y andaba como buscando algo en su amplia mesa sobre la que descansaba a todo tipo de material para el dibujo.

Se aproximó nuevamente a ella. Llevaba algo en la mano derecha que Ania no acertó a saber qué era. Se arrodilló junto al sofá, a los pies de ella. Desde esa posición fue levantando suavemente el vestido premamá hasta dejar la barriga descubierta en su convexa totalidad. Ania lo miraba sin saber qué hacía y con la punzante incógnita sobre cuál era el objeto que Aitzol llevaba en sus manos.

Durante varios segundos estuvo besando el vientre de Ania. Entonces, descubrió la punta del grueso rotulador azul que llevaba en

la mano derecha y comenzó a escribir con letra de pausado calígrafo, como un monje ante el manuscrito de su vida.

Maite zaitut. Maite zaituztet.

Ania hizo auténticos esfuerzos para retener las lágrimas. Eran las lágrimas de la más íntima felicidad que la embriagaba por completo al observar la fabulosa belleza de la escena de Aitzol, postrado a sus pies y escribiendo sobre su vientre aquellas palabras de amor.

El primer día del año no llovió y lo aprovecharon para volver a pasear por la playa salvaje de Larrabasterra, tal y como lo habían hecho mes y medio antes.

Durante el paseo, Ania fue poniendo al corriente a Aitzol sobre algunos aspectos concretos de la enfermedad y de su embarazo. Le confesó que aunque desde el primer momento tenía tomada la decisión de abortar, y a pesar de haberla mantenido hasta el día anterior, desde el regreso de las vacaciones de agosto había cuidado el embarazo. Hasta hacía pocas fechas, en las que se había sometido a nuevas pruebas en un hospital de Burdeos, seguía tratando de aferrarse a la esperanza de que todo fuera un sueño, una mala pesadilla que se disiparía al despertar en el nuevo día. Aunque poco a poco había ido asumiendo la posibilidad de su muerte cercana, su deseo de sobrevivir se agarraba a cualquier asidero por iluso que fuera. Mimar el feto era una forma de superar el dolor de la realidad; de sentirse, en cierta forma, inmortal.

- Aunque en alguna medida lo interiorices, e incluso la gente que te rodea y lo sabe se quede asombrada de tu serenidad, una nunca acaba de creerse que eso le esté pasando en verdad. Siempre pensamos que estas cosas les ocurren a los demás, que somos inmunes a semejantes crueldades del destino –dijo Ania mientras miraban el mar, del color del invierno.

Hacía frío en Barinatxe, y ellos paseaban muy abrigados y pegados el uno al otro. De vez en cuando alguna ráfaga de viento movía la gorra morada de Ania. Ella se la colocaba de nuevo en su sitio y se ajustaba la bufanda fular. Su leve aroma a mandarinas dulces y limón se mezclaba con la vigorosa fragancia del salitre del mar encrespado. Aitzol percibía el armonioso equilibrio de la mezcla de ambos olores como el voluptuoso perfume de la naturaleza que amaba.

Las luces del atardecer fueron declinando. Antes de que se hiciera completamente de noche decidieron regresar al coche.

- Mañana volveré a Baiona –dijo Ania-. Tengo un montón de cosas para preparar. Lo primero es hablar con la ginecóloga y contarle la decisión que hemos tomado –a Aitzol le gustó que hablara en primera persona del plural-. Después habrá que ir al hospital de Burdeos. ¿Quieres ir conmigo a Burdeos?

- Por supuesto que sí.

- La última vez que estuve allá me dijeron que para iniciar un tratamiento del que me habían hablado era ya demasiado tarde porque afectaría a la niña. Aun así, había otro tipo de tratamiento, también para experimentar, con el que, en principio, quizás pudieran conseguir que no me fuera en el parto. La verdad es que mucha garantía no daban...

- Pero lo podemos intentar, ¿no? –interrumpió Aitzol.

- Sí, lo podemos intentar –sonrió Ania.

Llegaron al coche justo cuando empezaba a llover con fuerza. Los golpes de viento norte cargado de agua movían el vehículo aparcado.

- Unos segundos más y llegamos al coche como sopas –dijo Aitzol quitándose el anorak y echándolo al asiento trasero. Ania hizo lo propio con el sombrero y el fular.

Aitzol fue a poner en marcha el vehículo. Ania le pidió que esperara. A lo lejos, sobre la piel parda del Golfo de Bizkaia se veían las luces tristonas de algunos barcos.

- Lo que quiero que quede claro desde el principio –dijo Ania retomando la conversación y mirando fijamente a Aitzol a los ojos- es que no quiero pasar ni un momento enchufada a máquina alguna o manteniéndome viva artificialmente de cualquiera de las formas, de la que sea. ¿Entendido?

- Lo que tú quieras –respondió Aitzol esquivando levemente la tensión de la mirada de Ania. Aún no podía hacerse a la idea de que aquella joven que tenía al lado tuviera los días contados. Un extraño mecanismo en su cabeza estaba permanentemente activado para obviarlo.

- Yo ya sé, bueno, me lo imagino, que luego llega el momento y se empieza con eso de que si enchufada... Pues no, Aitzol, para nada quiero ser un jodido vegetal o un ser inútil y dependiente que condicione absolutamente la vida de la gente a la que quiero. El vegetal está muerto y acaba arrastrando a sus seres queridos a una muerte en vida. Nada de eso. ¿Entendido? No quiero ni tan siquiera fórmula alguna por la que pudiera estar en casa pero inerte, sin vida, con alguien siempre pendiente de si se marchita definitivamente o no la flor cortada. O plenamente viva o muerta, Aitzol, no quiero ir

consumiéndome en un puto purgatorio en el que, encima, no me dejen morir. Se me apaga y punto.

- No me gusta oírte hablar así, Ania.

- A mí tampoco me gusta hacerlo. Pero sé que es una eventualidad que se puede presentar, y por eso lo voy a dejar bien claro en todos los sitios donde haga falta.

- Si te digo la verdad, desconozco si uno puede tomar legalmente decisiones así. Jamás había pensado en esto.

- Si la vida es el único derecho absoluto de la persona, supongo que también lo será su muerte.

- Yo estoy de acuerdo con lo que dices pero no sé si eso está en las leyes.

- Qué pasa, ¿Qué no puedo optar por mi propia muerte en dignidad?

- No sé cómo será eso en el Estado francés, pero desde luego que en el español uno no tiene derecho a su muerte e incluso está castigada la asistencia.

- Eso nos pasa por no ser un Estado, por no ser dueños de nuestra soberanía nacional.

- Y por vivir bajo la hipocresía de la moral judeo-cristiana.

- Sea lo que fuese, Aitzol, yo no quiero que mi existencia como vegetal condicione vuestra vida. ¿Estás en esto conmigo?

- Totalmente.

- Pues arranca y volvamos a casa.

Los ojos verdes de Ania brillaban tanto en la noche que vistos desde el mar rivalizaban con las luces de Punta Galea.

A la mañana siguiente Ania hizo su bolsa y Aitzol la llevó en el coche a la estación de autobuses. Antes de salir de casa Ania había reparado en los numerosos libros de mitología vasca y antiguas creencias del Pueblo Vasco que había en las estanterías.

- Ya veo que te va esto de la religión precristiana –dijo Ania-. Me llevo un par de libros para leer estos días.

Durante el viaje a Baiona, Ania fue leyendo un libro sobre ritos ancestrales de Euskal Herria. De su lectura extrajo algunas ideas que quería llevar a cabo antes de morir.

Pocos días después telefoneó a Aitzol.

- Todo el tema del embarazo está ya arreglado –le dijo Ania-. Ahora tengo que ir al hospital de Burdeos para ver cómo se puede llevar adelante lo de la enfermedad. ¿Qué te parece si te pasas por aquí mañana y conoces a mis padres?

- Como tú quieras –respondió Aitzol-. Yo ya he atado todo lo referente a mi trabajo.

- ¿Sí? ¿Cómo lo vas a hacer?

- Lo he hablado con los jefes del estudio y no hay ningún problema para que me pase por ahí en momentos concretos y el trabajo en sí lo haga en casa.

- ¿No va a ser muy complicado?

- No, para nada; por eso no te preocupes. Hemos programado ya todo lo previsto para este primer trimestre.

-Me alegra mucho que sea así –dijo Ania-. Por cierto, con mi madre he tenido nuevamente buenas enganchadas a cuenta de ti. Te lo digo de adelanto porque no sé con qué cara aparecerá mañana.

- Si me lo adviertes, es que no voy a ser bien recibido.

- Es que no entiende lo nuestro, kuttuna. Bixente siempre le ha caído estupendamente, desde el principio ha sido como un hijo para ella. Yo creo que al estar mi hermano en Québec ella lo sustituyó por Bixente. Así que no le entra en la cabeza que no quiera saber nada de él, siendo, encima, el padre biológico. Y claro, menos aún le entra en la mollera que quiera que tú seas el padre y que la niña vaya a vivir contigo.

- Bueno, comprendo que le sea difícil de asimilar.

- Dice que no sé lo que hago, que soy una irresponsable y que estoy completamente loca. Ha llegado a decirme a la cara a ver si la enfermedad no me estará afectando ya al cerebro. A veces es insoportable.

- Tu madre tiene un carácter un poco difícil, ¿no?

- Lo que está es alienada por la religión.

- ¿Tú crees que con ese panorama debo aparecer en tu casa?

- Sí. Tiene que asumir, le guste o no, que tú eres el único padre de Haizea y que cuando yo falte se quedará contigo.

Lejos de lo que esperaba Aitzol, Amèlie resultó ser una mujer muy agradable que le recibió en su casa con amabilidad. Aitzol no hablaba francés y Amèlie no hablaba euskara, aunque sí un poco de castellano. André, que sí era euskaldun, fue principalmente quien hizo de puente entre ambos. Aitzol llegó a pensar que era precisamente por la mediación del encantador padre de Ania por lo que el encuentro resultó tan grato y positivo.

Tras el aperitivo, Ania dijo que tenían que salir ya para Burdeos. Quedaron nuevamente para cenar.

- Todo ha salido bien, ¿no? –preguntó Ania mirando a Aitzol, que conducía.

- Sí. Supongo que es difícil enfadarse con alguien cuando se hablan idiomas diferentes y se está siempre sonriendo. Además, tu padre es una pasada de hombre.

- Es curioso, mis amigas todas tenían de confidente a su ama mientras yo era la única que tenía a aita.

- Es una persona afable, comprensiva; de ésas que hacen que uno se abra.

- Lo cierto es que ama ha estado desconocida contigo. Si te soy sincera, yo no esperaba tanta cortesía...

- Y a pesar de ello me traes a una encerrona. Eres una cabrona.

Ania le besó en la mejilla. Rieron.

- A ver si es posible que conozcas a la tía Anaís, la de París – dijo Ania-. Esa sí que es una pasada de mujer. Es mayor que ama pero no tiene nada que ver con ella. Dice que mantiene el espíritu de Mayo del 68 y que eso la conserva joven sin necesidad de cremas. Es divertidísima.

En el hospital de Burdeos Ania y Aitzol se reunieron con el equipo médico que seguía la evolución de la enfermedad de la muchacha. Entre tres especialistas les explicaron algunos pormenores y respondieron a las preguntas de ambos.

La conclusión de todo era que tratarían de que Ania superara el parto que, en principio, debería ser natural ya que de lo contrario las esperanzas respecto a la madre serían nulas. Si se conseguía ese objetivo de sobrevivir al alumbramiento, entrarían de lleno en un tratamiento que hasta entonces no se había probado con nadie. Les explicaron detenidamente los pros y los contras de todos y cada uno de los pasos que iban a dar y pidieron a Ania que firmara una serie de documentos que le fueron presentados. Ella le iba traduciendo a Aitzol al euskara lo que los doctores iban hablando en francés.

Ania no tuvo inconveniente en rubricar todo lo que le iban poniendo delante. Pero antes de empezar a hacerlo les transmitió su decisión de que no quería quedar enchufada a una máquina o imposibilitada y dependiente para todo. De los comentarios de los doctores dedujo que no había prácticamente posibilidad alguna de que quedara en estado vegetativo o inútil, dadas las características fulminantes de la extraña enfermedad que padecía. A pesar de la extrema dureza de las palabras de los especialistas, Ania se sintió aliviada al saber que la muerte se la llevaría en pocos asaltos criminales. Aun así, y aunque no le aseguraron que sirviera para nada, quiso dejar constancia escrita de su voluntad de que no se le prolongara la existencia de modo artificial bajo ningún concepto.

El seguimiento de las pautas médicas previas al parto se llevaría a cabo en el mismo hospital vizcaino en el que daría a luz. No había problema alguno para ello. Y es que Ania quería que Haizea naciera lo más cerca posible de la casa de Aitzol. Este extremo estaba ya solventado a través de la ginecóloga de Baiona. En cuanto se pusiera de parto, uno de los doctores bordeleses se desplazaría a ese hospital. Todo estaba ya atado.

Cuando concluyeron todos los protocolos en Burdeos pusieron nuevamente rumbo a Baiona. Amèlie y André les esperaban para cenar.

Aitzol conducía en dirección a la capital labortana. Era ya de noche. La proyección de la luz de los coches parecía rasgar una y otra vez el oscuro telón de la noche, en el que cicatrizaban automáticamente las heridas de los focos. La radio sintonizaba una emisora musical de Las Landas.

-¿Te gustaría casarte conmigo?

- ¿Casarnos?

- Sí, joder, casarnos. Ten en cuenta que si yo me muero en el parto igual luego hay problemas con Haizea. No sé, pero no me fío de mi madre. Imagínate que meten tribunales por en medio y te la quitan.

- Cómo iba a ocurrir eso –a Aitzol no se le habían pasado aún por la cabeza los aspectos legales del nacimiento, estaba demasiado aturdido con todo lo que estaba viviendo.

- Pues no sé cómo podría ocurrir eso; pero, por si acaso, hay que preverlo.

- ¿Y quieres que nos casemos?

- Sí, ¿por qué no? Así será todo legal, tendremos Libro de Familia y todo eso y ya no habrá forma de que te quiten a Haizea.

- ¿Boda con invitados y demás? –preguntó Aitzol. Por un momento, la idea de un enlace matrimonial así le asustó. Él no era partidario de semejantes boatos; aun así, si Ania lo quería, aceptaría.

- No, tontín, algo entre nosotros. Bueno, y tu hermana y algún amigo si quieres. Pero algo así como en secreto.

- ¡Vaya cómo te gustan los juegos! –rió Aitzol-. Habrá que ir, entonces, mañana mismo al Juzgado.

- Sí. Pero no al de Bilbo.

- ¿Adónde, pues? –preguntó Aitzol, extrañado.

- Quiero que nos casemos en Zugarramurdi. Y luego, allá, en la cueva, pedimos la protección de sorginas y brujos para Haizea. ¿Qué te parece?

- Que, como dice tu madre, se te está yendo la olla.

- No seas soso. No me digas que no te mola un enlace precristiano.

- Ya veo que te has leído los libros que cogiste de casa.
- Qué, pues, ¿me aceptas en matrimonio o no?
- Mañana mismo me entero, a ver si en Zugarramurdi hay Juzgado o casa el alcalde o cómo se hace para casarnos. ¡Siempre jugando!
- ¿Hay algo más bonito que el sentido lúdico de la vida?
- Sí: tú –rompieron a reír los dos.

Tras la cena con la familia de Ania, Aitzol regresó a Bilbo y ella quedó allí para preparar las cosas que se llevaría a la casa de su compañero. El traslado a Bilbo no había sido, en principio, del agrado de Amèlie, pero al final de la cena acabó aceptándolo. Entre mímica y traducción simultánea Aitzol se había ganado a su futura suegra.

Para cuando, unos días después, Ania llegó a Bilbo Aitzol tenía ya hechos todos los preparativos para la boda en Zugarramurdi. Había cambiado también la disposición de algunos muebles para que Ania estuviera más cómoda con sus cosas. Incluso le enseñó proyectos de modificación de la distribución del espacio de la vivienda para adaptarla a la llegada de Haizea.

Ania se sentía profundamente feliz por el maravilloso tiempo que estaba viviendo al lado de Aitzol. Pero cuando se quedaba sola en casa, entonces no podía contener el llanto por la infame crueldad del destino, que se la iba a llevar en el mejor momento de su vida. No eran lágrimas de dolor sino de inefable rabia que le hacía morderse los dientes de impotencia hasta sentir fuego en las mandíbulas. No creía que hubiera ningún ser sobrenatural moviendo los hilos de nada; pero de haberlo, sentía que lo odiaría hasta el último hálito. Y más allá aún, pues de ser cierto que hubiera un juicio final escupiría al juez en la cara todo su rencor.

Ania y Aitzol se unieron en matrimonio en Zugarramurdi, en la luna llena de febrero, al concluir el octavo mes de embarazo. Junto a ellos dos acudió al pueblo navarro Errose, además de Eukene y Unax. Ellos hicieron de testigos. La ceremonia fue en la tarde. Un par de días antes, aprovechando que tenían que llevar alguna documentación, pasaron por Doneztebe para que los padres de Aitzol conocieran a Ania y para ponerles al día de sus planes, aunque ya se lo habían contado prácticamente todo por teléfono. Ania prefirió ocultar a su familia el asunto de la boda y comunicárselo con posterioridad.

Durante la ceremonia en el Ayuntamiento de Zugarramurdi Ania y Aitzol no pudieron evitar el recordar la ocasión en la que estuvieron

a punto de casarse en Belfast. De vez en cuando se miraban y reían; ambos sabían que estaban pensando en lo mismo.

Tras el protocolo legal y ya con Libro de Familia en mano se dirigieron todos a la cueva. Bajo su gran cúpula, Eukene echó unos irrintzis que hicieron levantar el vuelo a algunos pájaros de invierno. Unax sacó una botella de licor de hierbas de la zona y cinco pequeños vasos, estrechos y altos como probetas de laboratorio. Se abrazaron y besaron entre todos ellos.

El tímido sol de febrero apuraba sus últimas luces. Sobre unas piedras colocaron dos velas rojas y una tercera más pequeña.

- Eguzki Amandrea va de nuevo a los brazos de Amalur mientras Ilargi Amandrea, en su fase más plena, asciende a la cúpula de Ortzi –declamó Eukene-. Sobre las zarzas y bajo las nubes, las sorginas vienen a nuestro encuentro para bendecir y dar fe de la unión de estos dos vascos. Los gentiles y las lamias también acuden al enlace; y junto a ellos, todos los lúmenes y las criaturas mágicas que durante milenios han protegido el devenir glorioso de las hijas e hijos de Euskal Herria, de Aitor. Ante todos ellos y al amparo de nuestros antepasados, por el poder delegado de Mari os declaro bizikideak.

Aitzol y Ania se besaron largamente mientras los amigos les miraban y reían. Eukene, convertida en la sorgina oficiante, les dio a los recién casados sendos vasos de licor de hierbas. Cada uno de ellos bebió la mitad y seguidamente se intercambiaron los vasos y apuraron el brebaje.

De una bolsita de terciopelo púrpura Eukene sacó dos ajorcas de plata para tobillo. Le dio una de ellas a Aitzol, que se agachó a los pies de Ania y se la colocó en el tobillo izquierdo. A continuación, Ania repitió el ritual con Aitzol, aunque en esta ocasión fue él quien le facilitó la acción levantando la pierna para que ella no tuviera que agacharse.

Un irrintzi de Eukene rasgó las sombras del anochecer mientras los recién casados se besaban.

Tras el ritual, los cinco regresaron a Bilbo, a la casa de Aitzol, donde habían dejado todo listo para poner el broche a la ceremonia con una buena cena.

Pasadas las 2 de la madrugada los invitados se fueron y quedaron solos Ania y Aitzol. Ella estaba muy cansada, no porque hubiera hecho demasiados esfuerzos sino por el ajeteo y las emociones.

Ania se sentó pesadamente en el sofá, junto a la chimenea. Mientras, Aitzol llevaba algunas copas a la cocina.

Ya recogeremos mañana, kuttuna –dijo Ania-. Ahora ven aquí conmigo. Quiero acariciarte.

Aitzol dejó lo que estaba haciendo y fue hacia ella.

- Cambia la música –pidió Ania.

- ¿Qué quieres que ponga?

- El otro día te vi el disco "Transformer" de Lou Reed. Me apetece escuchar "Perfect day".

Se acurrucaron juntos en el sofá.

Aún sonaba "Perfect day" cuando Aitzol se dio cuenta de que Ania ya se había quedado dormida. La tomó en brazos y la llevó a la cama.

Desde el dormitorio se escuchaba a Lou Reed cantar, "... such a perfect day, you made me forget myself, I thought I was some one else, some one good..."

Al regreso de la primera sesión preparatoria del parto a la que acudieron, Aitzol dijo que quería estar presente en el nacimiento.

- Me parece bien –dijo Ania-. A mí también me gustaría tenerte al ladito cuando Haizea venga al mundo.

- Sí, pero lo que llevo tiempo pensando no es únicamente estar en el parto sino ser yo quien reciba a Haizea con mis propias manos. Hace tiempo que escuché que en algunos hospitales se podía hacer...

- ¿Me estás queriendo decir que quieres hacer de comadrona? – preguntó Ania, sorprendida pero risueña. A ella no se le había pasado por la cabeza semejante idea.

- Bueno, de comadrona desde luego que no. Lo que quisiera es ser yo quien tome a Haizea cuando salga de tu cuerpo, que sean mis manos las primeras que toquen su piel al llegar al mundo, que sean mis ojos lo primero que vea al salir de tu vientre.

- Así dicho suena muy bonito; pero ¿tú crees que serías capaz de hacer eso sin que te dé algo? Piensa que la mayor parte de los padres que asisten al parto caen redondos al suelo, y lo que tú quieres es ser tú mismo quien saque a Haizea –remarcó el segundo tú.

-Estoy completamente seguro de lo que digo.

Había una luz de extraordinaria felicidad en el rostro de Aitzol, pero por debajo de ella fluía una espesa amargura. Existían

posibilidades de que Ania sobreviviera al parto, aunque también de que muriera al dar a luz. Aitzol no sólo quería ser él quien diera la bienvenida a Haizea sino que, sobre todo, lo que pretendía era no separarse en momento alguno de Ania. Se imaginaba la escena de la espera en una sala de maternidad y un doctor aproximándose a él para comunicarle que había sido padre de una preciosa niña pero que la madre había fallecido. Esa imagen se le repetía obsesivamente y no lograba exorcizarla. Si Ania iba a morir, quería que eso sucediera sintiendo la piel de él pegada a la suya como parte de una misma unidad. Había también en Aitzol la desesperada y enloquecida idea de que estando él a su lado la muerte no sería capaz de arrebatársela. Para eso quería estar junto a ella, para que fueran dos quienes pelearan hombro con hombro contra la muerte. Estando él allá plantaría cara al destino de Ania y lo vencerían. La muerte no se la iba a robar tan fácilmente. Ellos dos juntos serían inmortales.

Cuando plantearon a la doctora la pretensión de Aitzol, ésta dijo que, en principio, no existía inconveniente alguno siempre que hiciera previamente un cursillo de adiestramiento para ello. Aitzol respondió que estaba dispuesto a hacer todo lo que le pidieran. Sentía que a cada momento se cargaba de más fuerza para enfrentarse por Ania contra la muerte misma. Ania iba a sobrevivir.

La pareja aprovechaba las tardes para hacer cortos viajes por los alrededores. Ania no conocía apenas esa parte de Euskal Herria, así que preparaba contenta las excursiones por la zona. Siempre se mostraba sonriente y feliz, pero por dentro llevaba la asfixiante angustia de saber que cada vez eran menos los días que le quedaban para afrontar el primer asalto. Era un sentimiento extraño con el que cargaba. Si se sintiera mal o fuera perceptible su deterioro físico podía ser más asumible, o, cuando menos, notaría la presencia próxima de la muerte y la evidencia de encontrarse en una cuenta atrás irreversible. Sin embargo, no era así pues no sufría más incomodidad que la propia del embarazo y su cuerpo no mostraba signo alguno de desmejoría. A los ojos de Aitzol, cada día era más su belleza, en lo estrictamente físico y en lo humano. No existiendo, pues, signos evidentes de una muerte cercana, Ania vivía su supuesta cuenta atrás en un peculiar estado de confusión.

Con gran frecuencia ella pensaba que podía tratarse todo de una equivocación médica. Esas cosas ocurrían. Entonces se le mezclaba la rabia por cómo lo estaba pasando con la felicidad de que acabaría la pesadilla. Esa combinación de sensaciones le generaba más confusión aún. Hacia el exterior no afloraba nada de esa devastadora tormenta interna; hacia fuera transmitía a todo su

entorno una asombrosa serenidad semejante a la del remanso de un río en el claro de un bosque frondoso.

En una luminosa tarde de primavera prematura Ania dijo que quería conocer la cueva de Baltzola, de la que había leído algunas leyendas, como la de la Dama de Baltzola o la de Sugoi.

- No creo que estés en condiciones de subir hasta allá –lamentó Aitzol.

- ¿Es difícil de llegar?

- Difícil no, pero tú estás ya casi fuera de cuentas y no creo que te vengan bien esfuerzos de esos. Imagínate que te pones de parto.

- De acuerdo, pero podríamos acercarnos lo más posible. Me gustaría mucho llegar lo más cerca de Baltzola.

- Podemos intentarlo. Al menos hasta Indusi llegamos en coche.

Ania tomó la mano de Aitzol y se la acarició.

- ¿Sabes? He pensado que cuando me muera quiero que lleves allá mis cenizas.

- ¿A Baltzola?

- Sí, a Baltzola. Es una de las moradas de Mari, ¿no?

- Eso dice la mitología. En Bizkaia están también Anboto y Supelegor.

- Pues entonces, por dentro de la cueva, por sus entrañas manarán ríos de leche y miel y estarán las energías de nuestros antepasados, que nos miran a través de la luna llena y nos dan su protección.

- El Walhalla de los vascos, ¿no?

- Sí, algo así. Queda bonito, ¿no?

- Desde luego, bastante mejor que eso del pecado y el valle de lágrimas para ganarte una eternidad que suena a absoluto aburrimiento.

- Pues ya está, hecho. Hay que buscar historias bonitas y gozosas para explicar las cosas que no tienen explicación.

- Es mucho más divertido. Y más lúdico, como a ti te gusta.

- Vamos a Baltzola, hasta donde lleguemos. Y prométeme que cuando yo me muera llevarás allá mis cenizas. Así, además, tendréis un lugar al que ir Haizea y tú para sentirme cerquita aunque ya no esté físicamente con vosotros.

- No digas eso, que me pongo triste.

- Yo tampoco quiero pensar en ello, Aitzol. Pero en cualquier momento Haizea va a empezar a empujar para salir y los dos sabemos perfectamente lo que eso puede significar.

- No hablemos más de ello, ¿vale?

- Vale –respondió Ania.

Los dos sabían que la infinita felicidad que sentían estando juntos era una pavesa que en poco tiempo podía comenzar a extinguirse, a hacerse ceniza.

El día en que comenzaba la primavera Ania se puso de parto.

Amaneció un día radiante; frío, pero luminoso y con apenas unas nubes blancas, altas, moviéndose lentamente por el cielo como con desgana. Ania no había pasado buena noche, así que Aitzol no se separó ni un momento de ella y no salieron de casa para nada. Se sentía incómoda, extraña por dentro y tremendamente cansada. Ya desde la mañana le dijo a Aitzol que ése iba a ser el día.

Aunque ni uno ni otro hiciera comentario alguno en ningún momento, por la sangre de ambos fluía el corrosivo dolor de una cercana despedida. Una despedida que, de serlo, sería la última. Tal vez por eso sus pieles buscaban más el contacto de la otra.

Ania comió muy poco. Tras la sobremesa, los dos se acomodaron juntos en el sofá, al lado de la chimenea, y estuvieron ante la televisión. La televisión era no más que un objeto hacia el que poder dirigir de vez en cuando la mirada, pues el pensamiento de ambos deambulaba ausente, fijo en las llamas del fuego y en el sonido de su crepitar. El parto se había convertido en un salto al vacío que podía llegar en cualquier momento. A partir de ahí todo era una nebulosa opaca e incierta.

Ania se sentía como un paracaidista conturbado, al borde mismo del salto a un territorio desconocido y sin la certeza de si aguantaría o no su equipo para semejante eventualidad. ¿Y si moría en el alumbramiento? De ser así, ésas serían las últimas horas de su vida, sus últimos momentos con Aitzol. No, no podía ser que muriera ahora, ahora que era inmensamente feliz. Además, ella estaba bien, no más que las molestias propias y los dolores de un parto próximo. La muerte por enfermedad se suponía que era otra cosa. Un lento proceso degenerativo que va haciendo evidente el avance de la muerte. Pero lo suyo no era así. Su embarazo había sido normal, Haizea estaba en perfecto estado; ella no percibía nada en su cuerpo que pudiera estarle anunciando la proximidad del fin. Siendo así, no era posible que para ella no existiera el amanecer del día siguiente. ¿Cómo pensar que ésa era la última tarde con su amor? ¿Cómo pensar que ese año no vería brotar la primavera en las flores de los árboles, en los campos? ¿Cómo pensar que no iba poder besar a su hija? No habría más paseos por la playa con los pies descalzos y sintiendo en los tobillos el golpe de las pequeñas olas de la marea. Ni

más lluvia sobre la piel ni noches de farra regresando a casa, ebrios, en brazos de Aitzol. ¿Cómo imaginar que nunca más haría el amor? Ni más sonrisas ni más risas; ni correr por las calles tras el autobús que se escapa; las fiestas de los pueblos, las rondas de taberna en taberna. La piel de Aitzol... La muerte no podía ser tan canalla como para arrebatarse ahora todo eso; ahora que era feliz, ahora que iba a ser madre y tenía a su lado a un hombre a quien amaba y que la amaba enloquecidamente. Ni tan siquiera la muerte podía ser tan miserable como para llevársela ahora. Pero esa angustia no la dejaba respirar, aunque buscaba aire en la danza del fuego en la chimenea.

Por su parte, Aitzol expulsaba de su pensamiento cualquier aproximación a la posibilidad de perder a Ania. La acariciaba y no le parecía posible que aquella mujer que tenía en sus brazos pudiera tener las horas contadas. Era la misma joven vital y bella que había conocido apenas ocho meses atrás y que desde entonces se había incrustado en su vida. No podía ser real que a la mañana siguiente no despertara a su lado en la cama.

Aitzol no quería pensar en ello, y por eso, aunque ya era evidente que en cualquier momento deberían salir rápido al hospital, no quiso llamar ni a su hermana ni a Eukene ni a Unax. Pedirles que pasaran por su casa podía parecer una despedida. Y no podía haber despedida porque Ania no iba a morir. Precisamente, Ania también había pensado en llamar a los tres amigos, pero funcionó en ella el mismo mecanismo de defensa que en Aitzol y no dijo nada. Al día siguiente, ya con Haizea, se verían todos y lo celebrarían.

Cuando el sol empezó a caer, Ania pidió a Aitzol que apagara la televisión y que pusiera Janis Joplin en el equipo de música. También le dijo que girara uno de los sofás para poder estar más de cara al ventanal y ver así el atardecer echando su manto sobre la ría. Aitzol hizo todo tal y como se lo pidió y puso más leña en la chimenea.

A mitad del disco de Janis Joplin, "Legend", Ania confesó que llevaba mucho tiempo con fuertes dolores y que había empezado a sentirse mal. El miedo la había hecho aguantar hasta el límite. Pidió a Aitzol que no se inquietara, pero éste inmediatamente dijo que tenían que ir ya mismo al hospital y se levantó como un resorte. Como tenían todo preparado para ese momento, en apenas unos minutos salían ya en el coche rumbo al hospital. Antes, Aitzol llamó al centro sanitario para anunciar su llegada y que informaran de ello a los doctores de Burdeos. Así pues, fue llegar e inmediatamente se puso en marcha todo el protocolo establecido para recibir a Ania.

Sentaron a Ania en una silla de ruedas y Aitzol caminó a su lado por varios pasillos hasta llegar a una zona de la que ya no podía

pasar. Le pidieron que esperara en una sala contigua, que ya sería avisado cuando fuera a tener lugar el parto. Aitzol pidió encarecidamente que si podía entrar antes para estar a su lado, que, por favor, le llamaran, que no quería separarse para nada de ella. Todos le comprendieron. El responsable del equipo médico prometió que en cuanto le hicieran unas pruebas previas que debían llevar a cabo por el asunto de la enfermedad, le avisarían y podría estar con ella. Cogidos de la mano, Aitzol y Ania se besaron.

La vio alejarse por un largo pasillo en una silla de ruedas empujada por una enfermera y rodeada de media docena de médicos y asistentes.

Aitzol entró en la sala de espera. No había nadie. Miró por la ventana y vio algunos edificios de viviendas a unos cien metros de distancia. Se veían las luces encendidas de algunas habitaciones e incluso personas moviéndose por el interior. Una pareja en un balcón miraba hacia abajo, a la calle. Sobre los tejados, una sobrecogedora luna llena con un ligero tono ebúrneo que velaba suavemente su blancura. La pareja del balcón miró al cielo y uno de ellos señaló la luna. Se besaron. Al verles, Aitzol no pudo retener el llanto y, en su soledad, rompió a llorar. Cuando consiguió tranquilizarse telefoneó a sus padres y a su hermana, a los de Ania y a Eukene y Unax.

Aún no había llegado ningún familiar cuando se aproximó un doctor para comunicarle que todo iba bien y que podía pasar a la sala en la que tenían a Ania en espera de que llegara el momento del alumbramiento.

Ania y Aitzol permanecieron en aquella sala algo más de tres horas. En lo que le permitían los dolores, hablaban suavemente de su viaje de agosto y hacían planes para las próximas vacaciones. Rememorando el pasado y fabulando sobre el futuro, la pareja evitaba referirse a la cruda realidad del presente. Conjuraban así el bestial pánico a la incertidumbre sobre lo que se podía desenlazar en cualquier momento. La selva de los ojos de Ania estaba ligeramente turbia, era como si en su interior lloviera mansamente sobre la niebla baja. Aitzol le acariciaba el rostro y el cabello mientras charlaban en voz queda, parecía que no quisieran que el personal que pululaba a su alrededor se enterara de sus confidencias y sus planes. Cuando Ania se movía, su fragancia a mandarinas dulces y limón expulsaba lejos el olor a hospital. Entonces Aitzol sonreía porque sabía que ese aroma de Ania formaba ya parte esencial de su vida. Para siempre, ocurriera lo que ocurriera.

Llegó el momento de dar a luz y Ania fue trasladada a un paritorio expresamente preparado para ella. Había más equipo

electrónico y más personal sanitario que en una sala normal de partos. Nada más ser ubicada allá, se acercó a ella uno de los especialistas del hospital de Burdeos. Con gran amabilidad y cariño le informó a Ania sobre cómo se iba a desarrollar todo. El parto sería natural, le dijo; pero, no obstante, iba a estar conectada a numerosos aparatos diferentes a los habituales en obstetricia, de ahí que se encontraran en un quirófano diferente.

- ¿Para eso tanto cable? –preguntó Ania. En su mirada daba añaños el miedo.

- Sí, para eso tanto aparato –dijo el doctor francés mostrando una hermosa sonrisa que incitaba a la tranquilidad-. Ten en cuenta que tenemos que estar preparados para cualquier problema. Pero tú no te preocupes, Ania; tranquila, todo va a salir bien –y de nuevo, su sonrisa serena.

Aitzol recibió mientras tanto las últimas instrucciones sobre dónde colocarse y cómo actuar. Había practicado mucho pero, evidentemente, no en un caso real. Había momentos en los que los nervios hacían que le rilaran en exceso las rodillas. Entonces hacía varias respiraciones como le habían enseñado y retornaba a una cierta, aunque mínima, tranquilidad. Ania le miraba, y por encima del dolor, le sonreía.

- Parece que estás tú más nervioso que yo, kuttuna –le decía con voz entrecortada a Aitzol, estirando la mano para que se la tomara.

Haizea estaba ya a punto de comenzar a ver la luz. Entonces, todo el personal se fue colocando con precisión en su puesto, Aitzol también. Mirando el sexo de su amor le pareció que había infinitamente más luz hacia el interior de su vulva que en todo el universo. Llegó a pensar que preferiría entrar él a abrazar a Haizea y vivir juntos en el vientre de Ania.

- Bultzatu, maitea! Bultza egin! Bultza! –la animaba Aitzol al ritmo de las respiraciones-. Eutsi goiari, kuttuna!

Comenzó a aparecer la pequeña cabecita de Haizea y Aitzol la tomó suavemente en sus manos. De vez en cuando levantaba la mirada hacia Ania y su belleza le deslumbraba. Jamás antes había visto en sus ojos un verdor tan maravilloso. También cruzaba Aitzol la mirada buscando a los doctores, que le hacían gestos de que todo iba perfecto; que siguiera así, que ya quedaba poco.

Asomaron los hombros y Aitzol cambió la postura de sus manos preparado para recibirla al mundo. Una enfermera que estaba a su derecha se percató de que estaba llorando de alegría. Tomó una

pequeña gasa y le secó las lágrimas. Se sonrieron bajo las mascarillas. Ania seguía empujando. Se movía. Estaba sudorosa y de vez en cuando se le escapaba algún grito que sobresaltaba a Aitzol.

Mientras Haizea se deslizaba fuera del vientre de su madre, Aitzol pensaba si acaso el mundo iba a ser un lugar amable para esa personita. La propia Euskal Herria era una Patria convulsa inmersa en un conflicto cruel por el no reconocimiento de sus derechos nacionales. ¿Conocería Haizea la paz? Ella misma iba a ser hija de progenitores con pasaporte, cada uno de ellos, de uno de los dos estados que ocupaban la Tierra Vasca. ¿Sería algún día Haizea ciudadana del nuevo Estado Navarro de Euskal Herria?

Aitzol miraba cómo salía el cuerpecito gelatinoso de su hija y simultáneamente levantaba la vista hacia el rostro de Ania. Estaba hermosa, eso sí, pero en sus gestos de doloroso esfuerzo y en su sudor resbaloso había una incierta angustia que en momentos parecía de muda desesperación. Él la miraba y sonreía. Ella hacía lo posible por corresponder.

Estaban venciendo unidos a la muerte y, al mismo tiempo, estaban creando vida. Dos batallas que llenaban de luz y felicidad sus corazones.

Salieron finalmente los piecitos de Haizea y Aitzol la extrajo por completo del sexo amado de Ania. Tomada en sus manos la fragilidad de la recién nacida, la inclinó ligeramente para que Ania pudiera verla mejor. A través del cordón umbilical, Aitzol, Haizea y Ania eran un solo cuerpo; un único ser vivo.

Ania seguía viva.

Los médicos se movían alrededor y hacían gestos con la cabeza que Aitzol interpretaba como que todo había salido bien. El propio doctor francés le hizo el signo de la victoria. La enfermera de su lado tuvo que secar varias veces las lágrimas de alegría que desbordaban los ojos de Aitzol.

Haizea lloró con rabia; y Aitzol pensó que él habría expresado más furia aún si alguien le hubiera sacado del interior del cuerpo idolatrado de Ania. Tras cortar el cordón, Aitzol aproximó la niña a Ania. Entonces experimentó un desdoblamiento y vio, desde una cierta distancia, como en una película, la secuencia de los dos mirándose con rostros de arrolladora felicidad teniendo en sus manos a Haizea. Pensó que esa imagen presidirá para siempre su vida. Ania reía y acariciaba como podía a los dos.

Seguía viva. Juntos, habían vencido a la muerte.

La enfermera que le había estado secando las lágrimas y el sudor a Aitzol le dio un toquecito en el hombro e hizo un gesto para que la acompañara con el bebé. Aitzol y Ania se besaron y luego él se giró para acompañar a la enfermera hasta una mesa próxima sobre la que había varios aparatos. La mano de Ania se iba deslizando por la cintura de Aitzol mientras éste se alejaba.

La mano de Ania cayó inane quedando descolgado el brazo fuera de la camilla. Toda una estridente sinfonía de sonidos electrónicos de diferentes frecuencias partió el alma de las sonrisas que se entrecruzaba el personal médico. Todos se movilizaron como los resortes de una maquinaria perfecta. Aquella locura de ruidos desafinados había significado el toque de rebato y cada uno ocupaba apresuradamente su puesto.

La alarma coincidió con el momento en que Aitzol ponía a Haizea en manos de una enfermera. En un acto reflejo se dio la vuelta y se lanzó hacia la camilla en la que estaba Ania. Empujó al personal para abrirse hueco junto a ella. Con las manos trémulas, aún sucias de la babilla sanguinolenta del parto, tomó el rostro de Ania, en el que ya no había expresión. Su tacto desesperado recorría las facciones de la cara como tratando de devolverla la expresión perdida. Aitzol entró súbitamente en tal estado de enajenación que incluso le soltó el pelo, recogido hasta entonces con un gorro de quirófano. Las hebras de cobre se liberaron con virulencia. Un nido de serpientes bermejas escapando del fuego.

Enloquecido, se abrazaba a Ania. La besaba. Acariciaba todo su cuerpo perdida por completo la coordinación de movimientos; daba la sensación de ser un autómatas amotinado.

Gritaba.

Gritaba sin parar su nombre y le pedía, en un por favor alienado, que no le dejara, que no les dejara ahora.

- ¡Me cago en Dios, Ania, lucha! Borroka egizu! –gritaba, totalmente perdida la razón.

Aitzol se desplomó sin conocimiento sobre el cuerpo inerte de Ania. Así abrazados daban la imagen de una estampa mística. Lo único que parecía seguir con vida entre ellos era el verdor intenso de los ojos de Ania, que aún no habían perdido su profundidad.

Mientras retiraban a Aitzol, y todo el equipo médico se abalanzaba sobre Ania con los aparatos de resucitación, un bólido de luz recorrió el quirófano. Fue como un arco voltaico verde que unió los ojos de Ania con los de Haizea.

No se pudo hacer nada por la vida de Ania.

En la luna llena de marzo, al tiempo que entraba la primavera astronómica, Ania moría, y de su muerte nacía un viento de nueva vida.

Tras la ceremonia de la incineración, los padres de Ania y su tía Anaís regresaron a Lapurdi y los de Aitzol a Nafarroa. Quedaron en mantenerse en contacto y en visitar sus respectivos lugares de residencia. Hubo un gran entendimiento entre las familias.

Errose, Eukene y Unax no se separaron ni un momento de Aitzol. Y así continuaron, a su lado.

Haizea permaneció en el hospital durante cerca de un mes. Cada día, Aitzol pasaba varias horas junto a su hija. La acariciaba, hablaba, la portaba en brazos y cantaba. Aprendió y llevó a cabo durante ese tiempo las rutinas de alimentación e higiene de la niña. En ocasiones le acompañaban su hermana o sus amigos.

Cuatro días antes del plenilunio de abril dieron a Aitzol las últimas indicaciones y le dijeron que ya podía llevar a su hija a casa. Errose se quedaría viviendo con él mientras se habituaba totalmente a la nueva situación. Durante esas tres semanas y media Aitzol había hecho algunos cambios en la vivienda para recibir a Haizea.

En la noche de luna llena de abril decidieron hacer un ritual de bienvenida al mundo para Haizea. Para ello, prepararon una velada de cena y fiesta, así como el acto propiamente dicho de homenaje a la niña.

En una zona del antiguo taller de toldos había una chimenea exenta que tal vez hubiera sido en su tiempo algún tipo de estufa o incluso una fragua. A medio metro del suelo tenía una plataforma redonda donde se hacía el fuego; y a una cierta altura de ella, un grueso tubo hasta el techo con el sistema de extracción de humos. Encendida, parecía una isla de fuego en un ala lateral de la nave. En

torno a ese fuego bajo llevarían a cabo la ceremonia de bienvenida al mundo.

Realizaron el ritual al comienzo de la velada para no turbar las rutinas del bebé. Vestidos los cuatro con trajes tradicionales de Euskal Herria, se dispusieron alrededor del fuego. Saludaron a Ilargi Alandrea y Errose tomó en sus manos a Haizea.

- Ilargi Alandrea- pronunció Eukene, convertida nuevamente en sorgina principal-, aquí te presentamos a Haizea Labat Agirre, hija de la milenaria estirpe de la Nación Vasca. Por sus venas corre la sangre orgullosa y rebelde de los vascos libres hijos de Aitor y de Mari. La presentamos ante ti, como luz que eres de todos los antepasados de nuestra tierra, para que el conjunto de las energías mágicas del Pueblo Vasco la protejan siempre; desde Sugoi, representante de las fuerzas telúricas de Amalur, hasta Ortzi, que lo es de las celestes. Que nunca le falten a nuestra Haizea Galtzagorris a su lado, que le den suerte y felicidad. Que las lamias le enseñen a cuidar su cuerpo. Que Basajaun y Basandre le enseñen a ser inteligente y habilidosa. Que Sugaar le instruya en el arte de la cautela y la oportunidad, del movimiento hermoso y el gesto implacable. Que nunca le falte Adur para superar todas las dificultades con que tendrá que luchar en la vida. Protégela en la noche, Abuela Luna, y que la cuide Gaueko; al igual que durante el día esté también bajo la protección de la Abuela Sol, Eguzki Amandrea.

Mientras Eukene pronunciaba estas palabras, Errose mantenía en brazos a Haizea. Ellas estaban al sur del fuego, que crepitaba animado. Cuando terminó el recitativo, Errose pasó a la niña por encima del fuego en dirección norte, donde fue recogida por Aitzol. Nada más tomarla en sus brazos dio una vuelta alrededor, en sentido contrario a las agujas del reloj. De nuevo en su lugar, besó a su hija.

-Ilargi Amandrea -continuó Eukene-, quienes aquí estamos, Errose Agirre, Unax Garzia y Eukene Ugarizabekoa, nos comprometemos a cuidar de Haizea Labat como nuestra propia hija siempre que sea necesario. Nos comprometemos a ello. Zin dagigu.

Aitzol pasó a Haizea a manos de Errose, quien dio una vuelta al fuego en sentido contrario a las agujas del reloj. Ella se la pasó a Eukene, que hizo lo mismo. Finalmente, completó el círculo Unax, que tras hacerlo entregó el bebé a su padre.

Todos ellos se besaron y abrazaron. Seguidamente, Aitzol llevó a Haizea a su cuna y permaneció a su lado hasta que la niña quedó dormida. Luego regresó junto al fuego y los cuatro amigos dieron comienzo a su fiesta, que concluyó a altas horas de la madrugada. Todos pasaron la noche en el antiguo taller de toldos.

Quedaba una segunda parte del ritual de bienvenida al mundo para Haizea. Debería ser llevada a cabo durante la primera tarde de lluvia tras la primera luna llena después del nacimiento. Aitzol debería buscar un paraje que en el futuro pudiera ser lugar mágico de protección para Haizea. Allá, dejaría que la lluvia mojara al bebé. El agua de la lluvia sería el nexo de unión entre lo celeste y lo telúrico; así como entre el mundo imaginario de lo etéreo y el mundo real de lo concreto o material, entre lo teórico y lo práctico.

Aitzol pensó en un primer momento que ese lugar podría ser la playa de Barinatxe, de Larrabasterra, allá donde él y Ania habían compartido atardeceres de felicidad. Sin embargo, más tarde pensó que Haizea debería tener un refugio propio, independiente de los lugares comunes de sus padres. Y así, recordó un recoveco concreto de los saltos de agua del río Purón, en la zona alavesa de Valderejo, Gaubea.

Al día siguiente de la ceremonia del fuego no llovió, pero sí que se presentó particularmente húmedo el posterior; de hecho, las previsiones meteorológicas anunciaban lluvia para la tarde. Poco antes del mediodía, Aitzol preparó la salida. Sabía que a pesar de llevar con él un bebé de poco más de un mes de vida no tendría problema alguno de accesibilidad porque conocía la forma de llegar en coche hasta muy cerca del lugar elegido. Su hermana Errose le acompañó.

El enclave al que se dirigieron era de una belleza natural inmensa, más aún aquella tarde por los tonos de misterio que daba al paisaje la húmeda niebla pegada al suelo. Llegaron en el coche por una pista hasta el pueblo abandonado de Ribera y cruzaron con el vehículo al otro lado del río por un vado que en apariencia no se presentaba como practicable pero que Aitzol conocía bien. Los neumáticos rodaron luego con soltura por una larga campa casi llana; la hierba estaba mojada pero no patinaba. Algunas vacas de monte y caballos levantaron la vista del pasto para ver pasar el coche. Al llegar a un bosquecillo de boj y pinos albares pararon entre los primeros árboles. En la quietud de la tarde se escuchaba al fondo el murmullo del río en su discurrir hacia las primeras cascadas.

La intención de Aitzol era llegar con Haizea hasta el primero de los saltos de agua, pero nada más bajarse del coche en el bosquecillo junto al río empezó a llover copiosamente y la niebla se hizo más densa. En esas circunstancias, Aitzol optó por no alejarse mucho; y allá cerca, en una curva del río, encontraron un hermoso rincón en el que exponer a Haizea a la primera lluvia tras su primera luna llena de vida.

Haizea no lloró en ningún momento. Ponía caras graciosas cuando la lluvia le mojaba el rostro y en ocasiones parecía que se revoliera, pero aguantó el agua sin protestar en exceso. Luego la secaron concienzudamente y la abrigaron bien. Volvieron al coche y regresaron a casa. La ceremonia de bienvenida al mundo de Haizea estaba ya completa.

Aitzol no olvidaba a Ania ni un segundo. La sentía permanentemente a su lado. En muchos momentos no podía contener el llanto, que en la intimidad, en ocasiones, era desgarrador. Entonces acudía al lado de Haizea y la besaba. Tan sólo su hija le salvaba del colapso. De no ser por la niña estaba seguro que él también se habría arrojado a la muerte porque su vida sin Ania le sería difícilmente soportable.

Un año después de la muerte de Ania y el nacimiento de Haizea pensaron que era el momento de cumplir el deseo de la madre muerta y llevar sus cenizas a la cueva de Baltzola.

Aprovecharon un viernes espléndido de comienzos de primavera para subir todos juntos hasta la morada de Mari. El camino estaba muy accesible porque no había llovido durante los días anteriores, así que no fue nada difícil llegar hasta allá con Haizea.

En la subida, al pasar bajo Jentilzubi, el puente de los gentiles, Aitzol sintió una emoción especial. Aquel arco natural de piedra era como el pórtico de entrada a un recinto mágico escenario de extraordinarias leyendas de la mitología vasca. Sintió su corazón rebosar de una extraña energía ancestral que emanaba de la tierra sobre la que caminaban. Sus pulmones estaban llenos de las fragancias de la primavera. Besó a Haizea con ternura. Le parecía que todas las fuerzas de la Naturaleza habían acudido a conocerla.

Ya en el interior de la inmensa garganta de Baltzola buscaron un lugar adecuado para poder estar un rato con Haizea mientras Aitzol penetraba en las entrañas de la cueva para depositar las cenizas de Ania. Se vistió con un buzo de trabajo y se ajustó un casco con luz, prestado para la ocasión por un amigo espeleólogo. En una bolsa de tela llevaba las cenizas.

Hacía varios años que no había entrado en las profundidades de Baltzola, donde Mari adopta la forma del culebro Sugoi. Cuando la luz del exterior se perdió a su espalda y ya no había más luminosidad que la que él llevaba en el casco, se sintió desorientado. Por un momento le pareció que no iba a ser capaz de recordar la forma de

llegar hasta el río que fluye por las interioridades de la cueva. Era allí, junto al agua, donde quería esparcir las cenizas de Ania.

Después de tanto tiempo sin haber entrado al interior todos los recovecos, gateras y pasadizos de la morada de Mari le parecían iguales. Trataba de hacer memoria de la última ocasión en la que estuvo allá adentro, pero no lograba tomar la ruta adecuada y una y otra vez acababa en el mismo sitio. Al fin, le pareció identificar un paso tras el cual observó una piedra plana como una plataforma en una galería más bien estrecha pero de considerable altura.

En el radical silencio de las entrañas de la Madre Tierra, a Aitzol le pareció escuchar un leve susurro de agua. Ése era el lugar que andaba buscando. Una vez allá, el escenario se le hizo familiar y no tuvo problema para descender por una profunda grieta hasta alcanzar una cavidad en la que casi podía ponerse de pie y por la que fluía un manso riachuelo de muy poca profundidad. Aquel era exactamente el lugar que tenía en su recuerdo y al que quería llegar.

Se sentó y durante largo tiempo recordó su breve pero intensa historia de amor con Ania. Lloró. Pero sus lágrimas ya no tenían el sedimento de la desesperación de llantos anteriores de tiempos pasados. Ahora eran ya lágrimas de felicidad por haber podido compartir un tramo de vida con Ania y de luminosa alegría por haberle legado el fascinante tesoro de Haizea. La propia Ania se lo había dicho, que ella moriría pero que siempre estaría viva a su lado en Haizea. Sonrió al pensar que si Ania estuviera ahora con él no necesitarían el foco del casco porque la luz de sus ojos verdes iluminaría las entrañas de la tierra.

Con ese hermoso recuerdo de los ojos, la risa de Ania y de sus cabellos de cobre incandescente, abrió la bolsita de tela y esparció las cenizas.

En el exterior, Errose, Eukene y Unax le esperaban inquietos. Era mucho el tiempo que había pasado en el interior de la cueva.

- Empezábamos a pensar que te habías perdido –dijo Errose.

- No, lo que pasa es que me ha costado bastante encontrar el sitio que quería.

Aitzol tomó en sus manos a Haizea y la besó.

- ¿Ya está? –preguntó Unax y Aitzol respondió que sí.

- Pues vámonos ya que se nos va a echar la noche encima y no se puede andar así con esta criatura –dijo Eukene.

Al cruzar nuevamente Jentilzubi en dirección a Indusi, Aitzol miró hacia atrás. Sabía que existía ya un lugar en el mundo donde

podría acudir siempre que quisiera sentir en su piel el tacto vivo de Ania.

Unos suaves golpecitos en la puerta de la habitación lo sobresaltaron. Aitzol estaba soñando pero no sabía qué. Miró el reloj, eran las 8 de la mañana. Demasiado temprano después de haber estado leyendo en la noche durante varias horas. Junto al reloj digital de mesa descansaba el cuaderno de pastas duras estampadas en tartán azulado. Aún era más intensa la luz amarillenta de las farolas de la calle que las del propio amanecer.

De nuevo los golpecitos en la puerta.

- ¿Estás dormido, aitatxo? –preguntó la pequeña Haizea mientras abría levemente la puerta.

- Pasa, kuttuna –respondió Aitzol-. Sí, estaba dormido.

- Perdona por despertarte, pero es que no nieva y la calle está limpia.

- Pero si casi no ha amanecido, maitea –se resistió Aitzol; no había pasado buena noche.

- Va a hacer buen día y ayer quedamos en que si no nevaba íbamos a Baltzola a llevarle flores a ama. Iremos, ¿no?

- Vale, Haizea, iremos; pero a su tiempo, ¿de acuerdo?

- ¿Le llamo a la tía Errose? –preguntó la niña, con el rostro excitado de alegría.

- No, Haizea, no. Si le llamas ahora nos mata. ¿No ves que es muy pronto aún? Ayer habrá estado de farra, déjala que duerma un rato más. Además, kuttuna, no hay prisa.

- Vale. Voy a preparar un regalito para llevar a amatxo. Pero ahora no vuelvas a dormirte, ¿eh? Eres un dormilón. ¿Qué es ese cuaderno tan bonito que tienes ahí? –preguntó la pequeña con curiosidad pero sin tocarlo.

- Es lo que escribí cuando conocí a tu ama. Cuando seas más mayor ya te lo dejaré leer.

- Vale –dijo la niña con resolución y sin hacer más preguntas; era superior la alegría por ir a Baltzola que la curiosidad por el cuaderno.

- Vete un rato a la habitación que enseguida me levanto para hacer el desayuno. Luego le llamamos a Errose.

-Musutxus, aitatxo –dijo Haizea y se fue cerrando la puerta. Quedó en el aire un leve aroma a mandarinas dulces y limón.

La luz del amanecer lanzó un destello desde el colgante de amatista y plata que la niña llevaba al cuello.